

LORENZO FERNÁNDEZ BUENO

# LA ESPAÑA MALDITA

ENCLAVES TEMPLARIOS,  
NIDOS DE BRUJAS,  
ENTRADAS AL INFIERNO  
Y OTRAS RUTAS CON MISTERIO

Luciérnaga

DESDE VIEJO  
DE BELCHITE  
CANOTE RONDAN  
ZAGALES  
Y ANDE DIRAN  
LAS JOTAS QUE  
CANTABAN NUESTROS  
PADRES N.B.

## Índice

PORTADA

DEDICATORIA

CITAS

UNAS LETRAS PREVIAS

1. FANTASMAS, NIDOS DE BRUJAS Y OTRAS ANOMALÍAS

2. LEYENDAS... O NO

3. PUEBLOS MALDITOS Y ENTRADAS AL INFIERNO

4. DEMONIOS, EXORCISMOS Y OTROS MISTERIOS MÁS O  
MENOS ECLESIASTICOS...

5. OVNIS... Y LO QUE NO SON OVNIS

6. HISTORIAS APÓCRIFAS

7. TEMPLARIOS EN ESPAÑA

IMÁGENES

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

[PlanetadeLibros.com](http://PlanetadeLibros.com)

---

**Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:**



**Explora Descubre Comparte**

*A Blanca,  
la princesa de mi cuento*

Un viaje de mil millas comienza con el primer paso.

LAO-TSÉ

Esperaba, no sin cierto orgullo,  
ocupar un puesto de honor entre los malditos.

JOHN KATZENBACH

*UN FINAL PERFECTO*

## UNAS LETRAS PREVIAS

Tengo la sensación de que cuanto más viajamos por el mundo, menos conocemos nuestro propio país. A veces por pereza, otras por ignorancia, quién sabe si por la perenne necesidad de que alguien de fuera venga y nos diga lo bueno que es lo que tenemos para que lo creamos y así le prestemos atención, estoy convencido de que apenas sabemos nada de la casa que habitamos. Años atrás, en Egipto, me sorprendí al oír de labios de una persona que trabajaba en el Ministerio de Cultura del país de los faraones, que el 90 por ciento de los habitantes de El Cairo jamás habían pisado la meseta de Gizéh para observar las fabulosas pirámides de Kefrén, Keops y Micerinos. No lo podía creer; me provocó una sensación similar a la vergüenza. Sensación acentuada, dicho sea de paso, cuando, estableciendo una comparativa, tiempo después y ya en España, observé las estadísticas que hablaban del número de madrileños que alguna vez han pisado el museo del Prado...

Estoy convencido de que no somos conscientes de las maravillas, leyendas, historias o contrastes del país en el que, en esta ruleta que es la existencia, hemos tenido la fortuna de caer. Porque ya en otros libros viajeros como *La guía del terror, 50 lugares en los que pasar miedo*, o los *99's* publicados por la editorial hermana Libros Cúpula, me esforcé por demostrar que cuando viajamos por España es importante atender a nuestra variada e internacionalmente admirada gastronomía; que es fundamental empaparse de una historia milenaria, la nuestra, cimentada sobre el paso de poderosas culturas; que es clave escuchar –no sólo oírlo que nos cuenta la tradición, porque dependiendo del punto de la rosa de los vientos en el que nos encontremos varía, es rica, y nos habla de ese extraordinario concepto que es la mezcla cultural. Pero sobre todo intenté hacer énfasis en que la piedra angular de nuestra forma de ser, de vivir la vida, de observar nuestro

alrededor, está revestida de magia, de leyendas, de historias que pudieron ser y de otras que, sin llegar a conocerse, ocurrieron, todo ello amasado con buen criterio en nuestra particular noche de los tiempos. Porque hay lugares en los que todavía hoy habla la tradición; donde la superstición es ley y en los que es difícil trazar esa línea sutil que separa historia de leyenda.

El viaje que estamos a punto de emprender nos lleva a pueblos malditos, a veces por hechizos y sortilegios, otras porque así lo dice la Iglesia, y la mayoría porque el hombre puede ser un lobo para el hombre; recorre leyendas en las que hay nombres y apellidos de verdad; se sumerge en las oquedades más profundas del alma, donde anidan miedos que no somos capaces de imaginar; abre el abanico de sucesos extraños que se produjeron y aún hoy lo hacen en el seno de esa Santa Madre a la que antes hacía alusión, donde lo más amable es un buen demonio que posee el alma de un inocente... Pero también nos lleva a excavar en la historia paralela, tan repleta de símbolos y códigos encriptados porque su significado era maldito para algunos, y esos algunos casi siempre mandaban, o a repasar la larga lista de enclaves encantados que, repito, hoy por hoy podemos visitar.

Éstas son páginas escritas, repasadas o inéditas que me han llevado a descubrir mi propio país. Y he descubierto que sólo los necios, que son crueles y abundantes, cosifican el misterio, porque detrás de este concepto se esconden las ciencias, las artes, la historia o las leyendas, que al fin y al cabo se pueden reunir bajo el paraguas de la curiosidad.

Por tanto, éste es un libro para curiosos. Aunque advierto que va a hacer falta algo más que curiosidad para pasar por la garganta de la mente algunas de la historias que vienen a continuación.

Divirtámonos. Yo lo sigo haciendo.

*Donde entra la maldición,  
no hay posible bendición...*

*REFRÁN POPULAR*

FANTASMAS, NIDOS DE BRUJAS Y OTRAS  
ANOMALÍAS

*El árbol se levanta sobre la tapia hundida.  
El viejo campanario –la paloma que había  
huyó bajo la guerra– está desierto:  
Todo es la sombra.*

*El monte desolado invade el patio,  
el pozo seco,  
el niño destrozado por la yedra.  
Alguien recuerda –Antes estuve aquí,  
hoy ya no vuelvo– por los muros de adoba calcinados:*

*¿Quién ha puesto el olivo  
enfrente del olivo?*

*¿Quién ha dejado sangre  
enfrente de la sangre?*

*¿Quién ha traído muerte  
en contra de la muerte?*

*¿Quién, en fin, ha destruido al hombre  
contra el hombre?*

*Sobre la casa yerta ya nadie se levanta.*



## Los triángulos mortales

Cuántas veces hemos oído hablar de triángulos mortales, como el celeberrimo de las Bermudas, o el del Diablo, en Japón; incluso de bosques que parecen atraer las malas energías que asustan al mismo miedo, y en los que aquellos que están hastiados de esta cosa maravillosa que es la vida deciden quitársela. Aokigahara, también en el país del sol naciente, es un buen ejemplo de ello. Tan maldito y preñado de muerte como bello es su entorno.

Sin embargo, no hace falta irnos tan lejos: en España tenemos nuestro particular triángulo maldito, una figura geométrica que marca de manera terrible y desde hace años una zona muy determinada del sur de la Península, entre tierras de Jaén y Córdoba. El delimitado entre las localidades de Alcalá la Real, Priego de Córdoba e Iznájar.

El centro neurálgico de esta tierra maldita es Alcalá, donde el asunto que vamos a tratar hace tiempo que se convirtió en incómodo. Un tabú que ha sido investigado por psicólogos, y también por expertos en los fenómenos paranormales.

De momento, es interesante prestar atención a lo que dicen las estadísticas respecto a los suicidios. En España se producen cinco muertes voluntarias por cada cien mil habitantes. Si lo llevamos a porcentajes, la media en España es del 6 por ciento de la población. Pero es que en la provincia de Jaén el porcentaje sube al 9 por ciento según estadísticas de la primera década del siglo XXI, y si nos desplazamos a los municipios de la sierra sur, donde se encuentran los llamados triángulos de la muerte, se dispara a casi el 28 por ciento.

Lógicamente son muchos los profesionales de las más diversas ciencias los que han intentado saber el porqué. De hecho, en los enclaves en los que ocurren tantas muertes se dan explicaciones diversas: desde especies de plantas y árboles de la zona que resultarían nocivas para el ser humano,

pasando por la altitud del terreno en el que se ubican los pueblos, a la pura transmisión genética, en lo que el psiquiatra Antonio González denomina «lealtades invisibles».

A ese respecto, el investigador Miguel Ángel Sánchez asegura en la página llanillo.com, que es una de las más visitadas a la hora de buscar una explicación para este desconcertante tema, que «las autoridades sanitarias deberían tener en cuenta la inquietud pública sobre este asunto y aportar mayores medios técnicos y humanos para la realización de un estudio definitivo que determine, con la mayor aproximación posible, las causas de este problema. Conviene romper cuanto antes el círculo vicioso e invisible que lleva a muchas personas a un futuro trágico y alimentarlas en la esperanza de que el suicidio es la peor opción y que todo se soluciona menos la muerte».

Evidentemente, hay una cuarta explicación que apenas si se susurra, y en la que hasta hace no mucho tiempo, y seguramente también ahora, se creía con espanto: la aparición de espectros del más allá que llevan a los futuros suicidas a cometer esos terribles actos. Parece ficción, parte de cuentos que se relatan al calor del fuego, pero lo interesante del asunto es que la mayoría de las muertes se han producido en el interior de dichos triángulos, y en cortijos muy apartados con historias extraordinariamente tenebrosas detrás.

### **Para no dormir...**

El investigador Paco Bermúdez, en su libro *El triángulo de la muerte*, entrevistó sobre este tema a Antonio Jiménez, enterrador de Priego de Córdoba, uno de los vértices del triángulo cordobés, y éste le aseguró que hay «un triángulo maldito en esta zona, está claro. Eso lo llevo oyendo desde que era un niño, y ahora tengo sesenta y un años. No sé por qué será, pero está claro que algo raro pasa. Hace unos años yo también estuve a punto de hacerlo. Me metí llorando dentro de un nicho con una escopeta. Gracias a Dios ya pasó todo. Yo entierro todos los años a unas diez personas que se han colgado o se han pegado un tiro. Sin ir más lejos, la semana pasada enterré al último, un viejo que se colgó. Pero no son sólo viejos los que se cuelgan; también lo hacen personas de treinta años y hombres igual que mujeres».

Evidentemente, en estos años de sepulturero Antonio ha vivido anécdotas tan curiosas como ésta que narra al citado Paco Bermúdez: «Hace treinta años llegó al cementerio un hombre de mediana edad y, como tantos otros, llevó flores a las tumbas de sus familiares. El antiguo capellán de la zona le preguntó si se encontraba bien, puesto que hacía mucho frío y llevaba allí unas horas “hablando” con sus difuntos. El extraño personaje le contestó que se estaba despidiendo. El capellán lo dejó seguir con ello y se fue a atender a otras personas que se encontraban en el camposanto, no sin antes oír una frase del individuo que, dirigiéndose a las tumbas, decía: “¡Ahora nos vemos. Ya voy!”. Al cabo de unos diez minutos se oyó un disparo. Encontraron al hombre tendido sobre la losa de mármol con un tiro en la cabeza. El suicida había colocado instantes antes su chaqueta a modo de almohada y depositado una cubeta bajo la cañería de la losa para recoger la sangre. Después se tumbó, se introdujo la pistola en la boca y disparó. No murió en el acto. Falleció días después en el hospital. Quienes fueron a visitarlo mencionaron que el extraño personaje los había citado al día siguiente mediante una carta para que acudieran a su entierro, puesto que se iba a matar».

## **Los cortijos malditos**

Muy cerca de las cortijadas de la Carrasca y la Lastra, en la provincia de Córdoba, encontramos la primera leyenda que serviría para explicar lo que allí se ha producido: decenas de suicidios que no tienen explicación, si acudimos a la siempre fría estadística.

Allí se habla del «hombre de las uñas», un anciano encorvado de larga melena que permanece sentado observando al aterrado testigo y cuya característica principal, como es de suponer, es el tamaño desproporcionado de sus uñas. Pues bien, en la aldea de Silera, no muy lejos de las anteriores, vivía el siguiente testigo al que Bermúdez, en una labor de campo verdaderamente encomiable, entrevistó; y éste le relató que en una ocasión se encontraba cerca de una de las casas, ya entrada la noche, y «de repente volvió la vista hacia el cortijo que había dejado atrás y vi esa cosa. ¡Por poco me muero de miedo! Estaba sentado sobre las piedras del cortijo. No era muy alto

y tenía unas uñas enormes, grandes y enroscadas hacia dentro. Parecía muy anciano y no tenía pelo por arriba, pero por detrás de la cabeza le asomaba una melena muy grande. Me acerqué porque supuse que era una persona mayor que estaba perdida o necesitaba algo. Aquí nos conocemos todos y nunca lo había visto. Al acercarme, ese hombre se levantó y me hizo un gesto con la mano como para indicarme que me fuera. Le pregunté si necesitaba algo o si quería que lo bajase en un mulo al pueblo, y me respondió con un bufido, muy grave y muy fuerte, casi como si chillara. Entonces se levantó y empezó a venir hacia mí. Yo, por impulso, empecé a correr, y él siguió detrás. Los mulos empezaron a encabritarse y no los podía controlar. Los solté y seguí corriendo. Calculo que estuvo como un cuarto de hora persiguiéndome entre los olivos. Cuando me calmé lo suficiente, volví a por los dos mulos y me fui de allí como alma que lleva el diablo. Nunca he vuelto a pasar a esas horas por ahí».

Al parecer, el siniestro personaje se aparece a los vivos para invitarlos a que se quiten la vida. Algo que también hacen, siempre según los testigos, los familiares fallecidos, que se manifiestan a los vivos para pedirles algo tan siniestro como es que vayan con ellos.

Evidentemente la enorme cantidad de muertes tendrá otra explicación, pero ésta es una de las que más predicamento tuvo tiempo atrás para dar con la clave de por qué los habitantes de estas aldeas mostraban esa incomprensible tendencia a quitarse la vida.

Cuentan también las crónicas que una de las muertes con mayor repercusión la llevó a cabo una madre que habitaba cerca del río Salado, que es un afluente del Genil, que a su vez es afluente del Guadalquivir. Pues bien, ésta, después de descerrajarle un tiro en la sien a su niño pequeño, anudó una cuerda, y en una escena que aquí se ha repetido decenas de veces, la izó sobre una viga de madera, se la echó al cuello y, al grito de «espérame, que ya voy», se ahorcó.

Ahora bien, si hay dos cortijos especialmente proclives a que en ellos se produzcan este tipo de muertes, son el de Los Asombros y el de Los Catorce. El primero fue bautizado con ese nombre tan sonoro porque a principios del siglo XX, que es cuando fue levantado, así es como eran conocidas las apariciones espectrales. En este lugar, cercano a la localidad de Priego de Córdoba, se ahorcaron sus primeros dueños de un árbol con las ramas

retorcidas, que hoy día da sombra a las pocas ruinas que quedan de esa casa, durante décadas considerada maldita. ¿Por qué? Bueno, hay que decir que antes de la guerra se pensaba que el lugar estaba habitado por un «martinico», que es un duende muy feo que se dedicaba a mover las cosas de sitio, a lanzar con violencia objetos de todo tipo, a gritar en mitad de la noche, a dar golpes y a susurrar a los oídos de aquellos sumidos en un profundo sueño para llevarlos a brazos de la muerte.

También se habla de la presencia de varias niñas fantasmales que corretean por el campo, parándose justo al lado del árbol en el que supuestamente se han ahorcado varias personas que habitaban el cortijo. Incluso las crónicas aseguran que los sucesos llegaron a tal extremo que se requirió la presencia de un exorcista, que fue allí e hizo su trabajo, lo que no evitó que los fenómenos siguieran produciéndose.

Es tal el pavor que todavía hoy provoca la historia del cortijo de Los Asombros, que los vecinos de las poblaciones cercanas evitan pasar por el lugar, por si las moscas...

Otro de los más mencionados, cuando hablamos de estadísticas de suicidios y fenómenos extraños, es el cortijo de Los Catorce. Lo interesante nos lo desvela su propio nombre, ya que se llama así porque en el interior del mismo se suicidaron los catorce miembros de una misma familia, uno detrás de otro, como si se tratase de un tétrico cortejo.

Los testimonios recabados por la zona aseguran que esto sucedió porque se fueron llamando unos a otros. Al parecer, el primero en quitarse la vida fue el patriarca de la familia, que se ahorcó colgándose de una viga de madera. Días después se empezó a aparecer –eso dice al menos la crónica, que a buen seguro está bien trufada de leyenda–. Aquel que recibió la tétrica llamada desde el más allá fue su propio hijo pequeño, que se colgó días después de la misma viga. No tardó en aparecerse el pequeño reclamando la presencia de otro familiar... y así hasta un total de catorce.

Hoy la silueta del cortijo de Los Catorce se recorta en las alturas de un monte, día tras día y noche tras noche, como una especie de faro que atrae a quienes buscan consuelo en el más allá.

Terrible, ¿verdad?

## **Fantasmas en el Virgen de los Reyes**

Hay que decir que este edificio se encuentra situado a unos 50 metros del antiguo hospital de las Cinco Llagas, en Sevilla –hoy Parlamento andaluz–. Fue reconstruido en 1958 por el arquitecto municipal Antonio Delgado Roig, y su configuración consiste en diversas alas en torno a un patio central presidido por la antigua capilla. En su ya dilatada historia sirvió de anexo al citado hospital de las Cinco Llagas, como orfanato y actualmente como sede de diversos estamentos públicos, tanto de la Junta de Andalucía como del Ayuntamiento de Sevilla.

Gracias a las labores de investigación de dos buenos amigos, los sevillanos José Manuel García Bautista y David Flores, hemos podido saber que los testigos aseguran que se están produciendo fenómenos extraños bastante llamativos. Fenómenos que no sólo pertenecen a esta época, sino que ya se producían cuando, en la primera mitad del siglo XX, albergaba a niños huérfanos.

Los testigos, entre otras muchas cosas, refieren la presencia de un niño pequeño, aparentemente espectral, y de una monja que camina ajena a cuanto la rodea por los pasillos del edificio.

Hay que decir que todo tomó mayor relevancia cuando en la zona del coro de la vieja capilla, tras una serie de incidentes menores –mal funcionamiento de luces, audición de risas de niños en la zona alta, o extraños susurros–, se observó a una monja contemplando el desarrollo de las clases de baile que allí se habían impartido. De aspecto severo, vestida de celeste y con cofia blanca. Además, aquel día las lámparas se movían como un péndulo, como si las empujasen unas manos invisibles.

Conviene señalar que esas lámparas se encuentran a más de seis metros de altura y no existen corrientes de aire.

Los testigos, algunos de ellos trabajadores del lugar, también afirman haber oído golpes en la antigua sacristía, como si todos los objetos, sillas y demás materiales que allí se guardaban se derrumbaran cual castillo de naipes. Y sin embargo, al abrir la puerta, todo estaba en su sitio. Pues bien, buscando las causas de este asunto, ambos investigadores lograron localizar a una señora llamada Luz Esperanza. Hay que decir que a la edad de tres años sus

padres decidieron dejarla, a ella y a sus dos hermanos, en el hospicio Virgen de los Reyes. Como ella misma contaba, fue una privilegiada en aquel entonces, pues los niños de su edad eran llevados a la Casa Cuna y los separaban de sus hermanos, cosa que en este caso no ocurrió. Pronto podría comprobar lo estricta que era la vida entre aquellos muros, donde los rezos y unos horarios muy rígidos era la tónica común. La testigo confirmó a nuestros compañeros que entre los nueve y los doce años subía con sus amigas a un lavadero situado en las plantas superiores del hospicio. Allí, escondidas de las monjas, observaban una especie de «nubes de vapor» que paseaban de un lugar a otro y que les daban mucho miedo, por lo que corrían a avisar a las religiosas y les contaban lo que habían contemplado. Y éstas, para su sorpresa, les decían que eran «ánimas benditas que vivían allí y que no abandonarían el lugar».

En otras ocasiones, cuando estaba junto a sus compañeras en los bancos del hospicio sentían «como si alguien las agarrara del cabello y tirara de ellas». Recordaba sobrecogida que, a veces, cuando se disponían a bajar por las escaleras de mármol, «una mano pequeña y gélida se posaba en sus espaldas y las empujaba con la intención de hacerlas caer, teniéndose que agarrar muchas veces del pasamanos para no perder el equilibrio». Tanto Luz como otros antiguos internos entrevistados nos hablan también de un ser espectral que provocaba el terror entre los niños. Cuentan que una monja «se paseaba durante las noches por los dormitorios, que se encontraban divididos en habitaciones de veinticinco camas. Esta monja, a quien muchos de ellos reconocerían como sor María, una antigua superiora del hospicio y que se encargaba de las funciones de portera, parecía vigilar durante las madrugadas que ninguno de ellos estuviera fuera de su cama».

La cuestión es que sor María existió, y era una mujer muy mayor que permanecía sentada nada más entrar al edificio a la izquierda, vigilando la entrada y al cuidado de toda la documentación que se custodiaba en el archivo situado justo enfrente de la portería.

## **Niños espectrales**

¿Sucede? Al parecer sí. O al menos eso refieren los testigos: pequeños vestidos de comunión, niños que surgen de la nada recorriendo los pasillos de determinados edificios, ajenos a la mirada de terror de quienes los observan, y en todas las ocasiones ligados a la pasada historia oscura de los lugares donde se manifiestan.

A principios de 2015 surgió la noticia: en un centro de salud de Córdoba se estaban produciendo fenómenos extraños. Los trabajadores del CS Castilla del Pino de Córdoba, que fue inaugurado el verano de 2013, al parecer estaban siendo partícipes de unas experiencias verdaderamente extrañas.

Y es que una decena de empleados, tal y como refería el diario *ABC* de Andalucía, afirmaban que en el lugar se estaban produciendo fenómenos extraños que, al menos en ese momento, tenían difícil explicación. Porque a los ya habituales golpes, bajadas bruscas de temperatura o supuestos lamentos, se unía la aparición de dos presencias que, sinceramente, si eran tal y como las describían los testigos, era para salir corriendo en dirección contraria.

Se trataba de una niña pequeña que vagaba por los pasillos del centro como si estuviese buscando algo o a alguien. Y también de una anciana que se lamentaba, caminando entre sollozos.

El primero que dio la voz de alarma fue un técnico de mantenimiento llamado David. Todo empezó cuando llevaba a cabo una prueba de legionela y empezó a percibir, cada vez más cerca, los murmullos de alguien extraño que se le iba aproximando. Fue entonces cuando, atraído por los misteriosos susurros, recorrió una de las cortinas que más cerca tenía y descubrió que tras la misma había una pequeña vestida con un camisón.

El muchacho se quedó helado y salió de la estancia para buscar ayuda, pero cuando regresaron la niña ya no estaba. Pues bien, esta, llamémosle así, aparición, se ha manifestado en más de una ocasión, e incluso ha llegado a interactuar con los testigos, gritándoles, al parecer, que la sacaran de allí.

Con todos estos antecedentes, hasta allí se desplazaron varios investigadores ya veteranos, como el catedrático José Luis Hermida, el psicólogo Francisco Gallardo y el investigador José Ortiz, y aseguraron que en todos sus años de investigación nunca se habían encontrado un suceso «de este calado» en Córdoba.



El propio Hermida declaró a los medios que «es habitual que los grifos se abran solos en la zona de quirófanos, que surjan de repente corrientes de aire inesperadas, o que se perciban fuertes portazos en la zona donde se encuentran las instalaciones de seguridad».

Para el psicólogo del grupo, los testigos no mentían. Otra cosa es que estuviesen interpretando a su modo los sucesos que allí se producían. Pero en cualquier caso estaban diciendo la verdad.

Éste es sólo un caso más. Sí, porque hay otros...

## **El niño espectral del Ayuntamiento de Jaén**

15 de septiembre de 2012, *Diario Jaén*. El redactor Rafael Abolafia se hacía eco de una noticia que, si bien es cierto que no sorprendió demasiado a los habitantes de la capital jienense, sí llamó la atención por la personalidad de los protagonistas.

Todo había ocurrido días antes, a finales de agosto, cuando el ayuntamiento de la localidad estaba regido por el concejal de urbanismo Francisco J. Márquez, que por esas fechas ejercía de alcalde en funciones. Y así se lo narró el propio Márquez al periodista, imagino que ante su más que notable sorpresa: «Estábamos charlando de diferentes temas y salió en la conversación un suceso que tuvo lugar estando él en la alcaldía... Se hallaba sentado en el despacho cuando se personaron dos agentes que decían que iban a investigar la supuesta presencia de una aparición, un espíritu, del cual había informado una limpiadora del edificio. Él se quedó sorprendido, pues no lo habían informado de nada, y dejó que los agentes recorrieran las instalaciones realizando su labor». Sus palabras, extraídas de una magnífica entrevista realizada por el reconocido investigador sevillano José Manuel García para *Canal Sur*, evidenciaban que no se trataba de una broma; los implicados en el caso eran gente lo suficientemente solvente como para pensar que ese día, y en ese pasillo, ocurrió algo extraño.

La noticia de la pequeña —«silueta diminuta y transparente, ataviada con un traje de primera comunión que se pasea por los pasillos de la casa de todos»— que deambulaba por las estancias de este edificio de finales del siglo

XIX, antiguo palacio de Montemar, no tardó en llegar a las redacciones de los medios nacionales, y fueron muchos los que por aquellos días se acercaron a la capital del Santo Reino para determinar lo que estaba ocurriendo. Incluso el propio alcalde en funciones hizo sus pesquisas, intentando saber qué había detrás del curioso fenómeno. Y fue entonces cuando conoció de primera mano que los trabajadores del lugar, especialmente los más veteranos, ya hablaban de las misteriosas apariciones de un niño, no sólo en el ayuntamiento, sino también en la catedral que se encuentra enfrente del consistorio.

Ahora bien, ¿qué se encontró la policía al acudir a la llamada de auxilio de la empleada? El propio Bautista entró en contacto con la Jefatura de la Policía Local de Jaén, que afirmaba en primer lugar que «no se tenía constancia de ninguna investigación oficial abierta en las dependencias municipales por el motivo consultado», y segundo, que «un coche se acercó allí porque había alguien de los servicios de limpieza con un ataque de pánico que había visto a un niño vestido de primera comunión por un pasillo y en una de las salas y llamó a la policía, pero no se abrió ningún parte al respecto; acudieron al lugar más que nada para calmar los ánimos y por curiosidad». Fue el miedo, el no saber cómo reaccionar ante un suceso de estas características que seguramente rompe en mil pedazos los esquemas de cualquier persona, lo que provocó, tal y como afirmarían poco después varios familiares de la señora de la limpieza, que la mujer no quisiese ni tan siquiera «hablar del tema del fantasma. Sólo nombrarle aquel día se pone muy nerviosa. Era por la tarde y ella estaba en una de las salas del ayuntamiento cuando le pareció ver pasar a un niño; bueno, es de ese tipo de visiones que te parece percibir con el rabillo del ojo y a las que no prestas atención. Salió para fuera y oyó pasos en el pasillo. Al volverse, lo que vio fue un niño de unos ocho años, pálido, de un metro y poco, peinado antiguo y vestido de primera comunión. Ella se quedó helada y luego tuvo un ataque de nervios. Teniendo el teléfono a mano, lo que hizo fue llamar a la policía local para que fueran para allá...».

Y ahí quedó el asunto... o no.

**Otro más: el fantasma de la catedral de Jaén**

El suceso dio comienzo en el año 1993. Un conocido trabajador e investigador del templo comentó: «Me dirigía a la capilla de la Virgen de las Angustias y de repente se me cruzó, en dirección al museo, un niño corriendo que estaba riéndose y cuyos pasos no hacían el menor ruido... Era pequeño, de unos seis u ocho años, iba muy limpio, con unos pantalones cortos, botas y calcetines hasta las rodillas; la camisa era blanca y me dio la impresión de que era rubio. Corrí tras él y se metió en la antesacristía, un espacio que tenía cerradas las dos puertas interiores –sacristía y cripta– y por tanto no podía ocultarse en lugar alguno. Allí no había ni rastro del niño». Manuel Ramírez nos lo describe como un crío vestido a la moda de los años treinta, «algo que desprendía pureza, dulzura...». Manuel, al igual que el resto de los testigos, continúa haciéndose las mismas preguntas: ¿Quién era? ¿De dónde salió, puesto que él había abierto el templo? ¿Por qué no se le oía correr? y, sobre todo, ¿cómo se esfumó ante sus propias narices...? El joven fue visto por cuatro personas diferentes en el transcurso de un año.

En 1996, «un día de invierno» –precisa uno de los testigos–, dos estudiantes de Humanidades se encontraban en la cripta-museo de la catedral realizando un trabajo sobre su riqueza artística: «Sentíamos unos extraños soplos o corrientes de aire frío en el cogote, pero aquí –en teoría– no puede correr el aire. Oímos al pasar junto a un gran libro coral un ruido en el suelo, y vimos que el cartel que estaba sobre él unos segundos antes, ahora se encontraba en el suelo, sobre las losas, a unos 2,25 metros de su ubicación anterior. Extrañados, pero sin asustarnos demasiado, lo volvimos a colocar en su sitio, pero al entrar en la sala del fondo nos quedamos atónitos al oír el mismo ruido y comprobar que el cartel estaba de nuevo en el suelo, en el mismo lugar de antes». Estos chicos, ambos de veinte años, obtuvieron posteriormente una grabación psicofónica en la cripta, de dos horas de duración, en la que –con todo herméticamente cerrado– apreciaron «ruidos indefinibles y voces muy finas y alargadas». Es conocido por investigadores y curiosos que este lugar fue panteón para prebendados, y en él permaneció hasta años antes a la guerra civil, expuesto en una urna, el cadáver de don Francisco Ventura de Camba, que se conservaba «entero y flexible». Ardió al parecer de forma accidental debido a la imprudencia de un visitante, y desde entonces se habla del «espíritu de la momia de la catedral».

## **El mercado encantado de Triana**

¡Qué lugar! Son varias las ocasiones que he recorrido este enclave, tan alegre de día como tenebroso una vez caída la noche. Y es que quienes compran alimentos o tapean felices en la planta que se abre a la calle Castilla no conocen que bajo sus pies se oculta una de esas historias que jamás debería haberse producido. Los cimientos del célebre mercado están nutridos de sufrimiento, de dolor y de muerte, de esa que se agarra con fuerza a la piedra y que en ocasiones, cuando pulsamos el resorte inadecuado de manera inconsciente, parece manifestarse para que no olvidemos, para que seamos conscientes de que historias como ésta no se han de volver a producir.

Y es que el mercado de Triana se levanta sobre las ruinas del viejo castillo de San Jorge, del siglo XV, que ya fue atalaya árabe a la que se accedía a través de un puente de barcas que atravesaba el río de un margen a otro. Hoy día, el extraordinario museo que se ha levantado en el lugar nos permite hacernos una idea de lo que hubo de ser un enclave consagrado al dolor. Porque en sus estancias fueron encarcelados decenas, cientos de personas. Especialmente en el tiempo en que se convirtió en Casa de la Inquisición. Fue entonces cuando los reos sufrieron lo indecible, encerrados en cubículos de apenas dos metros cuadrados, sometidos al horror que provoca la oscuridad constante, a las crecidas del río que hicieron que muchos, lejos de purificar su alma entre las llamas del auto de fe, sucumbieran ahogados, o víctimas de mil y una enfermedades.

Y ese dolor concentrado parece haber encontrado una rendija por la que colarse en nuestro presente. Por eso los guardias de seguridad, que son quienes más saben de lo que sucede durante la noche, refieren fuertes golpes en los muros de la planta superior, cadenas que parecen arrastrarse con violencia, como si alguien encadenado por los siglos intentase escapar de su prisión; incluso las cámaras que monitorizan el lugar han detectado la presencia de alguien, siempre a altas horas de la madrugada.

Eleázar Álvarez, encargado de la empresa de seguridad Astarté Custodia, que trabaja en el mercado y cuyas oficinas se encuentran dentro del mismo recinto, aseguraba tiempo atrás a los compañeros del diario *ABC* de Sevilla que «hay veces que en la pantalla del ordenador, donde nos aparecen las

imágenes que emiten todas las cámaras de seguridad, de noche suele tener un punto de color verde que indica que no hay movimiento. Sin embargo, en ocasiones, el color ha variado a rojo, y eso indica que sí hay presencia o movimiento. Y en la pantalla, con los infrarrojos, no aparece nada ni nadie», como si alguien invisible estuviese jugando con la tecnología. Alguien que varios testigos, entre otros algunas mujeres de la limpieza, han llegado a ver. Se trata de una niña que se pasea especialmente por la zona de la cúpula de cristal, de blanco y con su vestidito hecho harapos. Su visión y los fenómenos que parecen acompañarla han provocado, tal y como afirma otro de los socios de la empresa de seguridad, Juan Manuel Guerrero, que haya compañeros que «no han aguantado el turno de noche y han dejado el trabajo, e incluso un empleado salió a la calle, puso una silla, y esperó ahí toda la noche hasta que amaneció».

El tono de ambos es de sano escepticismo; algo fundamental para seguir trabajando en un lugar en el que no todos los sonidos que se producen son explicables, o no todas las deficiencias técnicas se pueden racionalizar.

Sin embargo, en otras ocasiones, varios compañeros «han oído golpes en la pared, en la entrada al museo del Castillo de San Jorge, y tenían tanto miedo que ni siquiera podían ir al baño». ¿Sugestión? Es posible, pero de momento, que sepamos, el frío ojo de la lente de una cámara de seguridad no entiende de sensaciones. Lo que no es óbice para que en momentos puntuales se erice el vello al escuchar testimonios como el de Antonio Miranda, que un día de Todos los Santos afirmó haber visto algo que jamás olvidará, y que en cierto modo aumenta la leyenda encantada del mercado de Triana: «Era como una niña vestida de blanco, de primera comunión, y jugaba en una de las calles del mercado».

Casi nada...

## **Las mujeres pájaro de isla de Pedrosa**

Nos vamos momentáneamente al norte de España, porque allí se ubica otro de esos sitios que merece la pena visitar, siempre y cuando el corazón esté moderadamente sano.

La isla de Pedrosa se encuentra en la bahía de Santander, frente a la población de Pontejos, y es una de las más grandes que posee la comunidad cántabra. Es uno de esos sitios en los que, quién sabe, hoy mismo puede haber un nutrido grupo de investigadores atraídos por los supuestos fenómenos extraños que, a decir de los testigos de la zona –y de los curiosos que hasta allí se han acercado–, se producen en el lugar.

Hay que advertir que diferentes equipos de investigadores han obtenido interesantes psicofonías, que por lo general no invitan a pensar en el talante amable de quienes pronuncian las sobrecogedoras frases: «¿Qué queréis?», «¿Cuántos sois?», «¿Dónde estáis?», o un expeditivo «¡Fuera de aquí!» Ésas son tan sólo algunas de las que se han captado, con tan meridiana claridad que ponen espanto en el corazón. De ahí la recomendación de acudir en buen estado de salud...

Es evidente que con sólo conocer algo de la historia del enclave, y del sanatorio que hoy se oculta entre la espesa arboleda, ya tenemos argumentos sobrados para entender que si la célebre teoría de la impregnación que defienden los espiritistas, asegurando que hechos luctuosos o tragedias dejan una pátina maldita sobre las paredes o alrededores de donde sucedieron, todo indica que en lugares así no tiene más remedio que ser real. Porque la isla de Pedrosa fue un lazareto a lo largo de todo el siglo XIX en el que se hacinaban, en condiciones no muy saludables, los enfermos de lepra. La cuestión era aislarlos, como ocurría con otras enfermedades como la tuberculosis, para que no se extendiese la epidemia, creando de este modo terribles guetos.

En el caso que nos ocupa, los enfermos por lo general procedían de Cuba, y además no sólo sufrían de lepra, sino también de otros tipos de enfermedades tropicales. Pero eso daba igual, porque todos recibían el mismo trato. Las crónicas nos dicen que quienes padecían dichos males eran abandonados a su suerte sin recibir apenas atención médica, por lo que podemos imaginar que las escenas que aquí se produjeron no fueron precisamente agradables.

Y por si fuera poco, ya entrado el siglo XX el lugar se reconvirtió en hospital para enfermos de tuberculosis, llegando a albergar a más de seiscientos en su época de máxima ocupación. Una salvajada, vamos. Por tanto

no es difícil imaginar que en este lugar se ha sufrido muchísimo, máxime si atendemos al dato de que las muertes se contaron por centenas.

Hoy, lógicamente, las cosas han cambiado y la mayoría de los pabellones del viejo hospital permanecen vacíos, pero todavía hay plantas que albergan un centro de atención a drogodependientes del gobierno de Cantabria. Pues bien, volviendo al pasado, uno de los investigadores que más tiempo ha permanecido trabajando en este lugar, Jonathan Valle, decía tiempo atrás, para que nos hagamos una idea de lo que allí se sufrió, siempre atendiendo a sus estudios históricos del lugar, lo siguiente: «Se dice que los médicos llevaban a cabo unos rituales en los que abrían el pecho y las costillas flotantes a los enfermos y les hinchaban los pulmones. Se supone que la finalidad de tal carnicería era que pudieran respirar..., aunque acababan muriendo por infección».

Pero ¿qué es lo que ocurre allí hoy en día? Según los expertos, en el lugar han sido vistos grupos de niños que se alejan entre los árboles del bosque para desaparecer, se oyen gritos y lamentos descarnados, y se observan presencias difíciles de olvidar.

Quizá quien dio la señal de alarma fue la norteamericana Anne Lauda, ya en 2011, mientras realizaba sus pesquisas en el enclave: «Comenzó a oírse un tropel de gente bajando por la escalera del edificio. Eran unos niños, aparentemente vestidos con ropa antigua, acompañados por una mujer que parecía una enfermera». Lo interesante, y así lo matizó en declaraciones posteriores, es que «aquello lo vimos los siete, tanto los que éramos sensitivos como los que no».

Quizá la presencia más aterradora de las supuestamente observadas sea la de una niña deforme que se asocia a las endemoniadas que durante un tiempo fueron atendidas en este centro, y por supuesto la de un hombre que lleva un hacha enorme y que parece un verdugo.

Por tanto, ante este tipo de sucesos, las esferas de luz o los orbes de energía, que también se han captado merodeando por los alrededores, pierden importancia ante la aparente contundencia de aquellos a los que estamos refiriendo.

Seguimos...

## **Cerler, el cuartel encantado**

Esta historia fue dada a conocer por dos jóvenes reporteros que hace muchos años empezaron a publicar en mi querida revista *ENIGMAS*. Eran Ángel Briongos y Javier García Blanco. Decían así: «Todo comenzó en el verano de 1992. En la localidad de Benasque (Huesca, Aragón) un rumor iba adquiriendo dimensiones preocupantes. Según algunos soldados destinados en el refugio de la cercana localidad de Cerler, muchos de ellos habían sido testigos de fenómenos inexplicables: ruidos extraños, luces que se apagaban y se encendían solas, sonido de pisadas e, incluso, apariciones de sombras fantasmales.

Los jóvenes no tardaron en relacionar aquellos fenómenos con una tragedia ocurrida el año anterior. El 11 de marzo de 1991, un grupo de soldados de la Compañía de Esquiadores de Barbastro se vio sorprendido por un alud mientras realizaban unas maniobras. Las crónicas de aquellos días lo reflejaron así: «Alrededor de las once de la mañana de ayer, un alud de nieve arrolló a once militares mientras se encontraban realizando unas maniobras en el paraje montañoso conocido como Tuca de la Paderna, a unos 2.900 metros de altitud, en el término municipal de Benasque, situado entre el macizo de la Maladeta y el pico del Aneto, en el Pirineo aragonés. En el accidente fallecieron el teniente Álvaro Fernández González, el cabo primero Dorado Díaz, el cabo Pozuelo González y los soldados Rodríguez González y Pérez Mendiguren, según informa EFE citando fuentes militares, quienes indicaron que los cuatro primeros pertenecían a Artillería y el último, a Infantería».

Pues bien, la nota concluía asegurando que «a pesar de que el Servicio de Protección Civil había advertido del riesgo de aludes, 193 hombres de la Compañía de Esquiadores del Batallón de Cazadores de Alta Montaña III/65 de Barbastro partían a las cinco de la mañana en una expedición comandada por el capitán Luis Sivera a realizar un ejercicio práctico de vida y movimiento invernal».

Los cuerpos de los fallecidos fueron trasladados al refugio-cuartel de Cerler, y la capilla ardiente se ubicó posteriormente en los secaderos de la última planta. Y así dio comienzo el calvario...



Durante los primeros meses el silencio alrededor de lo que sucedía fue absoluto. Nadie dijo nada pese al rumor constante y al miedo evidente hasta el 28 de septiembre, día en que el *Diario del Alto Aragón* se hizo eco de una noticia, avalada por «fuentes militares», en la que se hablaba por vez primera de los fenómenos extraños y de la inquietud de quienes pernoctaban en el citado cuartel, especialmente entre los soldados.

Así continuaban su crónica Briongos y García: «La mayor parte de los presuntos fenómenos paranormales se producían en la última planta, casualmente donde fueron ubicados los cadáveres. En ese mismo piso se encontraban también los dormitorios de los soldados. Algunos de ellos aseguraban que “las taquillas se abrían y cerraban solas”, golpeando violentamente. El zaragozano Ángel Civera, destinado en el refugio en 1994, también fue testigo de hechos extraños: “Serían las doce de la noche. Aquel día yo fui el último en acostarme y cerré las dos puertas, por lo que sabía que no podía haber nadie levantado. Sin embargo, en el pasillo donde está la centralita oí pasos. Y no se abrió ninguna puerta ni nada”. Y finalizaba asegurando que “allí no había nadie, seguro, ya que de otro modo habría oído abrirse la puerta. El cabo furriel, que era quien tenía las llaves de todo, en ocasiones subía al botiquín y se encontraba las luces encendidas, cuando sólo él podía entrar”».

Pero hubo más. Los investigadores zaragozanos lograron recabar nuevos testimonios: «Otro joven, que también se encontraba de guardia una noche, se vio literalmente “acosado” por un sonido de pisadas que cada vez iban acercándose más a él, a pesar de que estaba completamente solo... Algunos de los testigos mencionaban también otras historias, mucho más espectaculares, en las que se decía que se habían visto figuras o sombras fantasmales que se tumbaban en las literas y luego desaparecían. Sin embargo, cuando Ángel Briongos y yo investigamos el suceso, no pudimos dar con ningún testigo directo de tales apariciones. Al visitar el refugio en 1996, el suboficial al mando nos confirmó que los soldados seguían hablando del tema, aunque por aquel entonces la situación era tranquila».

Pues bien, no mucho después, el Gobierno Militar de Huesca remitió un comunicado al *Heraldo de Aragón*, que venía firmado por el comandante Espinosa, y que fue publicado el 29 de septiembre de 1992, donde se

aseguraba con contundencia respecto a estos sucesos que «el Ejército niega hechos paranormales en Cerler (...). No hay ninguna historia de sucesos paranormales en este cuartel, ni mucho menos que el general haya solicitado la ayuda de ningún parapsicólogo ni nadie que estudie estos fenómenos, por la sencilla razón de que allí no pasa nada, la vida es normal y corriente, como siempre. Me gustaría saber de dónde ha salido toda esta historia».

Pero como a veces el miedo puede más que el oficio, ese mismo día, en el mismo periódico, un suboficial destinado en el cuartel aseguraba que «en el refugio suceden cosas extrañas, como apagones repentinos, ruidos en las taquillas y otros fenómenos. Yo no he visto nada, sólo sé lo que me han contado algunos soldados, pero desde luego algo pasa». Entre las declaraciones más llamativas destacaban las de Óscar Blasco Calvo al programa de radio ya desaparecido «Mundo Misterioso»: «Aquella noche me tocaba guardia. Serían las dos o las tres de la madrugada. Estaba enfrente de la garita y tenía frío. Había una puerta con un candado que hacía mucho ruido, supongo que por el viento. Desde la garita yo veía a gente en la montaña. Y monté el CETME y puse el cargador, del miedo que tenía. Allí no tenía que haber nadie, y arriba en el monte se veía una luz, cuando allí no hay ninguna luz. Aquella luz se movía, bajaba, y de repente otra vez estaba arriba, y volvía a bajar... Di novedades al cabo primero y se rio de mí, y yo dije: “Bueno, pues serán imaginaciones mías”. Pero aquello quedó registrado en el libro de novedades». Pero es que después tuvo que salir a inspeccionar el exterior, dando la vuelta a todo el recinto. Pues bien, «todas las ventanas estaban cerradas. Seguimos andando, lo que cuesta dar una vuelta al refugio, siete minutos u ocho, y cuando miramos otra vez todas las ventanas estaban abiertas».

Es evidente que algo extraño estaba ocurriendo en el cuartel militar de montaña; algo inexplicable que llegó a provocar el terror de quienes eran destinados allí.

Sin embargo, los ecos de aquellos siniestros acontecimientos aún retumban entre las paredes del viejo cuartel de Cerler, porque si bien es cierto que hay quien está convencido de que se trató de simples novatadas, no lo es menos que dichos sucesos, aunque en menor medida, han sido revividos años

después por otros testigos que poco o nada sabían de aquella historia, haciendo que la silueta del refugio militar vaya adquiriendo tintes siniestros conforme es tomada por las sombras de la noche...

## **Trasmoz y las maldiciones**

Hay pueblos malditos. De verdad. Más adelante lo veremos. Porque más allá de sucesos extraños ligados a la propia historia de estos enclaves, hay poblaciones que sufrieron la ira de una Iglesia que consideró que había llegado el momento de dejar caer sobre los mismos una maldición, que dicho sea de paso, todavía no ha sido levantada. Trasmoz es un buen ejemplo de ello, porque este enclave no está maldito por cuestiones esotéricas, sino más bien porque hubo un tiempo en el que la Iglesia no fue capaz de «orientar» por los senderos de la fe a quienes allí habitaban, que optaron por ir por libre y no atender a los requerimientos eclesiales, muchos de ellos en forma de impuestos, que se les pedían.

A las faldas del Moncayo, al norte de la provincia de Zaragoza, se sitúa este singular enclave. Muy cerca se encuentra el Real Monasterio de Santa María de Veruela, en un entorno bello como pocos, cuya abadía inicial fue levantada en el siglo XII por los monjes del Císter. Por tanto, si detrás de esta obra se encontraban los súbditos de san Bernardo de Claraval, es probable que la elección del lugar no fuera casual.

La cuestión es que con los años dicho monasterio se convirtió en centro administrativo de la comarca, por lo que todos los pueblos de la zona le debían pleitesía espiritual, pero también económica.

Salvo Trasmoz, cuyos habitantes parecían empeñados en encrespar un día y otro también los nervios del abad, que veía cómo éstos se alejaban despacio pero sin freno de la doctrina eclesiástica, sin contribuir a que las arcas de la Iglesia fueran más y más suculentas.

Imagino que fue por este motivo y no por otros que hace setecientos años alguien, hastiado de los constantes enfrentamientos y desplantes de quienes habitaban la pequeña aldea, decidió que había llegado la hora de lanzarles una maldición. Maldición que perdura aún hoy...

## Contubernios, brujas y aquelarres

El escritor romántico más importante de todos los tiempos, Gustavo Adolfo Bécquer, pasó un tiempo en Veruela, y su ambiente cargado de historia y permanentes claroscuros hicieron que se inspirase para redactar su obra *Desde mi celda*. Fue en ese tiempo cuando quedó fascinado con la magia que parece envolver, conforme cae la niebla, a la población maña, con su supuesta historia pagana, que como veremos está plagada de brujas, de contubernios con el diablo y de aquelarres. Y fue tal el impacto que provocó en el sevillano, que escribió: «Los sábados, después de que la campana de la iglesia dejaba oír el toque de las ánimas, unas sonando panderos, y otras, añafles y castañuelas, y todas a caballo sobre escobas, los habitantes de Trasmoz veían pasar una banda de viejas, espesas como las grullas, que iban a celebrar sus endiablados ritos a la sombra de los muros de la ruinosa atalaya que corona la cumbre del monte».

No es de extrañar que el castillo cuya ruina hoy surge en las alturas del pueblo fuera asociado a ritos y aquelarres, ya que la leyenda, entre otras cosas, asegura que fue levantado piedra a piedra por un mago llamado Mutamín. La cuestión es que lo hizo en apenas una madrugada, gracias al pacto al que previamente llegó con el mismísimo demonio. Sea como fuere, a cambio, el señor del averno pidió que se le rindiese culto entre aquellas murallas, y desde entonces fueron muchos los aquelarres que se celebraron entre sus muros. Y como no podía ser de otro modo, así lo reflejó Bécquer: «Aquel que tiene por cimientos pizarra negra de que está formado el monte, y cuyas vetustas murallas, hechas de pedruscos enormes, parecen obra de titanes, es fama que las brujas de los contornos tienen sus nocturnos conciliábulos».

Entre todas las brujas que a lo largo de los siglos habitaron Trasmoz, si alguna destacó sobre las demás, ésa fue tía Casca, una mujer desaliñada que vestía de negro y cuya presencia infundía el terror entre sus vecinos y entre los habitantes de las poblaciones cercanas. Transcurría el año 1850 cuando, tras un tiempo de infortunio y malas cosechas, la anciana fue detenida. De ella se dijo que era experta en los aojamientos, que era capaz de hechizar con la mirada y de despertar enfermedades entre sus enemigos, o para bien de sus

clientes... La cuestión es que la bruja más temida de la comarca fue capturada cuando más fuerte se hacía entre las muralla del castillo, y la turba, que no atendía a demasiadas razones, la arrojó a lo más hondo de un barranco, y a la pobre vieja no le quedó más remedio que morir.

Pero como aparte de vieja era bruja, quienes participaron del linchamiento llegaron a la conclusión de que el alma oscura de la hechicera regresaría del infierno para vagar por los alrededores, y de este modo hacer la vida imposible a aquellos que se atreviesen a atravesar la barranquera a la que fue arrojada –otra versión asegura que fue ahogada en un arroyo–. Sea como fuere, la bruja existió, y Bécquer, una vez más, se hizo eco de las leyendas que nacieron a raíz de su muerte, como advertencia de lo que le podía pasar al viajero despistado. Decía así: «En ella fue despeñada la señora en cuestión, y al ser rechazada por Dios y por el diablo, su alma vaga por ese camino, y mediante engañosos sonidos, unas veces con lloros de niño, otras con gruñidos de lobo, atrae a los ingenuos caminantes para, con su seca mano, despeñarlos por el barranco». Cuestión que al parecer le confirmó un pastor que encontró en uno de sus paseos crepusculares por la zona: «Volví pies atrás, bajé de nuevo hasta donde se encontraba el pastor, y mientras seguíamos juntos por una trocha que se dirigía al pueblo, adonde también iba a pasar la noche mi improvisado guía, no pude menos que preguntarle con alguna insistencia por qué, aparte de las dificultades que ofrecía el ascenso, era tan peligroso subir a la cumbre por la senda de la tía Casca: “Porque antes de terminar la senda tendríais que sortear el precipicio al que cayó la maldita bruja que le da su nombre, y en el cual se cuenta que anda penando el alma que, después de dejar su cuerpo, ni Dios ni diablo han querido para suya”». Pues eso, Bécquer en estado puro...

### **Motivos para una maldición**

Sin dejar de lado que la presencia de brujas en la región fue real, incluyendo a la legendaria tía Casca, no menos lo es que detrás de tanta acusación pudo haber un argumento más... ¿cómo decirlo...? pecuniario. Porque como asegura Alfredo Orte Sánchez en sus *Enclaves de leyenda*, las brujas eran tan

demoníacas que «se decía de ellas que sacrificaban a niños recién nacidos para prolongar su jovialidad y retrasar su envejecimiento, o que disfrutaban provocando tormentas, esterilizando jóvenes parejas o anegando los campos de langostas. Otra curiosa historia recogida en la octava carta de Veruela nos cuenta el intento del párroco mosén Gil *el limosnero* de exorcizar el lugar y así expulsar a las brujas de Trasmoz, y que por desgracia no fructificó por la respuesta de éstas a través de los encantos de su sobrina Dorotea, también bruja. En tiempos aún más recientes se habla de la existencia de otra bruja llamada Galga y de su hija, de la que incluso se conserva una fotografía que podía verse en el clausurado museo de la brujería».

Así las cosas, dejando a un lado el aspecto pagano de esta historia, no menos cierto es que tales acontecimientos, como acabamos de leer, se exageraron hasta la extenuación. Y detrás de estas exageraciones son muchos los que ven la figura no menos siniestra del sacristán de Tarazona Blasco Pérez, que a mediados del siglo XIII habitó en el interior de la fortaleza y al parecer se dio a la labor de falsificar moneda, lo que molestó muy mucho al abad del monasterio de Veruela, que veía que el asunto se le estaba escapando de las manos. El objetivo de estas historias era evidente: espantar de los alrededores a los curiosos atraídos por las falsificaciones que allí se realizaban con historias aterradoras, en las que ánimas y hechizos, brujas y aojamientos eran los protagonistas indiscutibles.

Fue entonces cuando, apoyándose en las acusaciones de brujería, las autoridades eclesiásticas de aquel tiempo decidieron excomulgar no sólo a los participantes en dichos supuestos rituales, sino a todo el pueblo entero.

Lo interesante es que han pasado más de setecientos años y todavía hoy continúa bajo castigo de excomunión, ya que a ningún papa se le ha ocurrido levantar la misma. Y aunque parezca mentira, la cosa no quedó ahí. El carácter de los habitantes del pueblo maño hizo que, años después, otro abad, convencido de que a los lugareños no les causaba excesiva inquietud la excomunión impuesta, decidió dar un paso más allá y lanzó una maldición sobre el pueblo y sus gentes.

Y para hacerlo más oficial leyeron el salmo 108 del Libro de los Salmos, que dice así: «Danos tu ayuda contra el adversario, porque es inútil el auxilio de los hombres. Con Dios alcanzaremos la victoria, y él aplastará a nuestros

enemigos».

Poco después cubrieron con un velo negro una cruz que todavía permanece a la entrada del pueblo, y que hoy es símbolo de que siete siglos después la condena continúa vigente.

Llegados a este punto, hay que decir que Trasmoz continúa excomulgado, que la maldición no se ha levantado, y que esta historia ha traspasado las barreras del tiempo y son miles las personas que acuden allí cada año, atraídos por tan singular leyenda.

Se realizan fiestas de brujas, de plantas medicinales, se recuerdan ceremonias paganas de otro tiempo en un espectáculo verdaderamente recomendable. Y se dejan buenas cantidades de dinero; dinero del que sigue sin ver ni un céntimo el abad de Veruela...

## **Las voces de Belchite**

Camino del sur, hacemos una breve pero emotiva parada. Salimos de Zaragoza por la N-232, desviándonos de nuestro trayecto antes de llegar a Fuentes de Ebro. El lugar al que nos dirigimos está maldito, pero por avatares algo más mundanos que misteriosos, pese a que muy extraño parece ser el mecanismo que mueve al ser humano a cometer tales atrocidades.

La guerra civil se cebó con sus casas, con sus gentes; en definitiva: con su vida. Estamos en el que para muchos investigadores es el santuario de las psicofonías, las voces sin rostro...

Hoy se accede al viejo pueblo de Belchite atravesando el Arco de la Villa, que se cree fue la entrada principal, ya que de él arranca la vía que lo atraviesa. Toda la construcción es de estilo barroco-mudéjar del siglo XVIII, época en que la edificación del arco-capilla era muy habitual.

Atrás quedan los ecos de soledad en esta ciudad fantasmagórica, en la que destaca sobre las demás construcciones la iglesia de San Martín de Tours, la más sólida de las existentes, y en la que todavía podemos observar los agujeros por los que hace más de sesenta años penetraron las bombas provocando el miedo, la desesperación y la muerte.

En tiempos, estas calles que hoy aparecen vestidas de ruina fueron el orgullo del arte mudéjar; pero las bombas fueron culpables de la desolación que ahora podemos contemplar.

Como ya he dicho, Belchite es desde hace algo más de dos décadas uno de esos lugares totémicos para los amantes del misterio. Aquí se han obtenido algunas de las psicofonías más sorprendentes del mundo. Mi querido amigo, el investigador Pedro Amorós, reflejaba en su libro *Guía de la España misteriosa* –Libros Cúpula, 2009–, lo siguiente: «Lo que nos llevó por vez primera hasta el pueblo no fue precisamente su historia, sino lo que aparentemente, y en base a varios testimonios, ocurrió a partir del año 1986.

»Carlos Bogdanich, buen amigo e investigador –en aquel entonces director y presentador del programa “Cuarta dimensión”, de Radio Heraldo de Aragón–, se trasladó desde los estudios de Zaragoza hasta el pueblo abandonado con el fin de grabar un programa desde las ruinas del mismo. Según cuenta, quedó registrada toda una serie de sonidos y momentos que podrían considerarse de batalla. Pero lo verdaderamente increíble es que fueron fragmentos muy largos, tanto que no pueden tratarse como psicofonías, ya que éstas se caracterizan por ser espontáneas y breves.

»Carlos me entregó una copia de la cinta original para que la analizase, y sólo puedo decir que aquellos sonidos se oían perfectamente: tanques, disparos, gritos, aviones, bombas, ametralladoras... Todo lo que en una batalla se podía encontrar.

»¿Halló Carlos Bogdanich una puerta hacia el pasado y, como muestra la grabación, ésta es la prueba?

»Antes de conocerlo siempre fui muy escéptico, y llegué a pensar que aquel día, y con los medios de que la emisora disponía, se desplazó al lugar con el propósito de hacer un programa de radio y acabó realizando una grabación para obtener psicofonías. Dado que supuestamente llevaría sonidos de guerra para amenizar el programa, era muy posible que, voluntaria o involuntariamente, dichos sonidos pasaran a la cinta de grabaciones, confundiéndolos o difundiéndolos como auténticas psicofonías. Pero... ¿existe un “pero”?



»La primera vez que estuve en Belchite fue en el año 1999 con mi buen amigo e investigador Ángel Briongos. Recuerdo que, mientras preparábamos la investigación, estaba en su despacho, rodeado por miles de libros y de periódicos antiguos, y Ángel me preguntó: “¿Pedro, crees que las psicofonías de Bogdanich son auténticas?”. Yo le contesté claramente: “No lo sé, Ángel. Tengo mis dudas, ya que las psicofonías no suelen tener esa extensión ni tampoco esa claridad. Además, se caracterizan por ser en tiempo real, ya que es muy extraño –o casi imposible– que un sonido del pasado pueda quedar registrado en una cinta magnetofónica”.

»Sin embargo, esa noche fuimos a Belchite varios investigadores de la SEIP, entre los que se encontraban Javier García Blanco, José Ignacio Latorre, Sergio Esteban, Ángel Briongos, Ángel Gormaz... Cuando vi el pueblo, me impresionó. Era algo que estaba muy por encima de lo que habitualmente veía. Aquel silencio... era desconcertante.

»Intentamos obtener algún registro psicofónico y, tras el montaje de los equipos, situamos varios grabadores que al unísono comenzaron a registrar el ambiente. Tras varias pruebas y algunas psicofonías muy claras, como “¡Paren el reloj!”, “¡Vive en pecado este hombre!”, y algunas otras que ya han adquirido alguna fama, obtuvimos una que me dejó perplejo. Todos, absolutamente todos los que estábamos allí, pudimos oír durante la reproducción una especie de sonido similar al de una avioneta haciendo un picado rasante y soltando una bomba.

»“¡Joder! –exclamé–. Pero ¿qué es esto?”

»No podía ser. Había grabado lo que antes pensaba que era imposible. Entonces me vino a la cabeza Carlos Bogdanich, y todo mi escepticismo empezó a derrumbarse como una torre de naipes. Sinceramente, no puedo dar una explicación de lo que es ni de lo que ocurrió aquel día. Y desde luego ahora respeto mucho las grabaciones de Carlos, pues no sería justo decir otra cosa después de nuestra experiencia.

»Posteriormente he accedido al lugar en multitud de ocasiones, y pese a que he obtenido muchos registros psicofónicos, algunos buenos y otros no tanto, nunca he vuelto a lograr algo así, si bien es cierto que un día pude

grabar en compañía de un equipo de televisión de Antena 3 para el programa “Otra dimensión” una psicofonía en la que podía distinguirse con cierta claridad algo parecido a un fusilamiento, con disparos incluidos».

Sin embargo, como bien apunta Amorós en su libro, Belchite es más que barbarie humana y psicofonías: «Algunos testigos contaban que, caminando por la calle principal, algunas piedras saltaban a su paso. Otros decían haber visto una figura fantasmal –captada en una fotografía– en la iglesia de San Agustín. Y había quienes hablaban de sonidos extraños y de misteriosas presencias. Algunos dicen haber visto la imagen de un niño sobre el campanario de la iglesia de San Martín, y así podríamos nombrar multitud de testimonios variados. No podemos olvidar que Belchite tiene una historia muy sangrienta, y de sus tiempos de guerra se cuenta que los cadáveres se apilaban por centenares a los lados de la calle principal, dado que, según las crónicas de la época, en este pequeño pueblo murieron más de seis mil personas. Lógicamente, tan tremendo hecho debe de influir en la situación sugestiva y psicológica de muchos testigos, aunque tampoco se puede descartar la fenomenología paranormal. Sin embargo, ésta es en su mayor parte aislada, y eso ya nos dice algo al respecto.

»Como hecho curioso o popular, resaltar que Belchite ha sido escenario de muchos rodajes cinematográficos, así como de series de televisión. Los habitantes del nuevo pueblo piensan que uno de los grandes aciertos que tuvo su mandatario fue el consentimiento para el rodaje de una película dirigida por Terry Gilliam en el año 1988, *Las aventuras del barón Munchausen*, que supuso para el pueblo un incremento de popularidad y benefició la economía de los vecinos. De igual manera, cabe destacar algunas películas importantes que también han sido rodadas en este lugar, como por ejemplo, *El laberinto del fauno*, de Guillermo del Toro (2005); *Buen viaje, excelencia*, de Albert Boadella (2003); *El expediente Belchite*, de Óscar Parra (2008), etcétera.

»Y por todo ello invito a que quien desee recordar esos tiempos de guerra, rodeado de misterio, pasee por las calles de Belchite Viejo, para que pueda reflexionar sobre lo que fue una guerra y lo que todavía puede quedar encerrado sutilmente entre sus muros...»

Detonaciones, gritos, desesperación, muerte... Ése es el terrible cóctel que hace de un lugar tranquilo y apacible un enclave oscuro y maldito.

## Los Rodeos, el aeropuerto maldito

27 de marzo de 1977. Ese día se dieron los fatídicos condicionantes para que la tragedia, como si de una nueva maldición se tratara, finalmente se desencadenase. Y es que fue tan brutal el desastre que pocos han dudado a la hora de catalogar dicho suceso como nuestro particular *Titanic*.

El aeropuerto tinerfeño de Los Rodeos, muy cerca de la capital, Santa Cruz, fue triste protagonista de la que hasta hoy es la mayor catástrofe aérea de la historia de la aviación. Y como ocurriera con aquel mítico buque transatlántico a lo largo de las horas previas se dieron una serie de «casualidades» que parecían orientadas a que finalmente se desencadenase el horror.

Los aviones implicados en el desastre habían sido desviados del aeropuerto de Gando, en Gran Canaria, ya que los servicios de seguridad aeroportuarios habían recibido una amenaza de atentado, que en cierto modo vendría a confirmarse cuando en una floristería cercana detonó una pequeña bomba casera. Por este motivo, el aeropuerto tinerfeño se vio colapsado de aviones, algunos de ellos demasiado grandes para las características de Los Rodeos.

Quién sabe si la impaciencia, las condiciones climatológicas –ese día, como tantos otros, soplaban el alisio haciendo que prácticamente todo el recinto estuviese cubierto por una espesa niebla que apenas si permitía ver lo que había un metro más adelante– o una suerte de maldición que se agarraba con fuerza al enclave desde hacía décadas, fueron los desencadenantes de un suceso que jamás debería de haberse producido. Bien es cierto que las leyes en lo que a la seguridad aérea se refiere cambiaron a partir de aquella aciaga jornada. Pero fueron necesarios 583 muertos para que fuera así... Un precio demasiado caro.

Para entender lo ocurrido he de decir que por entonces el aeropuerto de Los Rodeos poseía dos pistas: una llamada «de rodadura», por la que los aviones, uno detrás de otro, se colocaban en cabecera de pista, y la de despegue. Pues bien, un piloto holandés con demasiada prisa que comandaba un 747 de la compañía KLM decidió saltarse una de las tres calles que unían ambas pistas y entrar en dirección contraria a la de despegue, quién sabe si

para librarse del atasco que se estaba formando en la de rodadura. Y lo hizo en el instante en que un Jumbo 747 de la Pan Am iniciaba el despegue. No hubo tiempo para la reacción. Pese a que el avión americano intentó levantar el vuelo, ambos aparatos colisionaron, dejando la pista de hormigón repleta de combustible, fuego, restos metálicos y cadáveres.

Los primeros en llegar al lugar para prestar auxilio fueron los militares del acuartelamiento del propio aeropuerto. Lo auténticamente terrible fue que a consecuencia de la niebla no se percataron de que había otro avión siniestrado, por lo que el número de bajas aumentó considerablemente al no ser atendidos a tiempo.

Y fue entonces cuando la leyenda negra salió a relucir... Porque fueron muchos los que gritaron a esos mismos vientos alisios que el lugar no era el más idóneo para ubicar un aeropuerto; siempre con esa niebla posada sobre el mismo.

Rápidamente empezaron a circular todo tipo de historias. Todavía hoy podemos oír a quienes defienden que existe un mapa realizado por los nazis durante la segunda guerra mundial donde aparecía marcado el lugar, porque allí, pensaban, se había de ubicar el aeropuerto. Lo que ocurre es que –y así lo afirma la leyenda– lo que en realidad se marcaba en el mapa era dónde no debía estar. No tiene demasiado sentido marcar el sitio donde no deseas construir nada; por tanto, pronto se supo que antes de que los nazis –como veremos más adelante– pisaran la isla buscando quién sabe qué, ya existía en este mismo paraje un pequeño aeródromo con pista de tierra para avionetas, donde, dicho sea de paso, se habían estrellado unas cuantas.

Pero hay más, y aquí es donde entra la tradición: desde tiempo de los guanches, los primigenios habitantes de Canarias, este suelo era sagrado, y allí, cuentan sus herederos, había un templo de adoración a los antiguos dioses, e incluso algún enterramiento. Vamos, que no convenía que fuese profanado, y sin embargo nadie pareció prestar atención a las advertencias...

## **Premoniciones**

Quizá uno de los extremos más interesante de este asunto fueron las premoniciones, porque las hubo, y además quedaron plasmadas por escrito tiempo antes. El caso más destacado fue el protagonizado por un muchacho llamado Lee Fried. En una de las investigaciones que realicé sobre la catástrofe de Los Rodeos tuve la oportunidad de conversar con un querido amigo, el periodista canario José Gregorio González. Él fue quien me descubrió la historia de Fried: «Lee Fried es un joven que se prestó a ser sometido a una serie de pruebas de precognición en la Universidad de Duke. El experimento consistía en adivinar los titulares de prensa de la semana siguiente –21 de marzo de 1977–. Escribió las predicciones en unas tarjetas, varios testigos las firmaron, las metieron en un sobre y después en una caja cerrada con combinación. Al abrir el sobre una semana después, en la tarjeta ponía: “583 muertos en la colisión de los dos 747. La más grande catástrofe de la historia de la aviación”». Increíble... pero cierto. Hay más. Quizá el testimonio más escalofriante fue el del superviviente Norman Williams. Ya dentro del avión, al ir a acomodarse, tuvo una extraña sensación, tan fuerte que rápidamente empezó a gritar. Y fue tal el escándalo que, siguiendo los protocolos habituales para este tipo de casos, fue evacuado. Poco después contaría en su libro *Terror en Tenerife* que al ir a sentarse comprobó que la escena que tenía delante era la misma que había visto días atrás en una película titulada *El barco de los tontos*, una cinta de serie B que habría pasado sin pena ni gloria, incluso para Williams, de no ser porque en la misma los protagonistas navegaban hacia la eternidad sin ser conscientes de que estaban todos muertos...

El tiempo ha pasado y Los Rodeos posee hoy día unas instalaciones modernas y adaptadas a las necesidades actuales. Pero desde aquel día no ha logrado quitarse la etiqueta de aeropuerto maldito en el que, en ocasiones, incluso se producen fenómenos extraños. Posiblemente el más llamativo es la aparición de una niña pequeña que al parecer se ha visto en las inmediaciones del recinto militar anexo al propio aeropuerto.

Sea como fuere, la catástrofe de Los Rodeos marcó un antes y un después en la historia de la aviación. Y por supuesto en el lugar, que ya no ha vuelto a ser el mismo.

## **El barranco de Badajoz**

Y ya que estamos en Tenerife, puedo asegurar que pocos lugares he visitado tan siniestros como éste. Situado a pocos kilómetros de la localidad de Güimar, se accede a él por una estrecha carretera que parte desde dicha localidad. Carretera que conforme avanzamos se convierte en camino de montaña. Y aquí eso es sinónimo, como de hecho me ha pasado en más de una ocasión, de circular despacio, ya que las ruedas suelen clavarse en la superficie de piedra volcánica picada, haciendo que el agradable paseo se transforme en una desagradable pesadilla.

La montaña crece vertiginosa, y cuando nos percatamos de ello hemos de abandonar el vehículo y empezar a caminar. Es entonces momento de respirar profundamente, de percibir un ambiente que se va condensando, adquiriendo la textura de una espesa niebla que casi se puede cortar. La escasa vegetación se agarra a las empinadas laderas, confiriendo al lugar un aspecto desolador.

El inicio del periplo a pie se hace penoso los primeros metros; demasiados asideros, muchos recovecos y una senda por la que apenas cabe una persona. Pero poco más adelante la situación cambia, y el espacio se amplía. Los raíles oxidados y la tanqueta que hay al final del trayecto ponen de manifiesto que en tiempos pasados no se respetaron lugares como éste. Porque era sitio sagrado para los primitivos guanches, que veían en este enclave un centro de poder importantísimo para celebrar ritos y poner en marcha los mecanismos de su milenaria magia.

Hoy apenas nada de eso nos ha llegado, pero qué duda cabe que pisamos un lugar especial, en el que es fácil percibir el peso del aire, y en el que cada sonido despierta los cinco sentidos. Yo he tenido la oportunidad de acudir junto a varios amigos que continúan practicando la tradición de sus ancestros, lo que sin duda ha hecho que la visita sea más especial si cabe. Porque aquí la naturaleza, pese a su verdor, parece muerta; los ecos de nuestros pasos resuenan en el corazón del cañón. Los pájaros callan, los roedores enmudecen... todos se esconden, porque esta grieta en la montaña aún guarda demasiados secretos.

## **Seres ígneos**

La fama del barranco sobrevino repentinamente entre los años 1910 y 1912. Por aquellas fechas un grupo de trabajadores se afanaban en horadar el poroso suelo con la finalidad de dar con una de esas bolsas de agua que en ocasiones emergían de las entrañas de la tierra. Conforme se aproximaba la tarde, los hombres sufrieron un desafortunado accidente que, pese a no saldarse con víctimas, sí provocó una parada inesperada en sus labores de búsqueda. Cuando se encontraban desescombrando el derrumbe, se percataron de que algo más abajo había una escalera en el interior de una gran cueva. Sorprendidos y presos de la curiosidad, decidieron bajar. No fue posible. A los pocos segundos, dos seres muy altos vestidos de blanco aparecieron en el interior de la oquedad, y los trabajadores, que conocían muy bien el barranco y las leyendas que de él se contaban, salieron huyendo como alma que lleva el diablo, dando parte de lo sucedido en el cuartel de la Guardia Civil de Güimar. Pese a los añadidos que el tiempo ha incorporado a esta narración, lo cierto es que la experiencia fue desagradable; los dos misteriosos personajes no transmitían «buenas vibraciones».

Hay una segunda versión que afirma que los seres, que en este caso debían de ser muy majos, se comunicaron con los muchachos, indicándoles dónde podían encontrar el ansiado líquido elemento. Éste fue el comienzo de una trama que ya se ha convertido en leyenda. En la actualidad decenas de personas acuden, especialmente los fines de semana y la noche de San Juan, para intentar desvelar los secretos que se esconden en el barranco. Y son muchos los que afirman haber tenido experiencias; agradables unos, y otros no tanto. Pero aún hay más misterios...

## **Desapariciones**

Hay historias que se narran al calor del fuego. La siguiente desaparición es la más conocida de cuantas se cuentan en Canarias, pero posiblemente también la más inverosímil, de no ser porque el escenario de los hechos fue el misterioso barranco de Badajoz; y porque en las últimas décadas son muchos los testigos que aseguran haber desaparecido en el lugar acompañados de seres muy especiales.

Según las crónicas orales, el suceso se produjo a finales del siglo XIX. Por aquellas fechas, una niña que habitaba en la cercana población de San Juan fue enviada por sus padres a recoger frutas de los árboles que se hallaban a la entrada del barranco. La muchacha, presa del cansancio, se quedó dormida. Horas después notó que alguien posaba una mano sobre su hombro derecho. Al abrir los ojos se percató de que quien reclamaba su atención era un hombre muy alto, quizá demasiado. La chica no tuvo miedo; sintió una inmensa paz inundando su espíritu, y poco después acompañó al misterioso aparecido al interior de una cueva, descendiendo a la misma por una escalera labrada en la roca madre. Tras permanecer varias horas conversando con el enigmático individuo, decidió regresar a casa. Era lo más lógico y su acompañante así lo entendió, dejando que marchara.

Al llegar, observó que sentados alrededor de la mesa camilla del pequeño salón, dos ancianos permanecían en estado de *shock*, sin entender qué había pasado. Su hija estaba igual, con la misma mirada inocente que tenía el día que desapareció, varias décadas atrás...

Relatos así son muy frecuentes en lugares aislados del planeta, como las cuevas de los Tayos, en Ecuador, que para investigadores ya fallecidos como Andreas Faber-Kaiser o Paul Moriz no son sino la entrada a un mundo subterráneo en el que habitan unas entidades digamos que «muy especiales». Y lo mismo ocurre en el argentino cerro Uritorco, donde dicen que se sitúa una ciudad invisible, en otro plano, de nombre Erks. Llama la atención el elevado número de desapariciones que aquí se han producido en las últimas décadas. Y aquellos que han regresado hablan de ciudades subterráneas y de seres luminosos.

De vuelta al barranco tinerfeño, sobre la desaparición de esa joven se ha dicho de todo, incluso que sus descendientes viven y son muy conocidos en la cercana localidad de Güimar. Pero lo cierto es que nadie los ha localizado.

Por si acaso, la citada cueva en la que permaneció por espacio de unas horas sí fue hallada y tapiada años atrás, para evitar posibles episodios similares.

No sabemos si dichos seres habitan o no en el barranco. Es posible que sea mejor pensar que se trata de una apasionante leyenda, pero la evidencia objetiva es que la noche del 1 de julio de 1990, el fotógrafo Teyo Bermejo



tuvo la oportunidad de fotografiar algo muy extraño. Conocedor de los misterios que encerraba el barranco, y pese a la firme recomendación de algunos expertos de evitar acudir de noche, el joven decidió emprender su particular aventura dirigiéndose a las entrañas del barranco, un lugar en el que, por cierto, la temperatura apenas varía con independencia de la época del año en la que nos encontremos. El silencio era sepulcral y la oscuridad lo invadía todo. El bueno de Teyo dejaba pasar los minutos, cuando en décimas de segundo se percató de que sobre su cabeza había un pájaro, sin duda demasiado grande, batiendo las alas. El fotógrafo, llevado por su afán de obtener algún documento, cogió la cámara de fotos y disparó varias instantáneas dirigiendo el objetivo a los cielos. A partir de ese instante el silencio fue total, por lo que con cierta congoja abandonó el lugar.

La sorpresa llegaría al revelar las fotografías. Sobre el papel, y también en el negativo, aparecía una figura con alas realizando un movimiento brusco; como si desprendiera una gran energía. Pese a lo controvertido de la imagen, lo indudable es que a día de hoy nadie ha podido demostrar que sea un fraude.

¿Quiénes son los seres de blanco? Así de primeras diría que ni idea. Pero podemos acudir a lo que nos cuenta la tradición. Por ejemplo, en su versión más traviesa encontramos a criaturas similares en el siempre evocador –y posiblemente irreal– universo de los elementales. En las tradiciones de medio mundo existe la representación de ese ser de luz, casi siempre con apariencia femenina, que se dedica a ayudar al extraviado, especialmente a los niños. En el norte de España son conocidas como anjanas, hadas del agua, xanas...; aunque estas últimas se dedican a engatusar a los curiosos que entran en los bosques sabedores de su existencia. En este caso según la mitología astur.

Son nombres sonoros e historias bien construidas que pretenden descubrir quién hay detrás de los casos que acabamos de narrar, y que no dejan de ser la punta de un iceberg en el que la mayoría de los testigos refieren lo mismo. Por tanto, habrá que pensar que haberlas...

## **Los nazis y el barranco**

Escribía hace años en mi querida revista *ENIGMAS* el joven periodista canario David Heylen Campos que: «Hacia 1960 arribó a Güimar un ciudadano alemán que preguntó por un vecino del pueblo. Este vecino trabajaba en el mantenimiento de los canales de agua en el valle. El alemán – pues tal era su procedencia– traía un plano del valle de Güimar y se lo mostró a este vecino con el propósito de que lo ayudara a encontrar sobre el terreno siete señales que aparecían sobre el plano. Naturalmente, el vecino acompañó al extranjero a buscarlas. De las siete señales sólo pudieron dar con una, que se hallaba en un sitio muy abrupto y de difícil acceso. En esta señal podían observarse tres letras labradas profundamente con cincel y martillo en la roca. Las tres letras eran –y son, porque aún hoy siguen estando ahí– A.V.O., o A.V.D., ya que la letra O podría también ser una D. En cuanto a cuáles eran las otras seis señales, o qué fue del alemán y de su plano, jamás se supo nada más». Pero lo cierto es que tiempo atrás los secuaces de Hitler estuvieron muy interesados en este lugar. ¿Por qué? ¿Hallaron algo que tenía que ver con el plano y las señales? Sea como fuere, Heylen continuaba diciendo que «es curioso que ya sobre 1920 los alemanes mostraron gran interés por esta zona de la isla. Dejo aparte los intereses estratégicos o militares, pero pensemos que, como decía Ramsey, el pueblo alemán tenía un pie en la Atlántida y otro en la Tierra; por eso no nos asombra el hecho de que durante esos años mantuvieran en Güimar dos sanatorios. Quizá éstos cumplían una misión militar, pero un dato significativo es que en ellos había un oriental que curaba con las manos a las personas y a los animales. De hecho, en Güimar aún puede oírse el dicho: “Eso no lo cura ni el chino”. O tal vez podríamos pensar que el interés de los alemanes por el barranco estuviera basado en la fabulosa visión de una ciudad de cristal, que a veces puede ser observada cuando la niebla cubre el lugar por completo.

Así al menos lo aseguran los pocos testigos que dicen haber tenido la fortuna de contemplarla».

Seres de blanco, ciudades fantasma, hombres-pájaro, misteriosas desapariciones, y además hay quien afirma que en las alturas del barranco, en esas cuevas de imposible acceso, se encuentra la mítica caverna de los reyes guanches, en la que monarcas como Bencomo descansan en paz rodeados de su fastuoso tesoro. Eso es algo que quienes aún practican los ritos animistas de

esta etnia, los descendientes de los antiguos pobladores de las islas, saben muy bien. Pero evidentemente, el secreto, transmitido de generación en generación, continúa siendo precisamente eso, un secreto.

## **El alma de Tacande**

Muchos son los enigmas que se esconden en las islas, pero poco el espacio que tenemos para desarrollarlos. Por ello, haciendo un homenaje al que seguramente fuera el primer suceso paranormal registrado por estas tierras rodeadas de agua, saltamos de Tenerife a Las Palmas, y más concretamente, al centenario municipio palmero de El Paso.

Tras la conquista de los españoles a finales del siglo XV y principios del XVI, uno de los primeros asentamientos de castellanos en el archipiélago fue el que se instaló en esta tierra, rodeada por un deforme mar de lava que poco o nada se parecía a los páramos y montañas de los que procedían los nuevos colonos.

Pues bien, en este territorio de piedras retorcidas se halla la casa de Tacande, un lugar en el que en 1628, y durante 87 días, se desarrollaron tal cantidad de fenómenos extraños, que fueron observados por decenas de personas, que obligaron a los miembros de la Iglesia a intervenir, hasta el punto de abrir una investigación y posteriormente oficiar una misa en todo el archipiélago. ¿Qué fue lo que ocurrió?

La pericia de un buen amigo, el ya citado periodista tinerfeño José Gregorio González, sirvió para llegar hasta la figura del cronista palmero Juan Bautista Lorenzo Rodríguez, que tuvo acceso –cuando aún no se habían perdido o destruido los documentos eclesiásticos relativos al caso– a las declaraciones de los testigos. Éstos referían voces de procedencia desconocida que incluso contestaban a sus interlocutores, movimiento de objetos con gran violencia, manifestaciones de aparecidos, etcétera. Cuentan las citadas crónicas que «en el tiempo que estuvo –habla un testigo–, que fueron 87 días que tengo referidos, hizo esta alma muchas travesuras en esta casa. En un principio, cuando llegó, hacía que era bruja tocando un tamborcito y pandero y entraban dentro de casa todas las noches que parecían que estaban

más de cien mujeres con mucho baile, tocando castañuelas y el tamborcito y pandero; unas cantaban y otras respondían, otras bailaban, lloraba un niño como si fuese recién nacido, con que decíamos todos que eran brujas». El asunto finalizó con la intervención de los sacerdotes en una operación sin parangón: se realizó «sermón muy grande en razón del Alma de Tacande; y aquel día mandó el señor Obispo que todos los Sacerdotes así Clérigos como Religiosos dijese misa para el Alma de Tacande, excepto los Capellanes del Rey».

Y así se fue el alma a mejor lugar. No obstante, conviene advertir que los sucesos paranormales han sido rescatados puntualmente por la tradición popular, que es sabia y pocas veces se equivoca. Vamos, que los extraños fenómenos se manifiestan como y cuando les viene en gana, incluso en la actualidad.

### **La pirámide de los muertos**

Siempre que circulo camino de mi amada Cantabria –hace años que me considero un andaluz del norte–, intento recorrer las rutas que te permiten disfrutar del paisaje con tranquilidad, sin la prisa que requiere la autovía. Por eso, cada vez que puedo, al salir de Burgos me desvío hacia el puerto del Páramo de Masa, un lugar yermo en las alturas donde tiempo atrás se produjo un avistamiento ovni que dejó huella, no física pero sí emocional. Fue en el año 1977. El mes: septiembre. Los testigos: cinco miembros de una misma familia, los Serna, que procedían de la localidad de Montorio y que viajaban en su Land Rover por los mismos lugares que yo disfruto recorriendo. Fue de madrugada cuando su vida cambiaría, y así lo recordaban para las cámaras de la inolvidable serie «Más Allá», dirigida por el gran Fernando Jiménez del Oso: «Fue Prudencio el primero que vio una cosa rara, pero claro, se calló. Pero cuando regresábamos, al final de la finca en la que estábamos cazando, me quedé mirando y dije: “¿qué es eso?, ¿la luna?” Mi tío me miró y me dijo: “Qué va a ser la luna si la luna está ahí atrás”. Allí estaba, tan grande como la luna y de un color más claro. De repente aquello se nos vino encima;

pensábamos que se nos caía en la cabeza. Se acercó a tal velocidad que pensamos que se aplastaría contra la tierra. Era como una plaza de toros. Después se alejó a toda velocidad y desapareció».

No voy a negar que son muchas las ocasiones en las que me he parado en el mismo punto donde se produjo aquel avistamiento, también de madrugada, con la esperanza de que si ya ocurrió una vez, por qué no una segunda. De momento hay que decir que se hace esperar...

Más adelante, cuando el majestuoso pantano del Ebro queda atrás y la montaña comienza a crecer, la carretera serpentea al ritmo que impone el puerto. Arriba, un cartel advierte que llegamos a Cantabria, y al otro lado, el bellissimo valle de los pasiegos se abre a nuestros ojos, cargado de leyendas, habitado desde el tiempo de los siete clanes por ojáncanos, neberus, musgosos o cúlebres. Quizá por eso, porque la estampa desde este auténtico nido de águilas es sobrecogedora, pase desapercibido un monumento que se asoma al otro lado de la cumbre, protegido por unos cuantos árboles y siempre rodeado del ganado que pasta, manso, sobre este verde prado. Es el conocido como Pirámide de los Italianos, un templo que pretende combatir el olvido, vestigio de una guerra cruel y donde fueron enterrados decenas de soldados caídos en estas tierras el 14 de agosto de 1937. Esa jornada, varios militares italianos encabezados por Pietro Battiston, oficial de la División Littorio, cayeron ante los veintidós batallones republicanos que defendían la frontera del norte. Contaba tiempo atrás el investigador Juan Gómez en la revista *Año/Cero*, que «tras la contienda y una vez finalizada la guerra, el gobierno franquista junto con el italiano se volcaron en la creación de un mausoleo dedicado a los soldados italianos caídos en aquel enfrentamiento. El total de bajas sufridas fue de 372: 360 soldados y 12 oficiales. Para ello, el propio Franco y el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini y ministro de Exteriores, llegaron al acuerdo de construir una pirámide que albergaría los restos de los soldados italianos pertenecientes a dicha división».

Y fue aquí, en las alturas del puerto del Escudo donde se ubicó el curioso monumento; una pirámide escalonada de más de veinte metros cuya entrada estaba jalonada por una M gigante que pretendía recordar así que los que fallecieron lo habían hecho por su *duce*, Mussolini.

Pasaron los años y el lugar se fue cubriendo de musgo y olvido. Al menos hasta el 9 de mayo de 1971. Ese día, continuaba Gómez, «un grupo de familiares y excombatientes que habían sobrevivido a aquel combate viajaron desde Italia en autobús para celebrar un acto de homenaje a los soldados caídos. Cuando regresaban en dirección a Santander, la tragedia se cebó con ellos. El autobús empezó el descenso del puerto sin mayores problemas. Sin embargo, la pronunciada pendiente de la carretera junto con las sinuosas curvas y la longitud del puerto, hicieron que el conductor se emplease a fondo con los frenos. Poco antes de llegar, el autobús se enfrentó a la curva más peligrosa de todas. El conductor accionó los frenos, pero éstos, debido al sobrecalentamiento, ya no respondieron. Al autobús y a parte del pasaje les esperaba un destino terrible. Ante la imposibilidad de mantener el vehículo sobre el asfalto, éste se precipitó más de cien metros ladera abajo, desencadenando la tragedia.

»El accidente se llevaría por delante la vida de once personas, algunas de ellas soldados que cuarenta años antes habían estado combatiendo en ese mismo lugar. Por la acción de algún resorte que no acabamos de comprender, como si de un macabro juego del destino se tratara, la muerte los alcanzó donde cuatro décadas antes habían sobrevivido a las bombas, a las balas y los cañonazos (...). Desde entonces, la pirámide construida en el puerto del Escudo ha quedado abandonada y el estigma de lugar maldito pervive entre sus muros. Dejada a su suerte, el paso de los años –y de los vándalos– ha hecho mella, no tanto en su exterior como en el interior, vacío desde que el gobierno italiano pidiera retirar los restos de los soldados.

»Hay personas que aseguran que en realidad no permanece vacía, que algo sigue presente; testigos que afirman que han salido sobresaltados de ese lugar porque “algo” parecía tocarles la espalda con una mano helada, o que afirman que mientras realizaban grabaciones en su interior “alguien” había dejado su mensaje en forma de extraña y sobrecogedora voz».

El lugar impone. Está protegido por esa aura espesa de los lugares en los que ha habido demasiada muerte. Por eso no es extraño, si atendemos a la mil veces citada teoría de la impregnación, que si la tensión, el miedo o el horror se agarran con fuerza a los lugares donde se desencadenan, éste sea uno de sus favoritos. Tiene todos los ingredientes para ello. Juan Gómez, que al margen

de amigo y buen cántabro es un investigador infatigable, anduvo buscando testigos de los fenómenos que al parecer todavía hoy se producen en el lugar, y los encontró: «Óscar Sainz, llamado por la terrible historia que gira alrededor de este monumento, decidió adentrarse en el interior de la pirámide. No tuvo valor para bajar al sótano donde un día reposaron los cuerpos de doce oficiales italianos, pero sí para, mientras caminaba por el interior, grabar con su móvil sensaciones e impresiones. La grabadora recogía el sonido de sus pasos sobre las lápidas rotas y su voz describiendo lo que veía y sus quejas ante el lamentable estado de conservación que presentaba: “Lo primero que haces es entrar con mucho respeto, como si estuvieras en un cementerio. Saqué unas cuantas fotos e hice una grabación de dos minutos. Días más tarde me decidí a escucharla, me metí en la cama y me puse los cascos... Tras el primer minuto oí una voz que no era la mía. Me impactó tanto que no supe qué hacer”. En la grabación oyó, para su sorpresa, una nítida voz de mujer que en tono imperativo pronunciaba la palabra “atrápalo”. Apenas unos pocos segundos después, casi sin darle tiempo a sobreponerse, se coló la voz de un hombre mayor, profunda y susurrante que pronunciaba un nombre: “Silvia”. Con los auriculares puestos tuvo la impresión de que era alguien que estaba pegado a su oído susurrándole». Impresionante, ¿verdad? Pues hubo más: «Los extraños sucesos no terminarían ahí. Un investigador asturiano, Salvador Rebollo, se adentró en el lugar con la idea de realizar un reportaje acerca de la historia de la pirámide. Sin embargo, poco tiempo aguantó en su interior. Según sus propias palabras “tuve que salir de manera precipitada. Cuando volví, mi compañero me preguntó que qué me pasaba, que por qué estaba tan blanco, y le respondí que si se lo contaba no lo creería”. Salvador Rebollo, en el interior del mausoleo, sintió que algo extraño le ocurría al ambiente; la temperatura bajaba de repente y, según su relato, “tuve una clara sensación de que una mano me tocaba. Era una mano fría que me recorrió la espalda de arriba abajo. No pude aguantarlo y salí casi a la carrera de allí. Había dejado a mi compañero solo, y aun así, tardé en volver hasta que me recuperé de la experiencia”.

»Salvador Rebollo, al contrario que Óscar, sí entró en el sótano del mausoleo. Y allí, en la fría pared, sobre uno de los huecos donde hace más de setenta años yació un cadáver, vio escrito un nombre: Pietro Battiston...»

Sólo por las vistas que se contemplan desde allí merece la pena parar. También las exteriores...

### **Malditas desapariciones sin explicación**

South Bend, Indiana. 24 de diciembre de 1890. Noche. Frío... La nieve se está congelando alrededor de la casa de la familia Lerch. El pequeño Oliver, como cada día, sale al exterior e instintivamente se cubre el rostro con una gruesa bufanda de lana. Es su rutina. Todos lo entienden así.

En la mano derecha, cubierta por un guante de doble forro, lleva un cubo de madera. Pocos metros más adelante está el pozo. Cerca se esconde el infortunio, aguardando agazapado para clavar sus garras en el alma del pequeño. Pero Oliver no tiene miedo. La vida es dura y llena de temores. Él hace tiempo que los ha vencido. Despacio, como en un ritual que se repite noche tras noche, avanza. El temporal arrecia y aun así oye el sonido de sus pies al hundirse varios centímetros en la nieve. Despacio, sin alzar la vista, llega hasta el pozo. Veinte pasos, como siempre. Respira profundamente y sonrío. Lo ha logrado una vez más. Tras dejar el cubo a la izquierda, recoge varias piedras que se amontonan junto al brocal y comienza a arrojarlas al interior. Hay que romper el hielo, y con los fríos que están cayendo cada vez cuesta más. Pero él es un muchacho recio, y segundos después la placa cede.

En el interior de la vivienda el calor del fuego intenta llegar con esfuerzo a cada rincón del hogar. La madre coloca los cubiertos mientras la olla hierve en la chimenea. Todo es paz y armonía pese a la hostilidad que manifiesta esta tierra en época invernal. Todo, hasta que un grito desesperado rompe la noche. Sí, es Oliver. El pequeño está pidiendo auxilio. El padre sale a toda prisa de su habitación y la señora Lerch tira los platos al suelo, provocando un estruendo que, sin embargo, no logra mitigar las súplicas de su hijo, cada vez más apagadas; cada vez más lejanas. Ambos salen al exterior. Junto al pozo no hay nadie. Las huellas de su pequeño se detienen junto al mismo, y después... nada. Corren hacia allí, tropiezan, vuelven a levantarse. La nieve supera ya los



cuarenta centímetros. Y al llegar al pozo miran desesperados a un lado y a otro. Los gritos cada vez son más débiles. Y para horror del matrimonio se están alejando a toda velocidad, pero hacia arriba...

Nunca regresó. Los padres aseguraban a todo aquel que quisiera escucharlos que su hijo fue absorbido por algo que estaba sobre sus cabezas. Las huellas acababan en el pozo; no había huido ni a izquierda ni a derecha. Incluso se llegó a drenar el agujero ante la posibilidad de que el pequeño hubiese caído dentro, pero nada. Oliver tuvo mala suerte; fue el primero de una larga lista con desiguales conclusiones. Porque también hubo casos en los que las víctimas sí tuvieron la suerte de regresar. Lo que ocurre es que, cuando lo hicieron, su relato de los hechos era más inexplicable que la propia desaparición...

### **Tres días y tres noches desaparecida**

Arroyo Sujayar es una pedanía que pertenece a Yeste, en Albacete. Es un sitio tranquilo, por lo que es de suponer que en el año 1979, cuando apenas era un camino de montaña el que llegaba hasta la aldea, lo debía de ser aún más. Nada habría sacado de su anonimato a la diminuta población de no ser por la historia que protagonizó una pequeña del lugar: Antoñita Tamayo Beteta, que por aquel entonces tenía cuatro años. El 29 de diciembre, cuando los habitantes de Arroyo estaban más preocupados de los preparativos para la Nochevieja que de otras cuestiones y los niños correteaban por las callejas entonando villancicos, algo inesperado ocurrió. De repente nadie supo qué había pasado con la pequeña. Sus padres empezaron a recorrer la aldea; cada casa, cada rincón... pero no aparecía. La intranquilidad inicial dio paso a la desesperación. Antoñita había desaparecido.

No tardó demasiado en ponerse en marcha el operativo de búsqueda. La Guardia Civil, acompañada por decenas de voluntarios de las poblaciones cercanas comenzaron las labores de rastreo. Eran conscientes de que los minutos corrían en su contra. La madrugada caía como una losa, y con ella la temperatura descendería varios grados bajo cero. Y eso era incompatible con la supervivencia, y mucho menos de una niña tan pequeña.

Poco después, el doctor que la atendió, Lázaro Fernández Viñado, aseguraría que «una niña de esta edad necesita mucho más calor que una persona mayor», lo que hace aún más incompresible el desenlace de esta historia.

Y la noche llegó; y con ella la tensión en el ambiente. Los familiares se negaron a suspender la operación de búsqueda durante las horas que van de la noche al día, a pesar de las advertencias de las autoridades. La región es abrupta, y el peligro de caer a una sima, o incluso de perderse, era demasiado evidente. Pero no podían abandonar a la pequeña a su suerte, porque conforme pasaban las horas, esa suerte se transformaba en mal augurio.

Y así anduvieron por simas, cuevas y precipicios durante tres días. Pocos eran los que 48 horas después tenían la más mínima esperanza de hallar a la pequeña con vida. Por lo tanto, los miembros de la Benemérita centraron la búsqueda en encontrar, a estas alturas, un cadáver.

Las nubes comenzaron a cubrir las montañas. La situación no podía ponerse peor. Ese destino negro en el que siempre hay que creer parecía conjurarse para que el desastre finalmente se consumase. Y sin embargo, cuando menos esperanza se albergaba, cuando los familiares ya habían tirado la toalla, algo ocurrió...

Dos pastores que merodeaban por los bosques cercanos recogiendo leña fueron los que dieron la voz de alarma. Junto a un arroyuelo, acurrucada pero llena de vida, sollozaba la pequeña. Parecía estar aturdida. Ni siquiera pestañeó cuando fue recogida por aquellos dos extraños. Poco después de las dos y media de la tarde la llevaron junto a sus padres. Las escenas, no merece la pena describirlas, son fáciles de imaginar: alegría, llantos y muchos abrazos. Antoñita estaba en casa tres días después de desaparecer. Y aparentemente estaba bien.

Días más tarde, con la niña recuperada plenamente, comenzaron las preguntas. Era evidente que había quien estaba interesado en saber dónde había estado durante esos días especialmente fríos, y cómo era posible que hubiese sobrevivido. Y llegaron las sorpresas. Sin dudar, la pequeña aseguró que «por las noches estaba conmigo una señora muy guapa que me tapaba para que no tuviese frío y me daba agua... Iba vestida de blanco y siempre venía de noche». ¿Cómo era posible? ¿Quién había estado

protegiendo a la niña hasta el punto de salvarle la vida? En una España como la de entonces, con las hordas de Clemente Domínguez, el papa de la Iglesia escindida de Palmar de Troya, en Sevilla, y las niñas de Garabandal dando los últimos coletazos a un movimiento mariano que ya había logrado una dimensión internacional indiscutible, lo más fácil habría sido lanzar las campanas al vuelo anunciando a los cuatro vientos que la Virgen había protegido de una muerte segura a la pequeña Antoñita durante los días que permaneció extraviada. Pero nadie habló de la Virgen, y el suceso, con el tiempo, se fue diluyendo hasta que no se habló más del extraño «ángel de la guarda» que durante tres días hizo bien su trabajo en la sierra albaceteña. Unas montañas por las que en más de una ocasión los testigos aseguran haber visto a extrañas entidades; en ocasiones para bien, pero en otras para mal...

### **Orrius, el bosque encantado**

Pocos son los bosques que poseen el privilegio de estar encantados por muchos y muy diversos motivos, pero casi ninguno guarda el encanto «artificial» de éste. Y es que Orrius, durante los años más duros de la historia de España un lugar maldito por los muchos y variados elementos «herejes» que allí se exponían, es de esos lugares que destilan misterio por los cuatro costados. El pueblo más cercano es La Roca del Vallés, en la provincia de Barcelona. Su historia parece sacada de la mente más o menos genial de un loco. Y es que en el corazón de este bosque, que para muchos está hechizado, envuelto por la espesura, podemos observar que la roca granítica que cubre gran parte de su superficie muestra unas características muy especiales. Allí han sido esculpidos moais – las enormes cabezas que se reparten por la chilena isla de Pascua–, elefantes gigantes, tortugas o peces, y cabezas de personas que parecen querer emular a los terribles rostros mayas que aún podemos ver grabados en diferentes templos de Centroamérica.

Éste es un lugar para respirar tranquilo, para pasear a ser posible disfrutando de la soledad y el rumor del viento, olvidando la rutina y los problemas cotidianos. Sólo hay que seguir el sendero que de manera evidente van indicando las diferentes figuras que se reparten anárquicamente por el

bosque. Así, es fácil encontrar alusiones al fenómeno ovni, pues sobre estas piedras han sido plasmados símbolos tan célebres como los pertenecientes a UMMO, un supuesto planeta habitado que se halla a 14,5 años luz de la Tierra, y que en la década de los sesenta del pasado siglo, en plena fiebre ufológica, hizo las delicias de intelectuales, escritores y artistas de un Madrid ávido de nuevas emociones, que con pasión leían las cartas que los inefables ummitas enviaban por los más sofisticados medios. Más adelante hablaremos de ello, porque están muy ligados a una de las casas más encantadas de España.

Del mismo modo podemos apreciar la presencia de cuevas perfectamente horadadas que sirven de lugar de retiro para quienes desean meditar. Y junto a éstas, construcciones prehistóricas, templos del pasado, alusiones al misterio... Es un catálogo al aire libre que permanece olvidado en este precioso rincón de la Cataluña más mágica.

No en vano son muchos los que aseguran que cuando cae la noche los «otros» habitantes del bosque de Orrius salen de sus escondrijos para pasearse a la luz de la luna. Pero éstos, al menos yo, todavía no los he visto.

## **Cáceres, la casa de la muerte**

En el año 1999 el periodista cacereño Julio Barroso me remitió la crónica de unos sucesos que mantenían en vilo a la por lo general tranquila capital extremeña. En uno de sus emblemáticos inmuebles se estaban produciendo una serie de fenómenos que escapaban a toda lógica, y que él se encargó en persona de investigar.

Enclavado en uno de los lugares más pintorescos de la ciudad de Cáceres, rodeado por el esplendor medieval de la localidad, contiguo al arco romano de El Cristo se encuentra el museo árabe Yusuf al Burch.

La actual construcción está datada en el siglo XII, aunque se tiene la certeza de que fue edificada sobre otra romana del siglo I a.J.C. En los últimos años se ha llevado a cabo una ingente cantidad de excavaciones en los alrededores del lugar, hallándose piezas pertenecientes a la cultura romana y árabe, así como otras de origen celta. Don José de la Torre, el que había sido propietario de la finca en cuestión, construyó una casa sobre el actual museo

para que fuera habitada por su familia. Al parecer, ya entonces no era extraño percibir la presencia de «algo» invisible que se movía a sus anchas, cambiando los objetos de lugar, incluso de una planta a otra.

Y es que un halo maligno ha envuelto a este caserón desde hace décadas, especialmente desde que apareció por vez primera el supuesto espectro de «la mora». Por aquellos días, una turista mexicana entró en el citado museo, y ante el estupor de Ángel de la Torre –guía e hijo de don José– afirmó en estado de aparente trance que estaba viendo en el pasillo el «espíritu de una mora bellísima, de unos 35 años, vestida con un traje largo similar a un caftán». La improvisada vidente afirmó a su pasmado interlocutor que se trataba de una aparición buena, y acto seguido le regaló un amuleto maya para dar protección al lugar. La cosa no pasó a mayores hasta que años después otra mujer, en esta ocasión procedente de Granada, dijo haber visto nuevamente a la mora, describiendo minuciosamente y con total precisión lo que anteriormente viera la primera testigo.

Tras el fallecimiento de don José de la Torre, su hijo Ángel se hizo cargo del edificio, mostrando cada día a numerosos turistas los bellos rincones que esconde el museo. En una entrevista aseguró que cuando se inició el fenómeno «la segunda planta de la casa la teníamos alquilada a una familia, que a las pocas semanas se marchó. Se iban porque pasaban cosas extrañas. Aseguraron que se abrían puertas cuando no había viento y que se oían ruidos extraños todas las noches. Además, dijeron que una mañana se encontraron una puerta abierta de par en par, y la noche anterior habían puesto tras ésta una cama para evitar que eso sucediera. Yo en algunas ocasiones he percibido hechos extraños, ruidos, pisadas, incluso el roce con algo inmaterial. Mi padre sintió una vez, al salir a la calle, que alguien se apoyaba en él, un gran peso sobre su espalda, pero al darse la vuelta allí no había nadie, estaba solo en el museo».

La escritora madrileña Carmen Cifuentes aseguró ser testigo de las misteriosas sensaciones que provocaba el lugar. Por su parte, el investigador cacereño Rafael Rivera afirmó sólo tener «por el momento decenas de testimonios de personas muy serias, y algunas de ellas con importantes cargos sociales, que no desean en absoluto popularidad».

Otro testigo de excepción fue el joven Carlos Sánchez: «Todo ocurrió una tarde de verano alrededor de las nueve de la noche, cuando unos amigos y yo nos fuimos a pasear por la plaza de San Jorge. Nos colocamos en la parte alta, justo al lado de la Cuesta del Marqués, y allí estuvimos hablando una media hora. De pronto, uno de esos amigos observó en una casa colindante la presencia de una mujer en el tejado. Al principio nos echamos a reír, pero repentinamente la señora desapareció de allí y apareció en el jardín, junto a un árbol. Nos empezamos a poner nerviosos y nos dio por gritar e insultar a la mujer, que tan pronto aparecía en el suelo como en lo alto del árbol. Ninguno dábamos crédito a lo que estábamos viendo y salimos corriendo despavoridos». Ahondando en la historia, es sabido que el lugar donde está ubicado el museo era conocido por los ancianos como «la casa de la muerte», un siniestro apodo de procedencia desconocida, pero que aumenta la leyenda negra que envuelve el lugar.

Que yo sepa sigue siendo un museo interesante. Así que habrá que visitarlo...

## **La Santa Compañía**

Aunque poco tiene que ver con brujas o casas encantadas, sí parece que está entroncada con el sentir más profundo del pueblo gallego, tan próximo a la muerte como al mismo tiempo temeroso de la siniestra dama de la guadaña. Y es que la Compañía, que además es santa, no es patrimonio de ningún caserío o aldea, ciudad o alquería; es patrimonio de Galicia entera, por lo que al atravesar las empedradas callejas de las poblaciones que se reparten por los montes, más vale tener cuidado, especialmente si nuestro caminar rompe el silencio de la madrugada.

Aquí se cree en ella, en su significado y en su mal farío. Y se cree porque miles de testimonios avalan su existencia a lo largo de siglos. No hay maldición más pura ni más temida en todo el país que la que acarrea la procesión de las ánimas.

Es posible que cientos de personas, quizá miles, estén equivocadas. Pero también cabe la opción de que no lo estén. Sea como fuere, lo cierto es que se han establecido pautas para distinguir a la Compañía de lo que no lo es. Así pues, si en mitad de la noche nos topamos de bruces con un fantasmal cortejo fúnebre formado por varios integrantes, que de manera ostensible lloran y se lamentan por la pérdida del difunto que los acompaña en el interior de su propio féretro, conviene fijarse en el rostro del desgraciado. Cuenta la tradición –y así lo refieren los testigos- que el muerto suele ser aquel que observa desde fuera la escena. Pues bien, al cabo de unos días, éste –o ésta- acaba falleciendo. A la desagradable comitiva se la conoce como A Visión, y es necesario hacer la distinción pues se trata de un fenómeno que la tradición afirma es paralelo a la Santa Compañía, pero que en realidad no se trata de ésta.

Para ver la Compañía hay que esperar a las doce de la noche, cuando la procesión de almas en pena parte de la iglesia de la localidad. Entonces, a la vera de los cruceiros, que fueron colocados en la unión de caminos para que los infortunados tuviesen un consuelo al que agarrarse tras avistar a esos espantos nocturnos, se produce el encuentro. Rafael Abella, en su fantástico y muy recomendable trabajo *Mitos y leyendas de España* se refiere al mismo de esta forma: «Las ánimas circulan con antorchas encendidas, y en la composición de la comitiva no puede faltar el penitente que lleva la cruz, otro que porta un estandarte y otro que agita una campanilla. La primera persona que es encontrada, se ve obligada a incorporarse a la fantasmal procesión llevando una vela que le es entregada por uno de los espectros, así como el caldero de agua bendita, y está obligada, sin excusa ni pretexto alguno, a no volver la cabeza hacia atrás. Envuelto en este acompañamiento, entre los aromas cerúleos de las velas y el gélido ambiente de la muerte, el vivo sólo puede evadirse entregando la antorcha, como si fuera un relevo, a otro viandante encontrado por un casual o haciendo un círculo en el suelo y permaneciendo en su interior; pero el círculo protector debe ser hecho con una rama de olivo bendecida en domingo de Ramos, leño que preserva de las acechanzas del demonio. El fin de la procesión de la Santa Compañía es acercarse al domicilio de algún vecino, como seguro augurio de muerte o, en otros casos, acosar a un pecador, increparlo y forzarlo a hacer penitencia».

Es posible que su origen en parte lo encontremos en la tradición celta de los muertos, que decía que los espíritus de los fallecidos permanecían en este mundo hasta el Samaín, la llegada de la estación oscura, el 31 de octubre, y esos muertos se congregaban en el *Finis Terrae* para pasar al otro mundo.

Porque esa misma tradición advertía que ésta era la fiesta en la que se abrían las puertas hacia el otro mundo. Pues bien, esta tradición se mantuvo, a decir del estudioso coruñés Ramón López Loureiro, hasta hace apenas treinta años en algunas regiones del norte de Cáceres, y por supuesto, en la Galicia más rural. Y eso se recuerda cada 31 de octubre en Ribadavía con una de las fiestas más singulares del calendario, la llamada *a noite meiga*, una noche para el paganismo, y para llenar las calles de la población de todo tipo de criaturas.

Pero regresando al asunto en cuestión, la Compañía aparece documentada por vez primera en el siglo XVI, y si bien es cierto que ésta es la más conocida, no es la única. Dependiendo del lugar o región, cada uno tiene su tradición con sus propios remedios: la Hueste, la Estatinga, la Estadía, la Pantalla, la Visita... Baste decir que en determinadas zonas de Asturias y del norte de Portugal también se han recogido testimonios de la aparición de una siniestra comitiva que tiene pautas de comportamiento similares, y que además surge, al igual que la Compañía, en núcleos rurales y durante la madrugada.

Por otro lado, varios estudios sugieren que las apariciones se producen en enclaves demasiado sospechosos: terreno irregular, poca luz, un solo testigo, a altas horas de la madrugada... Esto ha llevado a muchos a concluir que podría tratarse de contrabandistas de tabaco, o de partidas de mariscadores furtivos que habrían sido confundidos con la procesión de almas en pena. Confundidos a conciencia, porque no hay mejor forma de que dejen de mirarte que pasar por almas en pena.

Ahora bien, quienes rebaten este punto se basan en que una cosa son los contrabandistas y otra muy distinta que te veas a ti mismo dentro de un ataúd llevado por una procesión de encapuchados...

¿Qué podemos hacer para librarnos de ella en el supuesto de toparnos con la Compañía en mitad de un sendero boscoso de Galicia? Como no podía ser de otro modo, la tradición popular, convencida de su existencia, ha creado un buen número de remedios protectores.



- El círculo es uno de los elementos más recurrentes, y si está próximo a un cruceiro, aún mejor.
- También es efectivo llevar un gato negro y al aparecer la procesión arrojárselo y salir corriendo. Este animal posee un simbolismo mágico muy importante en las culturas del pasado, y su poder, aún hoy, está fuera de toda duda en comunidades muy cerradas.
- También están los símbolos puramente gestuales, como hacer la *figa*, o plantar los cuernos a la Compañía, aunque éstos son menos efectivos que dibujar un círculo, o incluso una estrella de Salomón, y meterse dentro.

### **La casa del demonio**

Ya comenté en mis *99 lugares encantados donde pasar una noche en vela* que un lugar que se llama en su gallego nativo *a casa do Demo* no puede ser un buen lugar; al menos no para pasar una tarde tranquila. No salimos de Galicia, porque nuestra siguiente parada se encuentra en la aldea coruñesa de Anllóns, donde todavía se levanta una vieja casona que hace años que fue abandonada. Dicen los de allí que al menos físicamente, porque en otro sentido sigue estando ocupada.

Todo ocurrió cuando el último año del siglo XIX llegaba a su ocaso. Ya comenté en su momento que quien quitó el polvo de décadas a los expedientes de este caso fue el periodista gallego Jesús J. Blanco. Gracias a él hoy podemos saber que por aquellas fechas el inmueble estaba habitado por una mujer de avanzada edad llamada Juliana Rodríguez y su nieta, María Cundíns, que atendía a la anciana. Los días pasaban y poco era lo que se salía de la monotonía en este rincón de Galicia. Y así fue hasta la muerte del marido de Juliana.

Al principio, los fenómenos eran leves pero muy molestos, al punto de que ambas mujeres acudieron al párroco de la zona, Juan Antonio Combarro. Éste, tiempo después, le contó al periodista local Prudencio Landín que «como era natural, yo principié a refutar su narración por cuentos de viejas, teniendo yo prevención contra tales narraciones y en casi la totalidad de los casos suposiciones de alucinados». Pero fue tan sólo eso, al principio, porque ante

la insistencia de Juliana no le quedó más remedio que acudir a la casa para bendecirla. «De repente cae ante mis ojos una piedrecita con suave proyección al suelo; algo me alarmó y avivó mi diligencia para examinar la posibilidad de una causa natural. No se hizo esperar mucho la caída de otra piedra en condiciones que me hizo dudar en forma. Muy pronto cae a mi lado un pilón de una romana y luego una mano de un paraguas, trastos abandonados que no se sabía que existiesen en la casa. Para disipar mis dudas se posan como unas seis o siete patatas con suave proyección que en una piedra a nivel apenas se esparramaron, siendo esféricas como se sabe, y con toda evidencia quedé convencido que la cosa era prodigiosa, y las narraciones de la anciana y más vecinos eran la verdad».

El sacerdote no regresó jamás a la casa. Pero sí envió un informe de lo ocurrido al cardenal arzobispo de Santiago Martín de Herrera, con la finalidad de que éste dictara las actuaciones que había que seguir, ya que allí, claramente, había una intervención demoníaca.

Es así como la noticia de la maldición que parecía aquejar a la casa se extendió por toda la comarca, y pronto hubo quien comenzó a llamarla *a casa do Demo*.

Y mientras tanto, *El eco de Santiago* reflejó en una extensa crónica los misteriosos fenómenos que parecían atormentar a nieta y abuela: «A la anciana le tiraban del cabello, de la ropa hasta rasgársela, la palmoteaban, le escupían... Los que presenciaban los efectos sólo veían el movimiento con fuerte tensión, pero sin el agente. Muchos interesados en conocer al agente invisible recogían las patatas, piedras y demás cosas y las marcaban. Sin verlas desaparecer, volvían enseguida partidas en dos con el jugo fresco por la partidura. Se desprendía la tapa del horno para venir a golpear la espalda de la anciana, así como los tiestos, palos y otros objetos. Un día, tanto se anduvo jugando con un tiesto, que la anciana mandó que la nieta lo cerrara en la artesa, y al instante, sin abrirse la artesa, vuelve al juego dicho tiesto».

Además, los testigos de los insólitos sucesos eran muchos y variados, pues entre ellos se encontraban el farmacéutico Severiano Mesías o el juez municipal, el señor Mosquera, de los que se destacaba que eran «personas dignas de crédito fuera de toda sospecha». El asunto llegó a su punto más dramático cuando la crónica del párroco advirtió que tanto Juliana como

María estaban sufriendo todo tipo de acosos: «Notará Vd. que nada le dije de la niña. Nunca se asustó, porque a ella nada le hacían, pero le llegó su hora y fue palmoteada y apedreada y hasta con dos cuerdas con un lazo se las arrollaron a la garganta, hasta no dejarla gritar y zarandeándola por la cocina. Desde esto la niña estaba triste, llena de temor por lo que pueda sucederle».

Después de estos sucesos la casa fue abandonada, y comenzó a crecer una leyenda negra que ha llegado hasta nuestros días.

### **Sierra Espuña, un fantasma en la ventana**

En el año 2003 trabajaba copresentando los fines de semana un espacio en Tele 5 que se llamaba «El buscador». Mi espacio, como es fácil imaginar, tenía mucho que ver con todas esas cosas que se salen de lo normal. Pues bien, de todos los reportajes que hice o presenté, ninguno me marcó tanto como la investigación que realizamos en uno de los edificios más impresionantes de todos en los que he estado: un viejo hospital antituberculosos que todavía se levanta en el corazón de la murciana Sierra Espuña.

Hasta allí desplazamos un importante equipo de rodaje: un generador gigantesco que debía iluminar la descomunal fachada del edificio y un grupo humano integrado por más de veinte personas. Pocas, a la vista del tamaño del hospital. Pues bien, aquella noche ocurrieron muchas cosas, casi todas explicables. Casi todas...

El artífice de la investigación era mi querido amigo Antonio Pérez, miembro de la Sociedad Española de Investigaciones Parapsicológicas. Él ya había estado allí en anteriores ocasiones, y casi siempre ocurrieron cosas «muy raras» Sí, fue una noche larga, inolvidable, en un recinto de pesadilla, y así lo narramos en las páginas de *ENIGMAS* el año 2007: «Al principio del pasado siglo, la tuberculosis causó estragos entre la población española. Para paliar el problema, las autoridades buscaron lugares alejados de los centros urbanos con objeto de evitar posibles contagios. En muchas ocasiones, los lugares elegidos estaban situados en zonas de alta montaña, donde el aire puro y limpio era la mejor medicina para los enfermos de este mal. Fueron estas premisas las que impulsaron la fundación del patronato benéfico y social del

sanatorio antituberculoso de Sierra Espuña, en el corazón de Murcia. La construcción del mismo dio comienzo a finales de 1913 y se dio por finalizada en febrero de 1934. En su época de máximo apogeo llegó a contar con doscientas camas y cincuenta personas encargadas de los distintos servicios y la atención a los enfermos. Tras veintisiete años como sanatorio antituberculoso, las cosas cambiaron. Fue gracias al descubrimiento de la estreptomicina en 1949. Y es que aquella medicina cambió el signo de los enfermos internados, y muchos de ellos, afortunadamente, pudieron sanar de sus graves dolencias. En consecuencia, el número de internos descendió, pero no ocurrió así con los gastos de mantenimiento. A causa de ello, el 10 de mayo de 1962, después de que los últimos enfermos que permanecían allí fueron trasladados a un hospital de Albacete, el sanatorio de Sierra Espuña cerró sus puertas. Después de un año, el hospital fue rehabilitado y se convirtió en una escuela-hogar para acoger a huérfanos y necesitados de toda la región. Así permaneció durante algunos años más hasta que, finalmente, volvió a cerrarse. Ya en los ochenta se hizo una fuerte inversión para restaurar parte del edificio, que se transformó en albergue juvenil. Una vez más, fue cerrado, pero en esta ocasión de forma definitiva. Corría el año 1995, si bien aún sería vigilado y cuidado por personal de la administración autonómica durante cuatro años más. Después, llegó el abandono...».

Cuentan los más ancianos de la región que en ocasiones era tal la cantidad de enfermos que debían acoger, que durante la madrugada, cuando la mayoría estaban dormidos, los moribundos eran llevados a una pequeña capilla que había –y todavía está– en el exterior, para que el frío de la madrugada acabase con ellos. Lo que ocurre es que no siempre sucedía, y los hombres que al día siguiente conducían los carromatos por aquellos senderos de montaña para llevarse los cadáveres, descubrían en más de una ocasión que los «muertos» golpeaban con fuerza las tapas de sus ataúdes.

No es extraño por tanto que en aquel lugar solitario se produzcan episodios que se salen de lo común.

2002 fue el año que Antonio y el resto de su equipo se acercaron por vez primera hasta el edificio. Allí tuvieron la oportunidad de entrevistar a un testigo que les narró un suceso muy revelador. Se llamaba Enrique B. Z., era *boy scout* y tenía diecinueve años: «Fue una especie de neblina de un color

entre grisáceo y verduzco; parecía una mujer deambulando por el pasillo, como una sombra, como una tenue ráfaga de viento con humo que se deslizaba y que me encontré en medio del pasillo, a no más de cinco metros de distancia». Aquel muchacho no regresó jamás al lugar. Pero hubo más testigos, entre ellos militares que utilizaban el gigantesco preventivo para llevar a cabo ejercicios tácticos. Al menos hasta que Miguel G. L., un exmilitar, sufrió lo inimaginable en el interior del edificio: «En los años ochenta formaba parte de un grupo de asalto. En una ocasión decidió llevar hasta allí a su escuadrón para refugiarse de las inclemencias del tiempo y desaparecer de la vista de otros destacamentos militares que participaban en los ejercicios. Por razones de limpieza y seguridad, optaron por ubicar el lugar de descanso en la primera planta de la zona antigua. Montada la guardia y pasadas las primeras horas de sueño, el centinela de guardia se topó de frente con un ser etéreo de un color verduzco, con forma humana, de mujer, que se manifestó a unos pocos metros del grueso del grupo. El soldado que en ese momento hacía la guardia, montó el arma y, preso del pánico, disparó una ráfaga con su fusil de asalto. La ventana quedó destrozada y la pared agujereada. Sin embargo, las balas atravesaron a la extraña presencia. Unos instantes después, en mitad de la confusión creada por el estruendo de los disparos, el ser se difuminó y desapareció. Los soldados, que salieron huyendo del lugar, no se atrevieron a volver hasta el alba, y aun así, sólo lo hicieron acompañados por otros militares, agentes forestales y la propia policía».

Y no regresó al lugar hasta el día que fuimos al viejo preventivo de Sierra Espuña. Y allí, en el mismo pasillo en el que tuvo el aterrador encuentro, nos estuvo señalando los agujeros provocados por los impactos de las balas que dispararon aquel día contra una aparición, que al parecer ha sido vista en más ocasiones. Porque en ese mismo pasillo se han producido fenómenos que podríamos calificar de extraños: se han fotografiado orbes de luz, y también se han desplazado puertas que estaban atrancadas por un montón de escombros ante las cámaras de los investigadores.

Yo, por mi parte, he de decir que mi visita al lugar fue entretenida: sonidos extraños, caída de cascotes, ventanas que se abrían y se cerraban violentamente –seguramente por el viento, al menos eso prefiero pensar–, y la aparición de una extraña silueta en una de las ventanas del segundo piso, como

si se tratase de una enfermera con cofia –tal y como vestían a mediados del siglo XX– que apareció en una fotografía de las muchas que de manera secuenciada se estaban tirando desde el exterior con película de infrarrojos.

## **Maldito demonio**

Regresamos al norte, allí donde Navarra se sumerge en las entrañas de una montaña descomunal, en este entorno prepirenaico que sobrecoge por su majestuosidad. Allí se encuentra, muy cerca de la localidad de Santesteban, Zugarramurdi, el nido de brujas más célebre de nuestro país.

Rodeado de verdes prados, pocos elementos dan a entender que nos encontramos en un lugar en el que hace siglos la maldición de la intolerancia, de la inquina y del desprecio por la vida cayó con todo su poder. Y es que cuentan las crónicas que por estos prados el mismísimo demonio hizo de las suyas.

Para entender lo que aquí ocurrió, relataba lo siguiente mi querido amigo el periodista y escritor Óscar Herradón en uno de sus interesantes ensayos: «Los días 7 y 8 de noviembre de 1610, en esta tranquila tierra se generó un clima de crispación social que llevó a la hoguera a un grupo de seis mujeres acusadas de brujería, que fueron ejecutadas en el famoso Auto de fe celebrado en Logroño.

»Durante el proceso, diversos testigos afirmaron que una serie de mujeres acudían regularmente a los aquelarres del prado de Berroscoberro, procedentes del reino de Navarra y del sur de Francia, y formaban conventículos en las famosas cuevas de Zugarramurdi, donde realizaban también diversos rituales demoníacos».

El asunto dio comienzo con las maliciosas declaraciones de María de Ximildegui. Ésta afirmó que durante año y medio había sido bruja, asistiendo, al menos en dos ocasiones, a los famosos aquelarres celebrados en la localidad navarra.

Una vez desatado el pánico, se sucedieron las detenciones, hasta un total de trescientas. Y es que el caso de Zugarramurdi fue el mayor reflejo peninsular de la locura desatada por inquisidores y su obsesión por erradicar

cualquier cosa que pudiera oler a azufre. Todavía hoy, cuatrocientos años después, se estremece el cuerpo al recordarlo.

Actualmente existe un museo en honor de las víctimas en un viejo hospital de la localidad. Aunque tarde, siempre es necesario hacer justicia.

## **Los muertos del palacio de Linares**

30 de mayo de 1990, diario *El País*: «Una doctora asegura que hay fantasmas en el palacio de Linares. Las puertas se abren solas. Las losas se descolocan sin que nadie las empuje. En breves momentos se registran temperaturas de diez grados bajo cero. Suena música de órgano y violín. Se ven sombras y globos de luz que sólo aparecen en las fotos. Se oyen canciones infantiles, desgarradores lamentos y peticiones de perdón recogidas en grabadoras metidas dentro de cámaras aisladas. Éste es el resumen del estudio realizado durante un año por un equipo de quince personas dirigido por la doctora en Medicina y Psiquiatría Carmen Sánchez de Castro».

Las informaciones surgían un día sí y otro también, especialmente desde el momento en que entraron en la escena informativa los parapsicólogos.

Durante el año anterior, la doctora Sánchez de Castro y un equipo de investigadores habían estado entrando y saliendo a su antojo de aquel lugar, y al fin había llegado el momento de mostrar las pruebas obtenidas. De este modo los españoles fuimos conscientes de que en los tétricos salones del palacio se habían logrado hasta un total de veintidós fotografías en las que aparecían fenómenos inexplicables. Pero las que causaron auténtica conmoción fueron las psicofonías; espectacularmente siniestras; espectacularmente falsas. En ellas se oían lamentos, gritos y voces que farfullaban: «Estamos aquí», «Perdón», «Mi hija descansa, mi hija Raimunda», «Mamá, mamá, nunca oí decir mamá».

Fue la gota que colmó el vaso. Y surgió la impactante historia de Raimunda Osorio, el fruto de una relación incestuosa entre dos hermanos: el hijo de los marqueses de Linares con una muchacha, que a su vez era fruto de una relación secreta que el propio marqués mantuvo en su juventud, al margen de su matrimonio. Pero en este punto la trama desvariaba. Por un lado la razón

dictaba que tal historia era falsa, simplemente porque no había prueba alguna que diera validez a la misma; pero por otro, las voces que surgían de los magnetófonos, y no sólo de los de la doctora De Castro, hablaban de una niña, una pequeña que murió y fue emparedada entre estos muros...

Así, en los alrededores del centenario inmueble se apostaron curiosos deseosos de contemplar con sus propios ojos los mil y un misterios que encerraban las viejas paredes del palacio encantado. Así lo recordaba el rotativo *ABC*: «El palacio de Linares se convirtió en una verbena esperando al fantasma que no apareció. La verdad es que el ambiente era lo que se dice surrealista. Dos vigilantes en la puerta pedían las autorizaciones previas mientras que un cúmulo de público se agolpaba en la verja del palacio para ver qué es lo que allí sucedía. Al principio fue todo serenidad y respeto por temor a lo que podía pasar. Tan sólo dos horas más tarde, la gente que paseaba por la calle se aburrió de esperar y, haciendo caso omiso a los vigilantes, se introdujo en el palacio alegando que todos eran de la prensa. Así empezó el caos de lo que prometía ser una noche llena de misterio y sorpresas. Mientras unos periodistas colocaban en puntos estratégicos magnetófonos de alta fidelidad y otros tomaban instantáneas de las zonas más tétricas, amas de casa, pandillas de amigos y hasta algún que otro patinador que se desplazaba por la Castellana recorrían los oscuros pasillos en busca de fantasmas que algunos confundían con sus propias sombras, otro gritaban que estaba arriba, y hubo hasta quien dijo que lo había sentido al lado. Los vigilantes tuvieron que pedir refuerzos y el palacio tuvo que ser desalojado para volver a identificar a la prensa y sacar al público que se había colado. Con el palacio ya desalojado se reanudaron las investigaciones y empezaron a llegar teóricos de fenómenos paranormales para ver si eran ciertas las afirmaciones que se habían hecho en todos los medios. El palacio de Linares, la futura Casa de América, se llenó de opiniones y versiones».

La historia del palacio llegó a protagonizar un pleno municipal, e incluso se aseguró que durante esa sesión el propio alcalde Álvarez del Manzano se atrevió a imitar las voces psicofónicas procedentes del palacio y que ya conocía toda España.



Sin embargo, este fascinante caso cayó en el más absoluto de los olvidos cuando el 5 de junio de 1990 *El País* publicaba que había sido «detenida la investigadora de los fenómenos paranormales del palacio de Linares. El juzgado de instrucción número 21 de Madrid tenía decretada contra ella una orden de busca y captura por emisión de un cheque en descubierto en el año 1981. El juzgado número 19 había intentado también su localización por desobedecer los diversos requerimientos que se le habían formulado para que compareciera. Inspectores del Grupo de Delitos Económicos de la Brigada Judicial de Madrid emprendieron la búsqueda de Sánchez de Castro la pasada semana y finalmente la localizaron cuando salía de su vivienda. La detenida, que está casada con un excoronel de la Guardia Civil, manifestó que en ningún momento ha pretendido evadir la acción de la justicia, sino que simplemente ignoraba que estuviera reclamada judicialmente».

Apenas estuvo detenida veinticuatro horas, ya que el supuesto delito había prescrito, pero desde ese día un denso manto de silencio se posó sobre este asunto, y el polvo del olvido comenzó a cubrir nuevamente sus viejas estancias.

Y fue entonces cuando, al socaire de la lúgubre casa de muñecas que podemos contemplar en el jardín trasero del edificio, se empezaron a producir, ahora sí, sucesos sin explicación. Mi querido amigo el reportero Fran Contreras Gil afirmaba en un artículo que realizó para la revista que dirijo que «hoy los espectros, voces y fenómenos paranormales que supuestamente ocurrieron en el palacete madrileño siguen vivos y perviven en el inconsciente de todos. Uno de los obreros confesaba el hallazgo de una caja metálica –con un cuerpo momificado en su interior– enterrada junto a la casa de muñecas, y algunos de los trabajadores aseguraban que siguen produciéndose enigmáticas manifestaciones que no tienen explicación.

»Transcurridas dos décadas, y aunque resulte paradójico, los responsables de la Casa de América no dejan realizar reportajes de televisión, pero utilizan los fantasmas como reclamo para turistas y visitantes».

Son muchas las personas que tienen ciertas capacidades que no se pueden medir ni cuantificar, pero que están ahí, y que aseguran percibir esa... ¿cómo llamarla...? «energía» que parece emanar del palacio de Linares –con alguna he estado en el interior del edificio y se han producido situaciones poco

agradables—. Porque llegados a este punto hay que decir que todos, absolutamente todos, coinciden en lo mismo: sea lo que sea que hay allí, no es positivo...

## **Aparecidos en el Reina Sofía**

El 25 de abril de 1995 *Diario 16* publicó una extensa crónica titulada «Los fantasmas del Reina Sofía». Aquel reportaje estaba firmado por el periodista Álvaro Gariño, que sin pelos en la lengua hablaba de testigos de la aparición de extrañas presencias en los amplios salones de la pinacoteca madrileña, especialmente durante la noche, cuando salvo guardias de seguridad y señoras de la limpieza nadie más había en el lugar. La situación llegó a tal punto que el anterior director del centro, José Guirao, decidió solicitar la ayuda del equipo HEPTA, comandado por el jesuita ya desaparecido José María Pilón. Recordaba tiempo atrás mi querido amigo, el ya citado Fran Contreras Gil, que «durante las rondas nocturnas, los miembros de seguridad reflejaron en sus partes cómo los ascensores se ponían en marcha solos aunque estuvieran desconectados. Las puertas cerradas con llave se abrían repentinamente por una fuerza invisible, se oían ruidos y sonidos, muchas veces de pasos por los corredores, sin que en aquel lugar hubiese nadie. Y lo más sobrecogedor: varios vigilantes de seguridad habían podido observar presuntamente una procesión de monjas deambulando por las estancias». Fue entonces cuando, escarbando en viejos libros, salió a la luz la historia del edificio que se levantó en este mismo lugar siglos atrás, y cuyas dependencias acogerían tiempo después el museo madrileño.

En este mismo solar se ubicó el hospital San Carlos, un enclave siniestro del que periódicos como *Ilustración Española y Americana* llegó a escribir que «los enfermos se asoman por las ventanas del hospital cuando atardece para tomar el aire, y descubren sus rostros amarillentos, algunos casi moribundos; rostros empalidecidos por la enfermedad o quién sabe si por el sufrimiento de pernoctar en un edificio donde suelen ocurrir cosas extrañas nunca explicables, apariciones y ruidos fantasmales, según se quejan los propios enfermos».

En aquel año de 1995 el pasado parecía revolverse en su oscuro encierro, aprovechando las grietas que a veces se abren en el presente. «Su construcción –recordaba Contreras Gil– fue ordenada por el monarca Carlos III, llevada a cabo por el ingeniero José Hermosilla y finalizada por Francisco Sabatini a finales del siglo XVIII. El terreno elegido, en aquellos tiempos ubicado en lo que era el extrarradio de Madrid, atesoraba un halo truculento. En el conocido como “atochar” o “el olivar de Atocha” ya existía un albergue-hospital donde se ingresaba a los más pobres. Hasta mediados de siglo albergó las dependencias del hospital San Carlos, un centro de salud en el que se conjugaba la sanidad y el estudio de la medicina. No en vano, entre aquellas paredes se realizaron miles de autopsias. Con la guerra civil española, el edificio de Sabatini se transformó en hospital de sangre. Los cadáveres se amontaban a centenares entre los tiroteados muros del inmueble. Allí se torturó y ejecutó a presos de la contienda. Tras la guerra, el lugar se reabrió bajo el nombre de Hospital General de Madrid, y su particular crónica negra terminó en 1965». Y fue a partir de entonces cuando la leyenda comenzó a tomar sus abandonados rincones, despertando el miedo de los habitantes de la Villa y Corte, que veían en aquel inmueble el recuerdo de un pedazo de historia demasiado sombría.

Durante las obras de reforma previas a la inauguración del museo Reina Sofía en 1986, los albañiles que removían la tierra de los sótanos aseguraron haber abierto alguna fosa atestada de restos óseos. A partir de ese instante las madrugadas se empezaron a hacer demasiado largas.

La situación llegó a tal extremo que los responsables del museo entraron en contacto con el citado grupo de investigadores, y a partir de 1992 llevaron a cabo sus experimentaciones en el lugar. Así lo recordaba Sol Blanco Soler, miembro del equipo: «La primera vez acudimos porque el cuerpo de seguridad estaba preocupado ya que los ascensores se ponían en marcha solos por las noches y eso los obligaba a hacer rondas continuas temiendo que alguien se hubiera colado. Aquella primera vez pudimos comprobar cómo, efectivamente, los ascensores se ponían en marchas solos. Los físicos del grupo fueron a comprobar la sala de máquinas y los ascensores estaban desconectados. Hicimos lo que hacemos siempre: barridos fotográficos, mediciones de campo, etcétera. En la primera ocasión no pudimos observar

más que unos pocos fenómenos. En las instantáneas captamos globos de luz de una tonalidad verdosa. Realmente, durante la primera investigación, en 1992, sólo conseguimos comprobar el fenómeno de los ascensores». Los hechos extraños continuaron. Así, en 1995, otro miembro del equipo HEPTA, en esta ocasión la psíquica Paloma Navarrete, aseguró que se oía «en la primera planta, por los corredores, el ruido de los rosarios de las monjas que vivieron allí. Las monjas eran de la caridad y llevaban unos rosarios muy grandes. Yo oía el ruido de aquellos rosarios. Pero la sensación más terrible fue cuando entré en una sala circular de la planta baja y vi a varios hombres maniatados y esposados a la pared. Pude ver que uno de ellos se lanzaba contra otro y le daba un mordisco en la cara. Pasamos al lado de una pared y le dije al jefe de seguridad: “Aquí hay muertos”. Y me preguntó que cómo lo podía saber. “Porque los estoy viendo –le contesté–. Están asomados por encima de esta plancha de pladur”. Estaba viendo tres figuras. Dos hombres y una mujer. Cortó el pladur y allí detrás estaban las tres lápidas de las tumbas».

Tras llevar a cabo las experimentaciones en el museo, siempre con el consentimiento de los responsables del mismo, y a consecuencia de la alarma creada entre el personal por los supuestos fenómenos extraños que allí se manifestaban, la investigación se cortó de raíz. Y así hasta el día de hoy, al igual que los testimonios de quienes siguen viendo más de la cuenta...

## **El castillo de la dama blanca**

Mucha es la historia y muchos los nombres ilustres que han contemplado sus muros: Fernando e Isabel, Juana la Beltraneja, Fernando II de Aragón... incluso el gran monarca Felipe II, pero pocos han dejado tanta huella en el lugar como aquellos que no se ven, pero que se perciben.

El castillo que visitamos se encuentra dentro del término municipal de Topas, en Salamanca, y es una construcción que empezó a levantarse en el siglo XI por orden de la Casa de Alba, y se terminó en el siglo XV.

El sitio, o más bien su interior, es un ejemplo de eclecticismo: aves disecadas, aperos de labranza, alguna armadura samurái... La iluminación es tenue, emulando la que hace años hubo de tener el viejo edificio. Por eso,

cuando la noche se apodera de estos fríos páramos, el escalofrío que sentimos al recorrer sus pasillos camino de nuestra alcoba da la sensación de que nada tiene que ver con el gélido entorno.

El edificio es imponente. Aseguran los testigos, algunos de ellos estrechamente vinculados al lugar, que como ocurre en otros castillos, en éste es relativamente normal oír los pasos de una dama de blanco que se arrastran por el enlosado, despacio. Incluso ha habido investigadores que en un alarde de valentía han pasado largas madrugadas en este enclave y han obtenido fotografías en las que aseguran que surgen fantasmales siluetas, de las que, dicho sea de paso, de momento no he visto ninguna. Pero me consta que hay quien rápidamente las ha asociado a la dama María de Ulloa, amante secreta de Alonso Ulloa de Fonseca Quijada, para más datos, obispo de Ávila, arzobispo de Sevilla y señor de Coca. Casi nada... Al parecer, tanto secreto hizo que la pena de la bella mujer fuera tal que al final, víctima de la enfermedad de la melancolía, se fue al otro mundo...

Mi querida Paloma Navarrete, psíquica de larga experiencia y seriedad, tiempo atrás, durante la investigación que llevó a cabo para un conocido programa de televisión, afirmó ver a una mujer. Concretamente «una dama blanca que aparece por las noches allí donde vivió, sufrió y gozó. La vi pasear por la zona del bar, junto a la recepción, vestida de blanco...».

No ha sido la única, porque parece ser que varios clientes han asegurado haber oído misteriosos crujidos a altas horas de la madrugada, pasos que recorren los pasillos y cadenas; sonidos metálicos que aumentan en intensidad conforme se adentran en la zona más antigua del castillo.

Incluso son muchas las ocasiones que los encargados de recepción han recibido llamadas, siempre a altas horas de la madrugada, procedentes de estancias que permanecían vacías, como si una suerte de duende burlón estuviera jugando con ellos.

De lo que no hay duda es de que el castillo, llamado irónicamente del Buen Amor, es un enclave idílico en el que pasar una noche inolvidable al calor de una buena historia. Eso sí, hay que escoger bien a nuestro guía, ya que a veces desaparecen de repente...

## Otro castillo y otra dama de blanco

Años atrás, y gracias a la conversación mantenida con un alto cargo de la Benemérita de Castilla-La Mancha, un grupo de amigos, curiosos de todo lo que oliese a misterio, supimos que en un castillo cercano a Sigüenza, junto a un pequeño pueblo llamado Riba de Santiuste, los habitantes decían que veían a una extraña dama de blanco paseando por las almenas.

Llegamos al pequeño pueblo manchego pasadas las cinco de la tarde. El sol, en aquel otoño de 1991, empezaba a bajar camino de un horizonte más fresco.

Riba, más que pueblo era aldea; apenas si lo habitaban treinta personas – dudo que hoy sean muchas más—. Y sin embargo el castillo, como un esqueleto de lo que en otro tiempo hubo de ser, se alzaba majestuoso en lo alto, quizá para mostrar que el camino de subida sería largo y penoso. Pero aun así iniciamos la ascensión. Al llegar al portón de entrada, después de atravesar las murallas, nos sorprendió comprobar que la puerta de acceso a la fortaleza estaba entreabierta, aparentemente atrancada por los escombros que se acumulaban al otro lado.

Todavía recuerdo la sensación de atravesar aquella puerta; de darnos de bruces con un enorme salón tenuemente iluminado, con una gran chimenea al frente y un paredón con dos escudos aparentemente nobiliarios junto a la misma... Y entre los dos, una enorme inscripción en letras góticas advertía que antes que nosotros allí ya había habido otras personas: *Pulchra Mali*.

Por vez primera fuimos conscientes de que en aquel lugar había algo más que una simple leyenda. Recorrimos los largos pasillos iluminados por una pequeña linterna; todos juntos, caminando despacio, con la necesidad, según caían las sombras, de saber que quien estaba a nuestro lado era amigo, porque el enemigo ya estaba representado con profusión de detalles en las paredes de aquel lugar.

Y entonces, a mitad de camino, en un largo pasillo alfombrado de cantos rodados que finalizaba en el patio del castillo, observamos que había un agujero, una especie de trampilla abierta. No sé muy bien todavía por qué, en

contra de toda lógica, decidimos bajar, y en aquel reino de sombras encontramos el techo y las paredes cubiertas de pinturas de color rojo, con símbolos aparentemente satánicos; al menos nos pareció que era pintura...

Más adelante, una escalera ascendía a la planta superior. El edificio era inmenso. Y allí, sobre un entarimado bastante castigado por el agua que se colaba por las contraventanas sin cristales, había una mesa redonda que alguien había utilizado para colocar velas de colores, negras y rojas, y algún que otro recipiente, junto a una pared cubierta de dibujos de demonios, de los que salían bocadillos con nombres en su interior, cruces invertidas, más frases en latín...

Tomamos unas fotos, asustados, porque daba la sensación de que la dama blanca no dejaba de ser una excusa con la que asustar a los curiosos, para que así otros colectivos menos amables pudieran llevar a cabo una suerte de ritos relacionados con el satanismo.

Sí, lo que allí había era algo más oscuro. Emprendimos la marcha, y fue entonces cuando algo nos sobresaltó. Al bajar la escalera se oyó, de repente, un fuerte golpe, y a continuación pasos muy rápidos que se dirigían hacia nosotros. No lo voy a negar: salimos corriendo, y una vez fuera, ya de noche, nos pareció ver desde el inicio de la cuesta que daba acceso al enclave cómo la puerta se cerraba.

No volvimos a hablar jamás de ello. Hasta ahora...

Es cierto que en el lugar son varios los testigos que aseguran haber visto a la dama de blanco prácticamente desde que se levantó el castillo, en el siglo IX, como atalaya de defensa de la marca andalusí para proteger sus tierras de la reconquista castellana, que ya iniciaba sus tímidos avances. Así estuvo hasta que tres siglos después, a finales del XII, el obispado de Sigüenza, a la que pertenecía –y pertenece– la pedanía, decidió llevar a cabo una ampliación que conservó la estructura muy similar a como ahora la contemplamos. Sin embargo, la factura actual es relativamente reciente, de bien entrado el siglo XIX, porque el castillo fue completamente destruido durante la guerra de sucesión española. Y así siguió hasta 1973, cuando un comprador privado lo adquirió y lo cedió durante años a la polémica asociación Nueva Acrópolis, que lo utilizó para llevar a cabo una serie de cursos. Así fue hasta que se produjo un incendio que devastó parte del mismo y que supuso su cierre

definitivo. Y fue entonces cuando la leyenda de la dama de blanco retornó al presente, una mujer a la que esa misma leyenda bautizó como Manuela. La joven habría sido hija de un musulmán. Al parecer, la chica fue infiel a su futuro esposo con un mozo cristiano. El pretendiente se enteró y decidió degollarla en una de las almenas del castillo. Otra versión asegura que fue en la cripta en la que descubrimos las extrañas pinturas e inscripciones rojas. Y desde entonces se aparece vagando su pena por los pasillos y salones del castillo buscando venganza; eso al menos dice la leyenda.

Precisamente siguiendo esta pista, en el año 1981 Antonio José Alés, por aquel entonces director del programa de misterio «Medianoche», y parte de su equipo, llegaron al castillo atraídos por la leyenda de la dama de blanco. El objetivo era grabar un programa piloto para televisión. En él haría aparición un falso espectro en mitad de uno de los pasillos, recreando uno de esos muchos momentos que en teoría se habían producido en su interior.

El equipo estaba formado por Antonio José Alés, director del programa, el técnico Chema Fernández, Mariano Revilla, realizador, Juan Poseu e Isabel García, que por entonces era la productora del programa. Al equipo de radio se había unido Tony Chao, que no pertenecía al mismo pero que esa noche los acompañó. El motivo, aunque parezca insólito, es que, con el consentimiento del dueño, este señor vivía en el castillo. Pues bien, para dar más efecto a la dramatización colocaron varios sensores de movimiento en diferentes puntos del conocido como «pasillo de las apariciones», ya que allí era donde más veces se habían producido tales manifestaciones.

El guion indicaba que en un momento del rodaje saltaban las alarmas de los volumétricos y parte del equipo corría a la planta superior donde los aguardaba, entre polvo y oscuridad, el espectro.

La escenografía era fácil. Lo que ocurre es que se adelantó más de la cuenta. Cuando se encontraban cenando, con todo preparado, las alarmas saltaron. Si alguien había entrado en el castillo, obligatoriamente debía haberlo hecho frente a ellos, ya que no existía otro camino de acceso. Fue entonces cuando, tras comprobar que allí no había nadie, decidieron «entablar una conversación» con el supuesto espectro. ¿De qué manera? Un golpe de



sirena era sí, y dos no. De esta forma, el supuesto ente les desveló que se trataba de una mujer, que no estaba molesta con su presencia, pero que prefería, llegado el caso, que se marcharan de allí cuanto antes.

La cosa fue a más cuando, poco después, de un altavoz conectado a un micrófono que había en la planta superior empezaron a salir voces sin sentido, aparentemente masculinas. Y a continuación una serie de pasos que parecían recorrer toda la planta superior, en la misma dirección que años después sucedería con nosotros.

Los pasos, tremendos, retumbaron en plena oscuridad. Fue entonces cuando decidieron levantar las tiendas de campaña que habían colocado en el patio del castillo. Había llegado la hora de salir de allí. Poco después se enterarían de que hicieron bien: el lugar donde pensaban acampar fue utilizado durante años como cementerio del pueblo cercano. Por si faltaba algún elemento a toda esta historia ya de por sí macabra...

## **Cardona y la habitación maldita**

«Como todos sabemos, se dice que los viejos castillos guardan al menos un fantasma, y existe la tradición de que uno de ellos vive en el antiguo castillo de Cardona, hoy parador de turismo. La antiquísima casa Bodegas Torres desarrolla una gran actividad cultural, y una noche organizó unas charlas para periodistas en el parador de Cardona. Había mucha gente notable, entre ella el escritor Mauricio Wiesenthal.

«Fueron muy amables y me asignaron una suite para mí solo. Todo era muy cómodo, pero hacia las dos de la madrugada empezaron a arrastrar muebles en la habitación de arriba. Era escandaloso: sillas, butacas, la cama... No me atreví a protestar en atención a la hora, pero a la mañana siguiente dije en dirección lo que había ocurrido y me quejé. “Es imposible, señor –me contestaron–. La habitación de arriba estaba vacía. Procuramos no alquilarla casi nunca...”» Con estas palabras describía el periodista Francesc González Ledesma en su habitual columna de *El País* la noche que pasó en la suite que se encuentra bajo la controvertida habitación 712.

Y es que esta fantástica fortaleza es, además, custodia de leyendas que parecen hacerse realidad conforme las sombras van tomando las tierras colindantes. El investigador catalán Miguel Ángel Segura aseguraba años atrás que «el castillo de Cardona es una de las edificaciones medievales más importantes de España y la más prestigiosa de Cataluña para muchos historiadores. Se tiene constancia de que las primeras construcciones del castillo datan del año 886 y fueron llevadas a cabo por parte de Wifredo *el Velloso*. Posteriormente, Ramón Berenguer IV hizo levantar algunas edificaciones más. La iglesia de Sant Viçens, que está en el interior de la fortificación, justo en mitad del castillo, fue construida en el siglo XI, permaneciendo hoy en ella los féretros que contienen los restos del linaje de los Cardona. Como dato curioso, esta iglesia de estilo románico es la segunda más alta de España después de la de Santiago de Compostela. Ya en el XIII se construyeron las actuales murallas que rodean la fortaleza.

»En el siglo XV, el castillo es habitado por una de las dinastías más importantes de Cataluña, la de los condes duques de Cardona, linaje que supuestamente –según declaró Carlos Herrero, antiguo director del parador, a un conocido programa de televisión– puede estar detrás de las apariciones, ya que se rumorea que el fantasma de la habitación 712 puede ser un miembro de esta familia.

»Herrero dejó una carta a su sucesor, que el actual director del parador de Cardona nos aseguró que era auténtica durante nuestra entrevista. Herrero informaba a su sucesor que el castillo está encantado, que seguramente algún miembro de la familia Cardona sigue rondando por allí en forma de fantasma. En ella, además, describe una experiencia personal en la habitación 712, en la que, según la leyenda popular, habita el fantasma. Aquel día había abandonado el parador un conocido equipo de baloncesto que se había alojado en él durante varias noches. Una de las señoras de la limpieza acudió a la habitación 712 para realizar sus tareas. Llamó a la puerta antes de entrar, aun sabiendo que no había nadie. En ese instante, una extraña voz respondió a su llamada: “Espere”. La empleada, confundida, ya que en su listado aparecía como libre, llamó a recepción para que le confirmaran si estaba ocupada mientras comentaba lo sucedido a otra compañera. En recepción les aseguraron que la habitación estaba vacía, por lo que las empleadas de planta

introdujeron la llave en la cerradura. Pero algo ocurrió: no era posible abrir la puerta. Justo en ese instante apareció el director del parador y las empleadas le explicaron la extraña situación. El propio director golpeó entonces la puerta con los nudillos y nuevamente esa voz tosca y grave dijo desde el interior: “Espere”, dejando atónitos a los tres testigos.

»No fue hasta pasados unos minutos que nuestros protagonistas consiguieron abrir la puerta y adentrarse en la habitación 712. El cuarto de baño estaba lleno de vaho, el espejo empañado, una toalla húmeda, una huella en el suelo, el grifo abierto... Pero allí no había nadie. Además era imposible que fuese una broma pesada, ya que las ventanas de la habitación y del cuarto de baño son demasiado altas como para saltar al exterior. Este mismo suceso lo relató también una de las personas que estaban trabajando por aquel entonces en el parador, Isabel Campos, que lleva más de veinte años como empleada de planta en esa zona de la habitación 712. Las empleadas han bautizado al fantasma de la habitación 712 con el sonoro nombre de Celedonio, soldado romano decapitado por profesar el cristianismo, hoy uno de los santos mártires más célebres de Cardona». No es el único hotel donde se producen este tipo de fenómenos, pero sí uno de los más evocadores. Sería larga de relatar la lista de sucesos que supuestamente allí se producen, pero de lo que no hay duda es de que los testigos representan a todos los estamentos sociales, porque una vez más, sea lo que sea que allí se manifiesta, si es que se manifiesta algo, no parece distinguir de estrato social, raza o religión.

Yo mismo tuve la oportunidad de pasar varias horas en la citada habitación maldita con un equipo de investigación, y hay que decir que en un momento determinado la situación se puso muy tensa. En aquellos momentos, a los presentes, a mí al menos, se nos pasaron por la cabeza muchas cosas: la vivencia de Ledesma, los testimonios de los obreros que llevaron a cabo las reformas en la década de los setenta y que observaron atónitos por este mismo pasillo la llegada de una mujer de blanco con el traje hecho trizas, las palabras de parte de sus trabajadores...

Pues eso, un lugar muy bello, misterioso, encantador y encantado a partes iguales, y muy recomendable, especialmente por la amabilidad de su director, mi entrañable amigo Joan Oliver.

## **El sanatorio del Moncayo**

Éste es otro de esos lugares que parecen abocados al olvido, porque recordar lo que en ellos ocurrió es lo más parecido a una invocación, que de tanto pronunciarla puede hacerse presente.

El entorno en el que se ubica el sanatorio de Agramonte, a las faldas del «obispo tumbado», el gran Moncayo, es fabuloso. Cuando se empezó a construir en la década de los veinte del pasado siglo, al tratarse de un hospital que debía acoger a enfermos de tuberculosis –para los que en aquel tiempo no había cura y sí mucho contagio–, como ya hemos visto anteriormente se buscaban puntos remotos de la geografía en los que el contacto con el resto de la población fuese inexistente. Su función inicial era la de hogar de descanso para familias acaudaladas. Pero eso cambió una vez finalizada la guerra civil, cuando cayó en manos de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, que entregadas en cuerpo y alma a la causa de los más necesitados, transformaron las lujosas estancias en habitaciones para enfermos, quienes, dada la cercanía del Moncayo, disfrutaban de aires frescos y sanos que en la mayoría de las ocasiones, se tratase o no de placebo, lograban mejorar su estado de salud. Así fue hasta el mes de marzo de 1974, año en el que finalmente fue cerrado...

Hoy disfruta de una jubilación amable, en un paraje de ensueño, vestido de ruina y de una vegetación que crea elegantes formas sobre sus derruidos muros. Otra cosa muy distinta es cuando las sombras toman el lugar. Es entonces cuando los cazadores de fantasmas hacen acto de presencia, con el objetivo de lograr abrir una brecha con el pasado por la que surgen como una torrentera esos fenómenos que parecen estar atrapados entre sus paredes, aguardando a que alguien apriete el resorte inadecuado.

Y es que, siempre a decir de esos expertos, este lugar es algo así como un talismán que atrae a las voces sin rostro, o al menos potencia que éstas pierdan su timidez y se manifiesten en los aparatos digitales de los investigadores. Porque se asegura que aquí es habitual captar psicofonías, y alguna que otra muestra hay de ello. Pero también se habla de aparecidos que se lamentan en la oscuridad de las estancias sin luz, como si fueran los fantasmas de aquéllos cuyas tumbas fueron profanadas años atrás en el cementerio contiguo, por quienes se dicen seguidores de determinados cultos

tan cálidos como el mismísimo averno, y que dejan a su paso los restos de sus anacrónicos rituales, en los que las pintadas satánicas, los restos óseos o los canutos de marihuana tienen su importancia.

Así pues, armémonos de valor y atendamos a los sonidos de la noche, que ya se sabe que, en ocasiones, tras los mismos se ocultan las consecuencias, y éstas no siempre son bienintencionadas...

### **La casa *enmeigada***

No hace demasiados meses, en las páginas de la revista *ENIGMAS* publicamos un interesante artículo, de esos que caen cuando menos te lo esperas. Lo contemplé en mis *99 lugares encantados*, por documentado, extraño y maldito. Tal y como decía entonces, fue en la localidad pontevedresa de Borraxeiros donde ocurrió todo, entre los años 1916 y 1921. Pero es que aún no ha cesado, pese al tiempo transcurrido.

Jesús J. Blanco, el autor del interesante reportaje, aseguraba que «los hechos tuvieron como escenario una vivienda rural actualmente deshabitada conocida como “la casa de Varela”, pues en ella residía con su familia un labrador llamado Manuel Varela, que en los años anteriores había residido como emigrante en Cuba. Todo comenzó una tarde de mayo de 1916, cuando una repentina lluvia de piedras sorprendió a los habitantes del inmueble, interrumpiendo una velada que hasta entonces había sido tranquila. Al creer que estaban siendo atacados, acudieron al cuartel de la Guardia Civil para pedir ayuda, pero una vez personados en el lugar, los agentes no encontraron al supuesto causante de la broma. En los días siguientes las lluvias de piedras continuaron (...). Pero la cosa no paró ahí, pronto empezaron a moverse los objetos y los muebles de la casa, incluso los más pesados, que con frecuencia se elevaban por el aire a gran velocidad y se precipitaban con violencia contra las paredes o el suelo (...) y toda la ropa y objetos que estaban guardados en cajones o en baúles aparecían revueltos fuera de ellos. Los supuestos espíritus también perseguían a las personas de la familia, quitándoles la ropa cuando estaban en la cama, tirándoles sacos cuando iban al molino, y propinándoles bofetadas y golpes de los que nunca veían al autor, pues aparentemente no

había nadie más allí. Estas manifestaciones se mantuvieron activas hasta 1921, reproduciéndose de forma continuada, aunque en ocasiones cesaban unos pocos días para volver a reanudarse con más fuerza».

Todavía hoy «la gente tenía miedo porque decían que esa casa tenía el *meigallo* encima». Vamos, que estaba encantada.

Tiempo después, el señor Varela perdió la cabeza. A altas horas de la madrugada se levantaba, montaba en su vehículo y se iba al cementerio. Allí los vecinos aseguraban que lo veían rezar, porque así se lo ordenaban las voces que oía en el interior de su vivienda.

Seis años después los fenómenos cesaron. ¿Para siempre? No. Continuaba el periodista Jesús J. Blanco diciendo que «hay en la parroquia quienes aseguran haber visto extrañas luces, sombras que se mueven, animales negros, como perros o gatos, con los ojos enrojecidos y otras manifestaciones inquietantes, si bien todo ello podría atribuirse a los efectos que ejerce sobre la imaginación el embrujo del lugar. Uno de estos testimonios es el de Julio Rozas, un campesino dedicado al cuidado del ganado, quien pudo observar un extraño efecto que el entorno parece ejercer sobre los animales». Un lugar para pasar un rato... no más.

## **El fuego de la Corona de Aragón**

El 12 de julio de 1979 se produjo una de esas catástrofes que marca para siempre la historia de un país. Ese día, la capital de Aragón vio cómo uno de sus establecimientos de referencia, el hotel Corona de Aragón, se quemaba por los cuatro costados, llevándose por delante a ochenta personas y varias decenas de heridos.

El día del desastre el hotel tenía una ocupación del 70 por ciento. La jornada siguiente era importante, ya que se hacía entrega de los despachos a la XXXVI promoción de la Academia Militar General. Por tanto, el establecimiento estaba a reventar de militares. Hasta la viuda de Franco se encontraba allí con parte de su familia para conmemorar el importante día. Pero no pudo ser. Los análisis posteriores desvelaron que sin poder determinar si el incendio fue provocado o no –lógicamente, a la vista de

quienes se hospedaban allí, aquel día el Corona era el lugar más protegido de España, pero también el más amenazado, por lo que la tesis del atentado cobró fuerza—, sí es cierto que los técnicos dieron con suficiente cantidad de elementos combustibles como para atribuirlo exclusivamente a la casualidad.

Lo que sí mostraron las imágenes de fotógrafos y cámaras de televisión fue el horror de observar a varios clientes que morían asfixiados, abrasados, o que atendiendo a un «absurdo» instinto de supervivencia, saltaban al vacío desde las últimas plantas del edificio, camino de una muerte segura. Fue horrible. Y aun así la ciudad se repuso, y no muchos años después en el mismo lugar se abrieron las puertas del actual hotel, en el número 13 de la calle César Augusto.

Fue a partir de entonces cuando se empezó a hablar de extraños fenómenos en el lugar. Quizá el más célebre fue el protagonizado por una azafata de la compañía aérea Aviaco, que tras pasar una noche en el nuevo hotel, concretamente en la habitación 510, amaneció temblando de terror: «Yo no sabía nada de la habitación, pero lo cierto es que una noche que me tocó sentí la opresión de otra presencia. La sentía continuamente en la ventana, intentando abrirla como si no pudiera hacerlo. No me podía quedar dormida porque me parecía, cuando estaba en duermevela, que alguien se inclinaba sobre mí. Pensé que eran los nervios y una mala pasada de mi imaginación, pero resulta que al comentárselo a una compañera, ésta me dijo inmediatamente: “Has estado en la 510. Allí sucede algo. No eres la única a la que le ha pasado”».

No sé si es parte de la leyenda que suele adornar a este tipo de casos, pero las referencias a que en esta habitación la temperatura es insostenible, el agua de los grifos en ocasiones fluye se diría que hirviendo, las casi imperceptibles pero reales rachas de viento abrasador, o la presencia de un niño espectral que parece dirigirse hacia la ventana para posteriormente arrojar al vacío —así ocurrió en la trágica realidad desde esta misma quinta planta— han hecho que haya quien albergue la idea de que allí se reviven las escenas que décadas atrás se produjeron en este mismo sitio.

También se afirma que en los pasillos de la quinta planta se oyen pasos, muchos y acelerados, como si alguien estuviese huyendo a toda prisa...

## LEYENDAS... O NO

*Mientras el cerebro sea un misterio,  
el universo continuará siendo un misterio.*

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL

**La leyenda de Requena**

En lo más profundo de la sierra de Cazorla, allí donde nace el río Guadalquivir, existe un lugar que pocos conocen. Yo sí, pero no porque sea más listo. Simplemente me crié en un pueblo que está muy cerca y que me ha permitido patearme esta escarpada sierra de un rincón a otro.

El lugar al que me refiero es el cortijo de las Ánimas. Con este nombre pocas dudas quedarán de que algo desagradable hubo de ocurrir en el pasado para que alguien acabara bautizándolo así.

Llegar a dicho enclave no es fácil, porque la mitad del recorrido hay que hacerlo por pistas forestales. Por ello, lo mejor es contratar los servicios de algún guía de las cercanas poblaciones de La Iruela, Cazorla o Villanueva del Arzobispo, que al margen de conducirnos a este enigmático lugar, nos mostrarán parte de los secretos que aquí se esconden; lugares por los que, confesaré, me encanta perderme de vez en cuando. Y es que por estas alturas de densos pinares aún permanecen los restos –gran parte excepcionalmente conservados– de los pueblos que habitaron hasta bien entrada la década de los ochenta del pasado siglo los serranos, gentes de tradiciones ancestrales que permanecían la mitad del año aislados por las nieves, manteniendo intactas las señas fundamentales de su cultura, entre ellas unas supersticiones tan arraigadas y antiguas que su eco aún hoy resuena por estas montañas.



Si se consigue llegar hasta el lugar referido, que se halla pocos kilómetros más allá del nacimiento del citado río, merece la pena pasar una noche al raso; evidentemente si es verano, ya que incluso en época estival los fríos aprietan por esos lares.

Y es que el cortijo de las Ánimas tiene fama de maldito. No es una única construcción, sino más bien una cortijada en la que años atrás se amó, se trabajó, se sufrió y se hubo de pasar más de una madrugada con la tenaza agarrando con fuerza el corazón de los testigos por el terror que ciertas historias llegaron a provocar. La del pastor Requena es una de ellas, tan universal que en otros lugares ha alcanzado la catalogación de leyenda urbana. Pero aquí se asegura que fue real; tan real como los pasos que ahora damos en dirección a dicho enclave.

A finales del siglo XIX, José Requena Carmona vivía en la alquería de Las Ánimas. Su trabajo se había convertido en rutina; cada día partía de su hogar camino de las cumbres, porque allí el rebaño tenía mejores pastos. Se conocía aquellas sierras como la palma de la mano, y también sabía que había lugares por los que era mejor no rondar, pues decían los antiguos que por ellos caminaban a sus anchas endemoniados y otros seres de aspecto feroz. Él, valiente como era, nunca temió tales supercherías, pero siempre estuvo ojo avizor para no tentar a la suerte.

Aquella jornada las nubes cubrieron el cielo en cuestión de minutos. Se hallaba en una zona agreste en la que lo más fácil era despeñarse por una barranquera. Con evidente malestar, el bueno de Requena fue reuniendo a las cabras ayudado por su fiel compañero *Sultán*, un perro de muchos años y aún más experiencia.

El crepúsculo se fue adueñando del entorno, más oscuro que de costumbre, ya que amenazaba tormenta. Había que darse prisa... Algo más de una hora después iniciaba el descenso. A estas alturas los rayos caían con tal fuerza que no hacía falta maldición alguna para que se precipitaran sobre la cabeza del pastor. Y Requena era consciente de ello.

Y así andaba cavilando el lío en el que se había metido cuando de repente, a lo lejos, oyó el balido desesperado de una cabra. Las opciones no eran excesivamente favorables: o continuaba camino, lo que significaba perder un animal, y eso era demasiado dinero, o iba en su busca, con el consiguiente

riesgo de verse obligado a pasar la noche en el refugio. Más llevado por la piedad que por el dinero, optó por ir a salvar al animal, que por los balidos que profería debía de encontrarse malherido. Así pues, varios cientos de metros más adelante, junto a una quebrada, comprobó que la cabra se había partido una pata. Sin pestañear, extendió el saco que llevaba a la cintura y, con no poco esfuerzo, la introdujo en su interior, echándose luego el fardo a la espalda.

Requena inició el descenso, con la idea de que el buen *Sultán* estaba conduciendo al resto del rebaño hacia el redil. La noche permitía pocas confusiones, por lo que no podía equivocarse el camino a seguir. Y así, conforme fueron transcurriendo los minutos, el pastor se fue dando cuenta de que el saco cada vez pesaba más. Aquello no era normal. El animal apenas se movía, ya no lanzaba sus doloridos lamentos, y a cada segundo iba aumentando el peso.

El pastor, en esos instantes en los que el miedo puede a la razón, pensó en las historias que sus abuelos contaban al calor de la lumbre, en las que los aparecidos se manifestaban para dirigir al incauto hacia una muerte segura; en las que seres diabólicos protagonizaban mil y un encuentros con los pastores que a ciertas horas se atrevían a entrar en estos boscosos parajes. Pero eso eran cuentos para asustar a los niños. ¿O no?

Cansado y aterrado, Requena se detuvo. El silencio lo envolvía todo. En el interior de aquel fardo que no se atrevía a descolgar de su espalda ya no había vida, pero el peso era insoportable. A lo lejos, la tormenta había empezado a dibujar, como en una ceremonia macabra, ringleras imperfectas de rayos en la bóveda celeste. Fue entonces cuando, tras dejar el saco en tierra, decidió abrirlo... Cuentan los ancianos de la zona que lo que en aquel instante presenció Requena hizo que dos días más tarde, tras acudir a su hogar mudo y con el cabello repentinamente cano, muriera postrado en la cama, en silencio, con la mirada perdida.

Y es que al abrir el mismo, unos ojos rojos como brasas encendidas lo observaron desde el interior. A continuación, una voz profunda y desagradable le gritó: «¡¿Peso, Requena?!». El hombre abandonó al animal, o al diablo, o a lo que demonios fuera, iniciando una huida a través de senderos de montaña que aún hoy pueden recorrerse.

Sea o no parte de la leyenda, lo cierto es que, como veremos más adelante, no es la primera vez que sucesos similares ocurren... con similar desenlace, para desgracia de sus protagonistas.

## **Los brujos del Albayzín**

Dicen los románticos que soñada es Granada desde tiempos inmemoriales, recuerdo de aquellos que asentaron su saber sobre este pedazo de vega fértil situada a los pies del macizo montañoso más imponente de toda la Península.

Por sus calles discurre una maraña cultural propia de los tiempos en los que esta ciudad fue la envidia del mundo conocido. Ejemplo de ello es la plaza de Bib-Rambla, en el corazón de la misma, donde los inquisidores quemaron gran parte del tesoro documental que los musulmanes guardaban en la Alhambra.

Pero Granada, al igual que el resto de las urbes andaluzas, posee en sus entrañas contrastes asombrosos que pasan inadvertidos. Enfilando la escurridiza cuesta de la Calderería, a ambos lados podemos deleitarnos con lo que se ha calificado ya como el pequeño Marruecos. Las esencias, propias de otras latitudes; la música, de acordes exóticos y algo estridentes; las gentes, el idioma... Pocos se atreverían a decir que seguimos en tierras españolas, y menos aún si entramos en alguna de sus teterías, donde degustar té de sabores y olores inimaginables nos traslada rápidamente a otras latitudes. Al socaire de una vela, nuestra percepción de la realidad puede cambiar...

Un buen par de botas y mucha voluntad nos ayudarán a proseguir camino desde la bulliciosa calle de Elvira, paralela a la céntrica Gran Vía de Colón, puesto que entrar en el Albayzín es acceder a un mundo de empedrados centenarios, estrechos y muy empinados. Aquí las leyendas se cuentan en voz alta, pues el propio enclave es, como se puede apreciar, de ensueño. No en vano el Albayzín es tan antiguo como la propia creación de la ciudad, ya que las primeras comunidades íberas se asentaron sobre las faldas de la montaña que hay bajo estas casas blancas en el siglo III a.J.C., levantando las primeras edificaciones de la villa de Ilíberis, sabedores de que su emplazamiento escarpado era la mejor defensa ante las posibles hostilidades.

Entre este laberinto de callejas el sol se cuele con timidez, dejando a la vista plazas como la de Almed, donde antaño narran las crónicas que se manifestaban extrañas presencias que espantaban a los albayzineros, o sus milenarios alminares, construidos de frágil ladrillo rojo. En este rincón abierto a los cielos, se cuenta que en el siglo XVII varios seres de aspecto horrible se encargaron durante un tiempo de velar un supuesto tesoro que se hallaba escondido bajo una gran losa de color negro. Los misteriosos hombres, cubiertos de pies a cabeza por largas túnicas, aparecían durante la madrugada y salmodiaban siniestras letanías. Durante una de esas ceremonias nocturnas, una madre y su hija, ocultas tras una tapia, observaron atentas los pasos de los brujos. Éstos, portando cirios negros en las manos, se iban colocando alrededor de la gran losa, y poco más tarde daba comienzo el ritual. Después, ésta se abría, desvelando a los presentes sus secretos. Ya de mañana, ambas mujeres, protegidas por la luz diurna, acudieron al sitio y recogieron parte de los restos de cera que habían quedado sobre el suelo. Con ellos hicieron otro cirio, y de noche, vestidas como los desagradables personajes, regresaron al lugar, entonando los cánticos que habían oído la madrugada anterior. La losa se abrió, y la hija, armada de valor, penetró en su interior. El infortunio quiso que la vela se acabara antes de que la joven saliera, y la piedra se cerró ante la impotencia de la madre, que jamás volvió a ver a su pequeña. Cuentan los habitantes de esta parte del Albayzín que en noches de luna se oyen los lamentos de la muchacha emparedada, pidiendo auxilio por su alma.

No obstante, si hay un lugar en este enclave que sorprende por su inmortal belleza, ése es el mirador de San Nicolás. La cruz marca el centro de la arbolada plaza, frente a la maravilla que se abre a nuestros ojos: la Alhambra, el palacio rojo.

Es un lugar curioso, centro de reunión de bohemios, de parejas que juran su amor frente a la mítica fortaleza, y de pintores que plasman el sueño del rey Alhamar sobre el blanco lienzo, conscientes de que con ello se llevan consigo un pedazo del extraordinario enclave.

De aquí a nuestra siguiente parada hay un paso. Es la calle del Aljibe de la Vieja, que tiene ese nombre en honor a una mujer mala. La trama nos remonta de nuevo al siglo XVII, cuando una anciana, cansada de que los

jovenzuelos robaran los frutos de la higuera que tenía en su huerto, hizo un pacto con el demonio para que los higos tuvieran sabor amargo. El miedo de los vecinos hizo que se convirtiera en una persona huraña, y según afirmaban salía por las noches para coger los frutos, y éstos rápidamente se transformaban en oro en sus ajadas manos. Cosa del diablo, sin duda. Lo cierto es que los rumores no cesaron, incluso después de muerta, pues se decía que su espectro aguardaba en el huerto al torpe que se atreviera a saltar la tapia. Realidad o leyenda, hasta hace poco tiempo los muchachos del barrio se ponían como reto saltar esa valla y entrar en el huerto de la vieja. Y bien es cierto que muy pocos se atrevían a hacerlo.

En el Albayzín cualquier sitio es bueno para tomar unas tapas y apreciar las huellas de una cultura que se perpetuó durante más de siete siglos, en forma de estrechas callejuelas, de arcos de perfecta resolución y de plazas recoletas cargadas de sabor. Por supuesto, también de misterios pendientes de solución.

Un ejemplo de ello es la Casa de Castril, hoy día sede del museo Arqueológico de Granada, donde algunos de sus trabajadores han acusado la presencia de sucesos paranormales en sus dependencias. Además, por si fuera poco, esta casa tiene una maldición que, como en otros enclaves, se agarra con fuerza a sus paredes. Se asegura que tiempo atrás, César de Zafra, señor de Castril, se hizo eco del rumor que circulaba por el barrio de que su hijo estaba perdidamente enamorado de una bella gitana, que para mayor vergüenza vivía en la casa colindante. El colérico señor decidió encerrar a su vástago y cortar el agua que regaba los huertos de la gitana. Ésta, consciente de que eran su único sustento, imploró piedad al señor de Castril, y éste se la negó. Fue entonces cuando la muchacha le gritó, presa de la ira: «Que mueras dentro del agua que estás negando». César de Zafra, más joven o más viejo, no murió ahogado, pero sí recuerdan las crónicas que su ataúd salió flotando de la capilla ardiente cuando subieron las aguas del cercano río Darro, perdiéndose para siempre.

Hay en el Albayzín más leyendas asociadas a fantasmas. Antonio Díaz Lafuente recoge en su obra *Duendes y leyendas de Granada* la historia protagonizada por doña Leonor de Solís, que fue cruelmente asesinada en el barrio cuando un maleante pretendía robarle las joyas. Aun hoy, los habitantes

de la calle de los Abarqueros, cuando se percatan de un ruido extraño o sucede algo que está fuera de lo normal, lo atribuyen a la presencia de la difunta, que todavía vaga su pena por estos empedrados.

## **Las tibicenas de Canarias**

Hablar de un animal cánido de gran envergadura, ojos rojos, fauces sangrientas y odio en la mirada es hacer alusión a una leyenda que, como tantas otras, parece hacerse realidad en las islas Canarias. Para los nativos guanches estos animales eran los sicarios del mal, los hijos del demonio que surgían durante la noche para acabar con la vida de los hombres. Eso es lo que nos dice la tradición, revestida de matices y algún que otro ornamento de religiones posteriores que nada tienen que ver con las originales animistas de los guanches. Pero aun así, más allá de esa misma leyenda, cuenta mi querido amigo el escritor y periodista José Gregorio González que «la creencia en las tibicenas y los encuentros con extrañas criaturas que refuerzan dicha creencia continúan sucediéndose hoy en día, ajenos a la equivocada idea de que se trata de algo exclusivamente del pasado». ¿Son por tanto reales? ¿Se han visto en nuestros tiempos? Testimonios, aunque parezca increíble, los hay.

Si por un instante montamos en esa máquina del tiempo que son los libros apergaminados de siglos pasados, nos encontramos con una joya de 1588 titulada *Descripción e historia del reino de las islas canarias*. En este trabajo ya se advierte que el demonio se aparecía a los guanches «muchas veces de noche y de día, como grandes perros lanudos, y en otras figuras, a los cuales llamaban tibizenas»; a lo que más de un siglo después, el cronista Gómez Escudero añade: «Muchas i frecuentes veces se les aparecía en forma de perro mui grande i lanudo de noche i de dia y en otras varias formas que llamaban tibiçcenas, hacían cosas que parece que el demonio los ponía en semejantes riesgos, de subir por peñas i riscos i traer maderos».

Por tanto queda de manifiesto que la aparición de estos canes de los infiernos no es cosa de moda, actualidad o fantasía, ya que en crónicas centenarias se referencian los encuentros que unos y otros, guanches y conquistadores, tenían con ellos.

Pero ¿y ahora? ¿Son las citadas narraciones producto de la superstición propia de un tiempo que ha dado pie a que se gesten historias increíbles que han vencido el paso de los siglos para llegar íntegras hasta nuestros días? No lo sé. Pero algo me dice que hay más. González, que es gran conocedor de este asunto, aseguraba meses atrás que «en los últimos años nos hemos encontrado con numerosos casos, muchos de ellos recientes, que nos reafirman en la idea de que las tibicenas, sean lo que sean, continúan teniendo una sorprendente presencia en la cultura canaria. La casuística asombra y resulta inquietante, manteniendo vivos los significados que el campesinado canario le ha venido asignando desde hace siglos. Francisco García, un informante de cuarenta y un años, nos relata cómo su madre se topó de bruces, de forma inesperada, con un «demonio», lanudo y negro, con «los ojos inyectados en sangre» a las puertas de su casa en la localidad de Buzanada, en el municipio tinerfeño de Arona. Ocurrió hace más de sesenta años, y aunque fue fugaz, la intensidad y el pavor que provocó en aquella mujer lo convirtió en inolvidable. Curiosamente, cuando recogimos esta confidencia nos encontrábamos en las inmediaciones de un entramado de antiguas cuevas labradas en la tosca conocido como «samara», en el que el investigador Fernando Hernández recogió en los años noventa del siglo pasado el testimonio espontáneo de una turista peninsular que, de pronto, se quedó aterrorizada ante la visión de perros amenazantes, gigantes y de ojos rojos, aunque de una consistencia algo tenue. El testimonio de aquella mujer decía así: «Daba la impresión de no ser sólido del todo, y aunque no se podía ver a través de ellos, parecía posible traspasarlos». Pero hay más testimonios: «Otro caso especialmente interesante es el conservado en el seno de la familia de Manolo Baute, informante que revivía para nosotros la increíble experiencia que había protagonizado su abuelo a mediados del siglo pasado. Este buen hombre se encontró un día con la inesperada forma de un macho cabrío, blanco y resplandeciente, que lo miraba fijamente de forma desafiante. El testigo, que andaba de cacería, se había recostado un instante, apoyando la espalda contra un árbol en una zona conocida como el Diablillo, un rincón del monte de la Esperanza en Tenerife, tristemente famoso por haber sido el escenario de un trágico accidente de aviación. Debió de quedarse traspuesto, levemente dormido, y al abrir los ojos se sintió atravesado por la mirada de aquella criatura. El caso es que el testigo siempre contó que fue

incapaz de moverse, que estaba completamente paralizado, y que aunque intentó coger su escopeta y disparar no fue capaz de mover un solo dedo. Sólo cuando la criatura se alejó, pudo recuperar la movilidad. En el libro *La brujería en Canarias*, el periodista Domingo García Barbuzano recoge el caso de la *señá* Ángela, quien con apenas diez años de edad y en un lejano 1922 también se había dado de bruces con uno de estos extraños perros, en este caso en Valle de Guerra, en Tenerife. El encuentro se produjo en la llamada la Cruz de Tagoro: “Cuando volvíamos de buscar el farol, vi un perro tan grande como jamás había visto cosa igual, sus ojos eran rojos y se clavaron fijamente en mí, y su color era blanco como el de una oveja. Viendo aquello me santigüé, aceleré el paso y no me paré hasta llegar al empaquetado”».

Por tanto, vemos que la aparición de estas criaturas, sean lo que sean, parece salir del marco siempre dúctil que, al menos en estos casos, nos ofrece la leyenda.

## **El hombre pez de Liérganes**

Liérganes, en Cantabria, es uno de esos municipios agraciados por una hermosura sin par. Las casonas solariegas, los bosques de eucaliptos, el humo de las chimeneas... Aquí todo está revestido de magia; todo tiene leyenda; todo tiene belleza.

En el centro de la población todavía es posible observar una pequeña placa en homenaje al que sin duda alguna ha sido el habitante más ilustre de la misma. Francisco de la Vega Casar, se llamaba, y nació en el año 1656, pero los ecos de su extraña historia aún se dejan oír por las calles de Liérganes, donde es fácil encontrar establecimientos que llevan orgullosos el nombre, no del citado De la Vega, sino del ser que lo hizo famoso: «el hombre pez».

Lo cierto es que a muy corta edad el muchacho ya sentía una especial predilección por pasar horas y más horas en las frías aguas del río Miera, hasta el punto de despertar la admiración de quienes lo veían nadar, pues daba la sensación de que había nacido para ello. A la edad de dieciséis años fue



enviado al País Vasco para aprender el oficio de carpintería, y una vez allí no dejaba pasar la oportunidad de sumergirse en las aguas de la ría o del mar, que tanto le daba una cosa que otra.

Sin embargo, algo ocurriría poco después. Acompañado de varios amigos, se introdujo en un látigo de mar que se metía en la costa vizcaína, y como tantas otras veces se lanzó al Cantábrico. Y ya jamás se supo de él...

Tras buscar su cadáver por toda la costa, finalmente familiares y amigos desistieron, asumiendo la dolorosa pérdida.

Cinco años más tarde, unos pescadores que faenaban en las costas de Cádiz prendieron en sus redes a un extraño pez, o al menos eso pensaron al principio, porque tras observarlo con detenimiento resultó no serlo. Se trataba de un joven corpulento, de gran estatura, pelirrojo y con el cuerpo cubierto de escamas. No decía nada; tan sólo se limitaba a mirar a sus captores, que, aterrados, no daban crédito a lo que estaban viendo.

Es importante resaltar que cuando fue capturado emitía sonidos guturales y lo que parecía ser una palabra: «Liérganes».

Así pues, acudieron al secretario del Santo Oficio, fray Domingo de la Cantolla, que casualmente era de Liérganes. Al conocer los hechos, el inquisidor relacionó de inmediato el hallazgo con la desaparición años atrás de su vecino Francisco de la Vega. Fue entonces cuando un fraile franciscano, fray Juan Rosendo, se ofreció a devolverlo a su presunta localidad natal, donde fue identificado por la madre y dos de sus hermanos, uno de ellos también sacerdote. Francisco, o al menos algo que se le parecía remotamente, había regresado a casa.

Las crónicas aseguran que el hombre pez vivió nueve años más rodeado de los suyos, aunque con el entendimiento turbado, de manera que poco era lo que lo inmutaba, y menos aún eran las palabras que salían de su boca: pan, vino, tabaco... y poco más. Cuando tenía que ir a Santander, en lugar de esperar la barca que cruzaba la bahía, solía lanzarse al agua y atravesarla a nado. Y así fue como desapareció para siempre.

Tiempo después, el relato protagonizado por el hombre pez de Liérganes, que estaba avalado al menos por una partida de nacimiento que todavía hoy se encuentra en el Registro Civil de Santillana del Mar, impresionó al monje benedictino Benito Jerónimo Feijoo, que recabó información sobre Francisco

de la Vega de notables personalidades de su época, como al marqués de Valbuena. Y es curioso observar que pese a que en su libro *Teatro Crítico* ataca a la Iglesia, a las profecías y los milagros, a los duendes, a la astrología y a los zahoríes, su escepticismo integrista desaparece cuando habla del hombre pez de Liérganes.

Ahora bien, es necesario algo más para explicar las extraordinarias capacidades acuáticas de Francisco de la Vega. Por tanto, ¿hay alguna conclusión científica para los hechos descritos? Detengámonos por unos instantes en su aspecto. Las crónicas describen a Francisco de la Vega como un hombre de 1,80 de estatura, bien formado, de pelo rojo corto, las uñas roídas por el salitre y eternamente descalzo. Para añadir más misterio, hay autores que defienden que tenía un cinturón de escamas que iba desde la nuez hasta el estómago. ¿Obedecía este aspecto a su extraordinaria adaptación al entorno marino o tal vez era víctima de alguna enfermedad? A este respecto, Gregorio Marañón, en su libro *Las ideas biológicas del padre Feijoo*, dijo que «la mudez, la tez blanca, el pelo rojizo, la piel escamosa... eran debidas, probablemente, a la ictiosis. La glotonería y el hecho de comerse las uñas, datos todos que aparecen en el relato del padre Feijoo, interpretados desde un punto de vista clínico, no son sino síntomas de cretinismo, enfermedad endémica propia de regiones montañosas, y entonces frecuente en la montaña santanderina». Además, las cualidades natatorias de Francisco de la Vega y su capacidad para permanecer sumergido durante minutos eran debidas a la insuficiencia tiroidea que padecía, ligada a quienes sufren de ictiosis.

De lo que no hay duda alguna es de que el personaje es real, de que sus proezas acuáticas fueron acreditadas por testigos de primera mano e inmortalizadas en libros y crónicas que incluso abrieron un intenso debate científico sobre la existencia de los tritones.

Hoy en día, la placa a la que hacía referencia al inicio de estas letras recuerda la increíble vida de Francisco de la Vega Casar, el hombre pez de Liérganes, una misteriosa criatura cuya historia nos pone en contacto directo con la más romántica mitología del mar, como un nexo de unión entre la leyenda y esa realidad cuya fina línea de separación en casos como éste es

imperceptible. Y es que el mensaje que contiene es un canto a la esperanza que jamás pierden los soñadores: «Su proeza atravesando el océano del norte al sur de España, si no fue verdad, mereció serlo...». Dicho queda.

## La Cueva de Hércules

Toledo es ciudad imperial, custodia de misterios sagrados y de enigmas insondables. He paseado mucho en estos últimos tiempos, agarrado a esa soledad elegida que te pone en contacto con la esencia, los enigmas y las energías que pululan por esta urbe milenaria desde los tiempos de su fundación. Porque Toledo es una máquina que cuando cae la noche te traslada a mil y un tiempos diferentes, para gozo y disfrute de quienes, como yo, preferimos seguir montados en nuestra particular nube que pisar tierra firme.

Aquí hay quien dice que se encuentra la Cueva de Hércules, un lugar del que se ha escrito casi todo, pero no tan bien como en su momento lo hizo para *ENIGMAS* el viajero incansable y periodista Francisco Javier Brandoli: «En una pequeña calle empedrada, en cuesta, como casi todos los caminos de la ciudad, se esconde la Cueva de Hércules. Nada hace pensar que tras la pequeña puerta de madera que hace frontera en la entrada, reposa una de las leyendas más hermosas de Toledo. Una historia que habla del mítico héroe griego, de España, de la ambición de los hombres en encontrar lo prohibido y del precio que pagaron por anhelarlo. Una historia que ha atravesado los siglos y que se mantiene en la memoria de las piedras que aún aguantan el paso de los años.

»Dice el paso del tiempo y la memoria selectiva que por España pasó el hijo del dios Zeus. Su periplo por la península Ibérica lo llevó a distintos lugares –sus piernas cruzaron de este a oeste y de norte a sur todo el territorio–. Hércules llegó al final del mundo, *Finis terrae*, y fundó ciudades como A Coruña y Toledo. En esta última decidió levantar una de sus residencias.

»Fue en medio de la ciudad castellana donde construyó uno de sus palacios. En él, cuenta la leyenda, guardó incontables tesoros –joyas, metales preciosos y obras de gran valor, como la Mesa de Salomón– y se practicó la

magia y la alquimia –sigue hablando la leyenda de un lugar maldito al que se temía por su relación con el infierno y la brujería–. Cuando el héroe griego se marchó, dejó toda aquella riqueza en los sótanos de su palacio, en unas cuevas. Pero no los dejó solos. Mandó construir una puerta a la que cada rey nuevo que hubiera en Toledo debía colocar un candado. Por esa razón se habla de siete candados.

»El héroe griego amenazó además con lo siguiente: “Que nadie abra estos candados”. Algo oculto y misterioso, completamente desconocido para los profanos, se esconde tras ellos. Una maldición o una premonición que siglos después se cumplió.

»Pero ¿quién osó desafiar el poder de Hércules y decidió buscar aquellas riquezas? Dicen que el rey visigodo don Rodrigo, intrigado por el tesoro oculto que allí se hallaba, rompió su compromiso con sus antepasados y el ya lejano tiempo en que Hércules dictó sus órdenes. Hizo llamar a los guardianes del palacio y les pidió que le entregaran las llaves para descubrir qué se ocultaba tras aquellas puertas y candados. Cansado de esperar su asentimiento, y a pesar de que fue advertido de la prohibición, hizo que se arrancaran todos los cerrojos y entró a buscar su anhelado tesoro. ¿Qué fue lo que encontró? Pues dos estatuas articuladas y subidas a caballo cubiertas con telas blancas. Entre ellas vio también un cofre. Don Rodrigo lo abrió y sacó un papiro. “Hombres iguales que éstos tomarán tu reino”, estaba escrito en él. Poco tiempo después, en el año 711, se produjo la conquista musulmana de la península Ibérica. Aquellas dos estatuas eran soldados musulmanes. La ambición de don Rodrigo cavó su propia tumba».

Sea como fuere, la cueva sigue siendo buscada. Aunque hay una a la que se quiere mostrar como la oficial, compite con otras seis que aseguran serlo también. Yo entiendo que un lugar así, si es secreto, secreto debe ser. Así que después de esta perogrullada se entenderá que pienso que si existe, aún no ha sido descubierta. Por tanto, la maldición de Hércules, si fue real, aún no se ha cumplido...

## **El lago encantado de Banyoles**

En la localidad gerundense de Banyoles, a mitad de camino entre España y Francia, existe una de las superficies lacustres más sorprendentes de cuantas se reparten por la geografía española. Su cota máxima, que llega a alcanzar los cuarenta metros de profundidad, guarda sorpresas de gran belleza, como las enormes chimeneas naturales, tan profundas, estrechas y verticales, que en ocasiones crean una serie de remolinos que remueven con violencia el suelo del lago, creando corrientes de lodo que pueden resultar muy peligrosas.

Sea ésta una explicación o no para los extraños sucesos que allí se han desarrollado, lo cierto es que en dichas aguas han desaparecido barcos, personas, e incluso un avión militar ruso de la guerra civil española, sin que hasta el momento se haya tenido noticia alguna de él.

Pero sus insondables misterios no cesan. También actúa a modo de «avisador» de terremotos, ya que cuando se acerca uno, el nivel de las aguas asciende repentinamente y sin motivo aparente.

Desde hace años, también defienden algunos testigos que al igual que ocurre con el legendario lago Ness escocés, las apacibles aguas de Banyoles son surcadas por un ser monstruoso de apariencia semejante a un reptil gigante. Pero llegados a este punto, creo que la leyenda, aquí, leyenda es. Una perogrullada más.

## **Un paraíso en el infierno**

Hace años, a comienzos de los noventa, tuve la oportunidad de acudir a esta región de España cuando la carretera apenas si daba descanso al viajero: curvas, baches, parajes de ensueño... Y todo para llegar a la región del olvido, una especie de isla entre ásperas montañas de las que décadas atrás era muy difícil escapar, fronteriza con las provincias de Cáceres y Salamanca y también con Portugal. Tuve la inmensa fortuna de respirar lo que aún quedaba de su leyenda negra, de convivir con sus gentes, participar en sus seranos, las reuniones nocturnas en las que junto a mi entonces compañero de correrías, Iker Jiménez, fuimos capaces de rescatar del pasado sucesos protagonizados por seres de pesadilla, que para estas gentes de rostro curtido y palabra firme eran absolutamente reales. Así eran Las Hurdes entonces...

Aquí la pizarra es la dueña de los bancales. Viste las laderas de los montes y con ella se construyeron las poblaciones que siembran los agrestes parajes, localidades que hasta hace dos décadas se confundían con los propios montes, dada la carencia de electricidad en muchos de ellos.

Contemplando los infinitos pinares, es difícil imaginar por qué el padre carmelita Nieremberg, en su ya mítica obra *Curiosa Philosophiae*, allá por el año 1600 definía este territorio asegurando que «existe en este reino un áspero valle infectado de demonios, un lugar que los pastores creen habitado por salvajes, gente ni vista ni oída de lengua, de usos distintos a los nuestros, que andan desnudos y piensan ser solos en la Tierra. Algún testigo declaró haberles oído voces góticas y otras imposibles de entender». Pero ahí no quedó la cosa. El evocar a los seres diabólicos que se pensaba vivían entre las pizarras de las conocidas como Dehesas de Jurde era hacer mención a una tierra por la que caminaban los siervos del maligno. Y así, aislados en su microcosmos, durante siglos la endogamia provocó estragos, hasta el punto de que a comienzos del siglo XVII se aseguraba que dichas gentes pertenecían a otra raza de personas feroces, que vestían con pieles de cabra y hablaban un idioma desconocido para el resto del país. Y así, durante siglos hubo médicos y antropólogos, como el doctor Bidé, que defendieron la tesis de la existencia de otra etnia diferente que habitaba un valle a unos cuantos centenares de kilómetros de la Corte. Incluso Lope de Vega especuló en su obra *Las Batuecas del duque de Alba* con que se tratara de una comunidad goda que habría permanecido aislada durante siglos, manteniendo su lengua, sus tradiciones y sus ritos. Sea como fuere, por aquellas fechas se empezaron a realizar todo tipo de estudios antropológicos, destinados a desentrañar la procedencia de esas gentes dejadas de la mano de Dios.

Pero no fue hasta el siglo XIX cuando un movimiento a favor de Las Hurdes se extendió por el territorio nacional y por media Europa. Había que sacarlos de la terrible situación que en el año 1845 llevó a Pascual Madoz a plasmar en su *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España* respecto a las forma de vida hurdana, que «el aspecto exterior de las alquerías es tan mezquino que se confunde con el color y la escabrosidad del terreno, y se necesita alguna atención para conocer que allí hay un pueblo y seres humanos».

El espaldarazo definitivo para propiciar el cambio llegó en 1922, cuando Alfonso XIII visitó Las Hurdes. El monarca quedó espantado. Fue recorriendo pueblo a pueblo, por caminos impracticables y a caballo, comprobando con ojos propios la horrible realidad de aquellos desharrapados. Ya en la aldea del Martilandrán, una de las más aisladas, el rey observó con horror las condiciones de insalubridad y decadencia en que vivían una muchacha paralítica y su hermano tullido. Cuentan las crónicas que Alfonso XIII salió de la covacha construida con lascas de pizarra con espanto en el rostro y llorando de amargura. A partir de entonces se ubicaron en territorio hurdano puestos de la Guardia Civil, centros de salud, y se afanaron en llevar a cabo un ambicioso plan de urbanismo con el fin de comunicar mejor la región con el resto del país; una empresa harto difícil dadas las propias características del terreno.

De aquello, poco o nada queda. Sin embargo, en los últimos años, Las Hurdes se ha convertido en un auténtico, ahora sí, paraíso para los amantes de las escapadas rurales. La transformación en apenas dos décadas ha sido espectacular. No obstante, aún permanecen en pie, en recuerdo a una etapa de su historia que no conviene olvidar, núcleos urbanos que se hunden en la montaña, de casas que se apostan en las agrestes laderas levantadas con sudor, esfuerzo y mucha pizarra.

De esos primeros viajes, que para mí y mi compañero, con apenas diecinueve años, constituían una auténtica aventura no exenta de riesgos inesperados, aún guardo el recuerdo latente de los encuentros con estas gentes, que aunque nada tenían de paranormales, marcaron la trayectoria de aquellos dos muchachos que cada vez que regresaban traían la pena agarrada al corazón mientras improvisaban una canción como los trovadores de otro tiempo. Porque en contraste con las comodidades de la gran urbe, los habitantes de Las Hurdes quedaban allí, sumidos en la pobreza, atosigados por sus miedos, que en aquellos abruptos pagos tenían nombres y apellidos como posteriormente veremos.

Me permitiré ahora detenerme a lo largo de unas líneas en el anecdotario de ese tiempo, porque hubo muchas y buenas vivencias que partían de la inconsciencia juvenil. Recuerdo cómo en esos primeros viajes, que casi siempre coincidían con el primero de noviembre, parábamos en tascas y tabernas para preguntar por nuestro destino, dada la difícil orografía hurdana,

y a cada paréntesis la cortesía nos obligaba a tomar un orujo de madroño macerado en esta tierra, con sus imaginables consecuencias. Recuerdo la primera vista que en plena madrugada, y después de que nuestros ojos se acostumbraran a la oscuridad, tuvimos de la aldea del Gasco, tan atrapada por la montaña de pizarra que era difícil de descubrir a esas horas; recuerdo a Iker enfrentándose a voz en grito con el extraño personaje que, al otro lado de la ventanilla y a altas horas, cerraba la salida del carril con su vehículo, y al cabo de unos minutos agarraba el arma que llevaba en la parte trasera de su coche ante nuestra desesperación; recuerdo las noches de duermevela en el hostel de Casares de Hurdes, donde a través de las ventanas nos sentíamos observados por los extraños seres que parecían mirarnos burlescamente desde el tejado de enfrente, producto inequívoco de las conversaciones intensas de aquellos días; recuerdo el primer serano, acompañados en las calles de La Huetre por todo el pueblo, que a ritmo de flauta y tamboril nos conducía al lugar donde se iba a celebrar la reunión nocturna de patriarcas, en escenas propias de *Bienvenido, Mister Marshall*; y recuerdo a aquel hombre atizando el fuego en el patio de su casa, preparando la carne que íbamos a comer y narrando sus aterradores encuentros en la madrugada, intentando convencer a Iker, casi hijo predilecto de Las Hurdes, de que aceptara a su hija como novia...

Fue un tiempo maravilloso en el aspecto antropológico, misterioso, pero sobre todo vivencial.

Iker, tiempo después, reflejaría en su libro *El paraíso maldito* las palabras de un hurdanófilo amante de esta tierra, de sus costumbres y de sus leyendas. Es Félix Barroso, cronista de Las Hurdes porque no le ha quedado otro remedio, ya que su pasión no le ha dado elección, y maestro de profesión. Decía así: «Es esta zona delimitada a la perfección por barreras montañosas y surcada por unos ríos que corren al contrario de la vertiente atlántica. Van de poniente a saliente para desembocar en el Alagón, que justo al salir de la comarca ya corre por su camino natural.

»Esta vieja comunidad pastoril ha llegado hasta nosotros con un impresionante bagaje cultural. El aislamiento geográfico ha permitido que determinadas manifestaciones de la tradición oral se hayan mantenido intactas



durante siglos. Las Hurdes son un fértil islote antropológico. Difícil es elucubrar, por ejemplo, por qué se mantienen aquí intactas leyendas perdidas y romances con referente artúrico, otros caballerescos u otros de los moriscos.

»Lo único que podemos afirmar es que este pueblo ha sido siempre una sociedad sociocéntrica, plenamente identificada con sus valles y montañas. Hasta hace escasos años cada generación se ha encargado de custodiar como oro en paño todo su bagaje de conocimiento, siempre transmitido de padres a hijos de forma oral, pues el hurdano no ha sido un pueblo instruido, lo que no quiere decir que no haya sido culto. Bastantes de las personas que hoy guardan en sus memorias interesantes tesoros ancestrales no saben siquiera escribir sus nombres».

Pero sigamos viajando... también en el tiempo; en su tiempo maldito.

## **El duende de Ladrillar**

La historia de Ladrillar, una de las cinco cabezas de partido que hay en Las Hurdes y alquería a la que se accede desde Las Mestas, fue la que allá por el año 1992 me llevó por vez primera a visitar la región. Según recogían las actas del congreso de hurdanófilos celebrado en Plasencia en el año 1908 por la sociedad Esperanza de Las Hurdes, al margen de los planteamientos que perseguían introducir a esta región en el tren del progreso, aunque fuera en un vagón de cola, también se habló de las tradiciones y leyendas, que aquí se daban por ciertas. Y ésa fue, como digo, la primera vez que tuve la oportunidad de oír hablar del tétrico duende de Ladrillar. Allí se hacía referencia a un extraño ser, embozado en negro y que a partir de ciertas horas asustaba tanto a los habitantes del lugar que éstos no se atrevían a salir de las casas por el miedo. Serafina Bejarano Rubio era una niña por aquel entonces, y cuando la vi por última vez, pasados ya los noventa, aún recordaba las andanzas del siniestro personaje: «Era como un pájaro grande, negro, que se posaba en los árboles y estaba allí, junto al cementerio. No paraba de hacer un grito muy fuerte, como “¡gua, gua!”. Estuvo un tiempo y luego se fue». En el citado congreso se afirmó que al duende de Ladrillar no le quedó más remedio que morir, dado el interés que en ello puso el párroco del pueblo Isaac

Gutiérrez. La historia aún es recordada, ya que en ese lapso de tiempo se produjeron varias muertes inexplicadas de niños, que los afectados asociaron a las andanzas del monstruo.

Hoy día Ladrillar es uno de los pueblos más importantes de Las Hurdes, enclavado en lo alto de la montaña y camino de paso hacia una de las alquerías más bellas y «propias» de la región: Riomalo de Arriba. Un enclave en el que apenas habitan diez almas, y que no dejará a nadie indiferente...

### **El mártir de Cambroncino**

Cambroncino está en el centro del municipio de Caminomorisco, al que se accede a través de la comarcal 560. Éste es un lugar ya clásico en el martirologio del misterio, pues en sus alrededores se produjo la primera muerte registrada de una persona que se topó de bruces con un fenómeno aún hoy pendiente de explicación.

En las inmediaciones de la alquería se halla la mayor reserva de agua de esta parte de Extremadura. Es el pantano de Gabriel y Galán, lugar en el que desde hace décadas aparece una misteriosa luminosidad a la que los habitantes de la zona llaman «luz de Ribera Oveja», en alusión al vértice del pantano en el que suele aparecer. Pues bien, la primera manifestación se produjo en el ya lejano año de 1917. En esos duros tiempos los hombres tenían que salir a recorrer los montes y senderos infectados de lobos en plena madrugada, para poder así ganar unos pocos reales y alimentar a sus familias. Nicolás Sánchez Martín, «el Colás», era uno de ellos, hombre fuerte que según se afirmaba en la aldea «tenía los cojones suficientes como para no temer ni tan siquiera al propio miedo». Pero todo tiene su primera vez, y ésa llegó una oscura y dramática noche. Colás estaba a punto de enfilear la recta del camino que desembocaba en el pantano cuando a lo lejos observó una extraña luz que iba extendiendo su brillo sobre las aguas. El hombre, sabedor de las historias que los más ancianos narraban y de las que tantas veces se había reído, no pudo evitar un escalofrío. Sin darle tiempo para pensar, la luz de Ribera Oveja se abalanzó sobre las patas de su caballería, provocando el pánico en el animal, que en un gesto instintivo se giró con violencia arrojando al suelo al bueno de

Nicolás. Y allí se quedó, pasmado, sin mover ni un dedo, contemplando la esfera que tenía frente a él, a unos pocos centímetros del suelo. Aterrado, se levantó y emprendió la huida. Al llegar a Cambroncino, preso de un enorme *shock*, cayó enfermo. Los habitantes de la aldea pronto supieron del insólito encuentro de Colás y el nerviosismo empezó a apoderarse de todos. Más aún cuando la llegada del médico, don Vito, no aportó luz a lo ocurrido.

La sangre de Colás se coagulaba en sus venas a gran velocidad, por lo que el galeno hubo de implantar los llamados «botones de fuego», una suerte de hierros candentes que se introducían bajo la piel del enfermo. De nada sirvieron. Tras el horrible encuentro, al cabo de tres días, Nicolás Sánchez Martín, hombre valiente y acostumbrado a defenderse de los peligros de la madrugada, fallecía en su hogar. El parte médico redactado tras el deceso decía: «Causa de la muerte: enfermedad desconocida».

Pero no fue él el único en sufrir las enigmáticas apariciones de la luz de Ribera Oveja. En la década de los cincuenta se volvieron a registrar varios casos, así como en los ochenta y noventa del pasado siglo. Y es que esa maldita luz, sea lo que sea continúa apareciendo cuando le viene en gana a la vera de las mansas aguas del pantano...

## **Las «pantallas» de Arrolobos**

Vegas de Coria es el centro neurálgico de esta fantástica tierra. Dentro del municipio de Nuñomoral, está partida por la C-560, auténtica arteria que ha llevado la salvación a un territorio antaño condenado. El rumor del cercano río Jurdano evoca aquellos terribles tiempos en los que esta región poseía la tasa de mortandad infantil más alta de Europa, y en cuyas aguas se vivieron escenas dantescas que serían inmortalizadas en la película de Luis Buñuel *Las Hurdes, tierra sin pan*, estrenada en 1932 y que fue prohibida por el gobierno ya que «dañaba el buen nombre de la República». Y es que para desplazar los cadáveres de los niños desde Las Hurdes altas a lugares menos montañosos, las cámaras captaron momentos en los que los padres, desesperados, descendían por los senderos con los ataúdes a hombros con los pequeños cuerpos dentro, y pasaban el río con la caja flotando sobre las aguas. Dicho

sea de paso, buenos amigos hurdanos me comentaban hace no demasiados meses que todo fue un montaje cuyo objetivo era atacar a la citada República, utilizando la táctica de poner el ventilador en una situación a esas alturas rebosante de excrementos.

Pues bien, lo que sí es cierto es que en Vegas de Coria se desencadenó el miedo a partir del año 1983. Los habitantes del lugar no se atrevían a salir a la calle pasado el crepúsculo por temor a encontrarse con las «pantallas», unas siluetas altas y estilizadas que ya se habían manifestado ante varios vecinos. De hecho, se llegaron a organizar batidas para dar caza a esos espantos, circunstancia de la que se hizo eco el diario *Hoy*. La psicosis se extendía como la pólvora, más aún cuando uno de los miembros más ilustres de esta comunidad, Eusebio Iglesias, al regresar caída la noche al pueblo, en la cercana curva que conducía a la aldea de Arrolobos se encontró con una de esas extrañas sombras errantes. El horror lo dejó paralizado, especialmente cuando el siniestro ser, acercando su rostro al del aterrado testigo, le gritó: «Es que no me conoces...».

Éste fue uno de tantos encuentros que desde entonces se registran cada año, en los que los testigos afirman ver a estos personajes, en ocasiones solos y otras acompañados por varios más, saltando los riscos con una agilidad impensable; encendiendo hogueras donde después no quedan rastros de las mismas; asustando en definitiva a unas gentes que desean que alguien les dé una explicación...

### **El «descabezado» de Rubiaco**

Es, sin duda, uno de los miembros más ilustres del panteón demoníaco hurdano. Desde Vegas de Coria llegamos en apenas veinte kilómetros a Rubiaco, una de esas poblaciones que aún mantienen el sabor de Las Hurdes de antes, en lo que a sus construcciones se refiere, claro está.

Aquí es donde más apariciones del llamado «descabezado» se han producido, un ser que no es más que, al igual que el Macho Lanú, una representación del mismísimo señor del averno. Julián Sendín fue uno de los primeros en toparse con el enigmático ser cuando regresaba de Salamanca,

allá por el mes de agosto de 1947. Era la época del estraperlo, por lo que el traslado de sacos de harina o de barricas con aguardiente había que hacerlo cuando la noche protegía a quienes conocían como la palma de la mano esos abruptos caminos, por los que ni los guardias, aterrados por las historias que se contaban, se atrevían a patrullar. Y esa circunstancia era eficazmente aprovechada por estos hombres, que veían en tales negocios la única manera de subsistir.

Así, protegidos por la noche, una vez más Julián Sendín y sus acompañantes Marcelo Martín y Fausto Sánchez se dispusieron a traspasar los montes desde la cercana Salamanca en dirección a la pequeña alquería hurdana de Rubiaco. La madrugada ya se cernía sobre sus cabezas. No es que les gustara demasiado trapichear a esas horas como almas en pena en mitad de estos bosques encantados, pero tenían que hacerlo, sin más. Ya en lo alto de los cerros que circundan la citada población, Julián se percató del gran estruendo que había, como si una enorme cantidad de personas estuvieran tocando palmas, castañuelas y cantando. Pese a la lejanía, aquella extraña comitiva iba aproximándose al lugar en el que se encontraban. Ahora sí estaban lo suficientemente cerca como para ver quiénes eran y qué hacían. Julián enmudeció y sus acompañantes no fueron capaces de dar un paso más. A pocos metros se había plantado un gigante, porque con algo más de dos metros de altura no se puede llamar de otra forma.

En uno de los seranos, las ya citadas reuniones de los patriarcas de Las Hurdes, tuve la oportunidad de escuchar esta historia en voz del último de sus protagonistas, el propio Julián, y he de decir que aquel hombre de palabra firme y ya entrado en años se encogía como un bebé al recordar la traumática experiencia. Y es que lo que más los aterró fue el hecho de que el aparecido iba vestido de blanco, con una cinta al cuello y sin cabeza...

En aquellos intensos momentos, los tres, hombres de no demasiada fe y mucho coraje, se arrodillaron y empezaron a rezar entre sollozos, pidiendo porque aquella manifestación de los infiernos pasara sin prestarles atención. Y así fue, pues el descabezado de Rubiaco, al menos aquella noche, no volvió a hacer de las suyas. Años después, los encuentros, con ligeros matices, han sido muchos.

## **La monja con patas de cabra**

Seguimos en tierras extremeñas. Si tomamos la N-V hasta Navalmoral de la Mata, desde allí parte una carretera comarcal que nos lleva hasta Jaraíz de la Vera, en las faldas del valle del Jerte. Con la llegada de la primavera este enclave se convierte en un abanico de olores y de colores, capaz de despertar hasta el sexto sentido. Sus miles de almendros y cerezos liberan a los cuatro vientos millones de flores blancas que transforman el paraje en un espectáculo único en el mundo.

Muy cerca de aquí se halla el monasterio de Yuste, donde el emperador Carlos I pasó sus últimos días, rodeado de monjes y de todas las creencias sobrenaturales que lo atormentaron a lo largo de su vida y que heredaría su hijo, «el demonio del mediodía» Felipe II. Es un enclave bello por su recogimiento y por la arboleda que lo oculta y que hace imposible su visión hasta encontrarnos muy cerca del mismo. Desde este lugar hasta nuestra siguiente parada, Garganta la Olla, sólo hay un paso. Esto no son Las Hurdes, pero se hallan en la frontera, tan limítrofes que aquí también se han producido los encuentros con el misterio en su estado más puro.

Garganta está rodeada por las aguas que proceden de la alta montaña, y el pueblo huele a humo, a flores y a rancio abolengo. Sólo hay que ver sus hermosas casas de piedra blasonadas con los escudos señoriales.

En este pueblo, allá por el año 1948, las noches eran largas, pues con frío o calor se recogían las castañas. José Pancho Campo bien sabía que tenía que ir a por ellas a la zona de Las Casillas, en lo alto del monte. Hombre acostumbrado a transitar la oscuridad, esa jornada se vio sorprendido por una lluvia que conforme pasaban los minutos fue arreciando su intensidad. «Lluvia del diablo», pensó, sin ser consciente de la razón que tenía. Como el agua no dejaba de caer, decidió guarecerse en un refugio preparado para las bestias, y con algo de leña improvisó una hoguera. El calor en aquel gélido entorno se agradecía.

Al cabo de unos minutos le pareció percibir un silbido procedente del exterior. Visiblemente extrañado, salió para comprobar de qué se trataba, más por curiosidad que por miedo, que según comentaba alguno de sus familiares jamás lo tuvo... hasta esa madrugada. Al abrir la pequeña portezuela se quedó

mudo. Allí, bajo el umbral de la misma, había una persona de no más de metro treinta, vestida de negro y aguardando a no sabía Pancho muy bien el qué. El cabrero, pensando que se trataba de una monja que se había extraviado en su periplo hacia el monasterio de Yuste, la invitó a calentarse en el fuego, y acto seguido, ante el absoluto mutismo de la extraña dama, se dio la vuelta para atizar aún más la lumbre. Entonces supo lo que era el terror por vez primera en su vida. La intrusa, bajo un gran manto negro, mostraba unas patas muy delgadas, con pezuñas como las cabras. «¡Santo Dios!», cuentan que gritó José, y acto seguido el misterioso personaje salió corriendo de la estancia, dejando oír el sonido de las pezuñas al pisar la piedra.

Al día siguiente, pasadas veinticuatro horas, varios amigos y familiares fueron en su busca alertados por su mujer, que aguardaba en el hogar a su esposo desde la noche anterior sin que éste hubiera dado la más mínima señal de vida. Y Pancho fue hallado en el interior del refugio de Las Casillas, lívido, agarrado a un palo y junto a una lumbre en la que agonizaban las últimas llamas. De su boca únicamente salía una desconcertante afirmación: «Tenía patas como las cabras... Tenía patas de cabra».

Hoy, esos mismos parajes son frecuentados por los amantes del senderismo, que poco o nada saben del lugar en el que toman un refrigerio o simplemente descansan después de una larga caminata, sentados en el mismo sitio en el que Pancho, un día ya lejano se topó, según defendió hasta la muerte, con el diablo... Antes de continuar me gustaría dedicar un breve recuerdo al pastor Requena, que dentro del marco de la leyenda y una noche muy similar se encontró con algo parecido. De Pancho sé que existió; estuve frente a su tumba mirando su foto y hablé con un sobrino ya entrado en años que me repitió palabra por palabra lo que ya había oído con anterioridad. Y el aroma del miedo, aunque sea en tercera persona, se puede llegar a oler... Es el aroma de los que dicen la verdad.

## **El hombre lobo de Allariz**

No es normal lo que ahora vamos a hacer, pero merece la pena. Puesto que los márgenes del papel son más limitados, de un salto nos desplazamos nuevamente hasta la Galicia más profunda, a la provincia de Ourense, más concretamente hasta el bello pueblo de Allariz. Aquí los bosques de carballos se espesan al punto de que al entrar en ellos la luz deja de iluminar. El entorno es mágico y lúgubre al tiempo. Estamos en el corazón de la sierra de Mamede. Por estas tierras nació el 18 de noviembre de 1808 Manuel Blanco Romasanta, en la pequeña aldea ourensana de Regueiro. Desde muy joven se vio su predisposición al trabajo, y a fe que se le daban bien los oficios, porque en muy pocos años aprendió el arte de tejer, fue cocinero, sastre, buhonero y vendedor ambulante. A los veintiún años contrajo matrimonio con Francisca Gómez Vázquez, vecina del pueblo de Sotuelo. Todo parecía ir bien para nuestro protagonista, hasta que ese destino negro que ya ha salido en estas páginas decidió cebarse en su persona. Tres años después de la boda, Romasanta enviudó. Y fue entonces cuando decidió abandonarlo todo y lanzarse con su carromato a recorrer mundo más allá de las impenetrables cordilleras que separaban esa Galicia del siglo XIX de las tierras de Castilla.

Después de años y muchos kilómetros a su espalda, el todavía joven buhonero conocía las escarpadas rutas de Portugal, Castilla y Galicia como la palma de su mano. Y fue entonces cuando decidió regresar...

### ***Proceso a un lobishome***

No hay leyendas más maravillosas y a la vez generadoras de pesadillas que las que protagonizan las criaturas de la noche: vampiros, hombres lobo, demonios varios... Pero son eso: leyendas. A pesar de que la historia que vamos a narrar se empeña en demostrar lo contrario.

El año 1839 fue capital en la transformación de Romasanta a nivel espiritual, y según confirmó después, también en lo físico. Fue entonces cuando lo afectó la maldición, la *fada* que sin que pudiese evitarlo lo convertía en hombre lobo –tal y como afirmó en el proceso tras su detención–. Y así, huyendo de otras penas de menor calado, se instaló en 1844 en la localidad de Rebordechao. Fue una etapa dulce de su vida, si bien es cierto



que se colocó la máscara de beato creyente para atraer los parabienes de sus convecinos, que atendiendo a su talante cristiano, lo acogieron con los brazos abiertos. Entonces nadie era consciente de la terrible bestia que anidaba en el alma oscura de Romasanta.

Durante su estancia en el pueblo sería responsable de al menos la muerte de siete mujeres y dos hombres, a los que infligió horribles mutilaciones por todo el cuerpo.

El modus operandi que seguía siempre era el mismo. Manuel, por un módico precio, se prestaba a desplazar a las personas que deseaban emigrar de su lugar de residencia en busca de un futuro mejor. Y para ello se ponían en manos de quien tan bien conocía aquellas montañas sembradas de lobos y otras criaturas aún más aterradoras. Después falsificaba las cartas que hacía llegar a los familiares de aquellos desgraciados, que como es fácil suponer, jamás alcanzaron sus metas. Sólo la codicia frustró los planes del asesino, pues no harto de acabar con la vida de los infortunados que se ponían en sus manos, además vendía las pocas ropas u objetos valiosos que éstos llevaban; y llegó a hacerlo en las cercanías de los lugares de nacimiento de algunos de los asesinados. Eso, y que los familiares únicamente tuvieran noticias de los suyos a través del buhonero, empezó a despertar la sospecha. De todos era conocido que éste vendía grasas en Portugal como un remedio para la cura de casi todos los males, de tal forma que por aquellas tierras era conocido como *o home do unto* o *sacamanteigas*.

Manuel fue finalmente detenido en tierras toledanas, poco después de que, según afirmó, se acabara la *fada*, el 29 de junio de 1852, día de San Pedro. Al ser conducido hasta los juzgados de Allariz, el buhonero se derrumbó y comenzó a detallar, para espanto de los presentes, los detalles de los actos llevados a cabo por las impenetrables sierras de Mamede y Queixa durante años. La repercusión mediática nacional e internacional fue tanta que provocó la intervención de la mismísima reina Isabel II a fin de apaciguar los ánimos. Los detalles del juicio que siguió, y que duró siete meses –desde septiembre de 1852 hasta abril de 1853– se recogen en la «Causa 1788, del Hombre-Lobo», y está compuesta por más de dos mil páginas, dos rollos y un extracto que permanecen en las dependencias del Archivo Histórico del Reino de Galicia, en A Coruña, y que cualquiera puede consultar –dicho sea de paso,

gracias a que mi querido amigo, el investigador y escritor coruñés Manuel Carballal, rescató los manuscritos del olvido—. Allí podemos leer: «Yo llegué a mantener la forma de lobo hasta ocho días seguidos, aunque normalmente no pasaba de dos o cuatro. Antonio, sin embargo, llegó a mantenerla diez días, y don Genaro hasta quince, aunque lo normal eran cuatro o cinco días. Con ellos maté y comí a varias personas, como Josefa o Benita; a sus hijos lo hice solo». Los susodichos Antonio y don Genaro eran otros *lobishomes* de Valencia que compartían la terrible maldición con Romasanta.

El caso y su protagonista fueron estudiados por seis facultativos, cuatro médicos y dos cirujanos. Los cuerpos de las víctimas mostraban los desgarros propios del ataque de un gran depredador, por lo que la situación se tornaba aún más turbia. Finalmente, el equipo médico concluyó, tras atender atónitos a las declaraciones del inculpado, que «Manuel Blanco no es idiota, ni loco, monomaniático, ni imbécil, y es probable que si fuera más estúpido no sería tan malo. No hay en su cabeza ni en sus vísceras motivo físico que transforme el equilibrio moral ni el más mínimo vestigio de haber perdido la razón o la moral. Sus sentidos y juicio son despejados y rectos; conoce lo bueno, lo verdadero y lo justo (...) Pretende que en algunas temporadas tiene la desgracia de convertirse en lobo, y entonces, contra su voluntad, se ve obligado a desgarrar a su prójimo con uñas y dientes. Para lograrlo se revuelca en la arena, condición antecedente a su transfiguración, y a todo esto conserva memoria circunstanciada de los hechos, de las víctimas, circunstancias de su muerte, votos que hacían por su vida, edades, nombres y cuanto puede recordar el hombre más cabal». Finalmente, el juez que instruyó el caso, el licenciado Quintín Mosquera, llegó a la conclusión de que Romasanta no era un demente. Por lo tanto sólo quedaban dos opciones, que fueron las que se contemplaron: que se tratara de un implacable asesino o que fuera un sangriento *lobishome*. Lo cierto es que cualquiera de las dos lo llevaba al mismo sitio: el cadalso.

El 6 de abril de 1853 fue condenado a morir por garrote. Sin embargo, poco más se sabe. No hay certificado de muerte, ni pista alguna que lleve a pensar que a partir de 1854 permaneció en prisión. Las crónicas aseguran que la pena fue conmutada por la propia reina Isabel II, que entendió que aquel espécimen era lo suficientemente especial como para someterlo a todo tipo de

estudios. Al parecer, Romasanta podría haber caído en las manos no menos siniestras de un tal doctor Phillips, venido de Francia. Nada se volvió a saber del hombre al que los curiosos, en peregrinación, acudían hasta su celda por centenas para que tocara medallas, ropajes o enseres sencillos del hogar, en el convencimiento de que así quedaban protegidos por lo contrario que representaba aquel hombre.

Por otro lado, la imaginación popular, siempre más romántica, asegura que se transformó por última vez en lobo, y que hoy día continúa vagando por los magníficos bosques de Allariz en busca de nuevas presas.

Así que ya sabemos, a practicar senderismo...

## **La tierra del monstruo**

¿Alguna vez han oído hablar del hombre del saco? Estoy seguro de que sí. Es más: mucho me sorprendería que quienes rondan los cuarenta no hayan sido asustados en alguna ocasión, siendo niños, con la velada amenaza de «como no seas bueno llamo al...». Pues bien, como muchas de las leyendas que damos a conocer en estas páginas, sólo hay que profundizar un poco para comprobar que tras las mismas subyace una historia absolutamente real. Y éste es uno de los ejemplos más representativos. Un suceso que llenó de espanto y terror a los implicados. Así pues, cambiamos de escenario y atravesamos el mítico desierto de Tabernas, en el corazón de la provincia de Almería. Esta comarca es célebre en el mundo, pues no hay muchos lugares que hayan servido de escenario de rodaje para tal cantidad de películas del género *western*. Hay mucho por ver. La Alpujarra divide las provincias de Granada y Almería de una manera tan contundente que sobrecoge los ánimos del viajero que se atreve a encaramarse a sus casi 3.000 metros de altitud.

Y así, entre tanta belleza, descendemos para sumergirnos en los infiernos. No sólo por el intenso calor que hace en época estival, sino porque hubo un tiempo en que el diablo hecho carne, o más bien sus siervos, merodearon por sus caminos. Ellos fueron los protagonistas de una historia demasiado cruda para ser olvidada; tan real que a día de hoy ha generado mil y una leyendas. El grandísimo escritor Joaquín Gómez Burón empezaba diciendo así: «Hay que

mirar despacio y examinar detenidamente el crimen de Gádor –escribió aquella mañana Arturo Giménez López, redactor de *El Popular*–, porque en él hay una cosa nueva hasta ahora en los fastos del crimen del universo entero. Ni la siniestra figura de Jack *el Destripador* puede compararse con la de esos desalmados, feroces y violentos, crueles y sanguinarios verdugos, que un día, ya desde ahora memorable, cargaron con el fardo siniestro de un cuerpo infantil a través de los africanos campos de una vega risueña, en una procesión macabra y horrible que pone espanto en el corazón.

»Gádor, hoy, es un pueblo que no quiere perder el ritmo del progreso. Situado en la vega del río Andarax, un río que por esa zona ya no lo es, o no lo es tanto porque “el río se ha convertido en agua y la tierra en vergel”, como escribió Miguel Naveros, dista de Almería quince kilómetros.

»A ambos lados de la carretera que conduce hasta la capital se suceden, para regalo de los sentidos, cuidados cultivos de naranjas, limones y uvas, una gran mancha verde y perfumada moteada por los colores blanco y teja de algunos pequeños y alegres pueblos: Benahadux, Pechina, Viator, Huércal, Rioja... y el mismo Gádor, en la falda de una breve sierra del mismo nombre, en el extremo oriental de La Alpujarra. Un pueblo tranquilo, como tantos otros; y también, como tantos otros, asentado sobre culturas antiguas. A cuatro kilómetros escasos se halla una zona arqueológica de enorme interés, el poblado de Los Millares, con abundantes restos neolíticos todavía muy superficialmente estudiados.

»Extensas y elevadas sierras se suceden desde la costa hacia el interior hasta culminar en el Veleta y el Mulhacén, los picos más altos de Sierra Nevada, con nieves perpetuas y lagunas glaciares sobre la piedra desnuda de un desierto insólito. Es La Alpujarra. Un nombre árabe que significa “lugar alto y escarpado”. Y lo es. Entre la nieve y el mar, barrancos profundos por los que corren en primavera las aguas limpias del deshielo, con su rubor fresco y delicioso, y en verano las riadas turbias de las tormentas destructoras.

»Fueron precisamente las dificultades orográficas las que favorecieron el asentamiento y refugio de los moriscos y judíos tras la conquista cristiana de Granada y Almería. Un par de siglos de ocupación y resistencia a la expulsión que permanecieron allí en las costumbres y en la toponimia. Después, aquellos barrancos fueron repoblados por gentes castellanas y gallegas que volvieron a

bautizar muchos lugares. A las costumbres moriscas se superpusieron las de las familias repobladoras, que aportaron también sus creencias y supersticiones. Mitos, ritos y prácticas se amalgamaron para dar lugar a otros distintos, peculiares y únicos, que han pervivido hasta nuestros días y que hacen de La Alpujarra –tanto de la granadina como de la almeriense– una región de una antropología cultural incomparable.

»No existiría en la historia de Gádor nada que lo distinguiera del centenar de pueblos que hay en las faldas de aquellas sierras si se pudiera borrar de ella el espantoso asesinato del niño de siete años Bernardo González Parra, al anochecer de un caluroso día de junio, a manos de un grupo de hombres y mujeres desalmados, en el patio de un cortijo de su término municipal. Un patio de escasas dimensiones donde aquel atardecer se concentró la mayor cantidad de seres abyectos que nunca hubo por metro cuadrado. Es una historia larga y sorprendente, que indigna y sobrecoge; un suceso que hoy todavía, a pesar de haber transcurrido más de cien años, nadie en la vega del Andarax ha olvidado; un infanticidio demencial cuyo recuerdo duele en Gádor, y que parece haber estigmatizado a sus habitantes para siempre.

»El horror fue de tal calibre que durante muchos años, cuando el tren que atravesaba la pequeña localidad arrancaba de la estación, los viajeros bajaban las ventanillas y comenzaban a gritar: “¡Asesinos!, ¡sacamantecas!”; y los insultados respondían con pedradas. Así un día y otro día. Año tras año».

Mi admirado Gómez Burón llevó a cabo la investigación y por tanto tuyas son también las siguientes palabras: «En Gádor no quieren oír hablar del famoso crimen. Si alguien inquiere, la pregunta ofende. Y hasta cierto punto es lógico, porque en el asesinato se vieron implicadas demasiadas personas cuyos descendientes, de varias generaciones, moran en aquella vega y soportan alusiones y comentarios dolorosos y molestos. La historia, sin embargo, es como es; y la pequeña historia de cada pueblo y de cada rincón queda escrita con caracteres indelebles, a veces también con sangre, como en el caso que nos ocupa. De manera que no hay más remedio que asumirla. Nadie en Gádor hoy, naturalmente, es responsable de la muerte del niño de siete años Bernardo González Parra la noche del 28 de junio de 1910, aunque se guarde memoria de ello y en los archivos municipales, con exquisita

caligrafía a plumilla y tintero de secretario de ayuntamiento, permanezcan inscritos los nombres de los asesinos y varias condenas a muerte en el siniestro *Libro de Penados*. Sin embargo, el suceso es ejemplar en muchos aspectos; y ello nos obliga a analizarlo, con respeto y sin la intención de hurgar en viejas heridas, pero con rigor también.

»Todavía el verano era incipiente, pero el día era caluroso y el sol quemaba. En su humilde vivienda de Rioja, el matrimonio compuesto por Francisco González Siles y María Parra Cazorla, con sus hijos José, María, Francisco, Bernardo y Dolores –13, 12, 10, 7 y 6 años, respectivamente–, habían terminado el almuerzo. Formaban una familia feliz; los cinco hijos se criaban sanos y los padres, aunque con muchos esfuerzos y algunas privaciones, estaban logrando sacar adelante a la familia. La madre recogió los platos y arregló un poco la cocina mientras Francisco se despedía para ir a sus faenas del campo, de las que regresaría, como casi todos los días, ya de noche. Después, María tomó unos cubos con ropa sucia y partió con los hijos a las balsas cercanas. Los niños jugaban y corrían, y la madre se sentía alegre con su compañía, ajenos todos al tremendo drama que se avecinaba.

»En las balsas había otros muchachos jugando. Se reunieron todos y, transcurrido un buen rato, decidieron trasladarse a otros lugares. Más tarde, José ordenaría a Bernardo que regresara junto a su madre, porque él pensaba ir a recoger un poco de leña al monte. Era media tarde.

»Bernardo no llegó a reunirse con su madre. El destino negro, en el que casi siempre hay que creer, le cerró el paso en el camino.

»Aquella misma tarde, al notar su falta, dieron comienzo las pesquisas de la familia y los vecinos: recorrieron los alrededores de Rioja, preguntaron a los labradores que regresaban del campo, buscaron algún indicio, algún rastro... Nada; parecía que a Bernardo se lo hubiera tragado la tierra, nadie sabía nada de él, nadie lo había visto. Con el paso del tiempo crecía la preocupación. Pero siguió la búsqueda hasta ya bien entrada la madrugada. Pasadas las tres, los padres del niño se trasladaron a Gádor, donde dieron conocimiento del hecho a la Guardia Civil.

»La desaparición del pequeño Bernardo González Parra produjo honda conmoción desde los primeros momentos en los vecindarios de Gádor y Rioja. De manera que, aunque la Guardia Civil, bajo el mando del sargento de

puesto, movilizó a todos sus números, que al final eran sólo dos parejas, muchas personas salieron al campo también, deseosos de hallar al niño sano y salvo y poder tranquilizar así a los afligidos padres. Pero iban transcurriendo las horas y Bernardo no aparecía.

»Finalmente, a las cuatro de la tarde se presentó en el cuartel de la Guardia Civil de Gádor un vecino del mismo pueblo llamado Julio Hernández Rodríguez y apodado “el Tonto”, porque seguramente lo era o lo parecía, diciendo que había encontrado al niño en un barranco tapado con unas piedras, que “estaba muerto –así lo refirió– y completamente destrozado”.

»Arturo Giménez, redactor de *El Popular*, relató al día siguiente a sus lectores en la sección de Sucesos, de la que él era responsable: “La noticia de la aparición del cadáver bien pronto se extendió hasta por los sitios más apartados del pueblo, y como la ansiedad que reinaba era grande, la mayoría de los habitantes de Gádor acudió al lugar referido, ante cuyo cuadro, verdaderamente estupendo y horripilante, todos quedaron aterrados”. Rindamos un muy merecido, aunque brevísimo, homenaje a este reportero voluntarioso y eficaz, domador de adjetivos, que difundió las primeras noticias del crimen de Gádor con tanto gracejo y puntualidad.

»En efecto, el cadáver de Bernardo fue hallado en el barranco de El Pilar, a unos cinco kilómetros de Gádor, en un paraje conocido como Las Pocicas, lindando casi con el término municipal de Benahadux. El pequeño cuerpo estaba boca abajo y muy ensangrentado, cubierto con piedras y matorrales arrancados de los alrededores e introducido a duras penas en una concavidad del fondo del barranco, a treinta metros de profundidad desde lo más alto del mismo. A cierta distancia había en la tierra manchas de sangre, lo que ya era un claro indicio de que el infanticidio no se había cometido en el lugar donde el niño fue encontrado. Practicada la autopsia por el forense Fernández Viruega, se comprobó que el cuerpo de Bernardo presentaba un estado ciertamente lamentable.

»Contó Julio Hernández *el Tonto* que había descubierto el cadáver de Bernardo cuando acosaba a un pollo de perdiz en el barranco; pero en aquellos primeros interrogatorios no hubo forma de que dijera nada más. La Guardia Civil no se daba descanso en sus investigaciones, que se realizaban, sobre todo, en Rioja y Gádor.

»Una vecina del primero de estos pueblos informó de un extraño hecho al que en un principio no había concedido importancia, pero que tras el macabro suceso merecía ser considerado: antes de la desaparición de Bernardo, una hija suya de seis años había llegado a casa llorando y gritando que un “hombre malo” se la había querido llevar mientras jugaba con unos amiguitos en los arrabales. La niña armó tal “escandalera” y “pegaba tantas patadas” que aquel individuo tuvo que soltarla y salir huyendo para no ser descubierto. Así lo contó la niña, y los hechos posteriores dieron crédito a lo que su madre había juzgado como fantasía o exageración. La pequeña no fue capaz, sin embargo, de proporcionar una descripción de su pretendido raptor que fuera suficiente para identificarlo. Pero considerando los resultados de las investigaciones realizadas hasta entonces, y a la vista del informe del forense, habían surgido tres cuestiones cuyo esclarecimiento debería ser la clave para descifrar el móvil del asesinato y la identificación del o los asesinos. A saber: la muerte de Bernardo se había producido en un lugar distinto al hueco del barranco donde fue hallado su cadáver; la tremenda herida del vientre y la desaparición de la grasa de los intestinos y del epiplón se habían llevado a cabo tras la muerte, aunque de manera inmediata; y la puñalada en la axila, por la que sin duda el niño sangró abundantemente, había sido asestada durante un lapso de tiempo indeterminado, pero corto, antes del fallecimiento.

»La muerte se produjo a consecuencia de los golpes recibidos en la cabeza, eso estaba claro. Lo que se desconocía eran las circunstancias de la herida en la axila, cuyo propósito fue obtener sangre, y la extracción de las grasas del vientre. ¿Para qué?

»Algunos dedos en Gádor y Rioja señalaron sin vacilar hacia un mismo personaje, un hombre siniestro como pocos –esa fama tenía por allí– a quien se le achacaban pependencias y crueldades y del que se decía, aunque nunca se pudo demostrar, que en su juventud había matado a alguien. Una mala persona, de nombre Francisco Leona, curandero de reconocidos aciertos, haragán habitual por más señas, con algunas amistades y parentescos influyentes –no muchos– y sí muchas enemistades e inquinas.

»Era Leona heredero de las artes ocultas que practicaron los curanderos y sanadores alpujarreños, remedios ancestrales algunos de los cuales se remontarían al tiempo de los árabes y otros fueron sin duda importados por los



re pobladores a partir del siglo XVII. En 1910 había cumplido 75 años, y su segundo apellido era Romero. De profesión, barbero y curandero, según se expuso en el sumario.

»José Vázquez Santisteban, doctor en Derecho y jurista notable de su época, elaboró un estudio antropológico sobre el crimen de Gádor, trabajo que fue editado en la revista *Sociedad de Estudios Almerienses* en 1911, y del cual merece la pena que reproduzcamos este párrafo: “Francisco Leona es pariente de los que en Gádor monopolizan el cacicato político, y su vida, pues, se ha deslizado en la más completa libertad de acción y en la más absoluta impunidad. Y así, comenzando por ser el niño mimado del pariente del cacique, siguiendo por ser el mozo estuprador y matón, continuando por ser el valiente, cruel y despiadado con quien nadie se atreve, su insensibilidad moral se ha elevado, merced a aquel progresivo salto del mal tan gráficamente descrito por A. Guillot, hasta la más completa y absoluta atrofia de todo sentimiento altruista”.

»Todo un personaje, como vemos. Pero el viejo Leona supo ofrecer coartadas en los primeros interrogatorios a los que fue sometido. Con frialdad y extrañeza, aunque sin llegar tampoco a perturbarse, negó su intervención en el suceso. La tarde que el niño posteriormente sacrificado desapareció, él estuvo en el pueblo, y hubo testigos que así lo confirmaron sin la menor duda. Apuntemos –porque es el momento– que Francisco Leona era entonces tío carnal del alcalde y varias veces compadre del juez municipal, que a la vez era el farmacéutico y cacique del mismo pueblo de Gádor.

»Mas parece ser que el barbero-curandero cometió un error, que fue insinuar la posibilidad de que el infanticidio lo hubiera cometido Julio *el Tonto*. Era evidente que en la insinuación se albergaba un peculiar rencor. Y aunque ello no estaba conforme con la lógica –no iba a ser el mismo raptor y asesino quien comunicara a la autoridad el hallazgo del cuerpo del delito–, la Guardia Civil los detuvo a los dos.

»La conducción, protegidos por fuerte escolta a pie y a caballo, de Francisco Leona y Julio Hernández *el Tonto*, por la vega hasta Almería, fue un acontecimiento memorable. Los vecinos de Gádor y Rioja, y prácticamente todos los lugareños que vivían en cortijos en muchas leguas a la redonda, se habían congregado junto al camino; y oíanse por doquier toda clase de insultos

e improprios dirigidos a los malvados. Ya en la cárcel, Leona y el Tonto fueron sometidos a innumerables interrogatorios y careos. Negaban los dos algunas veces; otras se acusaban mutuamente; Leona se exculpaba siempre, y Julio en ocasiones admitía haber participado en el infanticidio y otras no, pero siempre acusaba al curandero. Cuando admitía su participación en el crimen, aseguraba que quien mató al niño, golpeándolo en la cabeza con una gran piedra fue Leona; refería que él lo había presenciado todo oculto entre unos matorrales, aterrorizado, y que “el viejo Leona dejaba caer, dando saltos, una gruesa piedra sobre la cabeza del niño; y que cuando el asesino observó que el niño no respiraba llevó a cabo la operación de abrirle el vientre” (Arturo Giménez en *El Popular*).

»También, cuando Julio era interrogado acerca de los posibles cómplices, mencionaba una lista amplísima, en la que figuraban desde su misma madre hasta algunos agricultores a quienes seguramente sólo conocía de vista.

»Dos artículos, publicados ambos en el mismo periódico –*El Popular*– y el mismo día –8 de julio–, llevaban con gran tipografía estos contradictorios titulares. Ello nos informa de la tremenda confusión en que las declaraciones del mencionado habían sumido a todos: jueces, abogados, Guardia Civil, periodistas y público en general. Ante los jueces don Ramón Esteva Rodríguez y don Juan Bonilla Goizueta, instructor del sumario el primero y juez especial para aquel delito el segundo, pasaron varias decenas de vecinos de Gádor y Rioja, la mayoría de los cuales quedó enseguida en libertad.

»Con tanto acusado y tantos interrogatorios y careos, lo que resultó claro para las autoridades y jueces fue que Julio Hernández “tonto, lo que se dice tonto, no era” (A. Giménez en *El Popular*). Se trataba de un hombre inculto y casi salvaje, pero con uso perfecto de su razón para obrar y ser responsable de sus actos.

»Por fin, Julio mantuvo reiteradamente su acusación contra Leona, confesándose a la vez cómplice; y el barbero-curandero confesó también. Así pudieron conocerse todos los pormenores del infanticidio, sus móviles y la totalidad de los cómplices y encubridores, que ese mismo día durmieron en la

cárcel: Agustina Rodríguez González y Pedro Hernández Cruz, padres de Julio, Francisco Ortega Rodríguez *el Moruno* y su esposa Antonia López Delgado, José Hernández, hermano de Julio, y su mujer Elena Amate Medina.

»Como algunos comenzaron a sospechar por la extraña puñalada en la axila, que le cortó las arterias, y la desaparición de la grasa de los intestinos y el epiplón, el infanticidio estaba íntima y absolutamente relacionado con absurdas prácticas del más primitivo curanderismo, aquel que propiciaba el vampirismo de la sangre joven como método seguro para recuperar la salud y el vigor perdidos por la enfermedad o la vejez. Se supo, tras la muy laboriosa reconstrucción del asesinato, que al niño Bernardo le extrajeron la sangre para que la bebiera aún caliente una persona enferma, y las mantecas para que le sirvieran de emplasto con el fin de combatir la tuberculosis que padecía.

»El enfermo resultó ser Francisco Ortega *el Moruno*, un agricultor parralero de 55 años afectado por la tuberculosis, fuerte, inculto, de reacciones primitivas y tremendamente obsesionado con su vida y su salud, según informó el doctor Vázquez Santisteban en su mencionado estudio antropológico».

Llegados a este punto preferimos omitir los detalles del horror que se vivió en el interior del cortijo donde procedieron a sacrificar al pequeño para «sanar» el mal del tuberculoso. No es necesario...

Acabaron todos en la cárcel; o si no todos, sí los directamente culpables. Pero hay que decir, porque es la verdad, que el enfermo Francisco Ortega, estando ya en prisión y en espera del cumplimiento de la pena, disfrutó de buena salud, lo que debe ser achacado a los servicios médicos penitenciarios, pero que fue interpretado por muchos como el último éxito del curandero Leona.

El crimen de Gádor trascendió al interés local y causó estupor en el mundo entero. Hasta Almería viajaron numerosos enviados especiales de los más importantes diarios y revistas internacionales. El mundo entero se conmovió con los sufrimientos y la muerte del niño Bernardo González Parra.

Cuando visitamos Gádor hace muy pocos años, en el ayuntamiento se conservaba aún –y tal vez se conserve todavía– el *Libro de Penados*, donde quedaron transcritas las condenas de los inculpados en el infanticidio. No

aparece Francisco Leona, porque murió en la cárcel sin llegar a conocer la sentencia que le hubiera correspondido: garrote vil.

Y ésta es la historia, la verdadera y dolorosa historia del hombre del saco y del sacamantecas, Julio *el Tonto* y el curandero Leona respectivamente. Dos personajes que hicieron leyenda durante muchas décadas; tan unidos en la barbarie y la maldad que llegaron a confundirse alumbrando a uno solo: el hombre del saco o el sacamantecas, que por los dos nombres era conocido un asesino feroz que vagaba por los campos con una navaja y un saco robando y matando muchachos. Un ser que mereció ser de ficción, pero que tristemente, para oprobio de la raza, fue real; que sustituyó al casi tontorrón y entrañable coco y acabó quitando el sueño a los niños de una generación y de otras muchas pasadas y futuras.

Terminaba Gómez Burón su espléndido trabajo reflexionando que «en este caso, como en otros muchos, la realidad superó con creces los límites que hubiera podido alcanzar la ficción más desbordada. Para vergüenza de la humanidad».

Al recorrer la desértica sierra de Gádor, un paraje casi lunar en el corazón de Almería, es difícil evitar que un demoledor escalofrío remueva el alma. Todavía hoy se presienten los ecos de un sufrimiento que, por extremo, no dejó durante décadas de atormentar a los habitantes de esta comarca. Hoy, a la luz de la luna llena, única testigo hace décadas del siniestro crimen, todavía es posible recorrer los enclaves en los que se desarrolló la infamia. Aseguran algunos valientes que cuando la madrugada se ha cerrado sobre sus cabezas, a lo lejos, remontando el barranco de Las Pocicas, uno puede imaginar la silueta de un hombre enjuto, encorvado por el peso, portando a su espalda un fardo de desesperación. Es entonces cuando se precisa distinguir la realidad... de la leyenda.

## **La Atlántida, la leyenda perfecta**

9600 a.J.C. Una poderosa fuerza naval, la más grande que hayan conocido los tiempos, avanza inmisericorde hacia el continente europeo. La soldadesca, diestra en el arte de la guerra, se jalea, disfrutando de cada golpe de ola,

respirando la espuma salada que arroja a los cielos la proa de los barcos. Se sienten poderosos; no en vano sus conquistas sobre todos y cada uno de los pueblos que se apostan a la vera de las costas mediterráneas los avalan. Pero aún queda la batalla final, la que los ha de encumbrar a los altares de la historia. Atraviesan las Columnas de Hércules en dirección a la tierra ateniense, el último bastión que resiste orgulloso el constante ataque de las tropas de la Atlántida...

Más o menos así hubo de realizar su exposición Critias a su maestro Sócrates y a dos compañeros al socaire del templo de Zeus. Hemos de situarnos en 421 a.J.C., y la historia la había oído por vez primera en voz de su abuelo, que a su vez la recogió de las palabras que tiempo atrás pronunciara el sabio legislador ateniense Solón.

Pues bien, toda esta historia podría haber encontrado un emplazamiento físico, según el reportaje emitido por Nacional Geographic en 2011, en el que participaron dos profesores universitarios españoles: Juan Antonio Morales, doctor en Ciencias Geológicas, y Claudio Lozano, doctor por la Universidad de Huelva.

Y es que tras dos años de investigación y trabajo a pie de terreno, apoyados en los estudios del investigador hispanocubano Georgeos Díaz, un equipo internacional comandado por el profesor de la universidad estadounidense de Hartford (Connecticut), Richard Freund, creyó haber localizado indicios de un mito que nos obliga a retroceder en el tiempo la friolera de once mil años, justo bajo las marismas del parque nacional de Doñana (Huelva). Para validar sus tesis, el equipo de geólogos y arqueólogos se apoyaron en fotografías de satélite, radares capaces de penetrar la tierra, cartografía digital y tecnología submarina. De este modo el profesor Freund halló suficientes argumentos para confirmar que el final de la ciudad vino en forma de un cataclismo de la naturaleza: un terremoto y un brutal *tsunami* como el sufrido en Japón no hace demasiado tiempo. De hecho, los análisis del terreno confirmaron que en las capas correspondientes a la Edad del Bronce hay señales de una violenta tormenta o un *tsunami* que, según Freund, habría penetrado en tierra noventa kilómetros.

Entre las evidencias encontradas hay estatuillas que se remontan a la citada Edad del Bronce y mediciones que indican la existencia en el subsuelo, varios metros bajo la desembocadura del Guadalquivir, de estructuras que podrían ser canales y zonas de uso comunal.

Pues bien, en 2003, un equipo de científicos alemanes dirigidos por Werner Wickboldt descubrió en varias fotografías tomadas mediante satélite del mar Mediterráneo unas estructuras rectangulares y varios anillos concéntricos que coinciden con las descripciones de la isla que ofrece Platón. ¿Dónde? En la marisma de Hinojos. Claudio Lozano, doctor de la Universidad de Huelva recuerda que dichas «imágenes de satélite revelaron que había un conjunto de anomalías que se asociaban al terreno. En el caso de Doñana, lo que se hizo fue realizar una tomografía sobre aquellas zonas en las que supuestamente aparecían esos círculos concéntricos, rectángulos, cuadrados, calles... que era lo que se podía interpretar a través de las referidas imágenes. Pues bien, el resultado posterior de la tomografía eléctrica fue que en algunos puntos sí existía una concomitancia entre la imagen de satélite y una anomalía que está bajo el manto freático».

Las investigaciones continuaron, y el doctor Juan Antonio Morales recuerda que los submarinistas detectaron a unas seis millas náuticas de la costa lo que parecían ser formaciones antrópicas a unos doce metros de profundidad: «Muros verticales, escaleras, pavimentos... que posteriormente se demostró que se correspondían geológicamente con estratos verticales. Incluso cuando algunos de estos estratos caían de forma sucesiva como un dominó podía dar la sensación de que se trataba de escaleras. Lo que sí es verdad es que algunas de estas formaciones parecían haber sido retocadas por el hombre. Para mí sería fácil interpretar que hace varios miles de años, cuando estas formaciones estuvieron expuestas y no bajo diez o doce metros de agua como ahora, el hombre actuara sobre las mismas, porque le bastaría con quitar bloques para adaptarlas a sus necesidades sin tener que usar herramientas complejas. Lo que es evidente es que existen muchas semejanzas entre los detalles de ese mito atlante con la cultura tartésica. Ahora bien, de ahí a decir que la cultura atlante es Tartesos es una afirmación que va un paso más allá y que no correspondería». ¿Cuál fue el motivo de que decidieran investigar a esa distancia de la línea de costa? Para Claudio Lozano era más

que evidente: «Si nos retrotraemos al 4000, al 6000 antes de Cristo, el debate geológico está abierto, porque la línea de costa se situaría mucho más atrás, con lo cual esos afloramientos estarían en la misma orilla, a escasos kilómetros de donde se ubican estas anomalías. Con lo cual no es descabellado pensar desde el punto de vista de la arqueología que esa reutilización de materiales geológicos se hiciera a nivel antrópico para construir cualquier tipo de arquitectura monumental. ¿Existe esa piedra en Doñana? ¿Dónde?: en la orilla. ¿En qué orilla? En la actual no; en la de aquel tiempo». Orilla que se encontraría a unos ocho kilómetros mar adentro. A esto hay que añadir, tal y como me certificó el investigador malagueño José R. Gómez, que hace doce mil años el Estrecho era de los pocos lugares del mundo donde se podía producir un excedente de alimentos si hubiese cualquier cultura que basase su dieta en la pesca de atunes. A poco que dominase el arte de la conserva, y existen técnicas de conservación de pescado antiquísimas, tendríamos las condiciones ideales para que ahí floreciese una civilización no nómada que podría haber sido el germen del mito atlante.

Así las cosas, Richard Freund visitó poco después el santuario tartésico de Cancho Roano, en el pueblo extremeño de Zalamea de la Serena, siguiendo la tesis que vincula a dicha cultura con el mito de la Atlántida, y allí, según Claudio Lozano, «descubrió unos elementos que asoció a la cultura atlante, y finalmente un sello presente en una piedra que cierra el yacimiento, que es lo que parece ser un guerrero esquemático que porta en su mano un escudo con tres elementos concéntricos. Pues bien, la interpretación que realiza Freund de esos elementos es, en primer lugar, que el punto central donde se encuentra ese sello podría identificarse con esa cultura poseedora del don de la metalurgia, y en segundo lugar, que ese guerrero que cierra con la estela la puerta de Cancho Roano constituye un elemento protector de la diáspora que surge con la destrucción de lo que previamente existía en la zona de Doñana», y que como hemos dicho con anterioridad pudo desaparecer a causa de un brutal *tsunami*. Y no sólo eso: además interpretó que en el lugar había elementos egipcios, como un sello de la sagrada metalurgia, acuñado durante la dinastía de Amenhotep I, hace 3.500 años. Recordemos que Platón afirma que es el sacerdote egipcio Solón quien le transmite el conocimiento que posteriormente plasmará en sus *Diálogos*.

Así pues, teniendo en cuenta que las primeras sociedades agrícolas desarrolladas no se formaron hasta el 6.000 a.J.C., ¿cómo es posible que pudiese surgir una civilización tan avanzada cuatro mil años antes? Para el exministro de Trabajo y escritor Manuel Pimentel «hay evidencias de que en algunos lugares comenzaron antes, y por tanto es posible pensar que hace unos once mil años, en la desembocadura del valle del Guadalquivir, uniendo una riqueza y una feracidad de la tierra con las minas de Sierra Morena, naciera una primera civilización, no solamente neolítica de agricultura, sino también del metal».

Sea como fuere, el propio Freund aseguró que «Jorge Bonsor, quizá el arqueólogo más importante de España de principios del siglo XX, ya estuvo buscando la Atlántida en la década de 1920 en el parque de Doñana, por lo que éste era un lugar famoso para buscar un sitio famoso».

La conclusión de la investigación ha sido que «hemos descubierto un patrón geológico que no suele encontrarse en la naturaleza», aseguró Freund, que explicó que la estructura y la disposición de las grandes rocas detectadas demuestra que hubo intervención del hombre y podrían ser los restos de una antigua isla. ¿La Atlántida? Quién sabe...



## PUEBLOS MALDITOS Y ENTRADAS AL INFIERNO

*Al palpar la cercanía de la muerte, vuelves los ojos a tu interior  
y no encuentras más que banalidad, porque los vivos,  
comparados con los muertos,  
resultamos insoportablemente banales.*

MIGUEL DELIBES

### **La maldición vaqueira**

Qué mejor manera hay de entrar en Asturias que recordando las palabras del escritor británico George Borrow respecto a una de las regiones más misteriosas; de éstas en las que la leyenda negra, como en tantos otros casos, parece haber encontrado un cómodo hogar. «En aquella parte de Asturias alcanzan las montañas considerable altura. Son casi todas de oscuro granito, cubierto aquí y allá por una ligera capa de tierra. Se acercan mucho al mar, hacia el cual declinan en vertientes muy quebradas, donde se abren profundas y escarpadas gargantas. Por cada una corre un arroyo, tributo de las montañas al piélago salado. El camino va por esos derrumbaderos. A siete de ellos los llaman el país de las siete bellotas. El más terrible es el del centro, del cual descende un torrente impetuoso». ¿A qué se refería Borrow en su escrito? ¿Quién habitaba esos valles entre montañas?

El gran escritor español Juan G. Atienza calificó a este pueblo de maldito. Y al parecer no le faltaron motivos.

Ya en el siglo XVIII, en un viejo manuscrito rubricado por el padre Acosta titulado *De procuranda indorum salute* aparecen por vez primera estos hombres ajenos a creencias conocidas: «Viven faltos de doctrina, en continua peregrinación por las montañas donde veranean con sus ganados, a las

marinas, donde habitan en invierno, cuidando más de dar el pasto terreno a sus ganados que de recibir el espiritual de sus almas sin oír sermón ni doctrina de párrocos».

A la Iglesia, la vida disoluta y en cierto modo enraizada en los viejos cultos paganos que practicaban estos clanes le molestaba mucho. Además vivían tan encerrados en su propio microcosmos que sufrían enfermedades que en otros lugares ya formaban parte únicamente de los libros de medicina. El escritor Juan Luis Rodríguez Braña advertía que los vaqueiros «tenían una muy repetitiva dieta, con importantes carencias vitamínicas y proteínicas, causa por tanto de multitud de enfermedades carenciales como el mal de la rosa o pelagra, la tisis, el bocio o papu, la escrófula, que con dramática frecuencia se unían implacablemente a las específicas de la escasa higiene de la época».

Sea como fuere, a sus particulares creencias se unía una supersticiosa farmacopea para acabar con dichos males, que únicamente era efectiva en días muy especiales, tal y como refería José de la Grana García en su libro *Memorias de un cura*, escrito en 1939: «Durante las tempestades de truenos y relámpagos echan al vuelo las campanas de la capilla de Santa Bárbara, y no se recuerda que las chispas eléctricas hayan hecho el menor daño en aquellas elevadas brañas».

El propio Rodríguez Braña reflejaba en su escrito cómo combatían el mal de lombrices gracias a la intercesión de misteriosas letanías ancladas en tiempos remotos; o algo más inquietante: los rituales que practicaban a la hora de enterrar a los suyos: «Cortote las cocas, cortote todas, cortote las malas, cortote las buenas. Cortote las del renaz, dexame las del arcabaz. Cortote las cocas, ya las txargas ya las cortas. Solo te dexo las del cordal, para tu corazón alimentar (...).

»El día del entierro sacan el ataúd por una antojana de la casa, colocan sobre el mismo un jarro de agua bendita y un ramo de laurel, luego un hombre distribuye las limosnas de pan o dinero a los concurrentes y otro coge el ramo, asperja y reza un padrenuestro a la llegada de una o más personas. Mientras esté reunida la comitiva cueste lo que cueste, no sale un difunto de la casa mortuoria sin la religiosa asociación de un sacerdote hasta el templo».

Pero quizá si algo puede observar el viajero que se acerque a la tierra vaqueira es su particular arquitectura, tan plagada de simbología que años atrás fue argumento para que el fantástico reportero Fran Contreras hablara de ello en uno de sus interesantísimos reportajes: «El pueblo vaqueiro daba gran importancia a los sellos mágicos. Los pentalfas y pentagramas, una estrella de cinco puntas formadas por cinco triángulos cuya base era cada uno de los lados del pentágono formado en su centro, llamados por los vaqueiros “pie de bruja”. Para esos hombres, observarla con uno de los vértices hacia arriba era señal de magia positiva, y si tenían dos puntas en la misma dirección indicaba magia negra o lugar embrujado.

»Los amuletos y talismanes estaban muy presentes en su vida cotidiana. Tenían la convicción de que los talismanes –pintados o labrados– con forma de luna o media luna, corazones y estrellas, evitaba el *mal gueyu* –mal de ojo–. Incluso las campanas y cencerros que portaba el ganado llevaban conjuros escritos en el metal bajo la fe de que su tintineo no sólo servía para buscar a los animales extraviados, sino que también alejaba a los duendes y malos espíritus», en los que todavía, en remotas regiones, se sigue creyendo.

En los collares de las reses se podían observar rosáceas talladas contra las tempestades, como protección contra los embrujamientos y mordeduras de animales venenosos. En los grupos de ovejas, la de color negro gozaba de una protección especial debido a las supuestas capacidades sobrenaturales que tenía para ahuyentar los rayos de las tormentas. Una costumbre muy extendida, curiosamente, en otros pueblos montañosos como los navarros, aragoneses y catalanes.

Continuaba Contreras Gil asegurando que «en sus asentamientos, en el proceso de sedentarismo que vivieron, la superstición y la fe quedaron inmortalizadas esculpiendo o pintando cruces sobre los portones de las casas, así como en las vigas de madera de los hórreos, puertas de las paneras, en las cerraduras de metal de los portones, paredes de alguna braña así como en las cunas de los niños. No en vano el gran número de mortalidad infantil era achacado a seres diabólicos de origen sobrenatural. “Grababan con dientes de lobo todo tipo de signos mágicos que les servían de protección contra los malos espíritus y aojamientos”, explicaba el investigador Alberto Peña.

»Tradiciones paganas que fueron transformándose con la implantación del cristianismo pero que nunca desaparecieron. Una muestra de ello la podremos encontrar en una loseta de piedra con una cruz esculpida y el siguiente texto rodeado por caracteres criptomágicos y una estrella de cinco puntas en la iglesia de San Martín de Salas: “Con este signo es protegido el hombre piadoso, con este signo es vencido el enemigo”.

»El pueblo vaqueiro, que permanecía aislado de la sociedad y falto de doctrina religiosa durante tanto tiempo, no aceptó nunca con buenos ojos cambiar sus tradiciones, y simplemente las transformó convirtiéndolas en políticamente correctas. A lo largo y ancho de la comarca vaqueira, así como en el resto de Asturias, podemos encontrar espirales, hexalfas, geometría sagrada y fetiches mágicos de un culto que parece hoy olvidado».

En la actualidad, mucho es lo que queda de aquello, a excepción, como manda la modernidad, de la marginación a la que fue sometido ese pueblo. Es por ello que merece la pena recorrer la tierra de los vaqueiros, porque con sólo ver el entorno es comprensible que pensaran que más allá de lo físico había algo que sólo era visible en el campo de las percepciones. Algo que todavía hoy se respira...

## **Marmellar el desconocido**

Marmellar del Montmell se encuentra en el Baix Penedès, dentro la provincia de Tarragona. Es por ello por lo que quizá ha pasado más desapercibido, ya que el carisma que La Mussara, de la que hablaré más tarde, ejerce sobre los curiosos hace que se desvíe la mirada de un enclave cuya historia es sobrecogedora.

Y de esa historia quien más sabe es mi querido amigo el escritor Miguel G. Aracil, que se ha pateado este lugar desde hace tres décadas, estudiando su influjo maldito y los fenómenos que allí se desatan: «Edificado a 518 metros de altitud, cerca de la mirada del que fue poderoso castillo del mismo nombre –principios del siglo XI–, se halla situado en la más extrema soledad. A una hora a pie hay unas pocas urbanizaciones que, pese a ser relativamente modernas, tienen bastantes de sus edificios olvidados o inacabados, cuando no

en estado ruinoso. Una pista de montaña en muy malas condiciones es el principal acceso a un pueblo que fue importante y bullicioso, principalmente a finales de septiembre durante el día de San Miguel, su patrón.

»El geógrafo e historiador Francesc Carreras Candi, en su impresionante *Geografía general de Catalunya* –en la que estudió pueblo por pueblo todas las poblaciones catalanas–, nos da el siguiente censo de Marmellar: quince edificios de dos pisos; ocho casas de tres pisos y siete casas o masías de uno solo. Debemos añadir la iglesia barroca de Sant Miquel, edificada en el siglo XVII, tal vez sobre una anterior románica.

»Estos datos convertían a Marmellar en uno de los pueblos “grandes” de la comarca, muy despoblada a raíz de los desmanes que los guerrilleros carlistas llevaron a cabo durante el siglo XIX.

»Grandes casas abandonadas, una gran iglesia sin culto –su altar neoclásico todavía impresiona–, un lóbrego y recoleto cementerio en el que los muchos nichos forman un tenebroso ángulo, como macabras colmenas que tenían como centro una fosa común... Todo combinado, iba a ser casi por fuerza un terrible y apetitoso reclamo para grupos ocultistas y practicantes de todo tipo de rituales esotéricos».

Así, de primeras, no deja de ser un despoblado en el que, además, en tiempos se ubicó una poderosa encomienda perteneciente a los caballeros de la Orden del Temple. Y ya se sabe que en lugares así la leyenda coge consistencia física y empieza a caminar, en ocasiones demasiado bien vestida. Pero aquí fue diferente, porque esa consistencia física la aportó el cuerpo calcinado de una joven que apareció en el verano de 1993. Fue «en la abandonada iglesia, junto al cementerio –continuaba Aracil–. Podía llevar muerta desde la noche de San Juan, fiesta muy proclive a todo tipo de rituales. Además de asesinada y quemada se encontraron indicios de que la joven pudo haber sido violada por sus asesinos. En la iglesia se encontraron todo tipo de pinturas de corte satánico que todavía hoy pueden observarse con claridad: cruces invertidas, los típicos 666, alguna estrella de seis puntas... y otros símbolos y objetos propios de la parafernalia clásica en este tipo de rituales. Y al lado, dos grandes hogueras que posiblemente sirvieron para quemar el cadáver, que fue hallado en una fosa medio enterrado. Los rumores y habladurías corrieron, asegurando que la mujer asesinada se trataba de una

adolescente alemana que no había regresado a su casa. Esta versión quedó desmentida por las fuerzas de seguridad, que averiguaron que la menor alemana estaba viva y tenía cierta afición a marcharse de casa durante días sin avisar a su familia.

»Por mucho que se ha indagado, jamás se supo quién era la muchacha. El juzgado número 4 de El Vendrell ordenó secreto de sumario, lo que significó el silencio acerca de su identidad.

»Incluso en su momento se nos indicó que la víctima posiblemente había sido llevada a las macabras ruinas desde muy lejos para celebrar algún siniestro ritual (...). Se empieza también a hablar de extrañas luces en algunas casas durante la noche. Hace años, amaneciendo, fuimos testigos junto a miembros de la Asociación Catalana de Estudios Forteanos de esas extrañas luces en uno de los edificios de mayor altura, situado en la parte más baja del pueblo, aunque no pudimos saber qué o quién era el causante. Pero la guinda del pastel, aunque terrible, vendría poco después, cuando el 14 de febrero de 1996 una joven de diecinueve años, de nombre Ana María Marín Barba, que trabajaba como cajera en una gasolinera en la cercana población de L'Arboç del Penedés, fue al parecer raptada junto a una relevante cantidad de dinero que la chica llevaba de la recaudación de su trabajo. Se habló de casi 40.000 pesetas. Tras dar la alerta por su desaparición, un agricultor encontró el cadáver de la pobre muchacha con heridas de incisivos, principalmente en el cuello, y con la ropa de trabajo cubriendo sólo la parte inferior de su cuerpo (...). Sabemos de gente que allí mismo organizó sesiones de ouija. Hemos entablado contacto con personas que aseguran haber conseguido buenas inclusiones psicofónicas, siempre con voz de mujer; otros hablan de una dama blanca –algo que nos parece muy poco verosímil–, cuando no de grupitos de encapuchados con negros hábitos que acudían al pueblo a celebrar sus rituales».

Estas credenciales han hecho de Marmellar un enclave al que quienes acuden lo hacen durante el día, porque se asegura que se respira ese hálito maligno innato a los lugares donde se ha vertido sangre, y no siempre de animal...

## **Matarraña y las cárceles del terror...**

Recorremos la provincia de Teruel, junto a la Tarragona de Marmellar, porque es una de las regiones más mágicas del país, pues no en vano ésta es tierra de brujas y leyendas desde tiempos inmemoriales. Sirva de ejemplo que en el pantano de Pena, junto a la medieval villa de Valderrobres, se esconden dos piedras desde las que los demonios, cuenta la tradición popular, eran capaces de conjurar a las tormentas...

Para el antropólogo Francisco Javier Sáez Guayar no hay duda de que contra estas creencias, para aquellas gentes muy reales, se usaban remedios igualmente físicos. Baste decir que la sacristía de la iglesia de Valderrobres se construyó en el siglo XVIII en dirección a la Caixa y a la Picoso, y allí se situó a cierta altura un pequeño bajorrelieve que parece representar una iniciación demoníaca, porque las gentes de entonces estaban convencidas de que la existencia de estos seres, como digo, era absolutamente real.

Además, las rocas de la Caixa y de la Picoso en otro tiempo habían sido los lugares desde los que tradicionalmente se generaban las tormentas que los demonios eran capaces de producir, y que por lo tanto había que conjurar. Las gentes cuentan que el estruendo que producían estas tronadas era tan impresionante que parecía que un gigantesco diablo estuviera golpeando con violencia un enorme tambor a la entrada del pantano. Y es que la Caixa ha sido durante siglos uno de los pocos lugares de la comarca en los que se celebraron aquelarres, según afirman escritores muy queridos en la región como Jesús Ávila Granados. Porque el entorno presentaba condiciones para ello; por un lado la soledad, y por otro porque sólo aquí era posible encontrar determinadas especies de plantas, que además debían ser recolectadas en momentos puntuales del año para de esta forma salvaguardar –y más tarde usar– su maléfico poder.

Sáez Guayar advierte que la más valorada era la falaguera, recogida en la Caixa, porque estaba considerada como una panacea, ya que había que extraerla de la tierra durante la noche de San Juan, o más bien sus semillas, que eran las que otorgaban los poderes mágicos a quienes las poseían.

Además, para cogerla había que esquivar la mirada del diablo mediante un peligroso ritual, ya que éste andaba vigilante para que nadie lograra acercarse a la que consideraba su planta.

Los habitantes de la región poseían un amplio conocimiento de la botánica de la zona, a la que, como no podía ser de otro modo, otorgaban cualidades mágicas: el beleño, la belladona, la ginestera, el malvavisco... Conscientes de que el maligno sentía una especial predilección por estos entornos, las autoridades eclesiásticas decidieron plantarle batalla. Las llamas de los autos de fe iluminaron las madrugadas turolenses. Aquí se celebraron procesos históricos por brujería o hechicería que han quedado extraordinariamente documentados y en los que se mostraba la creencia que existía por aquel entonces de que algunas personas mantenían una estrecha relación con el señor del mal.

Pero en esta provincia injustamente olvidada, no sólo encontramos historias de hechiceras, plantas mágicas o procesos inquisitoriales. También las crónicas nos hablan de fenómenos meteorológicos extraordinarios que se producen aquí, y sólo aquí...

Es el padre Faci en su obra *Aragón Reyno de Christo* quien por vez primera habla de granizadas, tempestades, sequías y lluvias torrenciales que se producen en esta comarca, asociándolas a lo milagroso y mágico que parece revestir dicha región, en la que incluso se han observado extraños fenómenos celestes.

Francisco Javier Sáez Guayar, gran conocedor de la zona, asegura que, por ejemplo, en la mañana del 19 de enero de 1787 se vieron sobre Caspe, y otras tierras más al sur, tres soles sorprendentemente iguales, que fueron rápidamente asociados a la Santísima Trinidad. El tema fue tan comentado que el fraile capuchino fray Bruno de Zaragoza escribió un libro titulado *Descripción del fenómeno de los tres soles*, dando tantos datos que seguramente se trató del fenómeno que actualmente se conoce como parhelio.

Pero no sólo eso. Las crónicas aseguran que en julio de 1748 Valdealgofa y otras poblaciones limítrofes fueron arrasadas por un huracán de fuego y aire tan violento que provocó el desmayo del cura que había salido a su encuentro para conjurarlo.



Otra de estas historias imposibles se produjo en el año 1622 en la villa de Batea, muy cerca de la población de Calaceite, donde se precipitó una estruendosa lluvia de sangre, que dejó piedras y casas cubiertas de un brillante color púrpura.

Hay más. Aquí se habla de sucesos relacionados con el fenómeno de los objetos volantes no identificados, apariciones que vienen desde muy antiguo. Tanto como para que el ya citado padre Alberto Faci advirtiese en su *Aragón Reyno de Christo* que «elevé la vista al horizonte y quedé sorprendido al ver una campana de unas ocho arrobas de peso suspendida en la atmósfera, teniendo en su cuerpo tres agujeros completamente redondos de unas doce pulgadas de circunferencia. Absorto contemplaba tamaño fenómeno, admirando cómo se mantenía en el aire, cuando principia a voltear como hacen las de los campanarios en días festivos, pero sin dejarse oír sonido alguno; y pasados unos dos minutos, fue elevándose hasta desaparecer, dejándome aterrado».

Y sin embargo nada iguala a las cárceles del terror, levantadas en un tiempo pasado para combatir tanto saber pagano que parece atesorar desde épocas pretéritas la región. Hoy es una ruta que se debate entre la historia y la leyenda, y donde la única certeza que tenemos es que entre las lóbregas paredes de estos lugares se sufrió demasiado...

Al atravesar las empedradas calles de Mazaleón, encontramos una de las cárceles mejor conservadas; preparada, como el primer día, para dar cobijo y desasosiego al preso... Se accedía a través del edificio consistorial. Todavía hoy se aprecia que hay dos niveles, uno superior para los presos que gozaban de ciertos privilegios, y otro inferior donde se hacinaban los condenados «sin regreso», que eran arrojados a través del alzapón, una pequeña trampilla.

Una vez allí, en esta cámara tenebrosa, húmeda y oscura, sobrecoge el alma ver el estrecho pasillo por el que iban los reos, y los cepos que atrapaban sus tobillos –los originales–, así como los grilletes, grillos y cadenas que los maniataban. Porque aquellos que aquí entraban ya no salían. Y como un testamento en la piedra que nos habla de los horrores que se padecieron en este lugar, quedaron escritos en sangre y sobre las paredes los testimonios de los reos que penaron su suerte entre sus muros.

Aquí los condenados acabaron implorando la llegada de la muerte. Por eso no es extraño que sean muchos los que aseguran que al atravesar el húmedo y ominoso pasillo que nos introduce de lleno en este recinto, el ahogo, la sensación de estar siendo vigilados es constante. Y es entonces cuando la respiración se acelera, porque parece que hay alguien junto a nosotros, en plena oscuridad.

## **Ochate, clásico entre los clásicos**

No sé cuántas veces he escrito de este pueblo. Muchas. Pero no me canso, ni tampoco de visitarlo. Porque a pesar de desmentidos, añadidos o críticas, tiene algo; algo que no se palpa pero que se percibe.

Está situado en el corazón del Condado de Treviño, en un triángulo extraño, pues pese a pertenecer geográficamente a la provincia de Vitoria, en realidad es tierra de Burgos. Hoy día no es fácil acceder a él. Desde Vitoria partimos por la comarcal A-2124 hasta San Vicentejo. El enclave es especial hasta para eso, ya que a lo lejos, abrazado por las montañas, el esqueleto de Ochate surge evocando abandono y desprecio. Ya nadie recuerda, porque nadie vive para hacerlo, los tiempos en los que despertaban la envidia de aldeas vecinas como Ajarte o Imiruri.

Al parecer, éste es suelo maldito desde el mismo momento de su fundación, porque su historia pasada aparece preñada de desgraciadas causalidades: supuestas epidemias que se ceban sólo con sus habitantes, desapariciones misteriosas, extrañas muertes de quienes se atreven a investigar lo que allí ha ocurrido...

Las primeras referencias al asentamiento las encontramos en la Edad Media. Según reflejó en *Enigmas sin resolver* el periodista Iker Jiménez, «el nombre de Goate –“puerta de arriba”– aparece por vez primera en 1134, dentro de la *Nómina de San Millán*, como referencia a un pequeño pueblo con quince almas por aquel entonces. Un siglo más tarde se construye la torre que ahora es el único vestigio del antiguo Ochate (...). En 1254 la aldea parece haber sido tragada por la tierra. Incomprensiblemente, ningún dato sobre ella vuelve a aflorar hasta bien entrado el siglo XVI. De aquella época oscura sólo

parecen haber sobrevivido las hileras de tumbas que rodean el pueblo. Tumbas para albergar, por su tamaño reducido, a niños o gente extraordinariamente pequeña (...). En 1557 Ochate era un despoblado, estaba vacío por primera vez en su historia (...). Pero el crecimiento y la prosperidad alcanzada durante el pasado siglo XIX lo hicieron convertirse, según confirmé por aquellos datos, en el lugar más poblado de toda la comarca. Es precisamente en este período cuando comenzará a desarrollarse la supuesta maldición. Confluirán escalonadamente, y en tan sólo una década, diversas epidemias que arrasarán toda la población. En 1860 se extiende la viruela, de la que apenas sobreviven una decena de personas. Cuatro años después el tifus se propagará con furia devastadora, volviendo a dejar yermo de vida el lugar. Tras esta plaga, Ochate volvió a repoblarse rápidamente, pero el triángulo mortal se completaría fatalmente cuando, en 1870, una epidemia de cólera fulminante sepultó para siempre a las personas que intentaban en vano reconstruir la alquería. El pequeño cementerio de la localidad no dio abasto con los cadáveres y se decidió enterrar casi todos los cuerpos en la vaguada que forma el centro de la aldea».

Tumbas de niños, entierros furtivos, epidemias virulentas que no afectaron a los habitantes del resto de la comarca... A partir de entonces se le colgará la etiqueta de maldito, y la leyenda negra terminará convirtiéndolo en un lugar olvidado, ruinoso; un punto de la geografía española que muchos miran de soslayo.

## **Una puerta secreta**

Para entender el porqué debemos remontarnos a los inicios de esta historia, que aunque parezca mentira, no es demasiado antigua. El fenómeno Ochate alcanza fama nacional a partir del 24 de julio de 1981, a raíz de las fotografías que Prudencio Muguruza, un joven empleado de la Caja de Ahorros de Vitoria, realiza en el lugar. En las mismas se veía un sospechosísimo ovni descendiendo sobre la población. Sí, insisto, sospechosísimo, y a pesar de todo, los técnicos que estudiaron los negativos, tal y como manifestó el diario *ABC* en sus informaciones, no pudieron demostrar el fraude.

Muguruza recorría una fresca tarde las cercanías del despoblado cuando de repente su pequeña perra empezó a ponerse nerviosa. Un siseo posterior hizo que levantara la vista. A lo lejos, en el cielo, observó una potente luz. Ni corto ni perezoso alzó la cámara de fotos que llevaba colgada al cuello y disparó varias instantáneas. Pues bien, en algunas de ellas se veía un enorme objeto, como si se tratase de una lentilla gigante que, dejando una estela similar a las de las pastillas efervescentes en el agua, descendía a gran velocidad.

Así pues, Ochate perdió de la noche a la mañana su anonimato y empezaron a surgir narraciones sobre fantasmas; sobre esa espesa niebla que independientemente de la época del año en la que nos encontremos se posa sobre el pueblo haciendo que los curiosos pierdan la noción del tiempo y de la ubicación; las supuestas visiones de extraños seres de formas animales; las psicofonías grabadas en el interior de la torre; las referencias a los latidos que en plena madrugada se pueden oír...

Los primeros años de la década de los ochenta, Ochate pasó a ser una especie de «templo» al que acudían los amantes del misterio, formando reuniones en las que se daban cita cientos de personas. De aquellos tiempos, por fortuna, apenas quedan reminiscencias de fin de semana. Las masificaciones que dejaban en el lugar toneladas de basura ya no se producen, y aun así, los pastores de la zona, hartos de tanta visita, no suelen poner buena cara cuando se encuentran con visitantes inesperados.

A lo lejos se alza la vieja torre de la iglesia, el punto neurálgico de este enclave maldito. Para llegar hasta ella hay que atravesar un campo verde en el que se reparten varias casas, o más bien lo poco que queda de ellas. El silencio, que únicamente es roto por el silbido del viento, despierta cierta nostalgia. Y es que Ochate es bello porque la ruina, en cierto modo, también lo es, y aquí nos remite a su trágica historia. Por eso es difícil contener un escalofrío cuando el sol se oculta por el horizonte, abriendo la puerta por la que otros se fueron para no regresar jamás. Además, conviene recordar que Ochate significa precisamente eso: «puerta del frío» o «puerta de arriba».

En las entrañas de la aldea está la citada torre de la iglesia, consagrada a san Miguel Arcángel. Es el punto más enigmático de todo el enclave. Aquí se han vivido lúgubres episodios y se han obtenido sorprendentes psicofonías,

esas voces sin rostro que en este caso han quedado plasmadas en cintas magnetofónicas haciendo referencia a una tal «Pandora»; y otras que preguntan claramente: «¿Qué hace la puerta cerrada?» Los estudiosos de estas materias les han dado máxima fiabilidad, confirmando su posible autenticidad. Entre otras cosas porque quien las ha obtenido es mi querido amigo Alfredo Resa, que entonces –puesto que fueron grabadas hace casi veinte años– era técnico de sonido de Radio Vitoria. Por tanto podía distinguir perfectamente lo que era una interferencia o cualquier otra eventualidad de la grabación de aquello que no lo era. Pero ¿quién es Pandora? ¿Acaso lo que se decía realmente era *Kampora*, que traducido del euskera significa «fuera»? La puerta cerrada, ¿por qué? ¿Tiene algo que ver con el significado de Ochate?

Una de esas historias terribles fue la protagonizada por el investigador Alberto Fernández, que hasta el último día vivió obsesionado con el pueblo maldito. Su muerte y las circunstancias que la rodearon son aún un enigma. Él estaba convencido de que Ochate era la entrada a otras dimensiones. Pero ¿tenía razón? El muchacho, después de realizar diversas pesquisas por la zona, fue encontrado muerto en el interior del cobertizo cercano a la torre, asfixiado dentro de su coche. Quienes lo conocieron dudaban de la voluntariedad de dicha muerte, pero lo cierto es que Alberto se fue, quién sabe si atravesando la puerta secreta. Tiempo después se logró una fotografía que muestra el hueco que existe a la entrada del citado cobertizo y en la que parece identificarse el rostro del desaparecido investigador vasco.

Pero hay más, porque el misterio en lugares así jamás se agota. Si hablamos de desapariciones sin explicación, la del cura Antonio Villegas es una de las más sorprendentes. En el año 1868 fue visto por última vez junto a la torre –algunos investigadores como el gran Julio Corral aseguran que en realidad se marchó a otro país, ya que hay argumentos que así lo avalan–; o descubrimientos espantosos como el del agricultor F. Amestoy, que fue hallado carbonizado en enero de 1970 junto a la ermita de Burgondo, a mitad de camino hacia la cumbre –ermita donde se asegura que «habita» una anciana espectral vestida de negro–; o la niebla que con su espesura oculta la población y que décadas atrás hizo que varios carros blindados del cuartel militar de Araca –que llevaban a cabo prácticas en el lugar– perdieran la

noción del espacio... No hay duda de que Ochate tiene ganada la fama de maldito por motivos más que sobrados. Y a pesar de todo, a mí me sigue atrayendo.

## **Ribadelago y las aguas del apocalipsis**

El lago de Sanabria es un remanso de paz rodeado de verdes montañas. La armonía del enclave jamás haría presagiar la tragedia que aquí se desencadenó cuando la presa del pantano cercano cedió y las aguas arrasaron todo cuanto encontraron a su paso. «En la orilla oeste del lago se esparcen unas cuantas hileras de casas viejas, construidas con pedruscos unidos sin argamasa, roídos y ennegrecidos tablones de madera y agrietadas techumbres de lajas de pizarra. Desperdigados alrededor de la aldea, unos cuantos hitos de piedra, con inscripciones a modo de sepultura, evocan en un dramático silencio la tragedia que asoló lo que hoy es un pueblo fantasma.

»Entre las 00.20 y las 00.30 horas de la madrugada del viernes 9 de enero de 1959, el caudal de una enorme riada anegó la totalidad de las viviendas de la aldea de Ribadelago. La descripción de lo que aconteció en tan sólo diez minutos sobrecoge a cualquiera: “Las gentes que pueden –escribe García Díez en *Tragedia de Vega de Tera*– abandonan sus hogares desnudas, semidesnudas y sin pertenencias; y aterrorizadas huyen de la muerte buscando el campanario, los tejados, las copas de los árboles y la altura de los peñascos que, por suerte, abundan por doquier en Ribadelago. En uno y otro barrio los supervivientes se desgañitan gritando a los demás que se salven; al tiempo que sienten cómo se derrumban o desaparecen tras de sí, o en torno a ellos, viviendas y edificios. Son momentos críticos, angustiosos, en los que la desesperación humana se entremezcla con los espeluznantes bramidos y balidos de cientos de animales que permanecen atrapados en las cuadras sin ninguna posibilidad de salvación”.

»Ciento cuarenta y cuatro personas desaparecieron y algunos de sus habitantes se ataviaron de luto por el resto de su vida. “Fue espantoso. Lo recuerdo como si fuera ayer –nos comenta una de las pocas vecinas supervivientes que se atreve a recordar la tragedia–. Mi madre y yo nos

salvamos de milagro porque una de las paredes de nuestra casa estaba construida sobre una roca que evitó que entrara más agua y nos ahogáramos...” Cuando los tímidos rayos del alba acarician los estriados peñascos que rodean el lago, una dantesca estampa de muerte y desolación emerge de entre el lodo y los escombros en la orilla». Así daba comienzo el extraordinario reportaje que el investigador granadino Antonio Luis Moyano publicó años atrás en la revista que dirige. Por tanto, ésta es una de las catástrofes más aterradoras de la historia de España. El propio Moyano ahondó en el asunto hasta llegar a una suerte de maldición que tuvo como protagonista a un siniestro personaje: «Una antiquísima leyenda relata lo que supuestamente aconteció en estos lares hace muchos años. Cuentan que en Villaverde de Lucerna, pequeña aldea que se levantaba en el valle que hoy cubren las aguas del pantano, se celebraba la víspera de la noche de San Juan cuando una terrible tempestad obligó a los vecinos a refugiarse en sus casas. Arropada por las sombras de la tormenta, la silueta de un peregrino de poblada barba y largos cabellos desciende por el sendero que conduce hasta la aldea. Temblando de frío, suplicando de puerta en puerta, el pedregüño espera que alguien le ofrezca posada. Encolerizado después de que solamente una niña le brinde algo de pan, el mendigo se sitúa en el centro de la plaza del pueblo y arroja la siguiente maldición: “Aquí clavo mi bastón, mi bastón de peregrino. ¡Malhaya el pueblo que tiene las entrañas de granito, y al mendigo extraviado cierra sus puertas al vivo...! ¡Será fiero mi castigo!” Y diciendo esto, la tierra se agrietó haciendo brotar un torbellino de aguas embravecidas que anegaron el poblado de Villaverde de Lucerna».

No sé si esta leyenda fue el aviso de lo que ocurriría tiempos después, porque a tragedias así, por mucha explicación que les queramos dar jamás se la encontramos. Lo que sí es cierto es que este apacible lugar esconde algo oscuro, que en ocasiones, como cita el escritor Jesús Carnero en su obra *El ayer de Sanabria*, hace que tiemble hasta el más templado: «Llantos que en fondo nacen, mueren la orilla al tocar, y traen los gemidos que se lleva el vendaval. En algunos círculos se comenta que aún en la actualidad, en la madrugada del día de San Juan, llegan hasta las orillas del lago algunos grupos de personas para realizar ciertas celebraciones y ritos secretos de espiritismo...». Incluso hay testigos que aseguran que las campanas de la vieja

iglesia, sumergidas por la catástrofe, lanzan su lastimero tañer en esa fecha tan señalada. Si estas historias, sean o no ciertas, sirven para recordar algo que jamás debería volver a ocurrir, bienvenidas sean. Además, yo prefiero pensarlo así para, entre otras cosas, seguir disfrutando del lugar...

## **La Mussara, el paradigma**

Al igual que en Ochate, este enclave tiene algo que me atrapa. Se halla en las cumbres del Baix Camp, en la provincia de Tarragona, a más de 1.020 metros de altitud dentro del término municipal de Vila Plana. A él se accede desde Reus, saliendo por la N-420.

En la actualidad no es más que una aldea despoblada, con mucha ruina, mucho musgo y mucha vegetación enmarañada. De la construcción original no quedan más que despojos: una vieja iglesia y las piedras caídas de ocho casas cubiertas de verde, como agujeros inútiles que despiertan la curiosidad de los buscadores de misterios.

Pero hubo un antes. En tiempos de bonanza, la pequeña localidad estuvo habitada por payeses que tenían en la vid el principal medio de subsistencia. Así fue hasta la epidemia de filoxera que asoló todo el territorio catalán a finales del siglo XIX e hizo especial daño en los parajes más alejados de las grandes urbes. La construcción, a mediados del siglo pasado, de la carretera que llega hasta la localidad serrana, contribuyó a que la decadencia de la vida en la montaña se consumara definitivamente, generando una emigración que finalmente concluyó en 1956, año en el que La Mussara quedó completamente abandonada.

A partir de ese momento comenzó a tejerse una leyenda de misterio en torno al lugar que ha perdurado hasta nuestros días. Pero ¿qué hay de realidad en todo ello? Los antiguos pobladores de las alquerías que se reparten por la zona ya dejaban entrever en piezas básicas de su folclore que algo fuera de lo normal rondaba por las callejas del enigmático enclave. Baste el siguiente ejemplo: «Madre, si marido me dais, no me lo deis de La Mussara, que allí siempre hay niebla y la tierra no me agrada».



Además, la tradición oral ha traído hasta nuestros días una curiosa historia: A pocos metros del pueblo hay un viejo caserío en el que ya tan sólo conviven en hermosa sintonía la vegetación y las alimañas del bosque. Pues bien, la tradición nos advierte de la presencia de supuestas puertas adimensionales repartidas por la zona, cuyo rastro han intentado seguir diversos investigadores en los últimos tiempos. Una de éstas, siempre según la tradición oral, se encontraría junto a la mencionada masía, donde además existe una piedra de voluminoso tamaño de la que dicen que todo aquel que la salta va a parar a Vila del Sis (Villa del Seis), un pueblecito que se encuentra supuestamente en otro plano de existencia.

En la actualidad el único edificio que se mantiene más o menos en pie es la iglesia, a pesar del ataque agresivo del gélido clima montañoso y de la acción de vándalos que han quemado parte de la misma. Pues bien, al igual que ocurre en Marmellar, la posición privilegiada del lugar lo convierte en un apetecible plato para grupos de personas que realizan prácticas pseudomágicas, e incluso rituales de carácter satánico –es importante recordar al viajero el sugerente nombre de Villa del Seis, un número que despierta ciertas reminiscencias «diabólicas».

Lo que realmente convierte a la aldea en un lugar especial es la existencia de esas supuestas puertas a otras dimensiones. Sobre ello, la única referencia que existía era la misteriosa desaparición en el año 1995 de un ingeniero alemán que trabajaba en la central nuclear de Vall d'Uxó, y que circulando por los caminos que rodean la población desapareció por espacio de tres horas, reapareciendo en un lugar desconocido para él sin que supiera qué había pasado.

Carles Estaller, investigador que conoce la zona a la perfección, sufrió por las mismas fechas un episodio similar: «Íbamos una tarde a La Mussara mi prima Rosa y yo, y te aseguro que aquello fue como una película de terror. Pasamos mucho miedo. La verdad es que esas montañas de color ceniza impresionan mucho, y más con un atardecer tan sombrío como había aquel día. En definitiva, que estuvimos perdidos por Los Castillejos una hora con el coche. Íbamos por las curvas para arriba, para abajo...». Hay que aclarar que en el paraje de Los Castillejos se encuentra el cuartel militar del mismo nombre, en cuyo interior también se asegura han acontecido fenómenos

extraños. Dos jóvenes que realizaron el servicio militar en el mismo, H.P. y J.M. me confirmaron que son muchos los compañeros que haciendo la guardia durante el mes de febrero han visto el supuesto fantasma de un sargento que falleció hace años.

### **Una desaparición... de otra dimensión**

En la barriada de Camp Clá, en el extrarradio de Tarragona, trabajaba Enrique Martínez Ortiz, un joven de treinta y siete años que regentaba el bar Escorial. Transcurría el mes de octubre de 1991 y nuestro protagonista había iniciado las obras de remodelación del local. El negocio no iba mal, y muestra de ello era el vehículo que pocos días antes había adquirido.

El miércoles 16, aprovechando que esa jornada descansaban, Enrique decidió, como en tantas otras ocasiones, salir junto a tres amigos a buscar espárragos y niscalos. ¿El lugar idóneo?: La Mussara, un enclave que conocía a la perfección. Jamás regresó.

«Según los comentarios de los amigos, desapareció en el lugar donde están las antenas de televisión –me refería su esposa Ana Gabarró–. Ellos marcaron el tramo que habían recorrido y por allí no había ningún precipicio ni nada parecido, porque además era un tramo muy pequeño. Iban en dos grupos y hablando entre ellos. Antonio le preguntaba a Enrique y éste le contestaba, y llegó un momento en que no le contestó, se volvió, y ya no estaba allí. Desapareció de repente.

»Se hizo una batida impresionante. La misma noche ya subió mucha gente de los pueblos de alrededor, y al día siguiente escaladores, que trajeron perros de Barcelona y detectores térmicos, pero sin resultado. Al tercer o cuarto día, el gobernador civil de Tarragona, Ramón Sánchez, dio la orden a unos doscientos soldados de Los Castillejos y se barrió completamente la zona. Enrique ya había subido allí otras veces y tenía por costumbre ir a los mismos sitios, o sea, que conocía bien el terreno. Al principio los amigos no se extrañaron porque pensaron que a lo mejor se había ido por otro lado, aunque les pareció un poco raro que no les hubiera dicho nada. Habían quedado a las dos para comer junto al coche, y al ver que no regresaba empezaron a

preocuparse. Luego vinieron videntes, cada uno con su versión: que si fue absorbido, que si extraterrestres, qué sé yo... Lo que sí sé es que él no se fue queriendo. No tenía ningún problema con la gente del barrio. Era un tío majo que ayudaba a quien hiciera falta, y a nivel de pareja todo iba bien. Aparte de eso, si hubiera decidido irse se habría llevado algo. ¡Es que desapareció con lo puesto, un chándal! ¡Ni dinero ni nada! Se había comprado un coche hacía cuatro días y estaba arreglando el bar. Yo creo que nadie se va en tales condiciones».

La persona que acompañaba a Enrique estuvo en tratamiento psiquiátrico después de aquello. La única prueba que se encontró en el lugar fue el cubo que llevaba para guardar los niscalos. Pero de él, nada.

El lugar donde fue hallado el cubo se peinó en varias centenas de metros a la redonda... «Además, es que la salida se planeó el día anterior, cuando cerrábamos el bar –continuaba Ana–. Santiago y Jordi vinieron a proponerle salir a buscar setas. Vamos, que no tuvo tiempo para planear una escapada, porque tampoco tenía motivo. Alguien que se va no se deja las llaves del coche, el dinero y el bicarbonato que tomaba cada día para el estómago. Incluso sufría de las piernas, que se le inflamaban enseguida, y no se hubiera atrevido a meterse por zona de mucho bosque».

Veinticinco años después no se sabe nada de Enrique. Desapareció en La Mussara el 16 de octubre de 1991 con lo puesto, y muy cerca de la masía en la que se encuentra la piedra, esa que aseguran las crónicas que es la puerta de acceso a Villa del Seis...

### **Tivissa, *sex domiti***

Tivissa está a 37 kilómetros de Tarragona, en el corazón de la sierra de Llabería. Las estrechas callejuelas de la localidad rápidamente nos hacen creer que hemos viajado a una época pasada. Es uno de los principales centros romanos de la provincia. Pero si salió del anonimato en el mes de agosto de 1968 no fue por este motivo. Ese año, un hombre que decía llamarse Sebastián Mateu escribió a la sección de «Cartas al director» de la publicación *Telexpress* una desconcertante misiva. En ella afirmaba que unos días antes su

cuñado Juan había sido testigo, a las seis de la mañana y mientras se dirigía a un pequeño huerto, de una luz que atravesó el cielo y descendía hacia su posición. Al acercarse –según narraba Mateu– vio un artefacto similar a la mitad de una sandía, que permanecía flotando a un metro del suelo. Junto al mismo había dos seres de baja estatura, vestidos con trajes muy claros y de apariencia similar a pulpos. Segundos después, se metieron en el interior y no volvieron a salir.

Juan, nervioso y asustado –¡como para no estarlo!– acudió a su hogar para narrar lo sucedido. Su hermano, tras escucharlo, decidió acompañarlo al lugar. El aparato ya no estaba allí pero el terreno estaba calcinado y era visible una huella de aproximadamente dieciséis pasos de diámetro, que en cierto modo confirmaba la increíble experiencia. Este punto fue corroborado por el propio Mateu y una pareja de campistas austríacos que esos días veraneaban en la zona montañosa cercana a Tivissa. A partir de dicha crónica, miles de personas se acercaron hasta allí para ser partícipes de las más diversas y esperpénticas experiencias.

Por otro lado, el hallazgo de yacimientos prehistóricos, íberos y romanos, unidos a los diversos castillos templarios que se reparten por la zona, contribuyó a pensar que entre otras maravillas el Santo Grial se encontraba oculto en las montañas cercanas. Investigadores como Julio Roca dedicaron parte de su vida a encadenar los eslabones de tan interesante hipótesis. De este modo la leyenda se asentó en el lugar, permaneciendo hasta nuestros días.

### **Seres raros... muy raros**

Joan Ferré, cuando lo conocí, era miembro de la Policía Local y posiblemente uno de los que mejor conocían los misterios del lugar. En ese tiempo –hace ya muchos años– me confirmó que la zona es utilizada en ocasiones para realizar prácticas militares, y que hay fotografías aéreas ya que se cree que allí se encuentra una gruta de gran profundidad que comunica Tivissa con Baleares. Resulta curioso que un elevado número de personas dedicaran tiempo y esfuerzo para encontrar la entrada a un mundo subterráneo supuestamente ubicado en esa sierra sin tener a su alcance esta información. Conviene

recordar que ufólogos como Joan Turu, que poco después se suicidaría en una fría vía ferroviaria de Tarrasa, convencido de que iniciaba el ansiado viaje a Júpiter, investigó hasta la extenuación en Tivissa, llegando a la firme convicción de haber encontrado la citada entrada, quizá en forma de puerta adimensional.

Pero los sucesos paranormales y ufológicos no quedan ahí. La aparición de inquietantes criaturas, especialmente durante las largas madrugadas, forjó una fenomenología propia del lugar. Los *dips*, más conocidos con el sobrenombre de «perros vampiro», provocaron durante años el terror. Cuentan los testigos que los supuestos animales eran trípodos y poseían unas fauces desmesuradas, especialmente los incisivos, como una suerte de tibicenas peninsulares. Posiblemente se ha exagerado la realidad, pues son muchos los que piensan que se trataba de una especie de canes que al sufrir algún tipo de malformación genética habían tenido que desarrollar durante generaciones el aspecto fiero y agresivo que aparentaban para defenderse de los ataques de otras razas de animales.

Los «pulpos voladores» también forman parte de la mitología del lugar. El nombre de los mismos hace innecesaria cualquier descripción: pulpos que vuelan. Para Joan Ferré, la aparición de éstos podría deberse a una causa absolutamente natural, porque son muchas las cavidades que recorren la sierra, con la posibilidad de que alguna de ellas comunique con el mar. Por tanto, cuando una ingente masa acuática entra en las mismas puede generar una presión lo suficientemente potente como para arrastrar todo lo que encuentre a su paso: peces, algas y, por supuesto, pulpos. Es ésta una hipótesis quizá más razonable.

En esta tierra, la Mussara y Tivissa son dos puntos clave para los amantes de lo desconocido, pero hay más. Montblanc, Prenafeta o los macizos del Garraf comparten fenomenologías. Los nexos en común son sorprendentes. Pero la parte más aterradora quizá sea la que afecta directamente a esas personas que en algún momento de su existencia han perdido la noción de la realidad que los rodea para reaparecer en lugares desconocidos; desaparecidos que no han regresado jamás... Parte de una casuística que al menos a mí me invita a acudir al lugar siempre que brille un buen sol.

## La boca del infierno

Cuentan que Felipe II cabalgaba con una decena de vasallos por el bosque de La Herrería, que se encuentra hoy cercano a la localidad de San Lorenzo del Escorial. Andaba el hombre taciturno porque por mucho que acudía a alquimistas, iniciados o maestros canteros, nadie le decía dónde debía ubicar su gran proyecto: el nuevo monasterio. El Escorial.

El monarca detuvo su caballo, y atónito permaneció durante unos segundos contemplando el hipnótico espectáculo. Después, sin mudar la expresión, se volvió a su jefe de guardia y le preguntó: «¿Qué es eso?». El soldado se encogió de hombros. Fue entonces cuando otro miembro de la guardia real, natural de la zona, respondió: «Señor, es la boca del infierno». A lo que el rey, ahora sí, esbozando una leve sonrisa, espetó: «Pues si ésa es la boca del infierno, ¡tapémosla!». Así, obedeciendo las órdenes del poderoso Felipe II, se colocó la primera piedra del gran monasterio de El Escorial, un lugar del que mucho se puede decir. Pero no seré yo el que lo haga, porque para ello están las letras de mi amigo Juan Ignacio Cuesta. Él ya paseaba por el gran monasterio cuando era pequeño de la mano de su tío Celestino, que era celador del real sitio; por tanto, sabe más que muchos de los que al escucharlo hoy dentro del propio recinto tuercen el gesto. Así es la ignorancia. Yo me quedo con el profundo saber de mi amigo Juan, que ahora comparto en estas páginas: «Carlos V, antes de retirarse al monasterio de Yuste, encargó a su hijo Felipe II que construyese un santuario para perpetuar su memoria. Réplica del templo de Jerusalén, el monasterio, considerado en alguna ocasión como la octava maravilla del mundo, es uno de los edificios sagrados más singulares construidos después de la Edad Media. Bajo su altar mayor descansan los restos de los miembros de la familia real española.

»Fue diseñado por el arquitecto Juan Bautista de Toledo, discípulo de Miguel Ángel, y supervisado por el propio Felipe II, un rey tecnócrata al que no se le pasaba el más mínimo detalle. En principio estaba destinado a albergar cincuenta monjes, pero quiso el monarca duplicar su número, así que se añadió una nueva planta, con lo que el edificio ganó en dignidad y solidez, acentuadas por su austeridad y carencia de ornamentación. Oficialmente, a su

muerte (1567) le sucedió Juan de Herrera, aunque realmente la responsabilidad de su acabado fue del obrero mayor fray Antonio de Villacastín.

»Está rodeado por la Lonja, una gran explanada cerrada por una valla con nueve pasos adornados con esferas sobre acróteras. De ellas parten sendos caminos de losas de granito que conducen a las puertas. Por debajo fue excavada una galería conocida como “la Mina” por la que transitaban caballeros y monjes a salvo del frío y las nevadas hasta los edificios colindantes destinados a los servicios del monasterio: Casa del Infante, Ministerios, de Oficios, de la Reina y de la Compañía. Otra galería une, sobre arcos de mediodiámetro, el edificio que hacía las veces de hospital y la universidad, donde actualmente se imparte derecho y teología.

»Ya en el interior del templo, muchas reliquias han ido amontonándose a lo largo del tiempo en unas pequeñas naves situadas en los laterales, cerradas por dos grandes dípticos que representan a san Jerónimo y la Anunciación. En otros cuarenta y tres pequeños altares podemos contemplar una serie de retablos donde casi siempre figuran dos personas, ya sean santos o mártires, consagrando el mismo principio de dualidad presente en la filosofía de los caballeros templarios –san Pedro y san Pablo o santa Marta y santa María Magdalena.

»Bajando unas escalerillas se accede a la parte inferior del altar mayor, donde se encuentra el Panteón Real. En él descansan los restos de varios reyes de España y de las reinas que fueron madres de reyes. El Panteón de Infantes, donde están enterrados otros miembros de la familia real, está en unas naves por las que se sale al sereno y austero Jardín de los Frailes.

»En su biblioteca se pueden encontrar obras de valor incalculable, compendio de todos los conocimientos alcanzados hasta entonces. Sus techos están decorados con *La Filosofía*, simbolizada por la Escuela de Atenas, y *La Teología*, por el Concilio de Nicea, pintadas ambas por Bartolomé Carducci.

»Fue organizada por el heterodoxo Benito Arias Montano, humanista, naturalista, experto en lenguas orientales y seguramente alquimista, aparte de estudioso de gramática, retórica y filosofía. Fue acusado de hebraizante por León de Castro, profesor de Salamanca, aunque no fue condenado por la Inquisición. Durante 1565 clasificó unos 4.000 manuscritos e impresos, entre

los donados por el rey, los procedentes de la Capilla Real de Granada y otras bibliotecas. Entre ellos tienen especial importancia las *Cantigas a Santa María*, *El Libro de los Juegos* y *El Lapidario*, escritos por Alfonso X el Sabio, que estaban en la Cámara Regia de los Reyes de Castilla; distintas obras de Raimundo Lulio y 139 libros prohibidos por la Inquisición. El mismo Arias Montano donó 206, incluyendo entre ellos 72 manuscritos hebreos. En principio fueron aproximadamente 10.000 volúmenes. Sus sucesores fueron fray Juan de San Jerónimo y posteriormente el padre José Sigüenza. En 1609 se añadieron 4.000 manuscritos árabes que habían pertenecido al sultán Muley Zidán, capturados en las costas de Berbería por Pedro de Lara. En el incendio de 1671 se quemaron casi 4.000 volúmenes, a los que hay que añadir los que destruyeron las tropas francesas en 1808 y los que desaparecieron durante la Guerra Civil.

»La biblioteca es el templo del silencio y de la serenidad, el recinto en el que coinciden la red energética de la Tierra, la fuerza espiritual del edificio y el poder de la luz que carga positivamente los estantes y vitrinas que custodian la sabiduría de los siglos.

»La influencia del agua en este edificio queda patente en el Jardín de los Frailes, desde donde puede contemplarse el maravilloso estanque, alimentado por las aguas de la capa freática sobre la que está asentado. Es un espejo en el que se reflejan los montes recortados contra el cielo, donde la piedra no tallada nos muestra su magia adoptando las formas más caprichosas que, como veremos, dieron origen a los cultos que han sacralizado este enclave de la sierra madrileña. El discreto rumor de sus escondidas fuentes nos envuelve poco a poco en una atmósfera mística, etérea, irreal.

»El emplazamiento del monasterio fue elegido por el propio Felipe II tras consultar a diversos expertos en distintas disciplinas, como zahoríes, médicos, filósofos y arquitectos. Surgieron varias alternativas, aunque ninguna reunía las condiciones adecuadas para su construcción.

»Por fin eligió una finca rodeada por una valla de 47 kilómetros que había adquirido en 1543 a los herederos de Juan García San Román de Porras, alcalde de Segovia, en la que se conservaban las huellas de cultos practicados en otras épocas.



»Corría por allí la tradición de que había una mina de hierro llamada la Boca del Infierno, por la que el maligno solía salir. Además, hubo otro hecho fortuito que interpretaron como la resistencia del maligno: un fuerte vendaval que “no les dejaba llegar hasta el sitio, y arrancó las bardas de la pared de una viñuela arrojándolas sobre sus rostros (...). De este viento, despertado tan de repente en esta ocasión, han conjeturado algunos, con no poco fundamento, cuánto le ha pesado al demonio que se levantase una fábrica donde, como de un alcázar fuerte, se le había de hacer mucha guerra...”.

»El primer vestigio que denuncia la existencia de cultos antiguos es un dolmen aparecido en el paraje conocido como “el Rincón” –algunas de cuyas piedras se utilizaron en la construcción del monasterio.

»Hoy día sabemos, gracias a los estudios realizados allí por doña Alicia María Cantó, arqueóloga de la Universidad Autónoma de Madrid, que la conocida como “Silla de Felipe II” está construida sobre un altar vetón, donde se celebraron sacrificios humanos hace unos 2.200 años. La existencia de una piedra caballera que vista de un lado muestra el rostro de un diablo o dios, y vista desde otro un corazón, hace pensar que aquel pueblo veneraba ese símbolo ofreciéndole el de sus víctimas. En el entorno donde se encuentra la Silla, hay otros sitios con un magnetismo peculiar que altera el comportamiento de las brújulas: “... este sitio es, debido a su entorno y suelo, uno de los lugares de mayor magnetismo del país. Esa ubicación facilitaría una mayor y mejor oxigenación y pureza de la atmósfera, y con ello contribuiría a una superior longevidad de las personas”, asegura Avendaño Salas.

»Existen referencias a estos montes en el *Libro de la Montería*, escrito en el año 1350 por orden de Alfonso XI. La región, muy boscosa, rica en caza mayor, era conocida entonces como la Cabeza de la Ferrería. Posteriormente se denominaría a estos montes los Ermitaños, porque sus cuevas, como por ejemplo “la del oso”, fueron utilizadas por algunos hombres para entregarse definitivamente al retiro y la meditación.

»En la Edad Media hubo un pueblo aquí, la Ferrería de Fuentelámparas. Sus habitantes se dedicaban a trabajar el hierro y otros metales fabricando lámparas de aceite. Todas las noches subían con ellas encendidas hasta la

fuente que hoy día se llama “de la Reina” y las situaban a su alrededor en una extraña ceremonia cuyo significado ha quedado en el olvido –es posible que su origen sea celta.

»En esta región son tradicionales las apariciones de luces que, según la época, se han atribuido a las deidades de turno. Es posible que aquí sucediera uno de esos fenómenos que dio origen a un primer culto mariano. Sin embargo, la Virgen no los libró de padecer la peste y se vieron obligados a marcharse más cerca del emplazamiento del actual monasterio. En aquellos años ya se empezó a llamar a la zona “el escorial”, ya fuera por los montones de escoria que se producían en las fraguas o como referencia a lo umbrío de sus bosques –escorial podría venir de *escuro* (oscuro)».

### ***Felipe II y el monasterio***

«El pintor preferido de la dinastía de los Habsburgo, y en especial de Felipe II, era Jeroen Van Aken. Nació en la localidad holandesa de Hertogenbosch, Bravante, hacia el año 1450, en el seno de una familia de pintores. En su juventud decidió cambiar su nombre para no ser identificado con sus parientes, sobre todo con su hermano, quien utilizó el apellido familiar. Así que lo latinizó y lo transformó en Hieronimus, añadiéndole el sobrenombre de Bosch, haciendo referencia a su ciudad. En España se lo conoció como El Bosco.

»La meditación sobre sus obras en el interior del monasterio pudo ser una de las actividades favoritas de Felipe II cuando se quedaba solo, tratando de interpretar todos y cada uno de sus símbolos. Porque aunque las imágenes parezcan triviales, no lo son. Su importancia es extraordinaria y revela que el autor tenía conocimientos ocultos, o al menos aparecen concordancias casuales. Habría acertado, probablemente sin buscarlo, al justificar una creencia supersticiosa que andaba circulando entre las leyendas que se contaban sobre el monasterio y su emplazamiento. Algunos magos afirmaron que allí había una “entrada al infierno” que había de ser tapada con el santuario. Una puerta entre mundos o realidades dimensionales distintas, que reflejaban bien los conceptos implícitos, tanto en el *Jardín de las delicias*,

como en el *Carro de heno*. Así que, como en los mandalas orientales, las escenas representadas ayudarían al místico a luchar contra el maligno. Serían una suerte de amuleto contra todas las fuerzas del mal con el que el propietario del cuadro tendría controlado uno de los caminos por donde las legiones de Satán podrían llegar al mundo material.

»Esta leyenda no tiene ningún fundamento, pero sí responde de otra manera a las intenciones de Felipe II: levantar un edificio en el que se concentraran todas las poderosas fuerzas del bien –en contra de las del mal–. La obsesión por su propia salvación condujo a esta suerte de indagación esotérica en piezas artísticas simbólicas, como las de El Bosco. El rey sabía que todo santuario es lugar de encuentro entre lo natural y lo sobrenatural. Esta profusión de símbolos debió de actuar como una especie de inductor de algunas andanzas nocturnas del monarca. Es fácil imaginar a este hombre de mente impenetrable reconociéndose a sí mismo en esos sueños de la razón. No es arriesgado pues pensar que a la hora de concebir su obra arquitectónica más notable estuviera influido por las sensaciones recibidas tras sus meditaciones, determinantes a la hora de idear proyectos y adoptar decisiones.

»No se sabe cómo fueron realmente esas andanzas, si es que las hubo, porque jamás las contó, o lo hizo en un círculo muy restringido, pero cabe sospechar que en la austeridad de esas estancias carentes de adornos, exceptuadas pinturas, cortinas y poco más, vibraba el espíritu de un hombre que contemplaba tanto lo demoníaco como lo divino. En alguna ocasión fue descubierto husmeando en algún lugar peligroso, rodeado de andamios, y recibió la cariñosa reprimenda del prior. No se cuenta con ninguna crónica, ningún texto alusivo, pero es una imagen muy sugerente imaginar que su última oración nocturna fuera en la soledad del recinto sagrado. Solo ante sí mismo y ante Dios. Sin más luz que la de su propia alma desprovista de los atributos de su condición de rey. Quizá también, teniendo en cuenta su edad avanzada y su enfermedad, el paseo era un martirio que aceptaba voluntariamente. ¿Cerraba la puerta para dormir? ¿O por el contrario la dejaba abierta para poder contemplar la llama sagrada hasta que lo venciese el sueño? Porque, como sabemos, el monarca había mandado expresamente que desde su cama se pudiera ver el altar mayor, tal y como lo había hecho su padre Carlos en el

monasterio de Yuste. Así fue Felipe II a grandes rasgos: un hombre que, pareciendo un exotérico radical, continuamente indagaba a hurtadillas en lo esotérico».

## **Las sierras de los milagros**

Es difícil resumir en unas cuantas páginas lo que aquí acaeció a partir del inolvidable mes de agosto de 1971. Las calles de Bélmez, en la sierra Mágina de Jaén, eran un hervidero. Eran las fiestas en honor del Santo Señor de la Vida, y los jóvenes aprovechaban para dar rienda suelta a una alegría largo tiempo contenida.

Entonces algo ocurrió. Juan Pereira, agricultor y hombre recio, no pudo evitar un escalofrío al contemplar a la muchedumbre arremolinada en la puerta de su casa. Al entrar, observó cómo, ajena a la atenta mirada de su esposa María, un enigmático fantasma de cemento lo observaba desde el interior del viejo fogón de leña.

El extraño rostro fue rápidamente destruido, y el agujero resultante se cubrió con una nueva capa de cemento. Diecisiete días después, otra cara, casi idéntica a la destruida, afloraba sobre la reciente lechada, en el mismo lugar que la anterior. La casualidad empezaba a ser desagradable...

La situación se volvía alarmante. Había que hacer algo. Fue entonces cuando el alcalde, Manuel Rodríguez Rivas, decidió dar un paso al frente: había que excavar en el suelo para encontrar la causa física que producía el desconcertante fenómeno. Lo hicieron, y bajo el mismo fueron hallados los restos óseos de varias personas, porque allí, en tiempos pasados, se había ubicado un cementerio. El descubrimiento daba un giro de ciento ochenta grados. Aquel suelo estaba sembrado de muertos...

Hubo incluso vecinos que aseguraron al sociólogo Manuel Martín Serrano que en épocas de lluvia torrencial los cuerpos afloraban en la entonces calle de tierra. Pues bien, tras ser analizados en diferentes laboratorios de Granada y Madrid, se estimó su antigüedad en ciento ochenta años, coincidiendo con el tiempo en que se levantaron las primeras construcciones en esta calle.

Y sin embargo no apareció cráneo alguno; y en las paredes lo que se veían eran rostros, cabezas...

En los meses siguientes surgieron nuevas efigies en la humilde cocina. Expresiones trágicas, cuerpos de niños; incluso fetos de cráneos desproporcionados. Quiso la casualidad que un reportero del *Diario Ideal* de Granada se topara de bruces con el caso, y publicó una noticia al respecto. Y de ahí a los periódicos nacionales, generando un fenómeno social sin precedentes en la historia de nuestro país. Miles de personas acudieron cada fin de semana a Bélmez en aquellos inolvidables primeros meses, saturando las empinadas calles de la pequeña localidad y dejando sin existencias a los habitantes de un pueblo sobrepasado por la situación.

Había que parar aquello a toda costa. José Ruiz de Gordo, gobernador civil de Jaén, entró en contacto con el célebre parapsicólogo Germán de Argumosa. Él, experto reconocido internacionalmente, vería con rapidez el fraude que había detrás de aquel fenómeno. Pero la cosa no quedó ahí. Por otro lado, la autoridad religiosa, con el obispo de Jaén Miguel Peinado Peinado a la cabeza –no es un chiste fácil–, entró en contacto con el alcalde Manuel Rodríguez lanzándole una primera advertencia: no se podía consentir tanta desvergüenza.

Pero aparentemente no había fraude. La evidencia del fenómeno era palpable, y entre otros lo constató el prestigioso parapsicólogo alemán Hans Bender tras visitar el pueblo. Por aquel entonces el fenómeno estaba más vivo que nunca. Hubo incluso periodistas que tuvieron la oportunidad de observar en directo cómo se formaban caras en el suelo.

Mientras tanto, los periódicos regionales y nacionales, con el vespertino *Pueblo* como máximo difusor del asunto, se frotaban las manos, ya que los sucesos suponían un importante revulsivo para aumentar espectacularmente las ventas. Periodistas destacados en el lugar realizaban sus crónicas diarias en lo que ha venido a ser el seguimiento más importante que nunca se ha realizado a ningún supuesto suceso paranormal en el mundo.

*Voces del más allá*

Y llegó el punto álgido. Argumosa, acompañado por varios miembros de la Universidad Autónoma de Madrid armados con sus magnetófonos, iniciaron una serie de experiencias psicofónicas. Y entonces surgieron conversaciones al calor de la lumbre, gritos desgarrados y llantos que emergían de los aparatos, añadiendo una nota aún más tétrica a lo que acontecía en la ya célebre cocina.

Ante los extraños fenómenos que no cesaban de manifestarse, y la presión ejercida por los poderes fácticos para que se diera carpetazo al incómodo asunto, Germán de Argumosa propuso en 1973 la prueba «definitiva»: el precintado de la cocina en la que aparecían cada vez más rostros y que se levantara acta notarial. Para ello se habilitó una cocina nueva, en la que tiempo después aparecería la conocida como «dama de la copa», la formación más perfecta de las surgidas en la casa de las caras.

Pero volvamos al precinto. Antonio Palacios Luque, ilustre notario de la cercana población de Huelma, fue la persona encargada de levantar el protocolo notarial; el responsable, en suma, de encerrar a las caras. Un hombre que, después de estar veinticinco años sin hablar de aquello, amablemente me atendió en su notaría del centro de Córdoba. Para él todo llevaba a una misma conclusión: la manipulación humana sobre el fenómeno nunca existió; al menos durante los meses que se mantuvo el precinto. No en vano al levantar el mismo confirmó lo que muchos ya intuían: que el fenómeno de las caras evolucionaba; que donde antes apenas si existían seis o siete rostros, dos meses después, y un precinto de por medio, ya había más de una veintena.

Estos resultados chocaban frontalmente con las opiniones y deseos de los poderes del Estado y de la Iglesia en España. El mes de febrero de 1973 el alcalde de Bélmez recibía una misiva firmada por Pablo Núñez Moto, jefe del Movimiento en Segovia, en la que se conminaba al alcalde para que acabara con el asunto, pues ello, tal y como aseguraba, «no es ser adictos al régimen de Franco».

Y así, después de ser conducido a Madrid al despacho de Tomás Garicano, ministro de la Gobernación, y de recibir una más que evidente amenaza ante la idea de Rodríguez Rivas de enfrentarse a quien fuese oportuno con tal de defender la honestidad de su pueblo, se puso en marcha una siniestra

operación. El objetivo: acabar con las caras de Bélmez, usando para ello el poder eclesiástico, unas supuestas comisiones multidisciplinarias orquestadas desde el citado ministerio y encaminadas a demostrar el fraude, y finalmente el poder de los medios de comunicación, en especial el diario *Pueblo*. Así me lo contaba hace ya muchos años el ahora exalcalde Rodríguez Rivas: «Se da la circunstancia que yo estudié magisterio en Granada, y tuve de profesor a quien en aquel 1971 era obispo de Jaén, don Miguel Peinado Peinado. Y fue precisamente él quien me llamó y me dijo que aquello había que cortarlo como fuese y que esperaba que encabezara a un grupo de personas que pusieran fin al incómodo asunto de las caras. Yo sólo pude responderle tajantemente que el fenómeno estaba allí, que era real y que no podía cortar nada...».

La Iglesia no consiguió sus objetivos, las supuestas comisiones gubernamentales no existieron, y jamás analizaron, como en su momento afirmaron, rostro alguno... En definitiva, la conspiración del régimen fue demoledora. Y los medios machacaron al pueblo. Bajo la consigna «acabar con el tema» publicaron que los rostros habían sido pintados con sales de nitrato de plata. Nueva mentira, pues los sucesivos análisis del cemento descartaron este punto.

Con el paso de las décadas todo se ha puesto a favor de un fenómeno que a día de hoy continúa manifestándose desde ese sombrío fogón de cemento; con menor intensidad que cuando vivía María Gómez, pero allí están, como una maldición para esa razón que las ha negado hasta la saciedad...

DEMONIOS, EXORCISMOS Y OTROS  
MISTERIOS MÁS O MENOS  
ECLESIAÍSTICOS...

*Aún entre los demonios hay unos peores  
que otros, y entre muchos malos hombres  
suele haber alguno bueno*

MIGUEL DE CERVANTES

*EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA*

**Para calentar, exorcismo en Zaragoza**

Francisco de Paula y Solá fue decano de la Facultad de Teología de San Francisco de Borja en Sant Cugat, y durante años fue el exorcista de la diócesis de Barcelona. Décadas atrás fueron muchas las ocasiones en las que afirmó haberse enfrentado al maligno; pero ninguna como la que en la década de los treinta del pasado siglo lo llevó a Zaragoza.

Fue en uno de sus viajes cuando decidió parar en la capital maña, concretamente en un colegio donde se formaba a los niños jesuitas. Cerca había otro centro similar de religiosas. Y la madre superiora, sabiendo de la estancia del exorcista, requirió su atención. El motivo, al parecer, era que una niña de entre once y doce años estaba haciendo cosas muy raras.

Todo comenzó cuando la hermana que la trataba observó que no quería comulgar, tampoco asistir a misa, ni confesarse.

El padre Solá habló con ella y llegó a la conclusión de que se trataba de una obsesión, es decir, una posesión temporal. La chica dijo entonces que al hacer la comunión, con diez años, le entregó la sagrada forma a su hermano a



cambio de una bolsa de caramelos. Aquello se convirtió en una costumbre y lo hacía cada vez que comulgaba.

Y así continuó, incluso cuando su hermano ya no se lo pedía. Según confesó, la hostia consagrada le provocaba repulsión; como si le quemara la lengua.

Al pensar que se trataba de un caso psicológico, la trataron siguiendo los protocolos adecuados, y cuando creían que ya estaba curada la mandaron de nuevo a misa. Al final de la eucaristía, se sacó la oblea de la boca, la envolvió en un pañuelo y la guardó en un bolsillo.

El padre Solá, que la estuvo observando en todo momento, se aproximó a ella para preguntarle el porqué de su reincidencia, y entonces se percató de que la pequeña tenía la mirada extraviada. En los meses siguientes el rechazo a todo lo sagrado fue en aumento. Cuando oía hablar de asuntos religiosos se transformaba, incluso físicamente: el vello se le erizaba, la piel enrojecía, los ojos se le quedaban vidriosos...

El exorcista empezó a hacerle pruebas. Durante meses le dio un sobre cerrado, a veces con hojas en blanco, otras con imágenes de santos, de la Virgen... Sin saber qué había dentro, y bajo severos controles de observación, cuando estaba en blanco no pasaba nada, pero si había una imagen sagrada lo tiraba al suelo como si la quemara. En mitad de las clases de religión parecía entrar en trance; entonces él le hablaba en catalán, y ella respondía a la perfección –evidentemente la niña no conocía este idioma–. Después fue pasando al latín, al griego, al francés o al inglés, y llegó a la conclusión de que aquello sobrepasaba lo normal.

Días después decidieron llevarla a la capilla. Allí se resistió violentamente, y mucho más cuando el padre Solá echó agua bendita sobre la pequeña. Testimonios posteriores aseguran que la niña se estrelló contra la pared después de levitar varios metros. El exorcismo fue largo, pero cuando finalizó, la joven, que murió hace no demasiados años, no recordaba nada. Nunca lo hizo.

Éste es un ejemplo, pero hay más. Y ya que la idea es viajar...

## **El exorcismo de Iznatoraf**

Iznatoraf, en la provincia andaluza de Jaén, es de los pueblos más bellos que he tenido la fortuna de visitar. Su propio nombre, tan árabe como lo fue esta tierra, significa «montón de tierra», y sólo hay que iniciar la empinada carretera que conduce hasta él para percatarse de que quien lo bautizó así no tuvo que echar demasiada imaginación a la cuestión. Pues bien, al margen de la belleza del enclave, en este lugar, uno de los últimos reductos de Al-Andalus en poder de los omeyas, se produjo siglos más tarde un suceso que aún hoy es comentado cuando las luces de las farolas iluminan las callejas de piedra. Aquí cuentan las crónicas que el diablo caminó por estos empedrados centenarios, y hubo incluso quien se atrevió a enfrentarse a él. La cosa fue como sigue...

El siglo XVI entraba en su recta final. Místicos y santones de todo pelaje se prodigaban por todos los rincones de la cristiandad, pero ninguno podía competir con los prodigios que dieron fama a Juan de Yepes, el frailecillo carmelita abulense. Con las piernas cansadas por los agotadores viajes, Juan se disponía a abandonar su retiro espiritual en el Calvario, un convento perdido entre la espesa arboleda de la zona más montañosa de las sierras de Cazorla y Segura. Habían reclamado su presencia para llevar a cabo una difícil misión que requería de sus extraordinarios poderes.

Así pues, se dirigió a Iznatoraf, y al fin atravesó las serpenteantes calzadas que conducían hasta un viejo caserío que se alzaba en todo lo alto. Fray Juan era consciente de que tendría que emplear todas las armas que Dios había puesto en sus manos para afrontar una dura batalla contra el mal. No en vano acudía hasta allí para conjurar al maligno. Y así, con el encanto de los textos redactados a mano en viejos pergaminos, gracias a la indispensable labor de historiadores que los rescataron del olvido, como mi querido amigo Pedro J. Rivas, sucedió todo: «Había en la Villa de Iznatorafe –así se llamaba entonces– un hombre endemoniado a quien el enemigo maltrataba mucho y en quien estaba muy encastillado, resistiéndose a las diligencias de muchos exorcismos. Pidieron al santo padre fuese a remediar aquella necesidad y liberar aquella alma, y vencido por los piadosos ruegos con que lo importunaron, salió de su convento a esta Villa, que dista de él poco más de una legua. Cuando llegaron a vista del triste hombre, conoció entonces el demonio el azote que le venía, y sabiendo cuántas presas le había quitado este

siervo de Dios de las uñas, no pudo disimular su temor, y así comenzó a quejarse diciendo ya tenemos otro fraile en la tierra que nos persiga. Voz, que en otras muchas ocasiones les compelió secreta y superior fuerza a pronunciar, manifestando el poderío grande que el Señor había concedido a su siervo sobre todo el infierno.

»Conjuró pues al demonio y mandóle desamparase aquella morada, obedeció luego y dexo al hombre libre y sano».

Igualmente es de gran interés el testimonio del religioso Juan de Santa Eufemia, que fue declarante de las informaciones recabadas cuando se puso en marcha la causa de beatificación de fray Juan: «Viviendo este testigo en el dicho convento de La Peñuela más ha de treinta y seis años, y el dicho santo padre en el convento del Calvario como superior de él, oyó este testigo a religiosos muy santos, compañeros de dicho santo padre, que en aquel tiempo había venido a conjurar un hombre endemoniado y maltratado de él, y que fray Juan lo conjuró y echó de dicho cuerpo, dejando sano y bueno al dicho hombre».

Aparentemente, san Juan de la Cruz, cuyo nombre secular era Juan de Yepes, se enfrentó al maligno, y todo parece indicar que lo venció. Además, se dice que ese demonio, sediento de venganza y herido en su orgullo, aún pasea por las calles de Iznatoraf al llegar las tres de la mañana, hora en la que se enfrentó al santo.

Sea como fuere, aquí es fácil saborear historias como ésta, porque al margen de narraciones truculentas, el enclave invita a pasar unos días disfrutando de su entorno, de sus rincones y de su tranquilidad. Siempre, eso sí, antes de las tres de la madrugada...

## **La romería de los sentidos**

La procesión de Moclín es única. A la población se llega desde Granada por la N-432. La celebración fue prohibida en el año 1967 por las autoridades eclesiásticas y gubernamentales dado que se estaba perdiendo el sentido sagrado de la fiesta. Pero una vez más, la presión popular hizo su labor, y catorce años después, en 1981, volvió a recorrer las calles de la población.

Los fieles reclamaban su momento de gloria: acercarse al venerado objeto, un cuadro de considerables dimensiones que muestra la imagen del Santo Cristo del Paño.

Las crónicas aseguran que la representación fue regalada siglos atrás por los Reyes Católicos tras la conquista del castillo que coronaba la localidad, concretamente en el año 1486, pues desde esa fecha hasta 1492 los monarcas trasladaron la Corte a este enclave. «En cuanto al nombre o título de Santo Cristo del Paño –según crónica del siglo XVI–, la tradición más antigua, que de padres a hijos se conserva en esta villa, es que hallándose esta Ymagen sin todo el culto que era debido, la ocasión de haberla sacado para limpiarla, habiéndola lavado con agua y un lienzo, la pusieron a que se enjuagase al sol, en ocasión de que el sacristán de la Yglesia y de esta villa, y de cuyo nombre no ha quedado memoria, que se hallaba con la vista tan empañada de nubes que casi estaba ciego, llevado de un extraordinario fervor de devoción e interior impulso, llegó a besar el pie de la Sagrada Ymagen, y, sin pensarlo, se halló de repente sano del paño y con la vista clara y perfecta».

Tras el milagro llegó el interés, y tras éste otros poderes sobrenaturales que aumentaron la aureola misteriosa y divina del bendito cuadro. Con los siglos se convirtió en un amuleto codiciado por todos; nadie quería escapar de la romería sin haberlo tocado, pues los «sabios» aseguraban que concedía salud y suerte, y actuaba a modo de gigantesco afrodisíaco para las jóvenes, y no tan jóvenes, que ansiaban quedar embarazadas. ¿Molestó este asunto a la Iglesia? Pues cuando la prohibió, parece ser que sí. Los años transcurridos han dado prestancia y renombre a la festividad, que en tiempo más democráticos se ha vuelto a retomar cada nuevo 5 de octubre. Ese día son muchas las personas que acuden a la llamada de la fe, de la suerte o de la pasión desenfrenada. Pese a todo, es un espectáculo que merece la pena observar.

## **Las catacumbas de Sacromonte**

No podemos partir de Granada sin recorrer la Carrera del Darro. Parte de Plaza Nueva, el actual centro de reunión de los jóvenes, especialmente cuando la noche cae. Y desde ahí, con el río a la vera, el paisaje comienza a cambiar.

En este lugar, siglos atrás los buscadores de oro hicieron auténticas fortunas, pues el pequeño arroyuelo bajaba de las cumbres cargado del precioso metal.

La ciudad parece estrecharse cada vez más y las grandes carreteras dan paso a milenarios puentes que cruzan de un extremo a otro el pequeño río.

El viento de la sierra llega de cara, desplazando la veleta de una iglesia cercana, que surge minúscula ante la imponente presencia de una Alhambra levantada sobre el cerro sagrado de la Asabika.

En este periplo de silencio llegué al paseo de los Tristes, el único lugar en el que da la sensación de que el descomunal palacio rojo, más descomunal si cabe en este punto, se va a venir encima de nuestras cabezas. Es fácil advertir por qué maravilló a propios y extraños, a reyes y vasallos la visión en tiempos remotos de esta fortaleza única en el mundo.

Y así, por la cuesta del Maestro Chapí me introduje en la maraña de correderas que recorren Sacromonte, el cerro sagrado habitado por los clanes gitanos desde que éste existe, y donde el flamenco se deja sentir en cada piedra, en cada rincón. Encalados hasta los techos, las cuevas se han convertido en auténticos templos en los que, eso sí, arrimados a más de una copa de vino, se puede sentir el desgarró de las cuerdas de una guitarra andaluza. Yo lo he hecho, a esas horas en las que la niebla de la noche da paso a las primeras luces de la mañana; y como con palabras no se puede describir, me limitaré a decir que no lo he olvidado.

Es ésta la parte más alta de la ciudad; tierra pagana con templo sagrado. La abadía que preside el lugar nos remonta a los primeros años de la cristiandad. Cuentan las crónicas, que en esa época san Pedro envió a los siete varones apostólicos a Granada, acompañados por nueve sacerdotes que tenían como objetivo celebrar un concilio. Cuatro de ellos retrasaron su llegada, y al finalizar el viaje se encontraron con un espectáculo desolador. En el año 58, sus compañeros habían sido sorprendidos por las milicias romanas, que decidieron arrojar a los desgraciados al interior de un horno de pan. Huelga decir que no les quedó más remedio que morir. Para evitar la profanación de las cenizas de los mártires, los discípulos que salvaron la vida al acudir tarde a la cita decidieron sepultar bajo tierra los restos, ubicando en este monte la última morada de los asesinados.

Y para que la historia no olvidara los nombres de tan dramáticos acontecimientos, aquellos primigenios cronistas dejaron escritos los hechos acaecidos sobre unas láminas de plomo, que más tarde embadurnaron de alquitrán. Finalmente las introdujeron en el interior de dos piedras huecas, una blanca y otra negra, y unidas las arrojaron al río. Años más tarde, los buscadores de oro dieron con la curiosa piedra bicolor, la abrieron y hallaron en su interior las planchas con la estrella de David grabada sobre su superficie.

De este modo, y siguiendo las descripciones detalladas en las láminas, se excavó en el monte, desenterrando el horno y las catacumbas en las que los hombres enviados por Pedro celebraron su última reunión. El valor histórico de este laberinto horadado en la roca es comparable al de las catacumbas de Roma, que habían sido descubiertas tan sólo dieciséis años antes.

Las construcciones halladas por el obispo don Pedro Vaca de Castro, hijo del célebre Cabeza de Vaca, fueron comunicadas entre sí, dando lugar a un templo que con las sucesivas ampliaciones acabó en la actual abadía.

Los días 1 y 2 de febrero las catacumbas se abren al pueblo para que se puedan contemplar las curiosas piedras a las que, por otro lado, se atribuyen capacidades paranormales, y dependiendo del caso, auténticamente malditas. Y es que se asegura que la mitad negra posee propiedades casamenteras para las muchachas que la toquen, algo relativamente usual en otros puntos de la Península con otros objetos. Lo que ya no es tan normal es el poder de la otra mitad: rompe el matrimonio de la manera más «natural»; es decir, provocando la muerte de la pareja. Y llegados a este punto hay que manifestar que es curioso comprobar que la piedra blanca está más desgastada que la negra...

Cuestión de creencias.

## **Estigmas y prodigios**

En octubre de 2010 se abrió la causa de canonización de la madre María Luisa Zancajo de la Mata, fundadora de las Misioneras de la Caridad y la Providencia; proceso que concluyó el 28 de enero de 2012, tras tres años de

intenso estudio por parte de la Diócesis de Albacete. Probablemente sea la última estigmatizada de la cristiandad.

Tuve la oportunidad de saber de ella cuando nos encontrábamos realizando la serie de televisión «Rastreadores de misterios». Y he de reconocer que me sorprendió el silencio que parecía rodear su vida, al punto de que en Hellín (Albacete), población en la que desarrolló gran parte de su obra, apenas si era conocida hasta no hace demasiado tiempo, pese a lo sorprendente de los fenómenos místicos que la rodearon a lo largo de su existencia y que hicieron que ésta, en ocasiones, se transformase en un tortuoso camino sembrado de espinas. No es extraño: para alcanzar la santidad hay que sufrir. Y ella lo hizo, y mucho. En ocasiones por su propia situación física, en otras por fenómenos exógenos que aparentemente se cebaban con su cuerpo. Fenómenos demasiado evidentes...

Pero vayamos al principio. María Luisa Zancajo de la Mata nació el 4 de noviembre de 1911 en Sinlabajos, Ávila (España). Siendo muy niña padeció una dolencia infantil que la dejó paralizada de las dos piernas para toda la vida. Es posible que esta carencia fortaleciera el carácter de una mujer que desde entonces decidió echarse la vida a la espalda y mirar siempre hacia adelante.

A los dos años, tal y como testificó su madre, Carmen de la Mata, la pequeña empezó a tener las primeras visiones: aseguraba que en la tranquilidad de su hogar se le aparecía Jesús para decirle que no se quejara tanto y que fuera buena.

Así, con una personalidad emprendedora, abrazó la religión, y siendo aún muy joven marchó a Madrid, donde en la década de los cuarenta fundaría el Instituto Religioso de la Caridad y del Amor Misericordioso, la primera casa en la que no demasiado tiempo después comenzaría a experimentar los primeros fenómenos místicos. Estigmas que hacían que aquel cuerpo maltrecho sufriese aún más.

Convencida de que debía continuar con su labor de ayuda al prójimo, marchó a Hellín, a uno de los barrios más deprimidos de la localidad, el de Las Cuevas, donde fundaría una nueva casa. Desde entonces su vida se

debatiría entre el cielo que ofrecía a los más desfavorecidos y un infierno particular, encarnado en la presencia de un siniestro personaje dispuesto a hacerle la vida imposible.

Lo particular de este caso es que hay constancia casi diaria de los fenómenos que sufría la religiosa, porque junto a ella, casi en todo momento, se encontraba el padre Manuel Soria Agudo, en cierto modo guía espiritual de María Luisa Zancajo, que en su libro *Yo soy testigo* definía los trances alterados de conciencia en los que parecía caer la monjita como estados de «sugestión diabólica». Y entonces ocurría: «He visto una llamarada de fuego quemando la funda del sillón donde estaba sentada en el recibidor hablando a solas conmigo. He visto llenarse la habitación y el pasillo de la casa, en Madrid, de un humo negro. Lo extraño es que, al poco rato, desapareció para siempre. He sentido varias veces el olor a azufre, teniendo que abrir la ventana». ¿Cómo era posible? ¿Qué estaba ocurriendo?

Pero empecemos por los estigmas, porque éstos comenzaron a producirse a partir del año 1949, coincidiendo con la Semana Santa. Las sanguinaciones se extendían por todo el cuerpo; frente, costado, pies y manos comenzaban a sangrar copiosamente, al extremo de que en ocasiones llegaba a perder hasta un litro de sangre y su corazón se aceleraba al punto del óbito, a más de trescientas pulsaciones por minuto.

El citado padre Soria aseguró al respecto que «las llagas, que muchas veces he visto frescas y chorreando sangre, no era simples cortes. Las llagas de las manos eran muy proporcionadas e iguales, colocadas ambas en el mismo lugar, y daban la impresión de haber sido producidas de un modo sobrenatural, porque los bordes eran gruesos y no había en los extremos de ellas cortes, como si no hubieran sido hechas con un instrumento cortante sino redondeado». Ahora bien, las llagas que conmovían incluso a quienes estaban acostumbrados a convivir con la estigmatizada, eran las de cabeza y costado: «Las llagas del casquete de la cabeza se abrían ordinariamente con violencia, de suerte que las salpicaduras llegaban a las paredes de alrededor de la cama, lo cual obligó a poner unas sábanas clavadas en la pared (...). La llaga del costado, en la que ciertamente hubiera cabido una mano, tenía unos bordes gruesos». Y como si una vez pasado el trance no hubiese ocurrido nada, como



si el sufrimiento experimentado por la pequeña monja no hubiese tenido lugar jamás, «todas las llagas se le cerraban ordinariamente a los pocos días de terminar la cuaresma».

Vivir así, para cualquier mortal, se antoja muy difícil. Pero no para esta mujer, que entendía que era parte de un proceso, el motivo por el que había venido a este mundo. Un mundo, en ocasiones, habitado por seres oscuros dispuestos a terminar con su labor...

### *Los ataques del calvo*

Los años hicieron que los fenómenos, lejos de desaparecer, fueran a más. Si las espectaculares estigmatizaciones no fueran suficientes, a éstas se unieron pinchazos y golpes por todo el cuerpo, marcas de bofetadas en el rostro, que supuestamente eran propinadas por una entidad invisible a la que ella, quizá por miedo a pronunciar su verdadero nombre, llamaba «el calvo». En esos instantes el sufrimiento de María Luisa Zancajo era brutal; sus articulaciones se retorcían de manera antinatural provocando un enorme dolor en la monja... Así lo reflejaba el padre Soria: «La han arañado con un peine de púas en la cara y todo el rostro se ha marcado profundamente. Se le ha metido de repente la lengua hacia dentro con tanta violencia que se ahogaba, dejándola muy dolorida. Los ojos se le han vuelto del revés en sus órbitas, introduciéndose las pestañas hacia dentro. Sufriendo azotes se le han hecho muchos cardenales en las piernas y brazos (...). Se queja de muchas cosas. Pinchazos en el vientre. Le quitaban la ropa. Le daban fuertes golpes en la cabeza contra la pared (...) de un lado a otro, como si fuera un muñeco de goma. También ocurre con brazos o piernas o una mano, que se vuelve del revés con fuertes chasquidos (...). En dos ocasiones por lo menos, estando yo presente, le han arrancado mechones de pelo».

Es lógico pensar que los sucesos protagonizados por María Luisa Zancajo pronto llamaron la atención de una Iglesia muy exigente, al menos en lo que a la admisión de nuevos místicos se refiere. Pero es que lo que estaba viviendo la monja abulense era demasiado. Porque los fenómenos extraños se producían independientemente de quién se encontrara en esos momentos junto

a ella. No discriminaban la presencia de nadie. Por eso tiene más valor el testimonio de quienes no sólo atendieron a las historias que se contaban de la estigmatizada, sino que además fueron testigos de ello, y en ocasiones de manera multitudinaria. Así lo corroboraba el padre Manuel Soria: «Estos fenómenos han sido observados no sólo por mí, sino al menos por diez sacerdotes y otras personas. Los sufrimientos duran de tres a diez horas. Es agotador para el que lo presencia y ayuda». A lo que otra testigo, María Sánchez, añadía que «el 13 por la tarde, el fenómeno diabólico estuvo más de dos horas arrastrándola por toda la casa, dándole unas mordeduras en las piernas que las dejó bien impresas con heridas». Casi nada...

Al igual que ha ocurrido a lo largo de la historia –al menos eso refieren los hagiógrafos– con grandes místicos como san Juan de la Cruz o santa Teresa, a esos «combates» que el maligno mantenía con ellos con el objetivo de arrebatárles el alma hay que unir otros fenómenos no menos espectaculares, como las bilocaciones. Porque María Luisa Zancajo fue vista en dos lugares al mismo tiempo, e incluso se llegaron a producir fenómenos simultáneos sobre «ambas monjas», demostrando en cierto modo que se trataba de la misma.

Uno de esos momentos difíciles de catalogar se produjo cuando el 7 de diciembre de 1950 la monjita fue vista en la puerta de la casa de Madrid, como así testimonió una mujer llamada Isabel Moreno, con la que mantuvo una conversación, al tiempo que era vista también en la estación de tren de Hellín. Evidentemente puede ser fruto de un error temporal, o de una mala percepción de los testigos, pero lo que ya no es tan explicable es el hecho de que no mucho tiempo después María Luisa Zancajo fue vista en la ciudad de Carcagente, en Valencia, y en Madrid el mismo día y a la misma hora. Lo verdaderamente prodigioso es que, estando acompañada en la localidad valenciana por otra monja, sor Ángela Luján, ésta entregó a la bilocada una medalla con la imagen de la Virgen, y dicha medalla, al instante, apareció en la mano de la persona que se encontraba en Madrid. Eso es al menos lo que aseguran quienes vivieron aquel tiempo.

María Luisa Zancajo falleció en Madrid, el 5 de junio de 1954 a los cuarenta y dos años, después de una vida en la que el sufrimiento fue tónica común. Su cuerpo descansa en el interior de la casa que fundó en Hellín,

venerado por las hermanas de la orden y por los fieles que, ahora sí, cada año acuden hasta este lugar para rendir culto a una persona muy especial...

## **Un salto a Covadonga**

Y ya que hablamos de santos, vírgenes y prodigios, pasamos de refilón, tras atravesar el monumental pico Fito y sus más de mil metros, por el santuario de Covadonga, dejando atrás la localidad de Cangas de Onís, que fue capital de reino y hoy custodia la Santa Cruz, que cuelga de un centenario puente y que cuenta la leyenda que proviene de la cruz de roble que Pelayo llevó en la primera gran batalla contra las huestes sarracenas.

Es la cuna de la Reconquista. La historia narra que un puñado de soldados encabezados por el rey Pelayo hicieron frente a miles de musulmanes, ganándoles la partida de manera heroica, y no exenta de ayuda, pues aseguran las crónicas que la misma Virgen se apareció a los cristianos para bendecirlos y de paso advertir que la balanza de la batalla se inclinaría a su favor. Así las luchas son más llevaderas.

El interior del santuario es una amalgama de contraluces, donde la piedra reclama oración y la cruz pierde su noción de objeto transformándose en poderoso símbolo. No muy lejos se halla la cueva de la aparición, donde está la Santina, la Virgen de los asturianos. Se accede a la gruta por un largo pasillo en cuya mitad se abre una ventana en la roca. Es éste el lugar de descanso eterno de Pelayo –o al menos uno de ellos–, improvisado relicario de piedra de ambiente sombrío en el que las luces mortecinas que penden del techo compiten con los velones que se sitúan a uno y otro lado, en cierto modo iluminando el sendero que los fieles han de seguir hasta llegar a la pequeña ermita que colgada en mitad de la montaña.

Aquí las aguas proceden de un manantial natural que nace a los pies de la gruta, y hay una fuente de la que en tiempos bebían, y aún deben de hacerlo, aquellas jovencitas deseosas de encontrar pareja y de contraer matrimonio. No en vano hay una coplilla que hace alusión a sus poderes mágicos: «La Virgen de Covadonga tiene una fuente muy clara, y la niña que de ella bebe dentro de un año se casa».

Seguimos.

## **Las montañas mágicas**

Evidentemente, cuando nos referimos a montañas mágicas en tierras catalanas, la más importante de ellas es la que conforma el macizo sagrado de Montserrat, a pocos kilómetros de Barcelona, uno de esos lugares de poder en el que confluyen aspectos tan diversos y antagónicos como la brujería, la religión, el satanismo, líneas de corrientes telúricas, los nazis y el fenómeno ovni.

Allí se halla la gran Cova del Sal-nitre, donde hasta finales del siglo XIX se celebraban siniestros aquelarres –no se descarta que tales prácticas hayan llegado hasta finales del pasado siglo- en los que los oficiantes daban rienda suelta a todo tipo de depravaciones y supuestas invocaciones demoníacas. Las dificultades que planteaba su acceso le confería las características requeridas de seguridad y discreción.

Del mismo modo, en otra de las cuevas que se hunden en las entrañas de estas montañas serradas, se encuentra la talla más venerada en toda Cataluña, la Virgen Negra de Montserrat. Si atendemos al color de su piel, inmediatamente nos vienen a la cabeza cuestiones tan actuales como los templarios, el culto a la diosa egipcia Isis, su sincretismo con estas vírgenes y tantos misterios más.

Quizá por este motivo los nazis, encabezados por el líder de las SS, Heinrich Himmler, *reichführer* de la maquinaria política del Reich, estuvo entrevistándose con los monjes de la abadía con el objetivo de descubrir, entre otras muchas cosas, si las pistas del Grial que lo conducían hasta este lugar eran correctas o no. No hay que olvidar que cuando esto sucede, a finales de los treinta del pasado siglo, los nazis ya habían enviado varias expediciones al Languedoc francés, concretamente al País Cártaro, en la firme convicción de que en algún lugar del sur de Francia o norte de Cataluña se hallaba la preciada reliquia. Pero el jerarca nazi tuvo la mala suerte de toparse con el abad Ripoll, que no le dejó más margen que el que consideró oportuno, al punto de que Himmler salió desquiciado del entorno monacal, jurando

regresar algún día para doblegar a un monje que no le dijo ni pío, aun creyéndose, como se creía el *eeichführer*, la reencarnación del rey sajón Enrique el *Pajarero*...

Pero si hay un punto a destacar por estas serranías, ése es el ufológico. Desde hace más de dos décadas, alrededor del contactado Luis José Grifoll se reúnen cientos de personas conforme cae la noche, con la intención de observar los trazos luminosos que los supuestos ovnis realizan sobre las montañas de Montserrat. El apogeo de dichas reuniones se produjo en la década de los ochenta, cuando miles de personas se daban cita a partir de las doce de la noche para observar, todo hay que decirlo, el espectáculo que en ocasiones se desencadenaba. Aún hoy en día, aunque en menor número, los curiosos siguen acudiendo al lugar.

La historia de este hombre, además, no deja de ser peculiar. En el verano de 1977 era profesor mercantil, tenía treinta y tres años y aparentemente los asuntos referentes a los «no identificados» no despertaban su interés. Dicha circunstancia dio un giro extraordinario cuando, según afirmó, mientras cenaba en su casa con su mujer e hijos, sintió un extraño hormigueo por todo el cuerpo y decidió salir a la terraza de su domicilio en Montgat (Barcelona) para tomar un poco de aire fresco y esperar a que se le pasase. Fue entonces cuando observó un fogonazo de luz que, emergiendo desde su vertical, llegó casi hasta el horizonte del mar Mediterráneo. Aún estaba alucinando cuando de nuevo un objeto luminoso atravesó su campo de visión.

Posteriormente, y en jornadas sucesivas, la experiencia se repitió varias veces. Y siempre de la misma manera: tras el extraño cosquilleo los no identificados aparecían ante Luis José y su esposa, que a esas alturas también participaba de los avistamientos.

La fecha clave llegó el domingo 11 de marzo de 1979. Ese día nuestro protagonista decidió subir a Montserrat con la intención de conseguir un contacto más directo con los «extraterrestres».

Allí, según caía la tarde, frente a él aparecieron, a lo lejos, unas luces que poco o nada tenían que ver con aparato convencional alguno. Ya no tenía dudas: el contacto era real.

El «fenómeno Grifoll», sobre todo en la década de los ochenta, fue de tal calibre que eran miles los curiosos que aguardaban junto a él, en la esperanza de que el contacto fuese real. Y a decir de investigadores serios y reconocidamente escépticos como mi querido Manuel Carballal, tertuliano del programa de radio «La Rosa de los Vientos», él también fue testigo de la aparición en el cielo de unas luces que realizaban giros imposibles en el mismo instante en que Grifoll anunció su aparición.

Así que llegados a este punto únicamente conviene recordar que Montserrat, sus montañas, cuevas y monasterio tienen una visita fantástica. Pero también que los días 11 de cada mes se siguen reuniendo los que desean contactar con algo; algo que a veces se manifiesta.

## **Los diablos de O Corpiño**

La creencia en las malas artes de las brujas ha sido una constante a lo largo de los siglos, en especial en tierras navarras y gallegas. Aquí se teme al mal. Da igual donde uno vaya, sea urbe o aldea, pues la creencia en las artes oscuras está más que asimilada. Así pues, para ello están las *meigas*, que *haberlas*, *haylas*, cuyos poderes paranormales, descubiertos o heredados, sirven para conseguir el amor ansiado, para protegerse de un mal de ojo, para esquivar a la enfermedad, e incluso para espantar al maligno. Pero esto último no siempre es posible, y ni tan siquiera la omnipresente *meiga* puede hacer nada por liberar de sus ataduras a los cuerpos atormentados que han caído entre las garras sucias del mal. Para ello es necesario acudir a otros lugares. Así pues han proliferado, porque la sabiduría popular es precisamente eso, muy sabia, lugares en los que el diablo y sus secuaces no tienen hueco, o mejor aún, donde Satanás es expulsado del cuerpo de aquellos que aseguran estar endemoniados.

Acudir a estos enclaves es atravesar una puerta que nos permite asomarnos a siglos pasados, en los que es posible ver asombrosas estampas en las que decenas de personas se retuercen de dolor, quién sabe si causado por el fuego que, aseguran, quema sus almas. Gritos, ojos en blanco, insultos a los

santos... Los posesos no parecen mostrar reparos a la hora de manifestar su repulsa a todo aquello que huelga a sagrado. Pero si han acudido a alguno de ellos es para librarse del mal.

Estamos en el santuario de O Corpiño, en Santa Eulalia de Losán, muy cerca de la pontevedresa Lalín. Es uno de esos lugares que se dice están especializados en la expulsión del *demo metido no corpo*. Sea *demo* o *meigallo* poco importa, pues ambos son malos espíritus cuya única finalidad es la de provocar tormento a los pobres desgraciados que caen víctimas de su terrible poder. Para acceder a este bello enclave conviene partir de Lalín, en la provincia de Pontevedra, a la que se accede desde Lugo o Santiago de Compostela por la N- 525.

De él se ha dicho casi de todo, y se ha puesto, en la mayor de las ocasiones de manera injusta, como ejemplo de esa Galicia profunda que permanece anclada a siglos menos luminosos, donde habitan gentes demasiado crédulas y supersticiosas como para ser tomadas en serio. Desde mi punto de vista ése es el valor real que distingue a Galicia de cualquier otra región del país; salvaguarda su tesoro antropológico e histórico con las mismas vestiduras de hace siglos, porque merece la pena conservarlo, por muy dantesco que pueda parecer a ojos de nuestro siglo.

Lo cierto es que elementos para ello no faltan. Accedemos por la puerta principal de la parroquia de Santa Eulalia de Losán. Al fondo, un sacerdote murmura unas palabras. Frente a él permanece en silencio una mujer de avanzada edad. Su mirada se pierde Dios sabe dónde. Muestra evidentes síntomas de nerviosismo, que por otro lado no perturban las oraciones del cura. Son muchos los años y más aún las veces que se ha enfrentado cara a cara con el mal.

«Al carajo con los santos.» La voz, profunda y rasgada, rompe la aparente tranquilidad del templo. Ha sido ella, de eso no hay duda, pero la transformación es más que evidente. Parece estar poseída; ella cree estar poseída, y ésa es la causa de que haya acudido al auxilio benefactor que se le atribuye a O Corpiño.

Carlos Pascual, en su brillante *Guía sobrenatural de España*, sin duda alguna un libro de cabecera para los que nos gusta viajar de manera «alternativa», parafraseaba al investigador gallego Juan Soto, que en un

trabajo titulado *El indiscreto semanal*, se refería así a este siniestro enclave: «No hace falta esperar a la famosa y multitudinaria romería del 23 y 24 de julio. Cualquiera domingo del año, usted llega a la iglesia –junto a ella, la única fonda del lugar– y se sienta –como los indígenas curiosos y sádicos que se quedan después de terminar la misa– a ver el espectáculo. Una joven endemoniada se arrodilla –la arrodillan– entre gritos y llantos y convulsiones. El histerismo provocado es inenarrable. “*Eu quero ser de Dios*” –(Yo quiero ser de Dios)–. El párroco le dice unas palabras al oído mientras va aplicando una imagen de metal en algunas partes del cuerpo de la infortunada. Cuando la ceremonia concluye –que pase el siguiente–, la joven, siempre acompañada de un familiar, pasa a la sacristía, y al poco rato sale sosegada. En todos los cepillos de la iglesia va dejando su limosna. A veces son necesarias tres o cuatro sesiones de exorcismo. Hay que volver al domingo siguiente; o quedarse, si el trabajo y la bolsa lo permiten, en la fonda de al lado. El sector popular, más desconfiado, ha querido ver en O Corpiño más que una manifestación milagrosa de la Virgen, un envidiable negocio eclesiástico (...). Es necesario hacer constar que está absolutamente prohibido a los párrocos exorcizar o conjurar bajo penas severas. Sin embargo, en las aldeas de la provincia de Pontevedra, la madre anima al hijo para que entre en el seminario con palabras así: “Estudia para cura, hijo mío, que yo rezaré a Dios para que te haga canónigo de la catedral de Santiago o párroco de O Corpiño”. Al chaval lo ciega la avaricia y va y se mete a cura».

Sea como fuere, las escenas que el viajero se puede encontrar en dicho santuario recrean en vivo pasajes muy divertidos ya vistos en cintas míticas de terror. Pero esto, al menos para quienes acuden ansiando el favor de los santos, es absolutamente real.

Llegados a este punto, poco es lo que se consigue emitiendo un juicio sobre lo que aquí sucede. Sorprendente y espeluznante desde luego lo es; después, que cada cual piense lo que le venga en gana.

**San Campio, porque el demonio es fuerte**



Hay en la geografía gallega otros lugares que practican ritos similares a los de O Corpiño; vamos, que espantan a todo tipos de males por muy demoníacos que sean. Se trata de otro enclave que no le va a la zaga. Por la N- 543 llegamos, desde Santiago de Compostela, a Noia. Más adelante haremos parada en esta localidad, pero ahora seguimos ruta. Desde aquí, Outes se atisba en lontananza. Y en su seno, otro santuario: el de San Campio. Sin embargo, aquí todo es más extremo si cabe. El lugar está protegido por el propio cuerpo del citado santo, al que los fieles, estén *enmeigados* o no, rezan con devoción. Una vez más las escenas están cargadas de dramatismo: convulsiones, espasmos musculares, órbitas en blanco, jaculatorias a grito alzado, supuestas posesiones que ponen espanto en el corazón... La tradición asegura que para expulsar a uno u otro diablo hay que dar siete vueltas en torno a los dos cruceros que sostienen la construcción. Además, es imprescindible hacerlo cantando, como si de un mantra se tratase, la siguiente oración: *Bota a demo, bota o mal captivo que san Campio bendito che axude. Bota a demo, bota o mal captivo e bica o santo.* El rito obliga a continuar por otros derroteros. El anteriormente citado Carlos Pascual refiere que «muy cerca está la ermita de la Virgen de Rial, en cuyo atrio hay otro crucero; allí hay que dar otras siete vueltas, esta vez tomando a cada vuelta un sorbo de agua de la fuente de la ermita. Al terminar las siete vueltas y los siete sorbos, el endemoniado vuelve a la iglesia parroquial y visita de nuevo San Campio, tomando allí un poco de aceite de la lámpara que alumbra al santo. Entonces se repiten las siete vueltas alrededor de los cruceros, diciendo otra vez las mismas palabras. Los efectos de este ritual son de una violencia insospechada: la mayoría de los endemoniados vomitan un montón de pelos verdulentos que salen violentamente de la boca y son quemados ante la puerta principal de la iglesia».

Quién da más...

## **El santo con escafandra**

Hay una iglesia en la provincia de Álava que nunca ha dejado de sorprenderme, o más bien lo que hay en su interior. Se encuentra en dirección a Lekunberri. Una vez allí, la comarcal NA-751 nos ha de llevar directamente al mágico santuario de San Miguel de Aralar. Se trata de un lugar muy especial, limítrofe con las provincias de Navarra y Guipúzcoa. Atravesando sus laderas podemos caminar por unas rutas de gran belleza paisajística, y a la vez acercarnos y contemplar los treinta y cuatro dólmenes que salpican sus bosques y prados.

Existen muchas leyendas que justifican el carácter sagrado de este monte, hogar de seres extraños y destino final de los difuntos que fueron pecadores en vida, a modo de purgatorio terrenal. En este aspecto es como si en el norte de España tuviéramos nuestro particular Amenti egipcio, o el Hades griego.

Por estos lares, además, se asegura que desde hace décadas surcan los cielos unas enigmáticas luces de origen desconocido. Estas curiosas luminosidades tienen en la actualidad su referente en los objetos volantes no identificados que se observan por la región, pero tiempo atrás se hablaba de dioses, o de demonios.

Aquí, no obstante, lo que pone la guinda a tanto misterio es la figura de un santo que permanece en la ermita de San Miguel in Excelsis, en la cumbre de la montaña. La talla mide poco menos de medio metro, suficiente tamaño para aglutinar en sí mismo una enorme cantidad de incógnitas. Y es que, además de poseer unas hermosas y evidentes alas, lo que verdaderamente llama la atención del viajero es la escafandra que cubre su rostro. ¿Por qué el escultor puso este extraño detalle tapando la cabeza del santo? ¿Con la finalidad de ocultar algo, o acaso de representar una visión más extraña aún? En fin, pasemos y veamos. Y ya se sabe... cada cual...

## **La Balma, mi favorito**

Cerca de Zorita del Maestrazgo, a apenas veintitrés kilómetros de Morella, en Castellón, encontramos uno de los lugares más alucinantes de toda la Península. Desde lo alto de la colina en la que se enclava el pueblo se aprecia un hermoso valle partido en dos por el río Bergantes, que conforme descende

el sol se torna sombrío, capaz de despertar terrores atávicos que duermen en lo más hondo del alma humana. Aquí se tiene miedo a la madrugada, y se cree en el poder de los demonios. No en vano desde tiempos inmemoriales los hombres de fe se han batido a brazo partido con las fuerzas del mal.

A dos kilómetros del pueblo se halla el Santuario de la Balma, incrustado en la montaña de La Tossa, con tales barranqueras que asomarse a sus miradores nos hace rápidamente entender el concepto de verticalidad. Pero la Balma –que en valenciano quiere decir «cueva»– no es célebre por su entorno. Lo es porque a las muchas ventanas que se asoman a los meandros que el citado río describe a los pies de la peña, seguro que en más de una ocasión se asomaron, en tiempos pasados, personas llegadas desde los rincones más apartados de la geografía española, porque aquí sanaban del peor de los males: la enfermedad del alma...

Para acceder al santuario únicamente existe un camino, tan sobrecogedor como el resto del edificio. Tras atravesar la hospedería que regenta mi querido amigo José Barberán –es una buena idea quedarse a dormir, pues el lugar lo merece y vale la pena disfrutar de las historias y atenciones de José –, el pasillo angosto que se abre obliga en más de una ocasión a agachar la cabeza, dado lo irregular de la techumbre, que fue modelada como si la piedra hubiera sido fundida y de este modo extraída casi a cucharadas. La luz penetra a través de este corredor, y ello hace que conforme avanzamos vaya perdiendo vigor, advirtiéndonos de que no estamos en un lugar normal; que aquí se han vivido escenas aterradoras que ni los más avezados y valientes muchachos han sido capaces de soportar, haciéndolos huir despavoridos. Al fondo, la capilla, tenuemente iluminada, es el centro de veneración más importante de todo este templo arrancado a la montaña, pues en su interior, al calor de las muchas velas, se venera la imagen de la Virgen de la Balma, la señora de estos peñascos. Y junto a ella, un habitáculo que estremece, ya que en su interior miles de desgraciados –en el sentido textual– han ido cubriendo las paredes con los exvotos que cada año aumentan en número: piernas de cera, estampas, fotografías, textos inacabados... El sufrimiento que ha conocido el Santuario de la Balma no es medible. Aquí cada año, especialmente durante la

celebración de la romería, enfermos, tullidos, amantes despechados... se dan cita en gran número para poner fin a sus padecimientos. Pese a todo, la especialidad del lugar es otra muy diferente.

### ***El poder de las caspolinas***

Aseguraba el genial Carlos Pascual en su mítica obra *Guía sobrenatural de España*, que «a este santuario acuden en septiembre gentes y carros de toda la Plana, de Cataluña, Aragón, y otros lugares distantes, llevando a los que tienen al demonio dentro del cuerpo; los familiares les atan cintas en los dedos de los pies y de las manos y los meten a trompicones en la ermita, ya que los endemoniados se resisten a entrar. Los enfermos y sus acompañantes pasan la noche en vela cantando los gozos de la Virgen. Los posesos se tiran por el suelo delante de su imagen, intentando sacarse los lazos de los dedos mientras dicen: “Virgen de la Balma, por las manos o por los pies; por la boca no”, ya que si los demonios salen por la boca, los enfermos se quedan mudos.

»El sacerdote Ramón Ejarque, en su *Historia del Santuario*, dice: “Los enfermos llevados a la Balma, que según la frase vulgar *tenen els malignes*, no son, en la mayoría de los casos, verdaderos endemoniados, sino enfermos de diversas dolencias, principalmente nerviosas (...), sin que esto implique la negación absoluta de que nunca se haya dado algún caso de verdadera posesión (...). Los familiares venlos de improviso echarse al suelo, arrojar espumarajos, proferir horribles blasfemias (...) y de ahí la facilidad de creer en su posesión. Y, la verdad, no puede negarse que estos fenómenos han acompañado con frecuencia las verdaderas posesiones”».

En aquellos primeros años en los que la Balma se transformó en un lugar tétrico en el que todo era posible, a comienzos del XX la Iglesia pretendió permanecer al margen. Por consiguiente, ¿quién llevaba a cabo los extraños rituales de exorcismo? Amén de varios sacerdotes rebeldes que entendían que lo que allí ocurría era el intento del señor de los avernos por quitar feligresía a la parroquia cristiana, aparecieron unas curiosas damas a las que se llamó «caspolinas» –algunos afirmaron que porque procedían de la localidad zaragozana de Caspe–, que aseguraban poseer poderosas facultades para

enfrentarse al mal que aquejaba a los enfermos de espíritu. Además, se decían custodias de saberes ancestrales, que en cierto modo las entroncaban con los antiguos curanderos que en tiempos remotos habitaron estas tierras, que de todo sabían y todo mal curaban. Así pues, durante las diferentes reuniones de endemoniados que se sucedían un fin de semana sí y otro también en el agreste lugar, las caspolinas se afanaban en su pelea contra los demonios con tal apasionamiento que ponían el vello de punta al más pintado. Aquellas insólitas escenas, propias de la España más profunda, hoy día han dado paso a ceremonias menos estremecedoras, pero tan cargadas de misterio o más que las de entonces. Los ya mencionados exvotos que en el interior del santuario podemos contemplar son muestra de que en la actualidad el poder del enclave continúa surtiendo efecto.

Hoy, a la Balma se puede acudir cuando se desee, pues no en vano el propio santuario posee la citada hospedería que sirve de entrada al mismo. No obstante, el día más importante, ese que mayor número de fieles congrega, es el primer sábado de septiembre, jornada en la que se venera a la Virgen de la Balma y que reúne a personas enfermas, supuestos posesos y, desde luego, a fieles y curiosos.

El punto de encuentro es la conocida como *creu coberta* –(cruz cubierta)–, donde se lleva a cabo la ceremonia más importante de toda la jornada: la lucha entre el bien, que está representado por un muchacho de corta edad vestido de ángel, y el mal, papel que interpreta un hombre de avanzada edad, vestido de negro, con rabo y la cara embadurnada de tizne, lo que da a su rostro un aspecto más feroz que, por otro lado, de nada le sirve, pues finalmente el pequeño lo desarma y apoya el pie sobre su cuello, en señal de que el diablo ha sido vencido.

A partir de ese instante se inician las danzas ancestrales, las vestimentas típicas, las letanías contra los demonios... La fe se entremezcla con rituales atávicos que más tienen de pagano que de cristiano. Pues eso, una jornada para divertirse... Con moderación, claro está.

## **En busca del Grial**

Y ya que estamos en la Comunidad Valenciana, encaminamos nuestros pasos hacia la capital del Turia, con los ojos puestos en su catedral, que se alza en el centro de la ciudad. En su interior, en un enorme relicario, se encuentra una de las piezas más importantes y que más veneración despiertan. Es el Santo Grial, aquel que según la tradición fue cáliz del que bebieron Jesús y sus discípulos durante la celebración de la última cena.

A pesar de que hay otros repartidos a lo largo y ancho de la geografía europea, el custodiado desde 1424 en la capital valenciana es el que ha sido objeto de más investigaciones. Se trata de una pequeña copa a la que se ha unido, como ornamentación, una estructura de oro y joyas con dos asas unidas por la base. El copón mide 17 centímetros de altura, es de forma semiesférica y su diámetro es de 9 centímetros. El cáliz es de ágata de color rojo, cuyo estudio y datación han confirmado que fue labrada en Palestina o Egipto entre el siglo IV a.J.C. y el primero de nuestra era.

Mi querido amigo Fran Contreras Gil, investigador y periodista, es de los que apuesta con vehemencia a favor de su autenticidad. Y así lo argumenta en su libro *Enigmas pendientes*, donde aparece la última entrevista que concedió el profesor Antonio Beltrán, un hombre dedicado durante más de cincuenta años a la historia. Catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza, fundador del Museo Arqueológico de Cartagena y asesor de la UNESCO. Él fue el único que pudo llevar a cabo una investigación científica y directa sobre el Santo Grial de Valencia, y según sus palabras «lo más espectacular lo encontramos en la parte inferior del cáliz. Hallamos una inscripción árabe en su lado izquierdo, casi paralela al eje menor, y con una longitud de 1,5 centímetros. Tiene caracteres cúficos y se transcribe como *lilzahirati* o *lilzahira*, cuya traducción sería «para el que reluce» o «para el que da brillo» respectivamente, y que avalaría el origen de esta parte en los talleres musulmanes situados en Córdoba». Ahora bien, ¿se podría ubicar en el tiempo que nos interesa? A este respecto, Beltrán no albergaba dudas: «Tras los dos viajes a Londres para entrevistarme y consultar al doctor Hardem, para mí el mayor especialista en vasos antiguos y más concretamente en los llamados murrinos, determinamos que esta pieza procede de un taller de Antioquia o

Alejandría. El resto de los elementos son añadidos, quizá de origen carolingio y con una orfebrería excepcional fechable entre los siglos IV a.J.C. y I d.J.C». Dicho queda.

## **Las apariciones de Monte Umbe**

Acudir al Alto de Umbe, en Bilbao, es atravesar las barreras que el tiempo impone para respirar los mismos aires que aquí se hubieron de respirar hace más de cuatro décadas. Enfermos, devoción y llanto se dieron cita a partir del 25 de marzo de 1941, cuando Felisa Sistiaga de Arrieta, de treinta y tres años de edad, tuvo su primera visión en las cercanías del pueblo de Lauquiniz, en el interior de una finca forestal. Ante ella, aseguró poco después, se manifestó la mismísima Virgen. Desde entonces y hasta el primero de septiembre de 1979, fecha de la última aparición de la que se tiene constancia, la mujer estuvo en más de un centenar de apariciones de la supuesta Virgen Pura Dolorosa.

Desde aquellas lejanas fechas de posguerra han acudido al lugar cientos de miles de creyentes, escépticos y curiosos de todas partes del mundo. En el mismo sitio en el que se produjo la primera aparición se construyó años atrás una capilla en la que se sitúa una imagen tallada de la Virgen, y a unos cincuenta metros hay un pozo que recoge el agua que fue bendecida por la propia Señora y que brota de un manantial interior.

Lo realmente curioso, al margen del movimiento aparicionista, pues cada cual es libre de creer lo que considere oportuno, es el hecho de que muchos enfermos afirman haber sido sanado de sus enfermedades previa intercesión de los poderes sobrenaturales divinos –algo por otro lado tan poco extraño como escasamente argumentado con pruebas en este tipo de lugares–. Sea como fuere, lo cierto es que en algunos casos se cuenta incluso con detallados informes clínicos en los que los profesionales muestran su estupor por las rápidas y rotundas curaciones sufridas por alguno de sus pacientes.

## **La diablesa de Orihuela**

La Semana Santa es tiempo de recogimiento. Las tallas recorren las calles en un orden escrupuloso, despertando el fervor de aquellos que las observan con devoción. Pero la veneración que en la población alicantina de Orihuela se tiene por una de sus santas es cuando menos sorprendente. A esta población se accede por la N-340 desde Alicante.

Orihuela posee una situación privilegiada, dado que está en la línea que separa la provincia alicantina de Murcia, en una de sus comarcas más fértiles.

Aquí la iconografía cristiana sufre un revés ante la presencia de una talla de aspecto llamativo a la que denominan «diablesa», que además tiene su propia cofradía que la pasea en los días de la Pascua. Eso sí, cuando se plantan frente a un lugar sagrado la pobre diablesa no entra y ha de aguardar a que los cofrades salgan y continúe la procesión. Alrededor de la expresiva figura hay ángeles, nubes y esqueletos, que confieren al conjunto un aspecto más terrible. Como otras muchas, esta imagen tiene dos lecturas: una religiosa y otra iniciática o hermética. La primera nos enseñaría el triunfo del símbolo del cristianismo sobre los placeres terrenales: el globo terráqueo, la tentación y la muerte, el esqueleto y la diablesa. Por encima de ellos la pasión, muerte y resurrección del Mesías reflejado en los querubines. La diablesa, por su parte, es identificada como Lilit, trasunto hebreo de la diosa sumeria Lilitu, reina de la noche, asesina de niños y seductora de los hombres durante el sueño, que en su cortejo nocturno se hacía acompañar de búhos y chacales.

La segunda está basada sólo en los saberes herméticos: el triunfo de la alquimia. El crisol representado en la cruz triunfa convirtiéndose en la piedra filosofal después de pasar por el laboratorio, el lugar donde se trabaja para conseguir la quintaesencia. El hombre, representado en el esqueleto, junto a los alquimistas, reflejados en la diablesa, se unen en la esfera, símbolo de globalidad que finalizará con la separación del principio alquímico de la purificación.

Pocos datos hay que refieran los motivos que tuvo a finales del XVII Nicolás de Bussy para crear una talla tan diferente al resto, salvo que acudamos a su forma de ver la vida como francmasón. Quizá quien más en profundidad ha analizado la figura de De Bussy y los elementos que rodean a la diablesa sea el investigador Jesucristo Riquelme, que el 1 de noviembre de 1992 publicaba un interesantísimo reportaje, que concluía así:



(1) En el personaje de la diablesa se conjugan tópicos y tabúes nítidamente explícitos: primero, el debate sobre el sexo de los ángeles y, segundo, la concupiscencia tratada con ambigüedad y realismo tal que pudo ser considerada como repudiable moralmente en la escultura. Los ángeles rebeldes a los designios divinos manifestaban su libidinoso deseo de relaciones sexuales con mujeres: de la unión de estos ángeles caídos –diablos– con las hembras humanas –es decir, los ángeles funcionaban con sexo de varón– nacen unos seres andróginos –mitad hombre y mitad mujer, como la diablesa– superdotados de grandísimos conocimientos en el arte de la alquimia –la transmutación de los metales por mezclas o hibridismo–. En la iconografía medieval estos andróginos son antropoides con dos cabezas –una de hombre y otra de mujer– o son representados por dragones alados o por el fantástico ouroboros –una serpiente de varias patas y varias cabezas–. La diablesa recoge algunos de estos atributos, a los que añade el escultor otras alusiones que lo vuelven más sorprendente en su expresividad ambigua: cabeza de fraile tonsurado pero con gesto réprobo y a la vez la cara lasciva del chivo, con cuernos; la amargura profunda de su rostro y la lujuria incontrolada de la bestia, con esa lengua lúbrica; el sexo serpentino de hombre –o de macho– y los senos evidentes de mujer –o de hembra–, las manos fuertes y nervudas pero con femeninas uñas pintadas. En definitiva, la diablesa como agonista representa a los alquimistas: el libro abierto bien pudiera ser un grimorio o libro de hechicería, y la manzana que atenaza con la mano podría simbolizar la manzana de oro del Jardín de las Hespérides; o sea, el éxito de cultivar árboles frutales de los que se cosecha oro –fácil metáfora de la piedra filosofal que, ya dijimos, representa el logro de la perfección del alquimista, la salvación en la vida del francmasón por medio de la inmortalidad.

(2) El esqueleto es el símbolo de la muerte del hombre –del hombre no alquimista, o del alquimista aún sin éxito–, del que no puede sobreponerse al tiempo inexorable; un tiempo representado por el reloj ubicuo que pone fin a la vida terrena. Este signo nos acerca más a la explicación global: el hombre al morir vuelve a la tierra, regresa al seno de la madre tierra; y en un ciclo panteísta, de ese humus terrestre, por intercesión de los cielos –nubes, agua, poderes ocultos– se generarán, tras la putrefacción de lo orgánico, los nuevos seres, el nuevo hombre, una nueva tierra y unos nuevos cielos. Así rezan los textos salmódicos de los filósofos herméticos. El esqueleto lleva consigo, por contigüidad, la idea de putridez y la generación de ese hombre nuevo.

(3) En la escultura, muerte y diablesa entrecruzan sus piernas en actitud lujuriosa íntima: de ellos brota un mundo, en realidad una esfera armilar, es decir, una esfera celeste –representada por los arcos dorados–, dentro de la cual se ve la tierra de los hombres con sus mares inmensos y sus continentes.

(4) Este globo está coronado por nubes nutricias de las que entresalen unos angelitos, a modo de querubines y serafines, que representan los trabajos del taller por medio del tópicus hermético de niños jugando –*ludus puerorum*–. Estos angelotes exhiben instrumentos de la Pasión –metáforas, o alegorías del laboratorio–. Tanto la expresividad de estos ángeles infantiles como el propio color de las nubes nos transmiten emociones que chocan: juventud y esperanza frente a sensaciones de oscuridad y melancolía –palabra derivada, por etimología popular, del griego *bilis negra*, relacionada con putrefacción, tristeza, abatimiento–. Tal vez el globo también nos pueda aludir a Saturno con su anillo, planeta al que se le atribuían influencias en enfermedades –como el estado melancólico o saturnino– por intoxicación de una sal de plomo: el alquimista, por consiguiente –según la teoría hermética– se sobrepondría asimismo a los efectos y poderes de los planetas todos.

(5) Finalmente, la Cruz, que se enarbola victoriosa, representa el crisol. El crisol era el gran alambique esferoide de los alquimistas donde la materia prima se transforma –como le ocurre a Cristo: sufre su pasión y muerte, y luego resucita espiritualizado; y con Él todos.

Dicho lo cual, es indudable que merece la pena verla.

### **Otro salto a Asturias: la Santa Faz**

En la catedral de Oviedo es custodiado desde hace siglos el Santo Sudario. Es probable que para los miembros del Centro Español de Sindonología, y más en concreto para los integrantes del EDICES –equipo de investigación del CES–, la fecha del 9 de noviembre de 1989 sea recordada para siempre. Ese día el cabildo de la catedral permitió el estudio directo de la reliquia custodiada en el arca de la Cámara Santa de dicho templo. Jorge Manuel Rodríguez Almenar, director del CES, me recordaba tiempo atrás que «en alguna publicación ya se había reflejado que el Sudario podía ser una reliquia complementaria a la Sábana Santa. Para nosotros fue importante cuando entró en escena la figura de monseñor Ricci. Él buscaba algo que pudiera tener que ver con la Sábana, y al ver el Sudario observó que a diferencia de otros santos rostros que había repartidos por el mundo, en Oviedo se veneraba una cosa en la que no se veía nada; una tela sucia, manchada y arrugada. Guillermo Heras,

ingeniero de caminos y vicepresidente de investigación del CES, haciéndose eco de la perplejidad manifiesta del obispo, planteó, consciente de que la Sábana estaba muy lejos de nuestro alcance, investigar el Sudario. Nos pusimos en marcha, Guillermo fue nombrado director del colectivo de investigación y para ello se recurrió a un equipo multidisciplinar de profesionales en diferentes ciencias. En definitiva, más de doce años de trabajos en los que hemos obtenido sorprendentes resultados».

Jamás en España se ha desarrollado un estudio similar sobre un objeto que supuestamente estuvo en contacto directo con el rostro de Jesús de Nazaret. En la investigación, siempre rigurosamente ceñida al método científico, un grupo de profesionales de diferentes especialidades llevaron a cabo pruebas de analítica. Las conclusiones no dejaron de ser sorprendentes... «Nosotros nos plantamos en Oviedo diciendo que queríamos investigar el Sudario, y presentando los currículos de la gente que estábamos “reclutando”. Quedaba claro que no se trataba de cuatro aficionados –continuaba Rodríguez Almenar–. El problema, pensamos, vendría si lo observáramos desde el punto de vista del otro lado: usted es propietario de una reliquia que tiene siglos de antigüedad y con la que se bendicen determinadas fechas. Además, tiene una importancia en la historia y en especial en la tradición religiosa de Asturias. Con esto te quiero decir que pensamos que nos iban a mandar a hacer gárgaras, y más si pensaban que les podíamos, tras los estudios, desmontar el asunto. Rápidamente le dijimos al obispo que si eso era falso, o se trataba de una pintura, se lo íbamos a decir directamente. Recuerdo que ya en la catedral, y con todos los aparatos deseando ser utilizados, nos dijo que el que tenía la última palabra era el cabildo, pero aseguró que a él le gustaría, dado que todos los Viernes Santos bendice con el paño desde el presbiterio de la catedral, desde el altar mayor, saber qué era lo que estaba haciendo.

»Sorprendentemente nos dejaron iniciar las investigaciones, eso sí, poniendo una condición previa que todos consideramos justa: “si ustedes nos dicen que esto no vale nada, o que no es lo que parece ser, queremos saberlo antes para prepararnos, porque se nos van a echar encima todos los medios de comunicación».

Desde el primer momento los componentes del EDICES se marcaron varios propósitos. En primer lugar discernir si existía la posibilidad, por remota que fuera, de que el paño del que la tradición decía que había cubierto la cara de Jesús camino de la crucifixión fuera tal, o por el contrario se trataba de una copia falsa.

Descartado el fraude, el campo que se abría era inmenso. No es cuestión de alargar demasiado los prolegómenos de esta fascinante investigación, que perfectamente se encuentra a la altura de la efectuada por el equipo norteamericano STURP en el año 1978, en este caso sobre la Síndone de Turín. Sí diré que se dividió en tres fases: el estudio textil, que consistió en fotografiar exhaustivamente el lienzo, siguiendo para ello varios procesos bien definidos; el estudio hematológico-forense, apartado del que se encargó una eminencia como el doctor Villalaín, que comenzó por crear un plano de las manchas del mismo y recogió muestras de sangre de las zonas plegadas y del resto, así como pequeños fragmentos de lino; y por último un estudio dinámico reconstructivo, para saber en qué posición falleció el moribundo, o el tiempo que tardó en hacerlo.

La última fase de la investigación aglutinó todos aquellos textos, referencias históricas y demás que hicieran mención al traslado del Sudario en el Arca Santa a Oviedo, o simplemente de su existencia a lo largo de los siglos.

Al final del extenso volumen cabe destacar las comparativas entre el hombre de la Síndone, y el cadáver del Sudario. Sobre este punto, Jorge Manuel Rodríguez Almenar me aseguró que «para ser objetivo, nosotros hemos visto una serie de puntos de coincidencia con la Sábana que en estos momentos nos permiten descartar la casualidad. Es muy difícil que puedan aparecer en dos caras manchas de sangre tan parecidas. Lo único que tienen en común el Sudario y la Síndone es que ambas poseen dichas formaciones. Ahora lo que faltaría es realizar un estudio directo sobre la Sábana Santa, pero hay datos espectaculares que hacen pensar que así sea. Nosotros tenemos algunas fotografías en las que se ven los hilos de la Síndone, imágenes de primera generación, y es ahí donde encontramos puntos de coincidencia. Hay detalles que llaman mucho la atención y que a la escala a la que han sido sacados son esperanzadores».

De ser así, la teoría de la copia medieval que los detractores de la Síndone plantean se caería por su propio peso, porque el estudio reveló que al menos el Sudario sí podría ser contemporáneo de la historia que nos ocupa.

## **Miedo en Garabandal**

Cerca de Cosío, en el corazón del valle del Nansa, en Cantabria, años atrás ocurrió algo que todavía hoy es difícil de explicar. Hasta hace algunas décadas estas aldeas que se reparten por los montes permanecían aisladas una vez llegaba el invierno. Dicho aislamiento propició, como ya hemos visto en otros enclaves similares –Las Hurdes sería un buen ejemplo de ello–, que se generara un microcosmos de creencias único; que las viejas tradiciones se perpetuaran intactas prácticamente hasta nuestros días.

Aquí, sin embargo, el poder de la religión sí hizo bien su trabajo. Pero no consiguió borrar algunos de esos elementos paganos previos a la cristianización. Porque cuando Cantabria se dividía en siete valles en los que habitaban siete clanes, su lugar sagrado era una montaña que por algo se llama Peñasagra, de la que las crónicas nos dicen que era tierra de dioses y de fenómenos verdaderamente extraordinarios. Y fue aquí donde el 18 de junio de 1961 esos fenómenos extraordinarios aparentemente se volvieron a manifestar, y fueron interpretados según dictaba el entorno socio-cultural-religioso en el que se desarrollaron.

Fue en la pequeña población montañesa de San Sebastián de Garabandal. No lo voy a negar: es de mis lugares favoritos y cada vez que puedo me acerco por allí. Aquí huele a humo, a piedra centenaria y a velas. Estas últimas siempre están encendidas, pues se afirma que desde hace más de cincuenta años la Virgen se aparece. Y algo debe de haber para que a nivel internacional sea comparada con Fátima o Lourdes. De momento, mientras paseamos por sus recoletas callejas a la luz tenue de los faroles, con la soledad y el viento del norte como compañeros, merece la pena que recordemos cómo dio comienzo todo este fascinante asunto...

Acababan de tocar las campanas dando la hora: eran las cuatro y media de la tarde del 18 de junio de 1961. Conchita, Mari Cruz, Jacinta y Mari Loli ascendían en silencio por el empedrado, con el pulso acelerado, nerviosas, atentas a cualquier mirada de sospecha. Habían pensado acercarse al pequeño huerto que el maestro tenía a las afueras de la localidad, y una vez allí robarían unas cuantas manzanas. El objetivo era el baile de la noche: escondidas tras los árboles las arrojarían contra los asistentes.

Pero esto jamás ocurrió. Al llegar a la salida de la aldea las cuatro niñas quedaron paralizadas por el miedo. El preludio fue un potente estruendo semejante a un trueno; después, de la nada surgió una silueta alta que durante segundos permaneció hierática, sin moverse. Las niñas, asustadas, bajaron corriendo al pueblo gritando que en la calleja se les había aparecido el arcángel san Miguel. Más o menos así empezaron las supuestas apariciones, y digo supuestas no porque no crea que algo de real hay: es de los pocos lugares de los que tengo la certeza de que es así. Pero del mismo modo creo que lo que sea no viene de arriba. Hay incluso quien piensa que es más cercano al suelo que al cielo... Pero sigamos adelante.

Al día siguiente, las niñas tomaron la determinación de regresar a la calleja con un rosario entre sus pequeñas manos para que el arcángel comprobara su buena voluntad y su indiscutible fe. Y así lo hicieron, pero parece ser que esta vez no acudió a la cita. Tuvieron que esperar dos días para que de nuevo volviera a suceder. Ahora ya iban acompañadas por familiares y curiosos. Lo que ocurre es que la imagen del ángel –las niñas al principio no dijeron nada de que fuera san Miguel, por lo que presupongo que fue la libre interpretación del párroco del pueblo quien identificó al personaje– sólo era observada por las cuatro «videntes», punto éste que empezó a molestar a los presentes, que a estas alturas dudaban de las palabras de las niñas.

Y fue entonces cuando comenzaron a adoptar posturas convulsas, mostrando una gran felicidad en sus pequeños rostros pese a lo dramático de la situación, tumbadas sobre las piedras, en plena noche... Al parecer incluso entablaban conversaciones con el supuesto arcángel y entraban en aparente éxtasis. Las jornadas pasaron entre el miedo de los que veían en aquel recóndito paraje la intervención directa de Satanás y la admiración y alegría de los que se unían con total convencimiento al nuevo movimiento.

Las sorpresas llegarían el 2 de julio. Esa mañana, las gentes de Garabandal, junto a visitantes llegados de diferentes puntos de la geografía santanderina, decidieron acudir a la llamada de las cuatro jovencitas. A las tres de la tarde se celebró en la parroquia una multitudinaria reunión en la que se rezó el rosario, y a las seis, la procesión de penitentes, curiosos y escépticos emprendió camino hacia la calleja. Allí, cuatro postes delimitaban el sitio exacto en el que días atrás se produjeron las primeras manifestaciones, un lugar santo ya conocido como «el cuadro».

No hubo que esperar demasiado. Al parecer, y siempre según las declaraciones de las niñas, un bellissimo ser de pelo castaño oscuro, de rasgos muy delicados, vestido de blanco y con un manto azul claro, que llevaba sobre la cabeza una corona con estrellas de oro, se había aparecido a las extasiadas Conchita, Jacinta, Mari Loli y a la más pequeña, Mari Cruz. La enigmática manifestación se desplazaba de un lado a otro sin mover los pies, como si flotara. Fue identificada como la Virgen del Carmen, y junto a ella las muchachitas creyeron observar otros dos seres de grandes alas cubiertos con vestiduras azules que caían sin pliegues.

Posteriormente, Conchita González describiría en su diario los extraños acontecimientos de aquel día: «Nos fuimos para la calleja a rezar el rosario; y antes de llegar allí se nos apareció la Virgen con un ángel a cada lado. Uno era san Miguel; el otro no lo sabemos...».

Quizá la parte más polémica de todos los sucesos que se dieron en la pequeña población cántabra durante los primeros meses fue la concerniente a los éxtasis que sufrían las niñas. Pero no menos cierto es que se produjeron fenómenos insólitos, inexplicables, que fueron posteriormente reflejados al detalle en el informe que el sacerdote Ramón Andreu hizo para el obispo de Santander, monseñor Aldáza: «Pese a haber intentado sacar a las niñas de su éxtasis con dolorosos cortes, golpes secos y hasta quemaduras, ellas permanecían insensibles a todo. No percibían nada de cuanto las rodeaba. Les pasé de repente una luz y otros objetos por delante de los ojos y ellas no mostraron el menor indicio de haber visto algo: ningún movimiento de los párpados ni tampoco reacción de la pupila».

El 27 de julio dos nuevas apariciones vinieron a romper la monotonía del pueblo. En esta ocasión, un supuesto ángel anunció que a las ocho en punto de la tarde recibirían la visita de san Miguel. Y parece ser que así se produjo, por espacio de ochenta y cinco minutos, tiempo en el que las niñas permanecieron completamente rígidas y tendidas en el pedregoso suelo, como auténticos pesos muertos, sin que nadie pudiera levantarlas.

El padre jesuita José Warszawski, un hombre polémico que entre otras lindezas atribuía a las apariciones marianas un carácter satánico, aseguró después que un campesino de Garabandal, ajeno a toda aquella trama, le afirmó entre lloros que estando en los pinos que había en la falda de la montaña, cerca del pueblo, donde se desarrollaba ese teatro del absurdo, «me agaché y pasé la mano por debajo de Conchita. Era de noche y los demás no se dieron cuenta. Como si me hubiera quemado retiré la mano: no estaba tumbada sobre el suelo... ¡No tocaba el suelo!» Sobre las supuestas levitaciones he recogido más testimonios, que estando allí, de noche, al calor del fuego, hacen ver las cosas de modo diferente.

Hechos así mitificaron a las jóvenes y una enorme cantidad de nuevos creyentes arribaron al lugar deseosos de ser partícipes de tanta iluminación. El 8 de octubre de ese mismo año, a San Sebastián de Garabandal acudieron aproximadamente cinco mil personas procedentes de todas las regiones de la nación y parte del extranjero. El fenómeno social alcanzaba de este modo una dimensión de impredecibles consecuencias. Las danzas del sol, los éxtasis, la visión de la Señora, los aromas embriagadores, las curaciones milagrosas... Estos acontecimientos ya no eran patrimonio exclusivo de las niñas. Las faldas de los montes se poblaban de fieles que compartían todos y cada uno de estos momentos.

Años más tarde, el 30 de noviembre de 1965, la Virgen transmitió un mensaje crucial a través de las niñas cuyo destinatario era el papa de Roma. Y así, dos meses más tarde, Conchita viajó al Vaticano. La joven fue entrevistada durante más de dos horas por el Tribunal de la Congregación de la Fe y posteriormente recibida en audiencia privada por el Sumo Pontífice. La misión se había cumplido.



Pese a todo, la postura del obispado jamás varió. El asunto Garabandal no merecía ser considerado una auténtica aparición mariana, y por consiguiente prohibían el culto y que el buen creyente, fuera eclesiástico o seglar, acudiese al lugar.

### *Muertes y estudios*

El obispado de Santander, tras las investigaciones realizadas en San Sebastián de Garabandal, no halló las pruebas necesarias para admitir la sobrenaturalidad de los acontecimientos, intentando con diversas notas informativas terminar con el clima de confusión que se estaba generando.

Pero la cosa no quedaba ahí. Las amenazas escritas tenían un mayor alcance, tal y como podemos intuir de la lectura de la cuarta nota oficial, destinada sobre todo a sacerdotes o representantes de la Iglesia: «En cuanto a los sacerdotes, por la especial importancia que su intervención puede tener, tanto en su forma de activa participación y colaboración en el desarrollo de los hechos, como en su simple presencia como espectadores, prohibimos de manera explícita y formal su asistencia sin la expresa licencia particular, declarando que quedan suspendidas ipso facto las licencias en esta diócesis de Santander para cuantos contravinieran esta formal advertencia. La suprema Sagrada Congregación del Santo Oficio ha tomado contacto con la diócesis de Santander para obtener la debida información en este grave asunto». Parece ser que andaban algo molestos.

Paralelamente ya habían creado una comisión de investigación, con el prestigioso psiquiatra Luis Morales como director de la misma. Pronto surgió con fuerza la hipótesis del fraude. Los integrantes de dicha comisión aseguraban que las niñas hablaban durante los éxtasis de cosas pueriles y sin importancia, que parpadeaban en el transcurso de los trances, que había contradicciones en algunos hechos y detalles... Décadas más tarde, Luis Morales admitiría ante diferentes medios de comunicación que ni hubo comisión ni ninguna investigación en profundidad. La Iglesia no podía admitir la veracidad de las apariciones, y sin tiempo que perder intentaron

desmantelarlas sin atender a las misivas de los especialistas que desde puntos distantes de la Península llegaban a Santander, curiosos ante la aparente extrañeza de los sucesos que allí se producían.

Por ejemplo, el 1 de agosto de 1968, el doctor Ricardo Puncernau, director del departamento de Neurología Clínica Universitaria de Patología General, y vicepresidente de la Sede Central de la Sociedad de Sofrología y Medicina Psicosomática de Barcelona, envió una carta al reverendo norteamericano Joseph A. Pelletier, en la que clara y rotundamente exponía las conclusiones a las que había llegado tras estudiar a las cuatro chicas. Desde su punto de vista era «totalmente imposible aceptar científicamente –son palabras textuales– que se pueda tratar de un juego de niñas. Sólo con ver los documentos gráficos que se poseen queda descartada esta suposición. No se encuentra sin embargo, desde un punto de vista científico-médico, una explicación satisfactoria a la totalidad de los hechos, tanto fisiológicos, psicológicos como parapsicológicos, de los extraños fenómenos de Garabandal».

En el apartado de muertes extrañas, el primero en «caer» fue el joven padre Puchol. Los testigos aseguran que al descender de Garabandal empezó a gritar «¡Dios, ¿qué me pasa? Dios, ¿qué me pasa?!»no pudiendo evitar que el coche que conducía se despeñara. Él fue el único fallecido en aquel accidente... Pero hubo más, lo que acabó por convencer al padre José Warszawski de que el mal había marcado con su garra aquel recóndito lugar, tal y como defendería posteriormente en su estudio *El mito de Garabandal*.

El tiempo pasó y con él los fenómenos extraños que allí se registraron. Todavía hoy me estremezco al ver las imágenes captadas por la BBC en los primeros años, donde se pueden observar claramente a las cuatro niñas descendiendo en éxtasis por el pedregal encumbrado que lleva a los pinos, de espaldas al camino, más rápido que quienes las seguían... ¡y de rodillas!

Hace un par de años tuve la oportunidad de entrevistar al doctor José Luis Guyón. En las fechas que nos ocupan él era el médico del valle, por lo que fue uno de los primeros en acudir cuando se empezó a extender el rumor de que en el pequeño pueblo se estaba apareciendo la Virgen. Y él fue además

quien hizo las primeras pruebas durante los éxtasis de las pequeñas, pellizcándolas y pinchándolas con alfileres, ante la total inacción de éstas. Así me lo transmitió de viva voz.

Hoy Garabandal es un lugar en el que los estudiosos de los más variados fenómenos se han enfrentado a sucesos difíciles de catalogar, experiencias que seguramente van más allá de lo que es y significa una aparición mariana. Recientemente, en uno de mis últimos viajes he tenido la oportunidad de visitar los alrededores, descubriendo en compañía de buenos amigos, como los investigadores Fran Contreras o el peruano Ricardo Corpancho, menhires escondidos que seguramente hacía mucho tiempo que nadie tocaba. Ello da una idea de que el lugar está sacralizado, y no por casualidad, desde hace milenios.

Sea como fuere, aquí, rodeados de altas montañas, yo me siento especialmente bien; pero los hay que se encuentran especialmente mal... Así es el lugar y su historia: extrema y sin medias tintas.

## **La cruz de Cristo**

Antes de abandonar Cantabria para dar de nuevo un salto al sur, merece la pena visitar uno de esos lugares que demuestran que las religiones de ahora se cimentan sobre las de antes. Y a veces, para sacralizarlas y eliminar cualquier tufillo a pagano, se bendicen con objetos sagrados. Así es la idolatría... Empezamos por Santa María de Liébana. O Lebeña, como fue denominada en siglos pasados. A ella accedemos por un cañón entre montañas por el que discurre la N-621.

El origen de este monumento ya viene relatado en el cartulario del monasterio de Santo Toribio del año 925, y es de clara factura mozárabe, aunque también posee elementos visigodos. Aquí conviven tallas como la de san Roque con objetos paganos como la estela ritual celta sobre la que durante años, sin saber qué escondía la cara ahora descubierta, se ofició la misa, pues era la base del altar mayor del templo. Pues eso, símbolos paganos para eucaristías cristianas.

A no muchos kilómetros nos aguarda Potes, la capital de la comarca. Rodeada de un espectacular paisaje y situada en la confluencia de los cuatro valles que la circundan, esta villa, capital de La Liébana, es mencionada documentalmente a mediados del siglo IX, y vinculada desde los años finales del medievo a la casa del marqués de Santillana primero, y poco después a la del Infantado.

Y allí, encaramado en las estribaciones de los Picos de Europa, está el gran monasterio: Santo Toribio de Liébana, escogido por el monje Toribio, obispo de Palencia en el siglo VI, para retirarse del mundo y vivir según la regla benedictina.

Es posible que a mediados del VIII, una vez consolidada la reconquista en esta zona, se trajesen al enclave los restos del obispo Toribio de Astorga y las reliquias de *Lignum Crucis*, un trozo de la cruz de Cristo que el propio prelado habría traído de Jerusalén, para depositarlas en lugar seguro, y a la que se atribuyen espléndidas facultades curativas y milagreras. No obstante, la historia del templo está ligada íntimamente a la figura del beato, monje que en el año 776 escribió el libro *Comentarios al Apocalipsis* para explicar el hermético texto de san Juan. Para su elaboración, nuestro monje se basó en otros libros de santos padres orientales y romanos, lo que nos da una idea de la biblioteca que debía de poseer el cenobio lebaniego.

Es un lugar de paz y oración, en el que cada detalle es digno de tener en cuenta, y donde miles de fieles pasan cada año para participar de una celebración única: la ostensión de la santa reliquia, que en años de epidemias era sacada para que con su «buena vibración» eliminase todo mal.

Hoy pocos creen en esas facultades, pero acceder al tercer templo más importante de la cristiandad, después del Vaticano y Compostela, es un placer para los sentidos. Porque entre los claroscuros del edificio milenario, la poca luz existente ilumina la cruz cuyo interior contiene la astilla sagrada, creando un juego de luces sobrecogedor en la techumbre abovedada.

**Palmar de Troya, una historia para reír**

Viajamos ahora hasta Utrera, localidad situada a 33 kilómetros al sureste de Sevilla, para recordar que en marzo de 1968 se produjeron una serie de sucesos a todas luces increíbles... o por lo menos insólitos.

Varios testigos acreditaron la presencia de unas extrañas esferas luminosas que hoy –seguramente– hubieran sido enmarcadas en el ámbito del fenómeno ovni. Pero en aquel tiempo, en un entorno sociocultural muy conservador, rápidamente fueron relacionadas con la Virgen.

El escaso interés que despertaban los ovnis en esta región hizo que el fenómeno pasara inadvertido para la mayoría. Tan sólo la RNC –Red Nacional de Corresponsales– se hizo eco de las luces que surcaban los cielos. Pero aquellos días quedaron eclipsados por la visión que tuvieron cuatro niñas el 30 de marzo de 1968.

A finales de ese mes, Ana Aguilera, Ana García, Rafaela Gordo y Josefa Guzmán entraron en la finca conocida como «La Alcaparrosa», y mientras buscaban flores silvestres creyeron ver a la Virgen. «Hemos visto a la Virgen. Era una señora colgada de un árbol. Estaba como ahorcada...» Ésa fue la versión final, a la que se dio el lustre conveniente para que el asunto despegara como enclave mariano. Pero es que lo que refirieron las jóvenes resultaba más terrible que el hecho de ver un cuerpo balanceándose colgado de una rama. Ellas aseguraron que se trataba de un toro con cuernos verdes, que poco o nada tiene que ver –que sepamos– con la presencia de la Virgen.

Y aun así, a los pocos días la zona estaba repleta de «fieles», que haciendo algo tan propio en España como es llevarse un recuerdo, más aún si éste estaba revestido del poder de la divinidad, despojaron al árbol de ramas y hojas hasta dejarlo más pelado que la estepa sevillana.

El secretario de cámara del arzobispo de Sevilla, Andrés Galindo, manifestó cinco días después del primer supuesto encuentro que «no se tenía noticia ni oficial ni oficiosa sobre el hecho», intentando con ello desmarcar a la Iglesia de la supuesta aparición, que cada vez era más seguida dentro y fuera de las fronteras sevillanas.

Las cuatro niñas fueron sustituidas pronto por un ejército de videntes que «tomaron» la finca de las apariciones a golpe de oración, posturas desencajadas y muchos gritos. Nombres como Rosario Arenillas, María Luisa Martín, Antonio Romero o Manuel Fernández se harían muy populares en la

época. Pero ninguno supo capitalizar sus visiones como Clemente Domínguez, un joven contable de veintitrés años que llegó hasta este lugar sin saber muy bien por qué, y que posteriormente afirmaría que la Virgen del Palmar le había hablado.

Al parecer, ésta le pidió al sevillano que el 31 de marzo de 1970 se congregaran allí todos los fieles devotos que estuvieran enfermos. Pues bien, dicho y hecho: logró reunir a más de treinta mil personas.

Clemente Domínguez se acercó por vez primera a «La Alcaparrosa» un 15 de agosto de 1969. Los presuntos fenómenos místicos que presenció, en compañía de su amigo del alma, el abogado Manuel Alonso Corral, lo dejaron perplejo. Según dijo, se le apareció la Virgen, el padre Pío... y desde entonces y hasta 1976 tuvo un total de siete estigmatizaciones, algunas tan sorprendentes y sospechosas como la ocurrida el 25 de marzo de 1973, cuando de su costado se derramaron nada menos que dieciséis litros de sangre.

En los periódicos y revistas de la época podían verse las impactantes imágenes de Clemente sangrando por las manos, la frente y el costado, lo que llevó a que finalmente él y su amigo fueran expulsados por el padre Serafín Madrid de la oficina en la que trabajaban. No hay mal que por bien no venga, porque así pudieron dedicarse en cuerpo y alma a la «misión» que el cielo les había encomendado desempeñar desde El Palmar de Troya.

El grupo alrededor de Domínguez y Gómez no se estableció inicialmente como iglesia escindida, sino como una nueva orden religiosa llamada Carmelitas de la Santa Faz y que se decía fiel a Pablo VI.

Entre otras lindezas, los sabios de la orden afirmaban que el papa había sido secuestrado en el Vaticano por cardenales que conspiraban contra él; e incluso que los purpurados le suministraban drogas alucinógenas para así manejarlo a su antojo.

El 11 de marzo de 1976 el juez instructor de Utrera ordenó auto de procesamiento contra el «padre general y obispo fundador de los Carmelitas de la Santa Faz, Clemente Domínguez, por usurpación de funciones y uso indebido de traje talar, previstos en los artículos 320 y 324 del Código Penal», en el sumario 44/1976. Clemente Domínguez dio con sus huesos en la

cárcel de manera momentánea, ya que no mucho después su abogado, Manuel Rojo, logró su excarcelación. Fue entonces cuando abandonó la región sin que nadie supiese su destino.

Poco después, el coche en el que viajaba el fundador de la orden palmariana tuvo un desgraciado accidente. Clemente Domínguez sufrió un severo golpe y se llevó la peor parte: los fragmentos de cristal de la luna del vehículo penetraron en sus ojos cegándolo de por vida.

Manuel Alonso, su fiel escudero, declararía posteriormente: «El padre Clemente había ofrecido los ojos a la Virgen si ellos podían darle la ocasión de pecado o si ofrecían peligro para su castidad. El cielo ha querido arrebatárselos y nosotros hemos de conformarnos». Aceptando esta argumentación, quizá entonces debería haberlo privado de otro punto de la anatomía... De este modo Clemente se volvió un mártir en vida, y a su regreso al Palmar de Troya fue aclamado por una multitud que lo aguardaba impaciente.

Pasaron los años y el estrambótico movimiento palmariano fue ganando en número de adeptos. Y en patrimonio. En junio de 1978 moría en Castel Gandolfo Pablo VI. Y los palmarianos reaccionaron pronto. Clemente afirmó haber recibido un mensaje en el que el mismo «Dios Padre» le decía: «Tú serás el futuro Pedro, el papa que consolidará la fe y la integridad de la Iglesia, luchando contra las herejías con gran fuerza, porque te asistirán legiones de ángeles... El gran papa Gregorio, la Gloria de las Olivas...» Nació así la «Santa Iglesia Católica, Apostólica y Palmariana», cuya cabeza visible era el nuevo papa Gregorio XVII, el propio Clemente Domínguez. Pero a todo pontífice le hace falta una buena curia, así que poco después nombró a sus propios cardenales y excomulgó al nuevo papa, Juan Pablo II, por usurpador, apóstata, traidor, antipapa y precursor del Anticristo.

Lo verdaderamente increíble es que la Iglesia Católica Palmariana, fundada inicialmente por laicos, pronto estuvo apoyada por un grupo de sacerdotes que contribuyeron a que el movimiento fuera tomado más en serio, pese a venerar a personajes como Franco, Carrero Blanco y Primo de Rivera, entre otros.

No tardaron en ser excomulgados, y esa excomunión creó malestar entre sus seguidores, al extremo de que algunos incluso abandonaron la orden, al tiempo que otros empezaban a dudar de los mensajes de Clemente Domínguez por la clara orientación fascista de sus mensajes.

La organización interna de la Orden de la Santa Faz no era menos particular. Sus fieles vivían separados por sexos y los cargos ascendían de manera meteórica, hasta tal punto que se podía pasar de sacerdote a cardenal en apenas unos meses, u ordenar obispos a jóvenes de dieciocho años.

Había un severo régimen disciplinario, las llamadas y el correo eran intervenidos y apenas existía un mínimo de intimidad. Era el funcionamiento propio de una secta.

En 1987 lograron al fin un objetivo largamente ansiado, y rechazado en varias ocasiones por el Ministerio de Justicia: su inscripción en el Registro de Entidades Religiosas.

Y así se mantuvo la iglesia cismática del Palmar durante años, en silencio, sin los ruidos y escándalos de los años setenta, con Clemente primero como cabeza visible y al que siguió Alonso Corral –que en un alarde de desfachatez se autoproclamaría papa con el nombre de Pedro II a la muerte de Clemente–. Ahora el líder de esta decadente iglesia sevillana es un exlegionario llamado Sergio María, que decidió homenajear al fundador al tomar el nombre de Gregorio XVIII.

Hoy día los pocos fieles que siguen creyendo en las palabras de Clemente se atrincheran detrás de unos muros de varios metros de alto que rodean la inmensa basílica palmariana. El futuro de éstos es incierto. Hay quien no ve mucha luz en el final de un movimiento que ha coartado la libertad de muchas personas, por el fanatismo y la megalomanía que hicieron de su líder uno de los personajes más esperpénticos del último cuarto del siglo XX en España. Ésa es la verdadera maldición para quienes se dieron cuenta de sus intenciones, y para los que aún hoy han consagrado su vida a una enorme mentira.



## OVNIS... Y LO QUE NO SON OVNIS

*Hay que buscar la verdad y no la razón de las cosas.  
Y la verdad se busca con humildad*

MIGUEL DE UNAMUNO

### **La luz de Teba**

*ABC*. Miércoles 24 de septiembre de 1975. Edición Andalucía. «Continúa el misterio en torno al caso de la niña de Teba (Málaga). El misterioso caso de la niña de Teba ha hecho correr la imaginación por toda la provincia malagueña, y las más dispares suposiciones se dan como ciertas por las gentes, que atribuyen el caso a un milagro y creen ver en Carmen Romero Escalante a una nueva niña que, como en Fátima, sea el vehículo portador de un nuevo mensaje a este convulsionado mundo, o también hacen ver la inminencia de una nueva aparición de extraterrestres.

»Las declaraciones de hace unos días del párroco sevillano que aseguró mantener contacto con los extraterrestres han vuelto a ser actualidad entre las gentes, que relacionan un caso con otro, y no excluyen la idea de que éste sea un nuevo acontecimiento que sumar a las repetidas apariciones de ovnis que han tenido lugar por esta zona».

La noticia del periódico sevillano, al menos en sus primeras líneas, no aclaraba demasiado. Sí es cierto que por aquellas fechas los cielos de la provincia eran escrutados por cientos de personas, ávidas por observar las supuestas naves extraterrestres en las que, como afirmaba el diario, creía sin fisuras el párroco de la localidad de Mairena del Alcor, Enrique López Guerrero. Y que un cura afirmase esas cosas, iba a misa.

Repasar estas crónicas de hace cuatro décadas es toparse de bruces con un periodismo muy auténtico, en el que los cronistas eran verdaderos domadores de adjetivos, y que no huían del dolor o la pasión que les generaba el asunto acerca del cual escribían. Ésta, que además había llegado a la redacción a través de télex, continuaba así: «Teba es un pequeño pueblecito en la ruta de Antequera a Ronda, en las proximidades de Campillo. Está encaramado sobre la montaña, bajo un castillo donde la historia y la leyenda sitúan diversos episodios de Eugenia de Montijo. Y en este marco ha sido precisamente donde se sitúan los hechos que han tenido veintidós horas en blanco a Carmen Romero, una niña de trece años que ya apunta a ser mujer y que todo el mundo califica como no dada a fantasías.

»Durante veintidós horas, Carmen fue buscada por todo el pueblo, del que había desaparecido inexplicablemente, y ella reconoce que durante ese tiempo no sabe qué pasó, no sabe dónde estuvo ni qué hizo. Y todo comenzó cuando cogió del suelo, en la calle Santa Ana, una luz brillante, que según ella bajaba del cielo. Una luz brillante que no le quemaba las manos y que no lastimaba sus ojos».

Al parecer, y siempre según declaraciones posteriores de la propia implicada, tras coger el objeto luminoso se marchó a su casa, y a las doce y media, cuando la madrugada asomaba por las techumbres de la localidad malagueña, la joven, atraída por lo que había visto, decidió ir de nuevo en busca de la luz. Y desapareció.

Como con otros casos similares, las autoridades iniciaron las labores de búsqueda; y como en otros casos similares, nada de nada... Hasta que transcurrido casi un día la muchacha apareció, sin saber muy bien dónde estaba, llamando a la puerta de su casa. La Guardia Civil, una vez que se cercioraron de que estaba sana y salva, cuestión de la que no dudaron al comprobar el hambre que tenía, y tras un primer análisis clínico, empezó el interrogatorio. Y entonces, una vez más, llegaron las sorpresas... «La clave del misterio puede estar también en esa señorita rubia, alta, bien vestida, con pantalones y jersey, que hablaba español y que la devolvió a su casa. Entró en el pueblo por la calle de El Moral y le dijo: “Ahora te vas a tu casa y pronto volvemos a vernos”.

»La señora iba acompañada de un hombre que la niña describe como si fuera un antiguo patriarca. “Era –dice– un hombre alto, rubio, con barba también rubia y melena larga”. Y precisamente esta descripción ha hecho pensar a muchas gentes que quienes devolvieron a Carmen a su casa fueron san José y la Virgen María». Algo lógico si comprendemos el entorno sociocultural en el que se estaba produciendo el suceso.

La desaparición de Carmen Romero –y posterior aparición acompañada de vete a saber quién– ocupó durante semanas las páginas de los medios de comunicación regionales. Después, llegó el olvido... O no del todo, porque en estas tierras, y también en otras, la aparición de este tipo de entidades ligadas a la desaparición de niños, como veremos al avanzar en este libro, es más común de lo que pensamos. Parte de una España mágica que en este caso tiene poco de maldita, aunque sólo sea por el comportamiento de dichas entidades.

## **La luz de Mafasca**

Fuerteventura, una de las islas más despobladas de todo el archipiélago, posee una belleza paisajística difícil de igualar. Para los amantes de los deportes acuáticos, o los que disfrutan tumbándose al sol, las playas de esta tierra rodeada de mar son auténticamente paradisíacas. Pero no estamos aquí para hablar de paraísos, sino de los infiernos particulares que muchos han vivido y siguen viviendo cuando se manifiesta la luz popular más célebre de Canarias: la luz de Mafasca.

Al igual que ocurre con su homónima peninsular, la luz del Pardal en Albacete –de la que hablaré más adelante–, la de Mafasca varía de tamaño, desde un par de centímetros hasta una pelota de tenis. Pese a haber sido vista en toda la isla, parece mostrar una fuerte querencia a manifestarse en los municipios de Antigua y en los llanos de Betancuria. Allí los testimonios se cuentan por decenas, y todos concluyen que tras haber avistado la extraña luminosidad, raro es que vuelva a salir durante la noche.

Y como detrás de todo suceso extraño hay una leyenda, se cuenta que dos esclavos que trabajaban en una de las muchas propiedades que poseía una adinerada señora de Jandía, un mal día escaparon y encontraron en su huida a

un carnero cebado. El hambre puede más que la razón, y tras matarlo se vieron en la tesitura de asarlo. El asunto es que para ello no tenían madero alguno, salvo los gruesos y firmes leños que conformaban una cruz a lo lejos. Tras no demasiadas disquisiciones optaron por quemarla, y tras llenar el buche, uno y otro fueron condenados por la divinidad –que casi siempre suele ser piadosa– por su terrible acto a vagar como almas en pena por los rincones de la isla.

Sea ésta la explicación o no, lo cierto es que la luz se aparece cuando uno menos lo espera. De momento nos quedamos con algunos testimonios rescatados del olvido gracias a la labor de investigación de mi querido amigo, el ya citado periodista tinerfeño José Gregorio González, auténtico referente del periodismo de misterio en el archipiélago canario. Uno de los más valiosos es el de Domingo Alberto Brito, un anciano de ochenta y tres años: «Fue en 1941, al año de casarme. Yo vivía en Betancuria, pero había ido a las fiestas de Antigua. Cuando regresaba a mi casa vi la luz a lo lejos, sobre una loma, por lo que aceleré el paso, pero al momento ya se había acercado. A la altura de un pequeño barranco la luz pareció bajar, y yo aproveché para ir más deprisa todavía cogiendo un atajo, pero cuando llegué al final allí estaba la luz, paradita junto a un mojón y una pitera. Seguí para mi casa y de nuevo quise evitarla, por lo que en vez de seguir por el callejón, caminé por la gavia. Cuando salí de la misma salté al camino junto a mi casa, y la luz estaba de nuevo quieta, posada encima de una piedra que había en la entrada. Entonces se me ocurrió darle una patada, y cuando lo hice, ¡se quedó todo el pueblo de Betancuria encendido, como el “peso” del mediodía! Desde entonces no la he vuelto a ver». También Ana María Delgado rescataba de los archivos de su memoria una insólita experiencia que protagonizó en el año 1992: «En un primer momento pensamos que era una persona que venía hacia nosotras, pero pronto nos dimos cuenta de que estaba demasiado alta como para que fuese alguien con una linterna. Al llegar a nuestra altura, aquella lucecita dio un tremendo fogonazo e iluminó de color rojo el interior del coche».

Quizá el más reciente –y sorprendente– sea el de María Peña Santana. En este caso los adornos literarios sobran: «Aquella luz saltaba de una montaña a otra con gran rapidez, a mucha distancia de nosotros pero perfectamente visible. Jamás olvidaré cómo el adulto que nos acompañaba en aquel trayecto de madrugada desde Antigua a La Torre insistía en que no mirásemos la luz,

que la ignorásemos, cosa que obviamente éramos incapaces de hacer. Nuestra curiosidad podía más». Tanto, que a su propia hermana le dio un susto que no olvidará jamás: «Salía de calar junto a más personas, y cuando echaba a andar hacia casa ante la atenta mirada de los vecinos, la luz apareció en un cercado. A mi hermana, que no creía en la luz, no se le ocurrió otra cosa que decir: “¡Pues qué bien, ésa es la luz de Mafasca y con ella nos alumbramos por el camino!”. De repente saltó situándose en un suspiro a pocos metros, sobre un muro, donde explotó alumbrándolo todo».

Pues eso, que a pesar de la distancia con Galicia: *haberlas, haylas...*

## **El valle de Ucanca**

Si hay alguien que conoce los enigmas que encierra esta lengua de lava volcánica en el corazón del Teide, ése es mi querido amigo Luis Javier Velasco. Pocos como él saben que en el silencio del crepúsculo, cuando los tonos rojizos y negros de la escoria magmática parecen adquirir formas humanas –no en vano las leyendas guanches afirman que en ella están presos los espíritus de los nativos que no hicieron el bien en vida–, el lugar parece envolver al viajero en una paz y tranquilidad que por lo general no coincide con lo que allí supuestamente se esconde. Años atrás, el citado investigador canario me hacía partícipe de sus conocimientos en un informe que guardo desde entonces y que ahora comparto en estas líneas: «Muchas son las personas que han acudido a este elevado y solitario desierto al objeto de trabajar sus percepciones extrasensoriales, experimentar estados alterados de conciencia, encuentros con supuestos seres de otras dimensiones y las energías de la naturaleza. Gracias a ellas, podemos decir que las experiencias vividas por los que han visitado este enclave mágico, tanto de día como de noche, suelen hablar de luces diversas, ovnis, energías del lugar a modo de chispazos de luz, percepciones anómalas, formas etéreas de rasgos humanoides, saltos espaciotemporales, extraños sonidos, inducción prácticamente irresistible al sueño, cambios de temperatura injustificados, disminución de dolores físicos, elevación de la tasa vibratoria, y otras experiencias anómalas. Parece coherente pensar que el lugar otorga a cada cual una experiencia específica.

»En cierta ocasión, un grupo de cuatro investigadores se hallaban disfrutando de un espléndido día en Ucanca, y a tres de ellos les dio la sensación de que percibían “trazadas de objetos oscuros en el cielo”, como si fueran proyectiles muy veloces, y siempre por visión periférica. Cada uno de ellos pensó que se trataba de errores en la visión sin mayor importancia, hasta que, comentándolo, descubrieron una sincronicidad muy notable. Si no lo hubieran hablado entre ellos, nadie se habría percatado del enigmático fenómeno.

»Dada la altura a la que se encuentra Ucanca, resulta fácil caer en la idea de que el oxígeno enrarecido puede ser el promotor de sensaciones y hasta visiones poco usuales en el testigo, explicando de algún modo la atracción mística del lugar. Pero claro, también debemos tener en cuenta la opinión expuesta por los médicos que afirman que “si hubiera influencias debidas a la falta de oxígeno, éstas deberían ir acompañadas de otros síntomas como mareos, vómitos, dolores de cabeza...”. Y es que pese a ser un paraje natural bastante alto respecto al nivel del mar, no lo es lo suficiente como para que se produzca el mal de altura.

»Otra de las características del lugar suele ser la percepción en la noche de supuestos humanoides, siendo observados algunas veces por pocas personas y en otros casos mostrándose de manera más general. En cierta ocasión se llegaron a ver varios de ellos acompañando a un testigo real y suplantando a otros que en ese momento se hallaban durmiendo a cielo abierto. Obviamente, desaparecieron sin dejar rastro. Es interesante atender a las leyendas de los primigenios habitantes de las islas, los guanches, que aseguraban que en este mar de lava habitaban los espíritus de los condenados, que de vez en cuando se hacían presentes asustando –e incluso atacando– a los nativos incautos que caminaban por la zona».

Ucanca es belleza, un desierto de altura que nos advierte de la descomunal fuerza que en ocasiones puede tener la propia naturaleza, capaz de modelar a su antojo un paisaje que aquí alcanza grados sublimes...

## **El minero de Puente San Miguel**

«La noche en que el minero Emilio Ruiz Orive experimentó el mayor terror de su vida ha cumplido hace semanas su treinta aniversario. Hace unos días, y tras negar entrevistas a otros medios de comunicación, volvíamos a hablar con él en exclusiva, pudiendo comprobar lo que ya sospechábamos: que el terror no tiene edad, que no cumple años.» Así empezaba la crónica que mi querido amigo Mariano F. Urresti me remitía a la redacción de la revista *ENIGMAS*, recordando uno de los episodios más bizarros e insólitos que jamás he escuchado. Nada había cambiado en el testimonio de su principal protagonista; ni tan siquiera el horror que en él despertaba el recuerdo de lo ocurrido... El lugar: Puente San Miguel, Cantabria. «He estado con Emilio Ruiz varias veces en el mismo lugar donde ocurrieron los hechos aquel día 1 de diciembre de 1977, y siempre ha vestido el relato con los mismos ingredientes, y en cada ocasión un soplo de viento helado pareció recorrer su espina dorsal mientras lo hacía. Me confesó hace unos días que ahora ya pasea casi tranquilamente por cualquier parte, pero durante mucho tiempo no fue capaz de hacerlo. Y todo comenzó con aquella luz y con los ladridos de los perros hace casi treinta años...

»Emilio vivía entonces en la misma casa donde hoy lo hace. Con él compartían su vida sus cuatro hermanos y su madre, además de unos perros que aquella noche fueron los primeros en advertir que la cortina de la realidad ordinaria se había rasgado inesperadamente. A las cinco de la madrugada los animales comenzaron a ladrar desesperadamente.

»La casa de la familia de Emilio ha sido remozada en los últimos años. Donde hoy hay una ventana había entonces una puerta, y el nivel del suelo exterior e interior se ha elevado. Ya no hay tierra en el patio frente a la casa, sino asfalto. Pero sigue en el mismo lugar; es la primera a la derecha si el visitante traspone el puente que da nombre al pueblo donde vive Emilio: Puente San Miguel, en dirección a Santillana del Mar, en Cantabria.

»El ladrido de los perros y una extraordinaria luz fueron la causa de que Emilio –que por aquel entonces bajaba a diario al pozo Santa Amelia, de la empresa Asturiana de Zinc, S.A.–, despertara en medio de la noche. Alguien había encendido la luz del sol antes de tiempo, pero creyó en un primer

instante que tal vez él y su hermano Cristóbal se habían dormido y no llegarían a tiempo al relevo de las seis de la madrugada. Pero no era eso, sino que comenzaba su pesadilla.

»El cabecero de la cama de Emilio Ruiz estaba situado de tal modo que al abrir los ojos podía ver sobre su cabeza una pequeña ventana por la que aquella luz poderosa se había colado en su alcoba. Pero había algo más al otro lado del cristal: la imagen que jamás ha logrado borrar de su memoria.

»Como me había comentado en alguna ocasión, desde la ventaba parecía estar espiándolo un extraño ser, el más extravagante que jamás había visto. En realidad, Emilio sólo podía verle la cara, una cara grande, de facciones negroides, bigote y pelo corto y aparentemente blanco. Parecía vestir una guerrera militar de cuello cerrado abotonada. Aquel hombre, o lo que fuera, no era normal, según Emilio comprendió de inmediato, y su corazón estuvo a punto de jugarle una mala pasada. En realidad, el minero creyó que allí mismo moriría.

»Todos los que conocemos a Emilio Ruiz sabemos que es hombre corpulento, y siempre lo fue. No es alto, pero sí sólido como una roca, como la piedra que debía picar en el fondo de la mina a diario. Hablamos de un hombre acostumbrado al miedo de la oscuridad del pozo minero; por eso debe ser considerada en su justa medida la decisión que adoptó en el mismo momento en que vio que el ser que lo espiaba se erguía, puesto que resultó que estaba agachado, en cuclillas. Aquel hombre, o lo que fuera, tenía una altura superior a los dos metros. Y fue entonces, en ese momento, cuando Emilio decidió tratar de ocultarse bajo las mantas o bajo la cama. Ningún escondite le parecía suficientemente bueno para huir de aquella luz y de aquel gigante. En realidad, Emilio no vio nada más, ni nada menos.

»Perfectamente consciente de que la aceleración cardíaca que estaba experimentando podía llevarlo a morir de pánico, el minero trató de hablarse a sí mismo y hacerse con las riendas de su cuerpo desbocado...»

Un suceso similar les ocurrió a Miguel Ángel Ruiz y a Margarita Cagigas. Hemos de situarnos en el año 1976, concretamente en el mes de julio. Ambos regresaban a la pequeña población de Escalante –siguiendo la antigua A-8 y desviándose algunos kilómetros desde Gama– bien entrada la madrugada,



procedentes de una gran factoría en la que desde hacía algo más de una década ejercían sus labores profesionales. La niebla, como cada día, ya había tomado las calles de la localidad.

Margarita, en mitad de la calle, no atendía a las llamadas de atención que le hacía Miguel. Estaba absorta, presa del pánico. A pocos metros, un hombre exageradamente alto caminaba con lentitud, vestido de negro de pies a cabeza y tocado con un extraño sombrero. Pese a lo dramático del encuentro, ambos se pudieron percatar de que su rostro, enjuto y hosco, no transmitía nada bueno. Sus ojos eran muy pequeños y completamente negros, y la nariz afilada le daba una apariencia feroz. Además, como si de un fantasma se tratase, daba la sensación de estar flotando, pues no se adivinaban los pies por ningún lado. Según afirmaron los testigos del suceso al citado Mariano F. Urresti, el enigmático personaje se marchó por la plaza del pueblo, despacio, hasta que, literalmente, se fundió con la niebla. Las estimaciones realizadas a posteriori arrojaron que, dada la situación de algunas ventanas junto a las que éste pasó y que le quedaban a la altura de la cabeza, debía de medir algo más de tres metros. Imposible... O no.

Lo cierto es que en poblaciones como Isla, Puente San Miguel o Cabezón de la Sal la aparición de estos extraños seres de gran estatura ha sido una constante que ha marcado las madrugadas de muchos de estos pueblos y, por supuesto, de muchas de sus gentes. Aquí se habla de ello, porque quien no teme a la verdad no tiene por qué ocultarla.

## **Los fuegos de Laroya**

Atravesamos Almería por la A-332. Aquí España es un mar de piedra reseca y ardiente, de tierra áspera castigada por el sol, en lo que para algunos representa la prolongación de un Sahara imparable que poco a poco se va apoderando del sur peninsular. Es éste el desierto de los Filabres, un paraje yermo alejado de la alegría que se palpa en otras latitudes andaluzas. Pero ello no es óbice para que saboreemos el espectáculo que se abre ante nuestros ojos, porque es difícil imaginar que un país pueda ser tan rico en contrastes paisajísticos, culturales y antropológicos como lo es el nuestro.

Para comprender el siguiente paso en nuestra ruta hemos de sentarnos a la vera del camino y dejar que la mirada vaya más allá de lo que percibimos a simple vista. Y así, mientras cavilamos, a lo lejos se encienden las primeras luces de la pequeña población de Laroya, a la que se accede desde Máchale, en plena A-332, por una comarcal de esas que hace años perdieron el nombre y que afirma que son ocho los kilómetros que faltan para llegar a nuestra meta. Éste fue el hogar de María Martínez Martínez, la célebre «niña de los fuegos», y el escenario de los extraños sucesos que me dispongo a relatar.

Sitúese el lector-viajero en este entorno, y mentalmente desplácese hasta el lejano año de 1945. Y si la imaginación le llega a más, intente oír a la feligresía de Laroya murmurando, conscientes de que está a punto de volver a suceder. Y entonces... las campanas de la iglesia comienzan a tañer de manera violenta, a una velocidad vertiginosa, despertando los miedos de aquellos que esperaban, en cualquier momento, la llamada de auxilio de los vecinos de alguno de los cortijos que se repartían por los alrededores, porque su casa, una vez más, estaba ardiendo.

Así más o menos pudo dar comienzo esta singular y aterradora historia, que aún hoy es recordada por los vecinos de este pueblo amable y centenario. El primero de los incendios inexplicables tuvo lugar en el cortijo de Pitango, donde la joven María observó aterrada cómo empezaba a arder su ropa, como si una mano invisible prendiera la llama. Poco después varios capazos y montones de trigo verde se incendiaban de igual manera en el cortijo Franco. Y así unos tras otros, generando un pánico que con rapidez se iba apoderando de las gentes de la comarca. ¿Qué se escondía detrás de los fuegos? ¿Acaso la mano del mismísimo diablo?

### ***Científicos, periodistas y Guardia Civil***

Los afectados emprendieron camino a fin de avisar a la Guardia Civil del puesto de Macael. Cuatro números comandados por el cabo Santos prepararon raudos sus caballerías y marcharon atravesando los abruptos caminos que discurrían serpenteantes por la sierra de los Filabres. ¿Qué estaba pasando? ¿Era real lo que narraban aquellos humildes agricultores? No tardaron en

comprobarlo. Al arribar al cortijo de Pitango, amén de comprobar los estragos causados por el incendio, con el miedo en las pupilas pudieron observar cómo un bote de lentes empezaba a emitir ligeros fogonazos, para finalmente arder en toda regla. Esta escena se repitió durante la semana hasta un total de trescientas ocasiones, generando el terror y la alarma social. Las campanas de la iglesia ya no paraban de repicar, avisando a los mozos de que debían acudir a extinguir un nuevo incendio.

Los medios de comunicación, entre ellos *Ya*, *ABC* y *Arriba*, ofrecieron suculentas crónicas de lo que allí ocurría, reflejando incluso que existía la creencia popular de que los fuegos eran provocados por el «moro Jamá», un proscrito que fue quemado en la hoguera por el Santo Oficio y que juró, antes de perecer calcinado, venganza eterna. Lo cierto es que ninguna víctima atestiguó haber visto aparecido alguno, pero sí que se habló de extraños resplandores en los cielos nocturnos.

Poco después llegaron a Laroya el doctor López Azcona, del Instituto Geofísico del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, y el meteorólogo Román Samaniegos. Su objetivo era evidente: descubrir la causa física de los cada vez más habituales incendios. Y llegaron las hipótesis: se habló de un producto altamente incendiario que podría flotar en el aire, pero jamás se encontraron restos del mismo; se dijo que se trataba de bolsas de gas, pero nunca dieron con ninguna; incluso se llegó a afirmar que podría tratarse de la acción directa de las cenizas que expulsaba a la atmósfera el volcán Etna...

Y mientras, las misteriosas combustiones espontáneas continuaban haciendo de las suyas, quemando la capa del teniente Antonio Arribas cuando se encontraba en el cortijo de Pitango, o acabando con los «modernos» aparatos que el enviado por el Ministerio de la Gobernación, José Cubillo, colocara poco antes sobre la ahora sí ardiente tierra de los Filabres.

Sin embargo, jamás se adivinó la causa real, que a día de hoy continúa siendo un misterio que muchos románticos, al recorrer estas bellas comarcas, intentan dilucidar acercándose hasta una población en la que aún se habla, y mucho, de unos días en los que los habitantes de Laroya se echaron a las calles porque éstas eran más seguras que las propias casas.

## **El cráter de la bahía**

«Nadie conocía la existencia del cráter de Cádiz hasta que Francisco Hernández, que estaba realizando un reportaje fotográfico desde su avioneta, captó una imagen inusual de la bahía, cerca del puente Carranza, donde se apreciaba una forma circular en el fondo del mar. Las fotos llegaron a mis manos y comencé a investigar. Curiosamente, puedo decir que en las cartas marítimas no aparece el cráter por ningún lado. Sin embargo, se muestra reflejado perfectamente en una carta de navegación del año 1789. Extraño, ¿no?» Por supuesto que lo es. Esta nueva ruta nos hace dejar tierra firme y desplazarnos un par de millas mar adentro en la bahía de Cádiz, pues tal y como refería anteriormente el veterano investigador gaditano Jesús Borrego, da la sensación que en este lugar se esconde un apasionante misterio.

No son pocos los investigadores de lo extraño que ven en este enclave un punto de referencia cuando se habla del fenómeno ovni, más aún si atendemos a la prolífica casuística de este tipo que por estas tierras tiene lugar cada año.

De hecho, las instantáneas obtenidas en las cercanías del enorme agujero, de treinta metros de diámetro y al menos veinticinco de profundidad, son tantas, que la extensa documentación deja pocos márgenes para la duda. Aquello está allí, y eso es indiscutible.

Además, los restos de roca meteórica son abundantes con tan sólo sumergirse unos metros en el agua, y según afirman aquellos que mejor conocen los recovecos del lugar, bajo las turbias corrientes de la bahía se hallan los restos de una ciudad sumergida, de la que hace pocos años se han empezado a extraer los primeros restos. Acaso se trate de Tarsis, la gran capital del reino de Tartesos. Hay quienes van más allá y, retomando los textos platónicos, aseguran que bajo estas aguas están ni más ni menos que los restos sumergidos de la mismísima Atlántida. Pues eso, para todos los gustos...

## **Cádiz, una puerta a otra dimensión**

El 27 de septiembre de 1989 unos extraños humanoides se pasearon impunemente por la ciudad rusa de Voronezh. Aquel suceso fue a los pocos días difundido por la agencia soviética TASS, y su eco traspasó todas las

fronteras ocupando las portadas de los principales periódicos del mundo. Fue sin duda esto lo que relegó a un segundo plano un hecho no menos sorprendente, ocurrido tan sólo dos días después en las costas gaditanas. A comienzos de aquel cálido mes de septiembre, dos parejas de amigos, Isabel Sánchez, Pedro Sánchez, Loli Bermúdez y Pedro González, iban como tantas otras tardes a sentarse un rato en la playa de los Bateles, en la localidad de Conil. Una vez hubo oscurecido, los cuatro jóvenes observaron un punto de luz rojizo en el horizonte, similar, según sus testimonios, a un balón. Aquello los animó a acudir al día siguiente, y ante su asombro nuevamente fueron testigos de algo insólito. En esta ocasión fue otra luminosidad rojiza, pero de mayor tamaño y con cuatro puntos blanquecinos en su interior. Los chicos empezaron a comentar las desconcertantes experiencias entre su grupo de amigos, además de continuar con las reuniones nocturnas en la solitaria playa gaditana.

Hasta aquí, y dentro de lo que cabe, todo transcurrió de una forma más o menos normal. Sin embargo, la noche del 29 de septiembre una vivencia sobrecogedora los marcaría para el resto de sus vidas. Los chavales llegaron a la playa alrededor de las 20.30 horas, y tras unos treinta minutos de espera surgió de nuevo la esfera luminosa que otras noches habían podido contemplar. Cogieron los prismáticos para observar mejor lo que estaba sucediendo, y vieron entonces otra luz que se desplazaba hasta tierra, en dirección al lugar en que ellos se encontraban. Según comentaron los testigos, la nave que tantas veces habían visto se comunicaba mediante un código de destellos con ésta, que ya estaba situada sobre su vertical. Hasta ese instante todo era emocionante, insólito y divertido; y los chicos se sentían protagonistas de un episodio especial. Justo en aquel momento hizo acto de presencia otro amigo suyo, Lázaro; seguro de que al día siguiente el resto de la pandilla echaría de menos no haber estado allí. Pero de repente el espectáculo empezó a complicarse: avistaron dos extrañas figuras justo en la orilla. Medían aproximadamente dos metros de alto y estaban completamente envueltos en túnicas blancas. Ninguno de los presentes supo explicar cómo aparecieron los dos seres; cuando miraron en aquella dirección ya estaban allí. En un principio estaban parcialmente cubiertos por el agua, pero al cabo de los minutos se internaron unos metros en la arena, donde, tras excavar un pequeño hoyo, se tumbaron. Acto seguido apareció entre los dos una

misteriosa bola de luz, y poco después salieron del agujero que habían hecho dos personas normales: un hombre alto y rubio y una mujer también de elevada estatura y de pelo moreno. Su ropa era completamente normal. Posteriormente, y como si no hubiera pasado nada, se dirigieron caminando por la playa en dirección a la ciudad. En esos momentos apareció una nebulosa de unos dos metros de diámetro que los testigos definieron como «una nube pequeña». De ella descendió otro ser de unos tres metros de alto enfundado en un traje negro que, tras mirarlos, huyó del lugar como alma que lleva el viento. Incluso dos de los jóvenes lo siguieron, pero su intento fue inútil.

Ni que decir tiene la polémica que se levantó a raíz de conocerse este incidente. Fueron muchos los que tacharon a los muchachos de mentirosos, y a los investigadores que creyeron su historia de ingenuos. Pese a todo, y aunque parezca absurdo, no hay ningún dato que nos impulse a pensar que aquellas personas inventaran lo ocurrido. Como tampoco lo hicieron otros testigos de los que jamás se ha hablado...

El 4 de septiembre de 1992, Luis S. y Ramón G. se dirigieron con sus sacos de dormir hasta la playa colindante de El Palmar. Tenían la intención de pernoctar allí y deleitarse con el fabuloso cielo estrellado del estrecho. Alrededor de las 00.30 horas de la madrugada, observaron en la lejanía a dos corredores que en un principio no despertaron en ellos sospecha alguna. En aquel instante pensaron que serían dos atletas haciendo *footing*. Sin embargo, al aproximarse, Luis, de profesión abogado y persona extremadamente observadora, se percató de que un silencio sepulcral se adueñó de toda la playa. Cuando los supuestos deportistas estaban a unos diez o doce metros, pudieron ver que éstos iban enfundados en sendos trajes muy ajustados de color gris perla. Las cabezas de esos seres eran descomunales, no tenían pelo y sus ojos eran también enormes y rasgados. La nariz, muy pequeña, la barbilla salida y la piel del rostro de un blanco lechoso. Ninguno de los testigos duda al afirmar que aquello que vieron no eran humanos. Su estatura rondaba los dos metros veinte centímetros, y lo que más les impactó era la velocidad a la que caminaban. Tal y como relataron, apenas si movían las articulaciones para moverse a velocidad de vértigo. En total su experiencia no duró más de dos

minutos. Horas más tarde observaron una esfera luminosa de color amarillo que apareció en la lejanía procedente del mar para, poco a poco, ir difuminándose.

Ni que decir tiene, vistos estos dos sucesos, que Cádiz es un lugar especial para acoger la visita de extraños visitantes. La magia de la Tacita de Plata sobrepasa en este sentido al resto de las provincias andaluzas, e incluso nos atreveríamos a decir que españolas. Ya en la noche del 5 al 6 de septiembre de 1979 un gigantesco disco volador fue observado por miles de personas acercándose hasta la capital. Y el «atrevimiento» de dicho objeto no quedó ahí. Incluso se mantuvo parado varios minutos sobre la catedral, dando tiempo al reportero del *Diario de Cádiz*, Movellán, a captar la instantánea que apareció en la portada del citado periódico. Simultáneamente se produjeron varios cortes de electricidad sin causa aparente, cosa que dejó sumida en la oscuridad más absoluta gran parte de las calles cercanas. Todo un espectáculo improvisado que continúa sin explicación. Se pueden contar por cientos los avistamientos ovni recogidos en la zona, y muchos de ellos coinciden en un dato que pudiera ser crucial: las luces surgen del mar, pero también se ocultan en él. Esto ha empujado a muchos investigadores a pensar que bajo las aguas del Estrecho se oculta una base submarina que acoge a dichos objetos – pongamos todas las comillas que queramos a dicha tesis—. Nosotros carecemos de datos objetivos para afirmar este extremo. Sin embargo, una fotografía encontrada por el policía y ufólogo Andrés Gómez Serrano haría dudar al mayor de los escépticos. En una de sus múltiples indagaciones pudo rescatar una instantánea realizada la noche del 15 de marzo del año 1975. En ella se observa claramente una luz que emerge de las aguas en dirección al firmamento.

Sea de una forma u otra, estén bajo el mar o no, estos fenómenos convierten a Cádiz en un lugar muy especial.

## **Torrejuncillo y el fuego del cielo**

Si hablamos de fuegos, que además parecen caer del cielo, inmediatamente nos viene a la mente el suceso ocurrido el 6 de septiembre de 1980 a las tres de la tarde. En esta ocasión los protagonistas fueron los miembros de la familia Salgado, que trabajaban de guardeses en la finca «Cuatro Cuartos» de Torrejoncillo, en Cáceres.

Al igual que ocurriera en Matarraña, primero se produjo un potente estruendo que llevó a los Salgado al exterior, y comprobaron aterrados que los encargados de fincas cercanas se aproximaban hasta donde ellos estaban para ponerlos sobre aviso: a lo lejos había aparecido un gigantesco cono de fuego, como un torbellino que, con los tonos de una llama de butano, avanzaba hasta su posición, arrasando todo cuanto se encontraba en el camino.

No había margen ni siquiera para huir. El extraño efecto iba calcinando a su paso árboles, matorrales, conejos; incluso una perra preñada que después apareció quemada junto con sus cachorros.

Lo sorprendente es que, como si actuara de manera inteligente, a apenas cien metros de la casa de los guardeses el torbellino se dividió en dos, pasó junto al cobertizo de los Salgado, que quedó en medio de las dos columnas de fuego, y al salvar después la casa, se volvieron a unir.

Una de las escenas más terribles de las captadas a posteriori fue la fotografía que se obtuvo del gato familiar, que aun habiendo sido quemado por la extraña columna de fuego logró sobrevivir unos días, como testimonio de un imposible que fue investigado por los miembros de la Guardia Civil de Torrejoncillo, que acudieron al lugar junto a una dotación del cuartel de Coria y varios miembros de extinción de incendios de ICONA.

Como es lógico, se abrió un expediente, el 17/8, donde quedaron registrados los testimonios, fotografías, las anomalías provocadas sobre el terreno, huellas... y aun así, ninguna respuesta.

## **Las luces de Arjona**

Arjona es uno de los pueblos más importantes de la provincia de Jaén. Desde la cercana Andújar, apenas diez kilómetros nos separan de misterios centenarios como el de la célebre lápida de la orden del Temple que



popularizara el escritor Nicholas Wilcox en su «Trilogía templaria». Pero para conocer mejor los enigmas que atesora este bello pueblo encaramado a una loma, conviene que cojamos nuestra máquina del tiempo y nos desplazemos varios siglos atrás... El lunes 12 de octubre de 1628 una serie de sucesos extraordinarios por su naturaleza vinieron a ocurrir en la localidad de Arjona, constituyendo uno de los acontecimientos más sonados de la España del Barroco. Fueron bautizados como «las luces de Arjona», y muchos vieron tras los mismos la mano siempre greñuda del mismísimo señor del infierno. No en vano dichos sucesos conforman uno de los más extraños, antiguos y documentados expedientes eclesiásticos por el que el mismo papa Urbano VIII mostró interés.

Ubicada al noroeste de la provincia de Jaén, a 44 kilómetros de la capital, Arjona fue protagonista de una serie de importantes avistamientos y hallazgos arqueológicos producidos en unas circunstancias no menos interesantes.

Poblada desde la prehistoria, fue un importante *oppidum* ibérico denominando Urgabo –cuyo significado era, literalmente, «fuego en la cumbre»–, elevado a la categoría de municipio por Roma –Urgao Alba o Municipium Albensis, haciendo una nueva referencia a las luces–. Corría el 12 de octubre del año octavo del reinado de Felipe IV, y siendo obispo de Jaén el cardenal Baltasar de Moscoso Sandoval... «a primera hora de la noche empezaron a aparecer muchas luces en la torre del Rastrillo, y hubo tal alboroto por ello que a las nueve repicaron las campanas de San Martín y se congregó la mayor parte del pueblo en los sitios donde se podían presenciar las luces. De inmediato el clero y autoridades, pensando que las sobrenaturales luminarias algo misterioso o sagrado indicaban, iniciaron un espectacular ritual de excavación». En el lugar fueron hallados centenares de restos humanos, piezas arqueológicas y antiguos instrumentos de tortura.

Las insólitas luminiscencias se proyectaron sobre el solar que había ocupado en tiempos una necrópolis argárica, y al contacto con los restos allí encontrados tras las excavaciones, los múltiples testigos afirmaron atónitos que «se les avían quitado las calenturas, tercianas, garrotillos, dolores, apostemas, inflamaciones y otros males de que avían estado muchos dellos desauciados».

Igualmente –y esto puede resultar familiar para algún que otro investigador del universal fenómeno ovni–, la luz perduraba por espacio de horas en las manos de quienes tocaban la tierra y los restos iluminados –e incluso quemados– por los extraños rayos, que según las distintas informaciones «por más que se lavaran no se quitaban». Las luminarias continuaron apareciendo de forma intermitente durante varios años, y fueron vistas por más de ochocientos testigos que declararon a favor de los hechos en los distintos memoriales y trabajos recabados al respecto.

El cardenal Moscoso informó al rey de las circunstancias del caso de Arjona, asegurando que «halláronse hornos con muchas cenizas, mezcladas con carbones que consumieron la mayor parte de los cuerpos. Quedaron once cabezas y otros huesos; con ellos los escorpiones y esposas y otros instrumentos de hierro. Destos fragmentos y cenizas se an conocido salir luces y resplandores, manar sangre, dar olor maravilloso, la salud a diferentes enfermos... A avido muchas visiones y apariciones, cruces y músicas celestiales. Reconocerá Vuestra Majestad la grandeza y gravedad deste negocio». De entre los restos, hoy día se exponen los de los dos santos patronos de la localidad, san Bonoso y san Maximiano; restos que, según afirma la tradición, mantienen vivos sus poderes de antaño...

### **Porcieda, maldito por los ovnis**

Cuando hablamos de Cantabria y de fenómenos ligados en cierto modo a los ovnis, los casos no tienen nada que ver con los recogidos en el resto de la Península. Aquí tienen elementos muy particulares que los hacen únicos; digamos que son tan extraños que da la sensación de que es imposible que alguien se esté inventando algo así.

Pues bien, si en esta tierra existe un lugar que parece estar unido a los fenómenos de los no identificados, repito, si es que de eso se trata, ése es el valle de Liébana, y más concretamente el pueblo de Porcieda.

Desde el año 1966 los fenómenos extraños luminosos han sido constantes, teniendo como testigos a personas de todo tipo: desde cazadores, que fueron los primeros que observaron las alucinantes luminarias voladoras

en los cielos, al punto de que su caso fue portada en sucesivas ediciones del periódico de la tierra, el *Diario Montañés*, hasta los pocos habitantes que por entonces aún quedaban en la localidad.

Los sucesos eran tan bizarros que se podía caer en la tentación de pensar que, o bien el testigo fabulaba, o no estaba demasiado cuerdo. No en vano recuerdo la entrevista que le realicé a un hombre que se dedicaba a hacer trabajos con la madera, y que tenía su establecimiento a la entrada del pueblo, y que años atrás me contó sus encuentros en sucesivas ocasiones con lo que en este valle ya se conocía como «autobús volador».

Pero a veces el destino nos coloca en nuestro sitio, con un bofetón de humildad que nos obliga a aceptar que por vivir en grandes urbes, conducir coches veloces o haber recorrido mundo, no somos poseedores de la verdad absoluta. Y es que yo mismo, en compañía de varios compañeros, tuve la oportunidad de ver por esas sierras una extraña luz alargada de tonos rojizos que se desplazaba lentamente por el cielo.

Pues bien, regresando a Porcieda, hace veinte años que nadie lo habita, por lo que las casas han empezado a caer en manos de una imparable ruina que hace que el lugar sea más mágico aún. El enclave, que se encuentra muy cerca del monasterio de Santo Toribio de Liébana, tiempo atrás fue uno de los pasos importantes del Camino de Santiago para aquellos peregrinos que seguían la ruta leonesa. No en vano de él se tiene referencia documental desde el año 961, y la importancia que tuvo en el pasado la refleja el pequeño monasterio del siglo XV que pertenece al término municipal del mismo, y que ahora, junto a todo el conjunto maldito, ha sido puesto a la venta. El precio: apenas un millón y medio de euros...

## **El candil de los muertos**

Han pasado veinte años, dos décadas, desde que oímos hablar por vez primera de este fenómeno. Nuestro viaje a las estepas albaceteñas perseguía otro objetivo. Y así, de manera inesperada, como suelen ser estos descubrimientos, nos topamos de bruces con la luz del día de Difuntos...

Por aquellas fechas internet era un raro lujo. Lo normal era que las informaciones que enviaban las agencias llegaran a través de télex. Y así fue. Aquella mañana, en la redacción de Onda Madrid, aquel cacharro del demonio no dejaba de eructar información; y digo eructar porque el sonido a carraca era de los que se metían entre las sienes y no desaparecía hasta bien pasadas las horas. Era el momento del almuerzo, y salvo los miembros de «Diálogos en la Nueva Era», nadie más había. Iker Jiménez y el tristemente desaparecido Enrique Muro discutían sobre la validez de los testimonios que empezaban a llegar desde Galicia, donde al parecer eran ya una decena de personas las que habían visto precipitarse algo similar a un meteorito en la coruñesa serra de Outes. Y sin embargo, salvo un gran cráter, poco más era lo que se había logrado encontrar... En ese instante, uno de los miembros de aquel equipo, Fran Contreras, extrajo del fax varios documentos que leyó en voz alta: «Varias personas de la localidad de Cañada Juncosa, en Albacete, aseguran que durante la noche un carrusel de luces ha estado sobrevolando la pequeña aldea». El silencio duró unos segundos. Enrique, sin duda el periodista más experimentado de aquel grupo de jovenzuelos, se lanzó al teléfono, y apenas unos minutos después ya había localizado a varios testigos y a la autoridad del pueblo. Ahora había que planificar el viaje...

### *Una peña infernal*

Cuando aún resonaban en nuestras cabezas los ecos del 3-0 de España contra Suiza –en el mundial de Estados Unidos de 1994de la noche anterior, emprendimos viaje. Éramos muy jóvenes, así que buscando un lugar cercano a la población a la que nos dirigíamos a fin de acampar, además, en un entorno que nos transmitiese las sensaciones de misterio que íbamos persiguiendo, especialmente con la llegada de la madrugada, decidimos plantar las tiendas junto a un olmo centenario, el único que se levantaba orgulloso en mitad del erial. La noche fue movidita; quizá por la tensión del viaje; quizá por lo que nos aguardaba al día siguiente; despertando en nosotros ese terror atávico que

nos convierte en títeres en manos de la oscuridad y de las criaturas que en ella habitan, aunque en este caso se tratara de un rebaño de ovejas que mordisqueaba la lona.

Pero la ilusión, ese sentimiento que todo lo puede, hizo que a primeras horas del amanecer nos descubriésemos los cuatro caminando descalzos, intentando sentir el abrazo de la madre tierra. Puede que también fuera el calor, que en pleno verano apretaba con fuerza, mientras la sombra del árbol se iba desplazando conforme avanzaban los minutos y nos dejaba al antojo de un astro rey dispuesto a achicharrarnos.

Fue en un pueblo cercano, Casas de Lázaro, donde hicimos nuestra primera parada para asearnos como lo hacían nuestros antepasados: en un riachuelo de aguas frescas que tonificaba los huesos al instante. Y después en la taberna del pueblo. Entonces el GPS ni tan siquiera era un proyecto civil, y los mapas a veces jugaban malas pasadas. Así que teníamos que preguntar cómo llegar a nuestro destino. Y fue allí, con el entrechocar de los vasos atiborrados de sol y sombra, cuando conocimos a nuestro primer testigo. Eliseo Rosa se llamaba, y ya tenía por entonces más de setenta años. «Disculpe, ¿sabe cómo se va a Cañada Juncosa? Es que dicen que se ven luces por la noche», le preguntamos sin demasiados prolegómenos. El hombre se volvió, y sin perder la expresión calmada que proporciona la ancianidad, se apresuró a responder: «Aquí sí que se ven luces. Veniros una noche y ya veréis. ¿Dónde paráis?», nos preguntó él a su vez. Las indicaciones le sirvieron, primero para que nos descubriera que acampábamos junto a la Peña del Cabrón—el nombre no podía ser más acertado—, y segundo para que se nos quitara la idea de volver a caminar descalzos al amanecer, ya que, según nuestro interlocutor, a esa hora salían a refrescarse los alacranes de uña negra, que matar, lo que se dice matar, no mataban, pero sí nos podían hacer pasar un mal rato.

Sea como fuere, emprendimos camino hacia nuestro destino, con la idea de cambiar la ubicación del campamento al regreso. No nos detendremos demasiado en lo que nos encontramos en la aldea de Cañada Juncosa: personas que habían observado la evolución en los cielos de decenas de luces cuando caía la tarde, al salir de la novena de la iglesia; testimonios de todo tipo; un suceso de aparente teleportación protagonizado por un vecino del

pueblo, José Manuel Sánchez, que incluía la visión a la entrada de la localidad de una luz con alguien dentro; efectos físicos como heridas detrás de los oídos después del suceso... Los casos se amontonaban y nosotros no dábamos crédito a la riqueza y variedad de la casuística, así como a la verdad y el miedo que desprendían las palabras de los testigos.

Caída la noche, nos marchamos con la promesa de volver. Ya en el campamento desmontamos las tiendas y cargamos el vehículo. De camino habíamos visto una laguna que con toda seguridad debía de aportar con la madrugada más frescor al ambiente. Terrible error. Al día siguiente todos nos preguntamos qué comerían los mosquitos cuando nos hubiésemos ido. Había que volver; la promesa ya estaba hecha. No mucho tiempo después regresábamos, esta vez para descubrir uno de los mayores misterios peninsulares...

## **La luz del Pardal**

San Pedro, 1995. Llegamos caída la noche a la localidad albaceteña, después de haber intentado recorrer andando los apenas siete kilómetros que unen este pueblo con Cañada Juncosa. No es que la distancia fuera mucha, pero con la llegada de la oscuridad cada recodo del camino se antojaba guarida del peor de los males. No en vano, antes de decidir regresar definitivamente, oímos un gruñido, profundo y amenazante, que rompía el silencio que intentábamos mantener. Fue más que suficiente... Además, el estómago se quejaba y había que llenarlo, así que después de dejar los bultos en una posada con aires de venta quijotesca, nos dirigimos hacia el bar que había enfrente del ayuntamiento. Y fue allí, mientras planificábamos la jornada siguiente, cuando conocimos al que por aquel entonces era concejal de cultura, José Martínez. Él, que con los años se acabaría convirtiendo en un extraordinario amigo, fue la primera persona que nos habló de la «luz del Pardal», una especie de procesión de luces que tenía la manía de manifestarse, especialmente, con la llegada del día de Difuntos. Ésas eran las luces de las que meses atrás nos hablara Eliseo en Casas de Lázaro. Pero él no les había puesto nombre y apellidos, y José sí.

Según nos narró aquella larga noche, los ancianos del lugar, especialmente los que habitaban en la citada Casas de Lázaro, recordaban que décadas atrás el comandante de puesto de la Guardia Civil, tras dar el alto a la misteriosa luz que se manifestó de noche y sin previo aviso, se había visto obligado a descargar su ametralladora ante el más que evidente poco caso que ésta le hizo. Tras atender a lo que nos contaba el concejal, nos convocamos al día siguiente para ir juntos de investigación. Sin duda alguna, con alguien de la comarca todo sería más fácil.

El que más sabía del caso era Cristino Cuerda Felipe, anciano pastor que durante décadas paseó sus rebaños por la finca «La Quéjola», el lugar que venía a ser el epicentro de todos los fenómenos luminosos. Lo localizamos desayunando en San Pedro. Y pese a la reticencia inicial, quién sabe si por miedo a recordar algo que casi todos los testigos prefieren olvidar, empezó a hablar: «Al principio sólo aparecía una luz, y días más tarde otras dos. Eran de un color rojo no muy vivo y desaparecían por la arboleda. Siempre se veían en los meses de octubre o noviembre. Cuando trabajaba allí de pastor pude ver cómo al día siguiente de que se manifestaran dejaban una huella en la tierra. Por donde pasaban dejaban un rastro de un centímetro, más o menos».

Pero ahí no quedó la cosa. En el corazón de «La Quéjola», al final de un camino de almendros, se encuentran las ruinas de lo que en tiempos fue la alquería de Casas Navarretes. Aquí habitaban los temporeros en época de cosecha, y afirmaban aterrados que por las noches, especialmente en fechas de difuntos, aparecía una misteriosa luz desde detrás de las lomas, y se acercaba tanto a las casas que los enseres del hogar empezaban a bailar como por arte de magia, como si aquella luminosidad los manejara a su antojo. A tal punto llegó la situación, que los jefes de grupo se reunieron con el dueño de la finca para que desplazara las casas más cerca del cortijo, y así acabar de una vez por todas con las correrías de la siniestra luz del Pardal. Y éste, seguramente pensando que los hombres habían bebido más de la cuenta, no les hizo caso. Hasta que, como recordaba Cristino, «eso le paró el coche a la entrada de la finca, y motivó que hiciera derribar las casas que había al final de la arboleda, donde vivíamos, y nos mandara a vivir arriba, más cerca de la casa grande».

Pero había más testigos. Durante años, los guardeses de la finca fueron Joaquín Sánchez y su esposa, Isabel Flores. Y ellos, como no podía ser de otro modo, también observaron luces que surcaban los cielos, y que en ocasiones se acercaban demasiado. Así lo recordaba Isabel Flores: «Era de madrugada, serían las dos y media más o menos cuando salimos a la carretera y vimos lo que creímos era una moto. No habíamos andado ni un kilómetro cuando miré para atrás y me empezó a dar miedo. Subiendo la cuesta, a unos diez o doce metros de la carretera que va de San Pedro a Casas de Lázaro, nada más pasar la curva que entra a “La Quéjola”, por el barbecho se veía la luz como una linterna grande. Yo la vi de color blanco, e iba a un metro de altura del suelo. Te digo que me dio miedo porque era como si alguien la llevara en la mano».

Así comenzamos las pesquisas, las preguntas puerta a puerta, pueblo a pueblo. «Candil de los muertos», «luz de los Difuntos», «luz del Pardal», fueron los diferentes nombres que fuimos apuntando en nuestros cuadernos de campo para un mismo fenómeno. «Se viene viendo desde hace mucho tiempo – afirmaba Joaquín Fernández, esposo de Isabel Flores–. Las mujeres, cuando iban a espigar, decían que la veían. Creían que eran los carros, y luego nada de nada.»

Así las cosas, la tradición asegura que las fechas que más parecen gustarle al misterioso fenómeno para surgir de la nada son las que van del 28 de octubre al 2 de noviembre. Y hay quien ha asociado su peregrinar nocturno con el enterramiento que se sitúa muy cerca de Casas Navarretes.

Porque es conveniente recordar que muy cerca, años atrás, un grupo de arqueólogos descubrió una de las necrópolis íberas más importantes de España, cuya pieza más destacada fue una criatura horrible que fue bautizada como la «Bicha de Balazote», por la cercanía de dicha población al lugar de las manifestaciones luminosas.

### *¿Un furtivo?*

Fue difícil, pero gracias a las gestiones de los investigadores albaceteños Fernando Rosillo y José Martínez logramos entrevistar al que seguramente es el testigo más importante de los que por aquellos años se encontraron con la



misteriosa luz.

Y como ya reflejamos entonces en las páginas de *ENIGMAS*: «Tras meses de investigación, pudimos localizar en la pequeña población de Elche de la Sierra a Eugenio Alarcón, el número que en compañía del cabo José Olmo tuvo un encuentro con “algo extraño” en las inmediaciones de La Quéjola. Su silencio se rompía después de años de conjeturas y rumores. En definitiva, él era el único que conocía la verdad: “Yo había oído hablar de eso, pero no sabía bien qué era. Escuchaba los típicos comentarios de la gente pero sin prestar atención a lo que decían. Esa noche estábamos de camino hacia Casas de Lázaro. Veníamos de San Pedro, como otras tantas madrugadas, y al pasar la curva que llega a la entrada de La Quéjola, pudimos ver una luz que parecía la de una moto, y lo primero que pensamos es que era un furtivo. Nos acercamos con el Land Rover para identificar a lo que creímos, te repito, era un cazador. Al aproximarnos a esa luz, a una distancia de doscientos metros, ésta retrocedió y se adentró en la finca».

Estaban desconcertados. La extraña luminosidad había realizado un rápido movimiento sin dar tiempo a la reacción de los dos guardias civiles. «Nosotros la seguimos pensando todavía que era una moto, pero cuando volvimos a acercarnos, fuera lo que fuera eso se metió en el monte por un terreno que para una moto o cualquier otro vehículo sería bastante difícil de recorrer, por no decir imposible. Y mira que nosotros íbamos en un todoterreno. Intentamos seguirla, pero no pudimos con el coche patrulla y nos bajamos para continuar andando, hasta que la perdimos. Lo más raro es que aquello no dejó huellas de ningún tipo; allí no se veía ninguna marca de nada, y de haber sido algún coche habría dejado algún tipo de rastro.» Y una vez más el testimonio coincidía: «Era como una luz pequeña, de unos veinte centímetros de diámetro, de un tono blanco como apagado y un poco anaranjado. Iba más o menos a metro y medio del suelo y se desplazaba a velocidad constante, pero sin hacer ningún ruido...».

Cada noche de Todos los Santos se siguen reuniendo en el lugar decenas de románticos y románticas con la esperanza de que la luz salga de su guarida, como fue, ha sido y seguirá siendo.

## La casa de la marquesa

Y ya que estamos en Albacete, paseemos por esta ciudad cómoda. El centro de la localidad está partido en dos por una calle con tanta historia y solera que muchos acuden a ella para ejercer el sano y recomendable ejercicio del tapeo, que dicho sea de paso, viendo el esmero y cuidado que se pone en ello, más es un arte que otra cosa.

Sin embargo, hubo un tiempo en que este lugar, hoy muy transitado, no despertó tales sentimientos. Hubo, como decimos, un tiempo en el que los habitantes de aquel Albacete de la primera mitad del siglo XX no se atrevían a recorrer la conocida vía. Es más, en ese tiempo, adultos y niños cambiaban de acera cuando pasaban frente al número 52 de la citada calle Mayor. Pero ¿por qué? ¿Qué generó en aquellas gentes un terror tan profundo que rápidamente tacharon de maldita a la enorme construcción que allí se encontraba antes del moderno edificio que hoy se alza en su lugar?

Para saber algo más de esta historia, de su génesis y de cómo transcurrieron los acontecimientos, hemos de trasladarnos al Albacete de la primera mitad del siglo XX. Ciudad culta como pocas, en esos días la masonería, alguna que otra sociedad secreta, e incluso los espías recorrían sus calles compartiendo conocimientos, pero en secreto, que para eso eran círculos herméticos.

Aquí vivió uno de los personajes más enigmáticos de la última centuria, triste protagonista de unos hechos que aún hoy permanecen pendientes de solución.

Lo que hoy es la moderna Delegación de Castilla-La Mancha, antaño fue el palacete de la carismática, polifacética y polémica marquesa de Villasante, Margarita Ruiz de Lihory, controvertido personaje que trabajó para el espionaje franquista amén de desempeñar otras «siniestras» funciones, tal y como iremos descubriendo en las próximas páginas.

Fue una mujer fascinante, de inquietudes renacentistas que la llevaron a desempeñar cargos de oficial en el Ejército español asentado en el Sahara. Su carisma y dotes de mando la hicieron tremendamente popular entre la milicia castrense, hasta el punto de que era respetada como uno más de aquella por entonces misógina institución.

Su valor la llevó a pasar en varias ocasiones las líneas enemigas, e incluso se dijo que mantuvo una relación algo más que amistosa con el líder beréber Abd el-Krim mientras realizaba las funciones de espía, quién sabe si para ambos bandos.

Lo cierto es que este trasunto de Mata Hari decidió vivir su retiro en esa población de Castilla, con todas sus excentricidades, que no eran pocas.

No en vano se decía de ella que cuidaba a los perros mejor que a las personas, hasta el punto de que el esmero que ponía en ello, y las cantidades de dinero que invertía en sus curas y visitas al veterinario, nada tenían que envidiar a las exquisitas comidas con las que los alimentaba.

Tanto gasto no pasaba inadvertido para aquellas gentes, que además veían cómo esta señora de alta alcurnia se paseaba conduciendo su vehículo en una época en la que el resto de las mujeres no sabían conducir. Además, sus flirteos con la masonería fueron más que evidentes. ¿Por qué? ¿A qué se debía tanto interés por esas gentes?

Mi colaborador y buen amigo Alberto Borrás, firmaba hace años un informe sobre este asunto que merece la pena recordar en su totalidad. Así ocurrió todo: «El “caso de la mano cortada” conmocionó a la España de los cincuenta. La macabra naturaleza del suceso y la personalidad de su principal protagonista, Margarita Ruiz de Lihory, alimentaron el afán sensacionalista de los periódicos, que sugerían un trasfondo de rituales y ceremonias de carácter necrofilico. Sin embargo, nadie imaginó entonces que dos décadas después el caso se relacionaría nada menos que con las actividades de un grupo de extraterrestres afincados en el país.

»En 1953 se publicó una macabra y horripilante noticia en los periódicos que fue minuciosamente descrita en las publicaciones sensacionalistas de la época, como *El Caso*. A raíz del fallecimiento de su hija Margot Shelly, durante el velatorio, el novio de la finada, al destapar su brazo en el ataúd, vio que tenía la mano cortada. La Policía localizó la extremidad, un ojo y la lengua de la difunta sumergidos en una lechera de aluminio llena de formol. El médico de la familia, y luego el forense, pudieron comprobar las mutilaciones, que en su opinión habían sido hechas por una persona muy experta en disección de cadáveres, cosa que no era doña Margarita. Sin embargo, todas las pruebas la acusaban y terminó asumiendo su culpabilidad en el caso de la

mano cortada, aunque dio la clara impresión de que ella ocultaba la verdadera identidad de los autores. Finalmente se le echó tierra encima y el asunto se olvidó oficialmente. Es de suponer que hubo una intervención de las altas esferas, probablemente del propio Franco, que conocía los valiosos servicios prestados por doña Margarita durante la guerra de África y la guerra civil, para que dejaran tranquila a aquella “pobre chalada” que había querido conservar unos macabros recuerdos de su amada hija. De todos modos, con los retrasos jurídicos habituales, incluso prolongados a propósito, al cabo de bastante tiempo se dirimió la causa. Y sin que apareciera nada más en la prensa, doña Margarita fue declarada culpable de mutilación de cadáveres y condenada a una multa mínima, quizá de 5.000 pesetas».

La marquesa de Villasante fue la tétrica protagonista de un extraño ritual que tuvo como víctima a su propia hija, Margot Shelly. Los diarios de la época, entre ellos el especializado *El Caso*, se hicieron eco del horror que se hubo de vivir entre las paredes del palacio de la marquesa, colocando a grandes letras un titular que ya forma parte de la historia negra del periodismo: «El caso de la mano cortada».

Pero hay más. A partir del año 1969, el conocido sacerdote y ufólogo de Mairena (Sevilla) Enrique López Guerrero, recibió una carta firmada por seres procedentes supuestamente del planeta Ummo en la que decía lo siguiente: «Nuestra primera residencia en España fue escogida en una población recoleta: Albacete. Una dama amante de los animales prestó asilo a mis dos hermanos, que durante su forzoso encierro pudieron realizar las primeras experiencias psicofisiológicas con mamíferos de la Tierra...».

Años más tarde, el 6 de agosto de 1971, otra carta anunciaba que tras experimentar con un virus extraterrestre de alto riesgo, éste había escapado al control de los «investigadores» infectando a Margot Shelly, hija de la marquesa: «Hasta seis focos virales se localizaron en el cuerpo de la enferma, todos ellos lo suficientemente profundos para no temer su irradiación exterior, pero presentando la dificultad inherente a su localización. Las zonas afectadas se localizaban en globos oculares, tejido epitelial de la lengua y dermis palmar».

¿Qué tenían que ver unos supuestos extraterrestres con todo esto?  
¿Quiénes eran esos ummitas?

Seguimos con el relato de Borrás: «La versión oculta de este escabroso asunto procede de los discutidos informes de Ummo, escritos por unos personajes que aseguran ser extraterrestres, de aspecto totalmente normal, y que en reducidas expediciones sucesivas conviven con nosotros desde 1950 para estudiarnos haciéndose pasar por humanos. A continuación vamos a transcribir una parte del informe que relata su llegada a España y sus contactos con doña Margarita. El texto, con el lenguaje rebuscado característico de estos informes, se recibió en 1971, y lo que ha llegado a nuestro poder es sólo una copia del informe original, que probablemente ya está recortada o modificada. Naturalmente, su fiabilidad es escasa. Incluso los párrafos que detallan procedimientos biológicos y características y comportamiento de determinados virus son bastante discutibles. Las propias andanzas de los ummitas y de doña Margarita y su familia, así como sus viajes entre Albacete y Madrid, están explicadas de manera confusa y desordenada.

»Veamos el informe, del que hemos suprimido algunos trozos que creemos menos interesantes: “Barcelona, 6 de Agosto de 1971. Señor... En nuestra última carta le exponíamos una breve reseña de nuestra llegada al Astro sólido TIERRA y nuestra primera estancia en Francia. Como español, sentirá sin duda deseo de conocer la accesión a su país, que nos interesaba en aquella época por dos razones: nos permitiría conocer más profundamente aspectos relacionados con la historia y, por otra parte, la península Ibérica constituía una plataforma tranquila para algunas investigaciones básicas en el campo de la biología de los vertebrados –aquí detallan cómo se hicieron con la información que les permitió seleccionar los lugares más idóneos donde instalarse–. Y también la propietaria de una explotación zootécnica de Extremadura y otra ciudadana española en la que concurrían circunstancias concomitantes de elevado interés que la podían convertir –como así fue– en una auxiliar excelente e involuntaria. La fuente de datos de esta última era un dossier copia de otro original correspondiente a un archivo del Deuxième Bureau francés, donde se esquematizaban los servicios prestados como agente de la Quinta Columna Nacionalista Española a la causa del Ejército Nacional español durante la guerra civil. Lo más interesante para nosotros era una nota marginal en la ficha de esta dama que aludía a ciertos trastornos de etiología

psicopatológica acusados por esta señora, y la escueta reseña mecanografiada de esta misma ficha, entre cuyas aficiones se mencionaba su amor por los animales.

»Se planeó toda una programación para hacerse amigos de esta mujer, estimando que podría hacerse una oferta de colaboración que la compensase por su ayuda. Estimaron mis hermanos que en ningún caso se revelaría la verdadera identidad alienoterráquea de los nuestros. Se reservaban otros proyectos de vinculación hasta que se entrase en contacto con ella y nos mostrase mejor su personalidad. Esto lo consiguieron mis hermanos en Albacete, entrevistándose uno de ellos con doña Margarita Ruiz de Lihory cuando se encontraba aquejada de unas dolorosas molestias –sin importancia objetiva– en la región sacra, así como cefalalgias constantes. Mi hermano se identificó como médico de nacionalidad nórdica y le fue muy fácil no sólo conseguir la remisión de sus molestias, sino neutralizar la crisis de ansiedad psíquica que la atormentaba frecuentemente. Se atrajo la incondicional amistad de la señora marquesa de Villasante, a la que pocas semanas después le fue presentado mi otro hermano implicado en la operación.

»Doña Margarita Ruiz de Lihory regresó a Madrid, pero mis hermanos continuaron realizando sus estudios en el sótano de aquel viejo inmueble de la calle Mayor. Contaban –y esto era parte de la estrategia estudiada antes de ponerse en contacto con aquella respetable dama– con que los rumores que podían circular en el medio social de aquella zona urbana serían fácilmente menospreciados o escuchados con indiferencia por aquellos humanos de Albacete inteligentes, autoridades locales o familiares que conociendo los hábitos excéntricos de doña Margarita provocaban frecuentes comentarios entre vecinos y conocidos. Era, pues, la mejor cobertura para la recatada labor de mis hermanos».

Así, a primera leída, puede sonar a broma macabra, pero broma al fin y al cabo. Pero hemos de situarnos en el contexto de los años cincuenta y sesenta del pasado siglo, cuando de repente un colectivo de intelectuales comienzan a recibir misivas de unos supuestos alienígenas que habitan en la estrella Wolf 424, a 14,5 años luz de la Tierra, y cuyos informes son de un altísimo contenido científico, matemático, astronómico... Y además, los receptores

están ávidos por creer, por contactar con esas entidades sin duda más inteligentes que ya estaban enviando mensajes a un grupo de escogidos en aquella España en blanco y negro.

Sea como fuere, regresemos al momento en el que se intuye que la hija de la marquesa ha sido voluntariamente mutilada, con nocturnidad y alevosía, por sorprendente que parezca el asunto. Tras fallecer Margot, el cadáver fue exhumado por orden judicial, ya que en la casa de la marquesa, tras el registro pertinente, como ya he comentado con anterioridad, había sido encontrada la mano derecha de una mujer en el interior de una vasija. El cuerpo fue horriblemente lisiado, faltándole la mano derecha, los globos oculares, parte de la lengua y el vello púbico. Desde entonces la enorme residencia era conocida como la «casa de los fantasmas».

Así, al margen de la arrinconada hipótesis extraterrestre, hubo quien habló de otro tipo de personajes trabajando en los sótanos de la gran casa. No en vano llama poderosamente la atención el hecho de que los animales, que estaban excepcionalmente bien cuidados, morían con rapidez pasmosa. ¿Acaso también se estaba experimentando con ellos? ¿Eran esos personajes de aspecto nórdico espías alemanes al servicio de la marquesa y del Estado español?

Lo cierto es que pese a descubrir el cadáver de la hija horriblemente mutilado, y ser la justicia consciente de que tan deleznable actos habían sido cometidos por la marquesa Ruiz de Lihory y sus secuaces, ésta jamás fue condenada; al menos con un castigo acorde al terrible acto cometido. Es como si los poderes fácticos del país supieran de los actos que se estaban llevando a cabo en aquella población recoleta, y más en concreto en aquella casa.

Sin embargo, los propios ummitas daban una posible explicación al luctuoso acontecimiento en el siguiente informe: «En junio de 1953 mis hermanos sufrieron un incidente en una de las ferreterías de la población de Albacete que hizo pensar seriamente a nuestros superiores la conveniencia de cancelar nuestra estancia en España. En agosto la situación se hizo insostenible, pues por entonces residían en el edificio dos hijos de doña Margarita Ruiz de Lihory: don José María Shelly y doña Margot Shelly, a la sazón enferma con un cuadro nefropático, que empezaba a complicarse con los primeros síntomas, diagnosticados por su médico, de una leucemia linfoide. Ellos desconocían la existencia de los dos *oemii* –ummitas en su idioma

autéctono—. Las relaciones de estos humanos con su progenitora habían hecho crisis tiempo atrás por razones de íntima raíz familiar. Sus hijos no comprendían que la evidente conducta anómala de doña Margarita Ruiz de Lihory estaba condicionada por sus especiales rasgos de personalidad, alterados psicopatológicamente, de modo que el estado de profunda frustración de la dama se traducía frecuentemente en tristes altercados que enrarecían e intoxicaban lentamente el marco familiar».

De este modo continúa su relato Borrás, asegurando que «a causa de esta situación, los ummitas se trasladan temporalmente a Madrid, a una vivienda que les gestionó doña Margarita, pero al agravarse la enfermedad de su hija regresan todos a Albacete, en donde tienen que aconsejarla después de una violenta discusión familiar. Es entonces cuando ocurrió el hecho gravísimo que desencadenó las desgracias posteriores. Parece que la hija de doña Margarita, que se había procurado una llave, por curiosidad entró en el sótano donde hacían los experimentos con animales, sin conocer el peligro ni tomar precauciones, y quedó contaminada por un virus de Ummo». Y como no podía ser de otra forma, poco después los propios extraterrestres dieron debida cuenta de ello en uno de sus extravagantes y ampulosos informes: «Unos meses antes mis hermanos habían puesto a punto un programa de investigación relacionado con una entidad viral desconocida en el astro sólido Tierra, pero familiar para los biólogos de Ummo. La estructura de estos especímenes virales posee una cierta analogía con la cadena circular de DNA correspondiente al virus de la Tierra conocido por ustedes como “virus polioma de rata”, debido a su disposición espacial, pero aquella entidad está provista de una cápsula mucho más compleja.

»Localizaron focos de cierta importancia, y en número de dieciocho, en el cuerpo de doña Margarita, en una vecina de la calle Mayor, en su hija Margot Shelly y en tres animales de la casa. Fue relativamente sencillo destruir estos núcleos virales en su aparente totalidad. Otras veintiséis áreas fueron detectadas cuando, utilizando técnicas resolutivas más precisas, vinieron con toda urgencia desde Francia otros hermanos provistos del equipo adecuado. Se pensó que ya estaba todo controlado y se reanudaron las experiencias, pero... el día 18 de noviembre de 1953, mis hermanos, consternados, descubren un nuevo foco viral de esta naturaleza en las fosas



nasales del marido de la vecina de la calle Mayor que había resultado contaminada. Naturalmente, el núcleo fue exterminado a distancia, puesto que afortunadamente se localizaba en áreas no profundas. Una exploración más cuidadosa detecta un segundo núcleo muy reducido en un alveolo pulmonar. Sin contar con la autorización del humano era imposible destruirlo a tal profundidad, pero el hecho de que ese hombre gozaba de una salud excelente, por lo que el virus degeneraría antes de afectar sus tejidos, no alentaba mayores inquietudes.

»Mis hermanos, alertados por este brote, iniciaron una segunda investigación. El 27 de noviembre se trasladaban dos de ellos a Madrid, acudiendo al domicilio de doña Margarita Ruiz de Lihory. No subieron hasta la vivienda al principio. Desde el retrete de un bar cercano, y utilizando el equipo que llevaban consigo, descubrieron que sus temores se habían desgraciadamente confirmado. Hasta seis focos virales se localizaron en el cuerpo de la enferma, todos ellos lo suficientemente profundos para no temer su irradiación exterior, pero en cambio presentando la dificultad inherente a su localización: no poder ser destruidos a distancia. Las zonas afectadas se ubicaban en los globos oculares, el tejido epitelial de la lengua, y dermis palmar de una mano –un séptimo foco se descubriría el 4 de enero en el paladar–. Además se acusó algún tipo de alteración mutacional en la estructura del espécimen viral. Ello provocó una alarma mayor en mis hermanos, que se vieron obligados a entrevistarse con doña Margarita y confesarle sus temores, deformándole en algún grado la verdad. No había en realidad riesgo alguno de contaminación, pero en el caso de que aquella humana pereciese, dado el estado avanzado de su cuadro patológico, era previsible un desarrollo –de consecuencias gravísimas– por parte de la especie. Entonces sería muy difícil controlar el proceso de irradiación, aun con la medida extrema de revelar el asunto a las autoridades sanitarias de España, a las que por otra parte hubiera sido muy difícil convencer.

»En el país YY, mis hermanos estudiaron la situación, y desde este país y desde Francia llegaron en avión con toda urgencia seis *oemii* especializados en biología y disciplinas afines. No era posible por otra parte conseguir una remisión del curso que presentaba la hija de doña Margarita sin aportar un equipo adecuado, sin acceder hasta la enferma y darse a conocer, lo que

hubiera implicado un grave riesgo para nuestro programa de estancia en Tierra. Aun así se estudió seriamente esta posibilidad. Nuestros superiores decidieron sin embargo adoptar otras medidas. Se puso en marcha un programa para apoderarse del cadáver si era necesario. El día 12 de enero se encontraban en Madrid once de mis hermanos, llegados al efecto, pese a las dificultades de todo orden que acarrearba nuestra presencia masiva en Madrid.

»Pocos días después fallecía esta bondadosa joven. No es necesario que pormenorizamos las medidas de orden profiláctico que hubo necesidad de adoptar. Por encima de cualquier escrúpulo que usted o sus hermanos de Tierra quieran alegar, primaban consideraciones ineludibles de orden moral y sanitario. Vistos los hechos con óptica de un humano de Tierra no informado: serían juzgados como repulsivos y asombrosos.

»No esperamos que acepten sin más esta versión. Nosotros sabemos que es real, aunque la simple enunciación de unos hechos son más aval que el anonimato, no constituyen prueba alguna para ustedes, hombres de Tierra. Esperamos que algún día confirmen ustedes por sus propios medios nuestro testimonio».

No obstante, hubo más hipótesis que pretendían justificar el horrendo ritual, y que entroncaban con centenarias ceremonias llevadas a cabo por determinadas sectas de origen islámico afincadas en el Sahara español, donde, por otro lado, vivió durante años nuestra protagonista. El ya citado Alberto Borrás llegó a constatar su presencia en esta región del planeta, amén de aparecer fichada por los servicios secretos franceses y españoles: «Margarita Ruiz de Lihory, marquesa de Villasante, también tiene ficha en estos servicios y en el Deuxième Bureau francés. Durante la guerra de Marruecos, con la credencial oficial de periodista, consiguió intimar con el líder rebelde Abdel-Krim, llegando a ser su amante. De hecho lo convenció para que se rindiera y entregase, ya que al final acabarían con él. Para garantizarle que no habría represalias por parte de los españoles, negoció su entrega en zona francesa, desde donde, con el acuerdo del gobierno español, fue desterrado a la isla de Reunión.

»El ejecutivo español reconoció el mérito de su arriesgada misión con Abdel-Krim, que acabó con esta cruenta y absurda guerra en la que perdieron la vida miles de jóvenes y que no era sino una rebelión de los beréberes

contra el sultán y sus árabes, para instaurar un estado beréber independiente en el norte de África. España y Francia oficialmente protegían al sultán, pero como siempre, el motivo eran intereses económicos en este país. Posteriormente, durante la guerra civil, Margarita militó en el servicio de información de los nacionales, llevando a cabo peligrosas misiones dentro de la zona republicana, organizando la llamada Quinta Columna. Otros increíbles sucesos forman parte de su biografía, pero son una historia aparte».

Qué duda cabe que se trataba de una mujer excepcional capaz de someter a aguerridos mandatarios y de llevar a cabo deleznable actos que acabaron encumbrándola a nuestro particular panteón de la oscuridad. No en vano su huella, macabra y capaz de despertar profundos miedos, ha permanecido indeleble durante décadas...

## **La casa de los horrores**

Hay que reconocer que la historia es de película. Pero hay más. Como ya dijera, con el paso de los años este enorme caserón fue adquiriendo fama de maldito, de estar habitado por fantasmas. Las múltiples galerías que partían de sus sótanos recorrían las entrañas de Albacete, en lo que muchos veían como una laberíntica red en la que probablemente ocurrieron muchas desgracias.

Y esa leyenda negra, pese a haberse disipado en los últimos tiempos, no se ha perdido en su totalidad. No en vano hay voces muy acreditadas que afirman que en el actual emplazamiento se han producido fenómenos extraños de todo tipo. Y es importante advertir que se trata de un edificio oficial.

El rumor que recorre la población es que los terrenos sobre los que se asentaba el antiguo palacete fueron adquiridos a un precio irrisorio ante la falta de compradores, ya que nadie quería vivir allí, «en ese sitio donde se decía que habían matado a mucha gente y hacían cosas muy raras».

Además, el hecho de que numerosas familias abandonaran las viviendas al poco de comprarlas porque contraían enfermedades desconocidas, cimentó la maldición.

Con estos antecedentes nos dirigimos al enigmático edificio, en el que actualmente tienen su sede las oficinas de la Consejería de Industria de Castilla-La Mancha.

Jamás se ha desplegado tal cantidad de material experimental con la intención de dar caza a un supuesto fenómeno extraño. El suceso en cuestión se ha producido en un inmueble clásico dentro de la casuística paranormal. Y es que el asunto merecía mucho la pena. No en vano, antes de esta noche, parte de los investigadores tuvieron la oportunidad de entrar en el inmueble, y lo que allí ocurrió fue de impacto.

Los funcionarios aseguraban que en ocasiones se habían producido llamadas internas en la centralita procedentes de oficinas del edificio cuando éste se encontraba ocupado tan sólo por el vigilante nocturno o por las secretarias.

En el momento en que se inició la investigación, en compañía de una administrativa de la delegación, se produjo un suceso fuera de lo normal. La persona que la acompañaba, una mujer de cuarenta años de edad, entró en un estado aparente de trance, afirmando que en el salón de juntas que se sitúa en el sótano del edificio estaba observando la presencia de «Esther, una extraña mujer que esa misma noche hablará con su hijo; es Antonio».

La tensión de la situación alcanzó su punto culminante cuando ésta comenzó a llorar desesperadamente, agarrando con fuerza un crucifijo entre sus manos mientras continuaba diciendo: «Es Esther... Le duele... Tiene cincuenta años, es morena con canas, lleva una falda azul con flores blancas y una taza en la mano. Ésta es su casa y no se va a ir. Tiene un pie roto, el pie derecho, se ha caído debajo de la higuera... Está muy triste por su hijo Antonio (...). Dice que se tiene que ir, que esta noche hablará con vosotros».

Cierto es que esa madrugada no se produjo visita alguna, pero a lo largo de unas horas plenas de emociones, recorriendo los sótanos y los pasillos por los que en un tiempo pasado anduvieron la marquesa y sus secuaces, fueron registradas impactantes psicofonías de una nitidez fuera de lo habitual.

Los análisis realizados a posteriori han demostrado que se trata de inclusiones de origen desconocido procedentes de algo o alguien que se sitúa literalmente sobre el micrófono.

Las dudas se despejaron –o no– tras acudir en una segunda ocasión al misterioso inmueble y controlar todas las estancias con un circuito cerrado de televisión, que en todo momento ofrecía y grababa imágenes reales de lo que ocurría en las diferentes habitaciones, quedando patente que el edificio estaba completamente vacío.

Pese a los monitores instalados, las cámaras de vídeo, las grabadoras, medidores de temperatura, cámaras fotográficas, mesa de mezclas, micrófonos, magnetoscopios, ochocientos metros de cable, etcétera..., se registraron nuevas grabaciones entre las que destacaba por su claridad y rotundidad una voz distorsionada que afirmaba sin tapujos: «Yo soy Dios», y otra, más siseante pero a la vez más siniestra, como si se tratase de un niño lamentándose que decía: «Mamáaa... frío... miedo...».

No sabemos qué ocurre en este lugar, que aún mantiene el encanto y misterio de tiempos pasados, pero lo cierto es que, sea lo que sea, hasta hace poco tiempo se ha manifestado con enorme rotundidad. Así lo dicen los testigos, que nada tienen que ganar, y así lo cuenta la propia historia de un lugar que parece condenado desde los tiempos en los que la marquesa dejó sus paredes llenas de secretos.

## **Una más de ovnis**

Ésta, la que sigue, es una historia personal. No porque la haya vivido yo, a pesar de que en cierto modo sí me tocó formar parte de algo que todavía no sé si fue real, sino porque empezó con una llamada a la que no prestamos atención –hablo en plural ya que la viví intensamente con quien por aquellos días era mi compañero de correrías, el periodista Iker Jiménez–, y sin ser conscientes de ello destapamos el último gran suceso ufológico del siglo XX en nuestro país, que todavía hoy provoca una romería de visitas al enclave, dadas las pruebas «físicas» que quedaron...

Los testigos, de una forma u otra fueron estigmatizados; la maldición que en ocasiones conlleva mostrarse a las claras se cebó cruelmente con ellos. Hoy, la peregrinación es constante. Hay quien desea ser partícipe de lo que allí ocurrió, sin saber que a veces es mejor no *meneallo*...

A finales de 1995 el fenómeno de los no identificados estaba en portada de los medios de comunicación nacionales e internacionales. La fiebre por los ovnis nacía en noviembre de ese año tras un sorprendente avistamiento que quedó registrado gracias al infrarrojo de las cámaras de seguridad del polvorín militar de As Gandaras, en Lugo. Aquello supuso una auténtica conmoción. Y el comienzo de algo mucho mayor, inesperado, no recordado en Europa desde la oleada belga de avistamientos de mediados del pasado siglo.

Mientras Galicia afrontaba los dos primeros meses de 1996 sumida entre luces que surcaban los cielos, huellas de aterrizajes y algún que otro humanoide –como los que fueron supuestamente vistos por unos campesinos en la localidad de Chandresa de Queixa–, el sur del país parecía mantenerse ajeno a toda esta vorágine «platillista». Los medios especializados dábamos debida cuenta de lo que estaba sucediendo, mostrando las grabaciones y las fotografías cada vez más espectaculares obtenidas por gentes de la más diversa condición.

Fue al ver una de esas instantáneas en la portada de la revista *ENIGMAS* cuando Gregorio Ávila, jienense y jaenero –pues tal es el gentilicio de los habitantes de la capital–, decidió entrar en contacto con nosotros. Tenía una historia que contar, y pese a las reticencias iniciales, decidimos acudir a la capital del Santo Reino para escucharlo.

El primer encuentro fue desalentador. El hombre, presa de un nerviosismo en exceso sospechoso, se empeñaba en convencernos de que lo que había captado su cámara doméstica no era de este mundo. «Miren ustedes... –titubeaba–, me encontraba paseando por la plaza de San Ildefonso y en un quiosco he visto su revista. Entonces he pensado: “¡Caramba, si el cacharro ese de la portada es lo mismo que yo he visto esta noche!”.»

Era 16 de julio, y en vista de las declaraciones un tanto sorprendentes de nuestro interlocutor, lo más lógico era pensar que el calor estaba haciendo mella en su sesera, alcanzando el peligroso punto del delirio. Pese a todo decidimos acudir a su hogar, a las afueras de Jaén. Allí, la escena se tornó «cómicamente dramática». Un niño de apenas diez años corría por el pasillo gritando como un poseso: «¡Papá, el ovni! ¡Papá, es un ovni!», mientras Iker y yo cruzábamos miradas entre sorprendidos e inquietos. Cada vez más tensos, invitamos al extraño testigo a que nos mostrara esa grabación.

Finalmente nos había hecho conducir cuatrocientos kilómetros para hacernos ver un desenfoco digital, que en aquellas fechas se produjeron por doquier confundiendo a los aficionados, que ante la impresionante imagen que habían captado pensaban de inmediato que se trataba de algo sorprendente, cuando tras la misma sólo había, a lo sumo, una farola cercana.

Frustrados y muy cabreados, decidimos que había llegado el momento de partir. Antes de salir por la puerta, Gregorio, contrariado porque en apariencia su magnífica historia no nos importaba ni lo más mínimo, se apresuró a decirnos: «Pero si son los extraterrestres. Desde hace tiempo noto como si me metieran unos alambres por las narices, y he perdido la fuerza de un brazo hasta el punto de estar de baja por invalidez», afirmaba sosteniendo en su mano derecha la radiografía que demostraba lo dicho. Fue la puntilla. Salimos al exterior. Pero él no se dio por vencido. Hubo un último intento: «Anda que lo que le ha pasado a mi padre. A ver cómo le explicas a un agricultor que lo que vio al día siguiente de lo que yo grabé, a pleno día y sobre el terreno, era lo mismo. El pobre, con sesenta y seis años...».

Es difícil saber por qué una sola frase puede encender todas las alarmas. Y aquélla, qué duda cabe, las puso al rojo vivo...

### ***Destino... ¿cruel?***

«Yo sé que lo que le pasó es verdad, porque nunca he visto llorar a mi padre, y ese día, tras ver aquello, lo hizo. Me llamó desesperado, y mi padre, como tú comprenderás, no me engaña...», fueron las últimas palabras que pronunció Gregorio antes de que lo invitáramos a montar en el coche para dirigirnos a casa de su progenitor.

Atravesando la carretera que discurre junto al cerro Jabalcuz, justo sobre el que se perdió la extraña luz de Gregorio, y con ella parte de su cordura, atisbamos a lo lejos la población de Los Villares. Era nuestra siguiente parada.

Aparcamos en una calle empinada y descendimos del vehículo con las cámaras preparadas. La puerta de la vieja casa la abrió una mujer entrada en años de mirada amable. Pero estaba triste. «Es que desde que le ha pasado eso

ni come, apenas duerme y no para de repetir que van a volver a llevárselo.»

La sangre se congela a partir de los diez grados bajo cero si uno no está debidamente protegido, pero en aquel instante, con cuarenta a la sombra, notamos un intenso escalofrío. En el salón, con la cabeza gacha y sin decir palabra, estaba Dionisio. Intranquilo, desconfiado... Se percibía el miedo en él. Pero le hacía falta contarlo, buscar una explicación, alguien que lo ayudara, que evitara que regresaran a por él. Y vio en nosotros ese clavo ardiendo que alivia en las peores situaciones, y con voz apesadumbrada comenzó a relatar su experiencia: «Yo venía por el campo, como casi todos los días, a eso de las doce. Como me han dado la jubilación por invalidez, paso mucho tiempo paseando por el campo. Debajo de una encina tenía una piedra en la que me sentaba y descansaba un rato; sobre todo para que no me diera el sol. Al llegar junto al árbol me quedé mirando un aparato que estaba parado al lado de la torre de electricidad. Había un olor insoportable, como a carburo, y un sonido lento y continuado, igual que cuando se desinfla una rueda. Pensé que era un contenedor de ICONA. Había cuatro ventanas como ojos de buey con cristales de color negro, y era como un metal brillante, transparente, casi como un cristal». El artilugio permanecía suspendido a algo más de treinta centímetros del suelo. «Era como una campana grande de unos tres metros de largo y uno y medio de alto. Si me acercaba se veía más claro, y si me retiraba desaparecía. Me fijé que en uno de sus lados había grabado un símbolo. Eran palos y redondeles seguidos. Algo así como “IOIOI”. También vi que de la parte de arriba salían dos cables con ganchos de color oscuro que se unían a la línea de alta tensión que estaba encima.»

Se quedó petrificado, tanto que no pudo mover ni un músculo cuando de la supuesta nave descendieron tres seres realmente extraños. «Parecían estatuas. Medirían un metro setenta y no sé por dónde salieron, sólo que al momento estaban delante del cacharro, y me entró mucho miedo. Eran dos hombres y una mujer que llevaban trajes sin cremalleras, todo de una pieza. El color era como el del papel de plata, tan ajustado que al principio pensé que estaban desnudos y se lo habían pintado encima del cuerpo. Al poco noté un fuerte golpe en el pecho y miré hacia abajo. Una especie de luz, un “lucerrillo”, había venido hacia mí y me había golpeado. Cuando levanté la vista la mujer me estaba señalando, y uno de los hombres que estaba más retrasado se



agachó junto a la nave y no sé lo que hizo. Desde luego, éstos no eran los de ICONA.» Pues no, todo parecía indicar que no se trataba de los miembros del Instituto para la Conservación de la Naturaleza. Los extraños personajes se pararon frente a nuestro protagonista en silencio, sin mover los labios –entre otras cosas porque no parecían tenerlos–, y sin embargo... Dionisio empezó a oír voces en el interior de su cabeza: «No abrían la boca, que era pequeña y sin labios. Vamos, como una raya. Entonces comencé a notar como si me hablaran muy cerca; eran voces que no oía pero que llegaban dentro de mi cabeza. Los seguí mirando, y al ver que sonaban más voces, sentí miedo y me oculté detrás de la encina. Al poco me acerqué de nuevo y volví a notar el zumbido y el olor a carburo. Allí no había nada; ni hombres, ni aparato, ni nada...».

En compañía de Dionisio, visiblemente aterrizado, nos encaminamos hacia la era en la que había ocurrido todo. Allí, en mitad del terreno, todavía eran visibles las huellas de algo que parecía tener un peso importante. Las formaciones eran más o menos redondas, de 9,5 centímetros de diámetro y 1,5 de profundidad.

Con tales argumentos y la sensación de estar a las puertas de una gran historia, regresamos a Madrid. Así, dos meses después –y con el caso aún durmiendo en el archivo a expensas de nuevos datos que pudieran surgir–, tras publicar un breve reportaje en las páginas de *ENIGMAS* acudimos en compañía del genial Fernando Jiménez del Oso al programa «Así es la tarde», que por aquellas fechas dirigía y presentaba el afamado periodista Julio César Iglesias en Radio Nacional de España. Por primera vez hablamos de Dionisio, de su extraño encuentro, de aquel misterioso aparato conectado a una torre de alta tensión, de los símbolos de la supuesta nave y, cómo no, del lucerillo...

Y como se volvió habitual en toda esta historia, las casualidades, una tras otra, fueron llegando. Al salir de los estudios de la Casa de la Radio recibiríamos una llamada inesperada. «¿Podemos vernos? Estoy en Navarra pero voy camino de Madrid». «¿Cuándo?», preguntamos. La voz, impaciente y nerviosa puntualizó: «Si puede ser mañana..., mañana mismo. Os invito a comer. Pararé en el hotel Meliá Castilla».

Iker y yo nos miramos, conscientes de que nuestro inesperado interlocutor no solía mostrar tanto interés por un asunto, salvo que éste fuera importante. La experiencia y los años de investigación pegado al asfalto de medio mundo lo habían enseñado a contener la emoción inicial; por si las moscas.

Al día siguiente, nerviosos, nos encaminamos al citado hotel. Allí, cordial como siempre, y ahora sí, con su tranquilidad habitual, nos aguardaba Juan José Benítez, el hombre que tiempo atrás removiera los cimientos de una España demasiado asida a sus creencias con uno de los libros más desestabilizadores jamás escritos: *Caballo de Troya*.

La comida fue, como siempre, agradable, en la que disfrutamos de la conversación de uno de los periodistas más sagaces de nuestro país. A la hora del café, la cosa cambió. De repente, la mirada de nuestro comensal se afiló y comenzó el interrogatorio. En pocos minutos nos vimos asediados por las preguntas de J.J. que sin dar tregua mostraba un interés desmedido por el caso Villares, aparentemente uno de tantos. No podíamos contener la curiosidad por saber el porqué de su propia curiosidad. Hasta que, en un silencio que se antojó una eternidad, Juanjo miró a su esposa Blanca y con los ojos muy abiertos le preguntó: «¿Se lo enseñamos?». Hay instantes en esta vida que uno tiene que vivir, por la intensidad de sus silencios, por la magia que encierran, por mantener para siempre ese momento en el que uno se sabe al borde de un descubrimiento único. Y como siempre, el periodista navarro no nos defraudó.

Mudos, así nos quedamos mi compañero y yo. Blanca, delicadamente, se quitó del dedo anular de la mano derecha un anillo de plata. En el mismo aparecían grabados de forma continua dos símbolos; un código que aún nos habría de deparar más quebraderos de cabeza: «IOIOI».

No hizo falta decir más. La cara es en ocasiones el espejo del alma, y en ese momento decidimos callar y observar. Juanjo entendió el envite y con parsimonia comenzó a relatar el porqué de tanto misterio: «El 16 de julio de 1996, y por una serie de coincidencias, acabamos realizando un viaje a Egipto. La jornada del 24 de julio visitamos el mar Rojo contra todos los pronósticos. Una vez allí decidimos hacer submarinismo. Pues bien, en un momento de la inmersión, Blanca echó en falta su anillo de oro, y yo, como un ingenuo, me puse a buscarlo. Era como intentar hallar una aguja en un pajar.

Pero si ya era difícil encontrar un anillo extraviado entre la arena, las algas del lugar, etcétera, más difícil aún resultaba que buscando un anillo encontrases otro. Y eso fue lo que sucedió...».

¿Increíble? Es probable que para cualquier otro que viera los toros desde la barrera fuera así, pero para nosotros era el inicio de una aventura fascinante.

Así pues, tras despedirnos de Benítez, marchamos a casa dándole vueltas a lo ocurrido, sin hablar. En ocasiones las palabras sobran, y ésta era una de ellas. La cita siguiente: el 24 de septiembre en Jaén.

De este modo, en compañía de J.J. recorrimos nuevamente la estrecha carretera que une la capital del Santo Reino con Los Villares. Y entonces... Sería demasiado largo narrar cómo y de qué forma se planteó la conversación en el pequeño salón de la casa de Dionisio, pero lo cierto es que al salir de allí y desplazarnos a la era donde se desencadenó toda esta trama, Juanjo llevaba en el bolsillo del chaleco el objeto de los desvelos de muchos investigadores en la última década: el «lucerillo», el mismo que golpeó el pecho de Dionisio y cuya superficie aparecía grabada con extraños símbolos. Y entre todos destacaban, por su profundidad y nitidez, tres: un I, un O, y otro I. ¿Qué conexión había entre lo avistado por este humilde jubilado y el anillo del mar Rojo? ¿Casualidad? ¿Algún tipo de fraude que no alcanzábamos a interpretar? Es difícil afrontar lo imposible cuando se te planta a pocos milímetros de los ojos. Y sólo era el comienzo.

Poco después, al colectivo de periodistas se fueron uniendo, también por esas casualidades que desde el principio han sido tónica general en toda esta historia, investigadores que llevaron el asunto mucho más lejos. Tanto que los símbolos pudieron ser decodificados como parte de un antiguo alfabeto beréber llamado *tifinagh*; también como parte de unas coordenadas que indicaban un lugar perdido en mitad del Sahara oriental, al sur de Argelia. Repito: demasiado largo de contar; quizá sería necesario un libro entero para ello. Más aún cuando en este sitio, conocido por los arqueólogos como Tassili, «la Capilla Sixtina del desierto», en el año 1956 el director del Museo del Hombre de París, Henri Lothe, descubrió paredes enteras plagadas de representaciones de animales, escenas de caza, extraños símbolos y alguna cosa más: insólitos personajes cual polifemos que con un solo ojo y algo

parecido a unas escafandras introducían a las mujeres de los clanes tribales de aquella época –10.000 a.J.C.– en el interior de una especie de burbujas. Algo tuvieron que ver los habitantes de aquel vergel que por entonces era el Sahara para reflejarlo con tanto dramatismo y claridad sobre la imperecedera piedra de esos entornos. Algo que con los mismos símbolos se apareció, supuestamente, a un agricultor de Jaén a las doce del mediodía, cuando regresaba de pasear con su perrita... Algo, de momento, sin solución.

Y como no es admisible una historia sin su colofón en forma de visita, tiempo después Dionisio, quizá llevado por la falta del protagonismo que en los primeros meses del caso sí tuvo, empezó a «encontrar» más piedras más o menos parecidas al lucerillo, y hoy son varias decenas las que guarda en su hogar, dispuesto a enseñarlas a los curiosos que decidan desviarse en su ruta a Granada tan sólo catorce kilómetros por la C-3221, y a narrarles con pelos y señales la historia que acabo de relatar. El buen rato está asegurado...

## HISTORIAS APÓCRIFAS

*Cada cual tiene el diablo que se merece*

ARTURO PÉREZ REVERTE

**El castro de los druidas**

No hay cosa más bella en ese pasado celta que poseen los pueblos del norte de España que los castros que encontramos en los mismos bordes de los acantilados. Es posible que la búsqueda de los elementos fuera importante para ubicar finalmente dichos enclaves, pero también es posible que el telurismo de la madre tierra tuviera mucho que ver en ello. Así las cosas, mi buen amigo el periodista Francisco Javier Brandoli, que de «pateos» por casi cualquier sitio sabe bastante, narraba de esta manera las maravillas de un lugar encantado de por sí: «El castro de Baroña, en Galicia, es un lugar singular, impredecible, indescifrable. Rodeado de agua eterna a sus espaldas, de rocas en sus costados, de una hilera de árboles que descienden hasta casi sus pies, llegar hasta allí no es fácil, y más si, como así fue, una lluvia torrencial anega el pequeño camino de piedra que lleva a su encuentro. Una mujer de la cercana Noia avisa a los intrépidos visitantes: “Tengan cuidado, muchos perdieron por aquellas rocas la vida en días de tormenta”. Pero mereció la pena lo que allí esperaba.

»A lo lejos, batiéndose las olas contra sus muros, se observa un castro perfectamente delimitado. Círculos de piedra que aún resisten el paso del tiempo. Una ínsula unida por un brazo al mundo. Allí, en ese inhóspito lugar en días de aguacero, habitó hace siglos un pueblo del que no se sabe bien la procedencia. Parece que fueron celtas o sus descendientes, aunque no hay acuerdo. Para los romanos, que con ellos se toparon cuando cruzaron el

Duero, sólo eran bárbaros, aunque los historiadores de aquella época los definieron como los praestamarcos. Incluso se cree que lucharon contra las imponentes legiones llegadas de Roma y que el no poder vencerlas quizá fuera lo que desencadenara el abandono de sus enclaves, aniquilados por potentes y mejor armados ejércitos. Se cree que la presencia de la cultura castreña en la Península empezó 700 años antes de nuestra era y pereció entre los siglos I y II d.J.C.

»Otro misterio... ¿Dónde enterraban a sus muertos? En los castros no hay vestigios de tumbas, ni se han hallado restos de huesos de los que allí habitaron. La única explicación lógica es pensar que eran incinerados, aunque tampoco se sabe dónde, ya que no hay huella de enclaves donde se practicara la quema de los cadáveres. ¿Los tiraban al mar? Tampoco las aguas han devuelto nunca pistas para sostener esta teoría.

»No es la única singularidad de este pueblo relacionada con el fin de la vida. Si la religión en muchos casos se ha interpretado como una respuesta al más allá, al inicio y al fin, los castreños tampoco practicaron ningún culto evidente. Sin templos, sin iconos encontrados que sirvan para pensar que adoraban a algo o a alguien, los habitantes de estos poblados eran inmunes al imán de las creencias sobrenaturales. De hecho, si analizamos sus viviendas, redondas y todas iguales –en Baroña se observan veinte–, parece que era una sociedad abierta al diálogo y al debate. Bancos corridos rodean todas las casas; lugares, se intuye, de charla y reflexión. A propósito, ninguna de las construcciones es más grande que otra. En principio cabe pensar que tampoco había jerarquías, o al menos éstas no se plasmaban en símbolos de ostentación o riqueza.

»Todo lo anteriormente relatado pertenece al enigma histórico de los castros. Sin embargo, otras teorías dicen que los constructores de estos poblados eran oriundos del mar Caspio. Con ellos trajeron el hierro y claves mágicas extendidas de norte a sur por toda Galicia. La mitología de los castros está relacionada con los druidas, los *mouros*, seres mitológicos de piel blanca y cabellos rubios –cabe pensar en la influencia de los celtas y su aspecto nórdico– y símbolos como la llave, las tijeras, la serpiente y un inaccesible tesoro.

»Dicen que cada castro se instalaba allí donde marcaba el consejo de druidas. Lugares telúricos donde la fuerza sobrenatural estaba presente. En noches de tormenta, cuando la naturaleza se desataba y hablaba su idioma más feroz, se seleccionaban lugares altos, cercanos al cielo o, al menos, desprotegidos de su influencia. Ésta podría ser la razón de la elección de Baroña y de otros castros que se dispersan por todo el noroeste peninsular. Allí, y sólo allí, había una comunicación fluida con los dioses. Ahora, todas estas teorías chocan con la falta de restos relacionados con esos cultos. Quizá la relación con el más allá dependía de la propia tierra y nada tenía que ver la mano del hombre, pero no es lógico pensar que no hubo ninguna respuesta humana a tal desafío.

»Sobre los *mouros*, su implicación en la mitología gallega va más allá de lo que ahora podemos explicar: seres mitológicos capaces de ejercer su poder allá donde habitaban. En los castros, su relación va ligada a un tesoro imposible que anda allí escondido y sobre el que sólo hay pistas y oscuridad para ir a su encuentro. Dicen que el oro se esconde entre sus ruinas para aparecer sólo en noches como la de San Juan.

»Para el que sepa descifrar sus símbolos, la llave, la tijera, que corta la conexión con el más allá, y el miedo a no perturbar su espacio siempre nocturno. Si un humano se topa con un *mouro* se ve obligado a desentrañar algún secreto. Se supone que la función de la serpiente en los castros es la de salvaguardar su secreto, su tesoro. Sólo las *meigas* o hechiceros pueden ayudar al mortal a desentrañar tanto misterio».

Quizá ha de ser el pasado el que hable, pero de momento, en nuestro presente, dejamos un buen puñado de instantáneas del lugar para hacernos a la idea de que el encanto anteriormente citado no radica exclusivamente en su historia...

## **Los petroglifos de Campo Lameiro**

A pocos minutos de Pontevedra, circulando despacio por la N-541 en dirección a Ourense, a diecisiete kilómetros cogemos el desvío, y cinco después se llega a Campo Lameiro, patrimonio arqueológico de valor

incalculable y enclave en el que en épocas pretéritas ya se celebraron ceremonias en honor a los elementos, por lo que fueron sacralizados por los primeros clanes tribales que se asentaron en estos lugares hace miles de años.

Pero lo importante aquí son sus petroglifos, excepcionalmente conservados, y su significado. Algunos de los que se reparten sobre las piedras tienen más de ocho milenios de antigüedad, y a día de hoy aún no sabemos qué técnicas glípticas emplearon aquellos primigenios habitantes de las tierras gallegas para realizarlos con tal perfección. No en vano hay que recordar que los instrumentos de los que disponían eran muy básicos, pues todavía no conocían el hierro.

El significado de los mismos continúa siendo un enigma. Las investigaciones que sobre el terreno se están llevando a cabo en los últimos tiempos ponen de manifiesto que, al margen del uso meramente ritual o religioso, los creadores de estos mensajes pétreos tenían nociones muy avanzadas de astronomía, de tal manera que se han hallado vestigios en los que se aprecia perfectamente la relación astronómica de algunos de ellos con, por ejemplo, el ya mítico Cinturón de Orión.

Pero aún hay más. A ello hay que añadir la representación de supernovas, de los diferentes ciclos de los astros y de misteriosos laberintos que han sido grabados en la piedra –con idénticas características– por diferentes culturas geográficamente distantes entre sí, como los norteamericanos indios hopi y puma, el reverso de las monedas cretenses o los laberintos islandeses. La sensación es que en un momento de la historia pasada hubo un fenómeno en los cielos, o más allá de éstos, que captó poderosamente la atención de aquellas comunidades, provocando la misma reacción de miedo y veneración en el hombre de las cavernas y en el cantero medieval. En suma, son libros abiertos que nos hablan de un conocimiento que no sabemos interpretar, pero que al menos no se ha perdido.

## **Las pirámides de Güimar**



Años atrás, en una de las múltiples oportunidades que he tenido a lo largo de mi vida de visitar la maravillosa isla de Tenerife, alguien me habló de un lugar tan singular como poco visitado. Si bien es cierto que mi interés por aquellas fechas era acceder a otro de los sitios emblemáticos en lo que a misterios se refiere de la isla, el ya citado barranco maldito de Badajoz, cuando logré ultimar la investigación que estaba realizando, atendiendo a las palabras de aquel anónimo informante, me acerqué a la cercana localidad de Güimar. Y lo que allí me encontré jamás se borrará de mi memoria. Un hombre de pelo cano y considerable estatura me recibió a la entrada de un complejo cuidadosamente estructurado: su nombre era Thor Heyerdalh y aquel su Parque Etnográfico de las Pirámides de Güimar, un lugar intencionadamente excluido de las rutas turísticas que se desarrollaban por la isla, simplemente porque el gobierno canario por aquel entonces consideraba a ese hombre un pobre loco, y como loco que era había llevado a cabo su particular obra faraónica, invirtiendo tiempo, dinero y mucho esfuerzo convencido de que los amontonamientos de piedra que se repartían por la zona eran ni más ni menos que los vestigios de las pirámides que siglos atrás levantaron a los cielos los miembros de la cultura guanche; tan beréberes o más que los faraones, que llegados desde Sudán, la legendaria tierra nubia, gobernaron Egipto en tiempos remotos. El gran Ramsés es un buen ejemplo de ello.

Además, la afición de este pueblo por momificar a sus muertos evidenciaba que unos y otros procedían de un punto común, por lo que no era descabellado pensar en la existencia de pirámides en esta región del planeta.

Heyerdalh quedó fascinado con aquellas extrañas elevaciones a mediados de los ochenta, al punto que reflejó en varios escritos, en referencia a las citadas pirámides, que «si estuvieran rodeadas de vegetación y oyésemos a los loros, pensaríamos que estábamos viendo las construcciones mayas de México y Guatemala».

Y es probable. Porque aunque mucho más básicas –lo que a su vez podría denotar una antigüedad mayor que sus «hermanas» americanas–, la disposición de las mismas, orientadas hacia la salida del sol en determinados momentos del año, coincidiendo con fenómenos astronómicos tales como solsticios o equinoccios, tiraban por tierra las tesis oficiales, que defendían que se trataba de amontonamientos realizados por los campesinos de la zona para delimitar

los terrenos. Así lo defendía en el año 1999 en *La Gaceta de Canarias*: «Son estructuras arquitectónicas y no mulleros de piedra. No hemos encontrado en el interior de la pirámide el mismo material que en el exterior. Si realmente se trata de construcciones fruto de retirar las piedras de la zona agrícola – mulleros–, no es lógico que en su interior sólo hayamos encontrado tierra y pequeñas piedras, así como una reducida cantidad de restos óseos animales, madera y restos orgánicos que serán sometidos al estudio del C-14 en EE.UU., por lo que podremos datar las construcciones con un error mínimo (...) Para mí los guanches eran navegantes que vinieron del Mediterráneo y del norte de África, que descubrieron las islas, que conocían la momificación y que eran capaces de ejecutar la arquitectura típica de la época preeuropea».

Y así lo continuaba defendiendo cuando, llevado por la curiosidad, tuve la oportunidad aquella mañana de noviembre de 1999 de conversar, sentados junto a las enigmáticas pirámides, con alguien de una vida tan plena de aventura y conocimiento como víctima de los ataques furibundos de quienes vieron en este noruego de amable conversación a una persona lo suficientemente arribista como para cuestionarse determinados pasajes de nuestro pasado, remontando las primeras civilizaciones más allá del tiempo establecido a partir de Babilonia, y hablando sin tapujos de diluvios, grandes migraciones, navegación primitiva y continentes desaparecidos...

Durante aquellos años entabló una gran amistad con el investigador canario ya fallecido Emiliano Bethencourt, que fue el descubridor de estas estructuras que podríamos considerar el eslabón perdido entre las pirámides de Egipto y las mesoamericanas, resurgiendo de este modo la teoría de un continente intermedio al que se ha llamado Atlántida.

Hoy se sabe que el conjunto piramidal está orientado al nacimiento del sol en el equinoccio de verano. Esto viene a indicar que lejos de las funciones agrícolas que en principio se le atribuían, el enclave pudo ser un centro astronómico y ritual de primer orden.

Las pirámides, pese a estar construidas con piedras volcánicas que no presentan una gran uniformidad, forman ángulos perfectos en un escalonamiento de siete estratos. Asimismo, existe un camino empedrado de 35 metros de longitud que une dos pirámides alineadas con una tercera situada en la cumbre de una pequeña colina. También cabe destacar la existencia de

desagües bajo la plataforma de las construcciones, lo que por otro lado invalida las teorías más escépticas, que hablan de simples amontonamientos de piedras dispuestos al azar. Pues eso, que fueron realizadas con una intención que a día de hoy sólo podemos conjeturar.

## **El ídolo de Peña Tú**

No puedo evitarlo. Soy un devoto de nuestro país, pero he de reconocer que estoy enamorado del norte, de esa cornisa cantábrica donde las olas de un mar brusco rompen contra los verdes acantilados.

Atravesando el puente que hay junto a la localidad cántabra de Unquera, que hace las veces de linde entre esta autonomía y la asturiana, muy pocos kilómetros más adelante llegamos al pueblo de Puertas de Vidiago. Detrás del mismo la montaña comienza a crecer, y la sierra de la Borbolla se alza a los cielos de manera tan vertiginosa que al cabo de unos metros de ascensión un mal tropiezo puede ser fatal.

Pero la subida por el sendero que parte de la población citada, y que está anunciado por un cartel casi tan antiguo como el protagonista del lugar hacia el que nos encaminamos, merece la pena, siempre y cuando no haya llovido poco antes.

Y así, tras media hora de ascensión, llegamos a un paredón de roca de arenisca blanca que se asoma a una barranquera desde la que podemos otear, a lo lejos y circundando la costa, poblaciones tan conocidas como Llanes.

Lo que hay en su superficie es el testimonio de la antigüedad de estas tierras, o más bien de los asentamientos que en el alba de los tiempos hubo por estos valles entre montañas. Y es que al pasar el sofoco del último tramo, ante nuestros ojos se muestra un petroglifo de gran tamaño que parece representar un extraño ídolo único en su género, o lo que sería un extraño ser de grandes ojos e insólitas protuberancias en su cuerpo. El lugar es conocido como Peña Tú, y dicen por estas tierras que es así como se lo llama familiarmente dado su pequeño tamaño. Oficialmente fue bautizado décadas atrás como Cabeza del Gentil, y los primeros estudios que se llevaron a cabo sobre tan asombrosa representación nos conducen al lejano año de 1912, cuando hasta aquí llegó

montado en su percherón el conde de la Vega del Sella, acompañado de un tal Eduardo Hernández Pacheco, que fue quien dio fama al misterioso ídolo al publicar poco después un trabajo sobre el mismo.

Con los años ha sido profanado en sucesivas ocasiones a manos de desaprensivos que han querido dejar su firma en este testimonio del pasado más remoto, al punto de que tiempo atrás fue protegido por una verja, a fin de evitar más destrozos.

Quien mejor lo definió fue el cronista Luis Díez Tejón en su obra *Esta tierra en que nacimos*, donde afirmaba que «la forma es de estela; el rostro son dos círculos y una raya; el cuerpo, sólo líneas paralelas. Parece ser que se trata de una divinidad de culto desconocido, vestida con traje de ceremonia, una diosa-tierra propia de los pueblos agricultores. Hay quien opina que es más bien una representación de carácter funerario relacionada con la necrópolis tubular de Vidiago. Otros afirman que no hay que afirmar nada, pues nada se sabe».

Sea como fuere, ya en 1923 fue declarado Monumento Nacional Prehistórico, y puesto que tesis sobre su significado hay de sobra, no quiero dejar pasar la oportunidad de mostrar las que esboza otro querido amigo, el escritor Juan Ignacio Cuesta, en su libro *Lugares de poder*: «Hay varias teorías sobre el significado de este ídolo (...). Unos piensan que podría tratarse de una divinidad relacionada con ceremonias destinadas a propiciar la trascendencia de los muertos. Otros, sin embargo, se inclinan por la hipótesis de que es la diosa de los Ojos, una enigmática divinidad consagrada a la luna y también a la muerte (...).

»Existen algunas leyendas alrededor de este monumento, como la de un druida que, al pasear un día por el bosque en busca de plantas medicinales, encontró la peña y consideró que se trataba de una señal del cielo procedente de la diosa blanca, por lo que mandó que fuera decorada».

Así las cosas, miles de años nos contemplan desde sus extraños ojos cuando nos situamos frente al ídolo, único en su género y enclavado en un lugar desde el que los cielos se atisban más cerca...

## **El llano de los tesoros**

En este salto constante de un extremo a otro del país nos desplazamos hasta la provincia de Córdoba. En la localidad de Torrecampo, en el año 1976 un grupo de mineros halló los restos de una necrópolis oculta por el paso del tiempo. Las obras se desarrollaban junto a un importante yacimiento tartésico: el Cerro de Salomón. Y el nombre del lugar exacto donde aparecieron los sorprendentes restos no era menos sugerente: El Llano de los Tesoros.

Al lado de muchas de las tumbas se encontraron bustos de gran antigüedad labrados concienzudamente. De una parte sorprende en estas piezas la imposibilidad de catalogación alguna, pues su estilo no se corresponde con ninguna cultura conocida. Además, los rostros representados son un *collage* de los diferentes pueblos que en aquel tiempo deambulaban por la Tierra. Aparecen hombres con barba osiriaca, idéntica a la que lucían los antiguos faraones egipcios. Otros tienen en cambio una faz claramente europea. Y lo más increíble: rostros de rasgos caucásicos junto a otros que pertenecen a gentes del continente africano. Aun así, todavía nos queda la guinda para sembrar el mayor de los desconciertos: semblantes de gorilas y de homínidos extintos hace milenios.

El ingeniero Esteban Márquez llevó unas muestras de la pátina o costra que recubría los bustos a la Universidad de Granada. La petróloga Inmaculada Palomo dictaminó que «si se tiene en cuenta la zona de procedencia de las esculturas, es evidente que éstas han estado durante mucho tiempo en contacto con soluciones residuales no naturales». Desde el punto de vista de la geología, «mucho tiempo» son millones de años.

Algunos de los rostros que supuestamente representan a gorilas parecen responder, según comentó en su día el investigador Jorge Díaz, a razas de homínidos que ya no existen, poblaciones de neandertales que sobrevivieron en Andalucía occidental. Sería interminable detallar la gran cantidad de especies redescubiertas en el siglo XX que se pensaba que habían desaparecido millones de años atrás. Es relativamente fácil que un pequeño grupo de una especie perviva hasta tan sólo hace unos miles de años en un lugar que además era idóneo para su desarrollo. Sea lo que sea, los curiosos rostros guardan un misterioso encanto que puede ser contemplado por aquel que lo desee.

## Construcciones iniciáticas

La capital del Santo Reino de Jaén, nuestra siguiente meta, se halla en el corazón de la provincia, a la sombra de una montaña gris que desde hace milenios protege a los habitantes de la ciudad de los vientos del sur.

La silueta de Jaén aparece partida en dos ante la imponente presencia de la catedral renacentista del maestro Vandelvira, cuya inspiración bien pudo venir del templo gótico que antaño ocupara estos terrenos, y del que hoy tan sólo nos queda un muro escondido en la calle Valparaíso. Marcas de cantería, gárgolas o extraños ídolos son los únicos vestigios que subyacen de un recuerdo vago enclavado en la época más oscura de la humanidad: la Edad Media.

Pero la luz hace tiempo que llegó a estos territorios, y buen ejemplo de ello es el bullicio eterno de sus céntricas plazas, punto de reunión de los jienenses para llevar a cabo el sano ejercicio del tapeo. Rodeados de naranjos y de edificios de curiosa inspiración neoclásica, el tiempo parece detenerse cuando el rumor del agua de la fuente se convierte en parte de la armonía que reina en el entorno.

No muy lejos de allí, a menos de un centenar de pasos se levanta la iglesia de San Ildefonso, una joya del siglo XIV que hizo construir un obispo singular de conocimientos ocultistas llamado Alonso Suárez de la Fuente del Sauce. Mucha hubo de ser la fama de este personaje, pues mandó grabar en sus templos el escudo de armas familiar: un sauce en el interior de una fuente octogonal, todo un ejemplo de simbología esotérica.

Además, si esta iglesia es única en el mundo es porque a ella descendió la Virgen precedida de un grupo de luces, tal y como asegura la placa conmemorativa de tamaño acontecimiento. Es decir, no apareció, como es habitual, o como dicen que suele ocurrir los versados en estos asuntos.

La ciudad de Jaén, integrada en la Corona de Castilla desde su conquista a los musulmanes en 1246, continuaba siendo escenario de escaramuzas entre los nazaríes granadinos y las mesnadas cristianas que intentaban apoderarse de los últimos baluartes de Al-Andalus. Bajo este clima de intensa fricción militar, algo extraordinario vino a ocurrir la noche del 10 de junio de 1430, en

que cuatro personas –dos hombres y sus mujeres– fueron testigos de la insólita aparición, que tiempo atrás sacó a la luz el fantástico investigador Moisés Garrido.

Pedro, hijo de Juan Sánchez, morador en el arrabal de San Ildefonso, declaró que: «... a ora de media noche y como cuando el reloj da doce oras, vido ir la calle arriba de cara a la dicha iglesia siete personas que parecían omes... iban vestidos de blanco y las vestiduras cumplidas hasta los pies; y que vido hasta otras veinte personas vestidos eso mismo de blanco hasta los pies». Continúa su declaración diciendo que también «... iba una dueña más alta que las otras personas, vestida de ropas blancas, y llevaba una falda tan grande como dos brazadas y media o tres... no le vido la cara, pero que le pareció que salía de su cara tanto resplandor que alumbraba tanto o más que el sol, que con el resplandor parecían todas las casas de alrededor y aún las tejas de los tejados se determinaban así como si fuera medio día y el sol bien resplandeciente; tanto era el resplandor que le quitaba la vista de los ojos así como si mirara de hito en hito en el sol...». Tras ésta, afirmó el primer testigo, seguía una extraña procesión de hasta cuatrocientos acólitos de blanco, cien de ellos armados: «... en las espaldas de parte de fuera de la dicha capilla que viera aparejado un grande altar tan alto como una lanza y que relumbraba mucho... y con paramentos toda la pared en somo dellos blancos y dellos colorados; y que vido que cantaban a alta voz hasta veinte personas vestidos eso mismo de blanco, y que las voces parecía flacas como suelen tener los enfermos desde se levantan de la dolencia, y que este testigo no vido la cara de ninguna de aquellas personas, pero que en altar no vido persona alguna de manera de clérigo vestido».

Finaliza su interesantísimo testimonio manifestando que «... cuando venía esta gente oyó que venían muchos perros ladrando en pos dellos... y que cuando fue de día claro que vino a ver si aquella gente si avía hecho fuelliga o rastro alguno y que no halló fuelliga ninguna...».

Juan, hijo de Usanda Gómez, segundo de los privilegiados testigos, fue preguntado por su inusual color de cara: «¿Cómo estás así tan amarillo?», le cuestionaron. «Del miedo de anoche.» Y así describió la insólita procesión: «Daba claridad como de candela, y que pensó que era de día. Además, ésta lo escalentó, aunque no tanto como el sol». María Sánchez, mujer del pastor

Pedro Hernández, como los anteriores, y a requerimiento del tribunal eclesiástico, formado a la sazón por el vicario general del obispado Juan Rodríguez de Villalpando y los notarios y escribanos públicos, dijo ver la fuerte luminiscencia de la misteriosa dueña: «... y que después de ella pasada que tanta claridad daba en las dichas sus casas como de antes cuando ella pasaba; y dixo esta firma que a la sazón que oyó como canto, pero que no le parecía el canto según deste mundo, y que en lo oír ovo mucho gasajado y consolación».

Juana Hernández, mujer de Aparicio Martínez, fue la última persona que, según sus palabras, «vido súpito un resplandor grande acerca de las espaldas de la capilla de la iglesia de Sant Ildefonso, y que imaginó en sí luego que era relámpago, y que deliberó que no sería relámpago por cuanto era grande y muy resplandeciente la claridad y que era continua aquella, y que comenzó a estremecer toda». Así hubieron de acontecer aquellos sucesos según estas informaciones recabadas «en la muy noble ciudad de Jaén, martes trece días del mes de junio año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de mil y cuatrocientos y treinta años».

El documento original, un pergamino de 40,5 centímetros por 61 centímetros, escrito a dos columnas en letra cortesana y en castellano, fue autenticado en 1944 por Miguel Gómez del Campillo y Eugenio Sarrablo Aguarales, director y secretario respectivamente del Archivo Histórico Nacional, bajo el veredicto de «documento auténtico y coetáneo a su fecha, sin haber encontrado detalle alguno sospechoso».

Hemos de decir, para completar la exposición del mismo, que tres de los testigos afirmaron que «esta dueña llevaba en los brazos una criatura pequeña eso mismo vestida de blanco», mientras que Juana Hernández afirmó que «parecía que traía la dicha dueña en los brazos ante sus pechos un bulto que no pudo determinar qué cosa sería, y que le pareció que de su faz della y de aquel bulto salía aquel resplandor».

De igual modo, ninguno de ellos atribuyó la extraordinaria visión a la Virgen María, salvo María Sánchez, quien la identificó al describirla con una imagen de «sancta María, según está figurada en el altar de la dicha iglesia».



La crítica a los sucesos de 1430 llegó en el siglo XVIII de la mano de un importante ilustrado y a la vez miembro del cabildo catedralicio, el deán José Martínez de Mazas. Para él, «los testigos se hallan poco calificados, están varios, singulares y aún contratos en muchas cosas, no viendo razón y motivo para que la reina Soberana de los Ángeles hiciese aquel paseo tan extraordinario...».

La contrarréplica vendrá ya en el XIX por parte de dos sacerdotes que atacaron con dureza al deán Mazas con sermones muy significativos: «Vieron venir el auxilio de lo alto, sobre sus casas, sobre su templo, la Virgen sentada en trono de plata iluminando con luz de glosa los muros de la ciudad, bajando de los cielos. Lejos de entrar en averiguaciones que a nada bueno conducen, porque no es expediente, como dice el más grave de nuestros historiadores, con semejantes disputas y pleitos alterar las devociones del pueblo. Esta fe iluminada con la luz que baja de las alturas por invisibles canales». Resulta cuando menos dudoso que estas palabras fueran pronunciadas por el canónigo Muñoz Garnica en 1853, uno de los hombres más enigmáticos vinculados a la historia de la catedral de la ciudad, y que según narran las crónicas, anduvo buscando en los laberínticos corredores catedralicios documentos que atestiguaran la presencia en la capital jienense de la mítica Mesa de Salomón, tema este que abordaré más adelante. Al igual que ocurriera con sus predecesores, se enriqueció con extraña rapidez. En fin, que lo suyo era investigar sin cesar...

Pero hubo más comentarios a favor: «Yo no sé por qué ciertos críticos pretenden arrancar del corazón cristiano esas venerandas tradiciones sometiéndolas al examen exclusivo de una razón descreída, como si ésta fuera juez competente para conocer en hechos que pertenecen a un mundo sobrenatural» (Rodríguez de Gálvez, 1883).

Como conclusión para este singular episodio, y como ya comentara con anterioridad, llama poderosamente la atención observar que cuando se hace referencia a la aparición de la Virgen se obvia precisamente eso, que se trate, como en otros tantos casos, de una aparición, catalogándose de descenso. Esto es importante, ya que la supuesta comitiva divina no se manifestó de repente,

sino que fue observada por espacio prolongado de tiempo y bajando en forma de luces de los cielos. ¿Acaso este aspecto no recuerda a los ovnis de hoy en día?

Pero sigamos caminando por las entrañas de la vieja ciudad. Las calles se convierten en una maraña serpenteante, vestidas con la presencia de imágenes ancladas en tiempos pasados a las que se rinde fervoroso culto.

Atravesando el empedrado de ese laberinto que es el arrabal de la Magdalena, podemos observar cómo Jaén ha mantenido el carácter de su antigua judería, con plazas de espesa arboleda a las que rara vez llega el sol, en las que conviene descansar y echar tranquilamente un vistazo alrededor. Los símbolos hebreos surgen aquí por doquier, donde la leyenda sitúa el icono más célebre de este lugar: el lagarto de Jaén, al que años atrás se rindió un emotivo homenaje, y como recuerdo del cual nos queda una fuente a cuyos pies descansa el mítico animal.

Ya sea lagarto o dragón, éste debía de custodiar el tesoro en su guarida, y ésta se halla poco más abajo, vigilada por la vertical presencia del castillo de Santa Catalina.

Hoy que tan de moda está acudir a ciertos lugares a la caza y captura de cuanta simbología pagana pueda haber quedado escrita en las piedras de determinados templos cristianos, no está de más recordar esta historia:

En el año 1500 arribó a la diócesis de Jaén Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, obispo abulense que se supone anduvo buscando la mesa del templo de Jerusalén, es decir, la Mesa de Salomón, bajo el suelo de la catedral jienense. Y parece ser que argumentos no le faltaron para convencerse de que estaba allí. Cualquiera que se acerque a este templo y conozca las «señales paganas de la iniciación» se podrá percatar del riquísimo contenido que guarda en sus paredes.

Por este motivo una vez más me apresuré a atravesar el corazón de la ciudad antigua. El frío arreciaba, o más que el frío era el viento gélido, viejo compañero de rondas en otras tantas madrugadas.

Comenzó a llover. Al fondo, entre brumas se apreciaba que la estrecha callejuela permanecía vacía. Únicamente los destellos de una llama que alumbraba la entrada a la taberna anunciaban que algo de vida quedaba en su

interior; rezagados y borrachos con los que, en lugares así, más nos hacen disfrutar de su conversación. Era un buen momento para poner las ideas en orden y compartir los conocimientos.

La leña crepitaba en el interior de la vieja estufa de latón. Los barriles, de buen vino, se sostenían milagrosamente sobre cuatro palos de apariencia frágil. El agua inició su descenso cada vez con más fuerza, como ocurriera esa misma noche hace siglos, cuando un obispo parecía querer huir de su destino. «Alonso Suárez de la Fuente del Sauce fue un obispo que quedó insepulto y que se enriqueció en una época de penuria económica para la mesa episcopal, construyendo obras cargadas de simbolismo y de criptogramas que conducían a un enigma inconcluso, ganándose el sobrenombre de “edificador”, el constructor de una tradición ocultista que ansiaba llegar al gran descubrimiento.»

Así se referían los cronistas de aquel tiempo a este personaje, obispo de Jaén a comienzos del siglo XVI y heredero de una saga de iniciados que al menos hasta 1893 estuvieron buscando la citada mesa, amén de varios documentos francamente reveladores, en el laberinto de pasillos que se sitúa bajo el tablero de ajedrez que es el suelo catedralicio. Y es posible que se toparan con algo muy interesante...

## **Los saqueadores del templo**

Salomón envió a decir a Jiram de Tiro: «Tú sabes que David, mi padre, no pudo edificar un templo en honor del nombre de Yahvéh, su Dios, a causa de las guerras en que se vio envuelto hasta que Yahvéh le puso a sus enemigos bajo las plantas de los pies. Pero ahora Yahvéh, mi Dios, me ha concedido paz por todas partes, pues no tengo enemigos ni conflictos. Por ello he decidido edificar un templo al nombre de Yahvéh, mi Dios, conforme a lo que prometió Yahvéh a mi padre David cuando le dijo: “El hijo tuyo, al que yo pondré en tu lugar sobre tu trono, ése construirá el templo a mi nombre”». (1, Reyes 5-25)

Hacia el 930 a.J.C., el rey Salomón mandó edificar un templo para así glorificar el sagrado nombre de Dios. Y fue el propio Yahvéh quien, dada la humildad del hijo de David, le concedió riquezas infinitas y capacidad para

obrar con justicia y sabiduría.

En el interior del templo se rendiría culto a la divinidad, y además albergaría en sus majestuosas estancias tres objetos revestidos con el poder de Dios: el Arca de la Alianza, protectora de las Tablas de la Ley; la Menorah – el candelabro de siete brazos–; y la Mesa de los Panes.

Los siglos pasaron y Jerusalén, la «ciudad de la paz» –ironías de la vida–, fue saqueada en sucesivas ocasiones. Sin embargo, no fue hasta el año 70 de nuestra era cuando las legiones de la poderosa Roma, encabezadas por el emperador Tito, entraron en la ciudad antigua y expoliaron el templo judío, llevándose consigo las riquezas que allí se guardaban. Cuenta el historiador y cronista Flavio Josefo en su *Guerra de los judíos* (VI, XXXII), que «fue tan grande el botín que hicieron los romanos que el oro se vendió en Siria posteriormente sólo a la mitad de lo que valía antes». Y continuaba narrando en su obra, en los apartados VII, XVIII: «Todo lo que las naciones más venturosas habían podido acumular de más precioso, de más maravilloso y de más caro con el paso de los siglos, quedaba reunido aquel día para dar a conocer al mundo hasta qué punto se elevaba la grandeza del Imperio. Entre la gran cantidad de botines, los que destacaban con dorado brillo eran los que habían sido capturados en el templo de Jerusalén, la mesa de oro que pesaba varios talentos y el candelabro de oro...».

Fue una época convulsa. Las invasiones continuadas de los bárbaros del norte acabaron por hacer mella en un Imperio romano muy debilitado. Y fue en el año 410 d.J.C. cuando los sanguinarios guerreros del godo Alarico ahogaron sus ansias de lucha con la sangre de los vencidos. Los triunfadores traspasaron los arcos de la ciudad del Tíber, alzando con orgullo las armas al caminar junto al mítico arco de Tito, en el que siglos atrás los mejores artesanos de la piedra grabaron, como un irónico canto a la inexistencia del poder eterno, los altorrelieves en los que se ensalzaba la victoria y el asedio final de la ciudad santa, y la que habría de ser ubicación final del fantástico tesoro en el cercano templo de Júpiter Capitolino y en el palacio de los césares. De nuevo pasaba a manos extrañas, pero el verdadero valor no anidaba en la suntuosidad de sus joyas o del oro; sino que radicaba en los conocimientos de una casta de iniciados, que sabedores de su trascendencia,

lo protegieron con la propia vida. No en vano una tradición hermética afirmaba que su poseedor tendría la llave de acceso al Conocimiento Absoluto... Con mayúsculas, que para eso es único.

## **Tras la pista del oro judío**

Pese a tratarse de un punto en el que no hay quien se ponga de acuerdo, las pistas parecen indicar que los utensilios sagrados del templo de Yahvéh fueron incorporados en su totalidad al llamado «Tesoro Antiguo» de los visigodos, llevándolo en sus arcas cuando éstos se asentaron en el sur de Francia, en el siglo VI, concretamente en la ciudad de Carcasona. Con el paso de los siglos la región del Languedoc galo fue ocupada por clanes de judíos nómadas, en lo que durante décadas compondría la Septimania, y donde antes de su definitiva expulsión debieron de ocultar una información en cierto modo desestabilizadora –y si no que se lo pregunten a Dan Brown, el autor del ya clásico *El código da Vinci*.

Retomando el hilo del relato, a partir del instante en que los visigodos, con el tesoro a cuestas, se instalan en la célebre localidad francesa, las huellas del mismo comienzan a diluirse. El cronista musulmán Aben Adhari aseguró en uno de sus escritos que los enseres sagrados fueron trasladados a Toledo: «Tesoros y botines innumerables, entre los cuales se encontraban misteriosos amuletos mágicos, de cuya conservación y custodia dependía la suerte del imperio fundado por Ataúlfo...».

Y como la historia es cíclica, a comienzos del siglo VIII los devotos de Mahoma decidieron atravesar el Mediterráneo e iniciar la conquista de esa amalgama de culturas que por aquellas fechas era nuestro país, empezando, como no podía ser de otra forma, por Andalucía. De este modo, los caudillos Tarik y Muza, encabezando un poderoso y perfectamente organizado ejército, tomaron la capital del reino visigodo, Toledo, y una vez más, como ya ocurriera siglos atrás, el asedio se convirtió en sinónimo de saqueo y muerte. Se trató de pasar el tesoro a Oriente, y fue precisamente entonces, en el traslado desde la ciudad del Tajo hasta el puerto de embarque en Cádiz donde definitivamente no se volvió a tener noticia de él.

Aparentemente, si nos atenemos a los datos expuestos y a los documentos que he logrado consultar, el mítico cargamento debería de estar en algún lugar perdido del corazón o el sur de la Península. Así las cosas, determinados investigadores se muestran reacios a aceptar una explicación que consideran de escaso peso argumental.

Para apoyar esta hipótesis, se escudan en uno de los sucesos más enigmáticos habidos hasta la fecha, un hecho paralelamente muy relacionado con esta historia.

Viajemos al sur de Francia por unos instantes.

Siendo conscientes del peligro que se avecinaba sobre un imperio que comenzaba a tambalearse, los visigodos optaron por construir una poderosa fortaleza en la antigua ciudad de Rhedae, en el condado de Razés, donde fueron transportados todos estos elementos. Es decir, que el legado de Salomón jamás se movió de suelo francés.

Obviamente, con el paso del tiempo algún vestigio debería de haberse localizado en la zona para confirmar tan discutida y polémica afirmación. Y esa prueba aparentemente llegó...

En la segunda mitad del pasado siglo, la pequeña población de Rennes-le-Château fue la cuna de un complicado entramado en el que se mezclaron conspiraciones, traiciones, sociedades secretas y un misterio a todas luces descomunal. De su sacerdote, el inefable François Bérenger Saunière poco hay que decir; o mucho, pero no es ésta la ocasión. Sólo apuntar que a finales del siglo XIX realizó un descubrimiento «trascendental» bajo el suelo de la iglesia de su pueblo, y comenzó a enriquecerse de manera asombrosa y a relacionarse con gentes pertenecientes a la alta sociedad de París, con miembros de importantes colectivos esotéricos y con la realeza europea, como si su hallazgo hubiera abierto una especie de caja de los truenos, molesta para unos y fascinante para otros. Además, en ese mismo período entró en contacto con los miembros de una sociedad hermética situada en Jaén, y al parecer acudió a una importante cita con el objetivo «de comparar descubrimientos». Más de una prueba hay de aquella visita. ¿Dónde? Entre otros sitios en la catedral de Jaén. Sigamos...

## Dentro de la catedral

La enorme puerta del templo chirrió al desplazarse. El interior estaba gobernado por las sombras. Entré. La lluvia comenzaba a ser molesta. El suelo catedralicio, como un perfecto tablero de ajedrez de cuadrículas blancas y negras, reflejaba la poca luz que se colaba por los ventanales situados en la cúpula, donde se cruzaban las dos naves. Estaba atardeciendo. En el interior no había nadie, y la capilla del Santo Rostro se hallaba iluminada tenuemente al fondo. La reja, cerrada a cal y canto, no permitía continuar. Pero allí estaba: la voluminosa cajonera, inadvertida para quien la buscase entre la pompa y el boato con el que había sido ornamentado el resto de la estancia. Sin embargo, a la izquierda, oculta entre la penumbra, se perfilaba la silueta de la última morada de Alonso Suárez de la Fuente del Sauce, el obispo que prosiguió la búsqueda en el ya lejano año de 1500. Un personaje rodeado de incógnitas.

Fue obispo de Mondoñedo, Lugo y Jaén, inquisidor general y presidente del Consejo de Castilla por obra y gracia de su majestad la reina Isabel la Católica.

Nació a mediados del siglo xv en la pequeña aldea abulense de Fuente del Sauce, de donde tomaría los ilustres apellidos. Hijo de Pedro Sanz Suárez y de Catalina Suárez, su juventud no fue precisamente amable. Su familia provenía de la nobleza, y aun así hacía generaciones que no levantaba cabeza. Con el paso de las décadas, tal y como refleja la *Historia de la Diócesis de Jaén y sus Obispos*, «hizo tal estima de su pueblo natal que al ser nombrado obispo de Mondoñedo –20 de marzo de 1493– tomó como motivo heráldico de su escudo de armas una fuente, y en el centro de ella un sauce llorón, cuyas ramas se inclinan nostálgicamente hacia la tierra, con un deje de tristeza y pesadumbre». ¿Así de simple? No. La lectura correcta nos desvela un riquísimo tratado iniciático: la fontana y el árbol de la Ciencia en el interior del hexágono, símbolo inequívoco de Salomón.

En los verdes montes de Galicia, el joven obispo estableció contacto con la tradición ocultista y se adentró en los entresijos de la vida y milagros de un inmediato antecesor en la diócesis lucense: el obispo Rosendo, que allá por el siglo x, en palabras del escritor Juan García Atienza, «poseyó las características mágicas del constructor iniciado», realizando obras faraónicas

en un tiempo en el que, salvo para comer, para poco más se tenía. Su incansable labor constructora y su evidente altruismo forjaron una enigmática leyenda en torno a su persona que perduró hasta el final de sus días. Pues bien, las similitudes entre el obispado de uno y otro con el paso de los años acabaron siendo inexplicables. Don Alonso fue destinado a Málaga en 1499, pero allí no llegaría a tomar posesión de sus cargos. La sede de Jaén quedó vacante, e inexplicablemente, en el año 1500 pidió ser trasladado a un emplazamiento en el que permanecería hasta el final de su vida. En esas fechas, aquélla era una ciudad de frontera en la que convivían judíos, árabes y cristianos con toda una ralea de malolientes asaltantes de caminos. Nadie quería ir allí; mucho menos aquellos a los que su relación con la Corte les permitía gozar del favor de los reyes para acceder a otro emplazamiento de más relumbrón. Sin embargo, don Alonso pareció acoger la noticia con agrado. La tarea a realizar en un lugar en el que el pecado asomaba la mirada en cada rincón de la ciudad era ardua, casi tanto como la reconstrucción del templo, que se encontraba en un estado deplorable desde que las obras iniciadas por el obispo Nicolás de Biedma, dos siglos atrás, se vieran truncadas repentinamente. Varios cronistas aseguran que don Nicolás inició la construcción de un descomunal «libro de piedra», que contendría misterios encriptados.

Durante décadas el ruinoso templo fue punto de peregrinación para miles de personas que supieron interpretar parte de su simbología. Obviamente, si tales secretos existieron, acabarían por resultar molestos para alguien. Y ese alguien fue Luis de Osorio, hombre de Dios que cabalgó triunfal junto a los Reyes Católicos durante la toma de Granada, que ordenó en la segunda mitad del siglo XIV demoler la edificación.

Don Alonso encontró el enclave vestido de ruina, y conocedor de la tradición oculta que encerraban los viejos muros, retomó las labores de edificación para levantar definitivamente su testamento de piedra: la catedral gótica de Jaén. Lamentablemente, al igual que ocurriera con otros antes que él, la obra no llegó a ser culminada.

Paralelamente a dicha construcción, el obispo se dio a una intensa actividad fundadora que le sirvió para ganarse el sobrenombre antes citado. Palacios, templos, puentes, fortalezas... Nada parecía resistirse a la bolsa



benefactora de don Alonso, que como único requisito mandó labrar sus armas en aquellas construcciones: un escudo, como ya he comentado antes, más bien extraño.

Sin embargo, son pocas las dudas que quedan a la hora de interpretar que conocía a la perfección la leyenda que impregnaba los rincones de la vieja ciudad, en la que se establecía una relación intensa entre la tradición de la mesa del templo de Salomón en Jaén y el tesoro de los godos. Siglos más tarde, el tiempo, haciendo gala de una justicia implacable, pareció querer colocar a don Alonso en su justo lugar, otorgándole parte de razón al ser descubierto el magnífico tesoro de Torredonjimeno, a pocos kilómetros de la capital del Santo Reino.

El conocimiento de dicha tradición posiblemente le fue concedido por los cabalistas del antiguo barrio judío de la localidad, los Chaprut, dueños y señores del raudal de la Magdalena, donde cuentan las leyendas que se sitúa la morada del célebre lagarto, uno de los guardianes del tesoro supuestamente allí escondido. Consciente del valioso legado que le fue entregado, supo cómo agradecerlo sembrando en sus obras las pistas del misterio salomónico. Y en la más grandiosa de todas ellas, la Santa Iglesia Catedral, elevó su mensaje de símbolos a la categoría de testamento.

De la construcción gótica hoy únicamente nos ha llegado el muro-cabecera, que constituye para el mayor conocedor de sus secretos, el escritor Juan Eslava Galán, un código cifrado que no usa letras sino símbolos; 35 metros de largo por unos ocho de altura en los que el nudo de Salomón, el Baphomet o ídolo templario de la sabiduría, y diversos signos o enigmáticas marcas de cantería surgen a diestro y siniestro.

La búsqueda de la Mesa de Salomón parece detenerse a finales del pasado siglo, coincidiendo con la posible visita del párroco de Rennes-le-Château.

Dentro de esta historia de tramas y sociedades secretas no podían faltar las logias de iniciados, compuestas por miembros del clero y de la nobleza local. Y es que la segunda mitad del XIX aglutinó a un colectivo de personas, pertenecientes a las esferas del poder, que decidieron reiniciar la búsqueda. Al frente de todos ellos estaba el misterioso canónigo Muñoz Garnica, que al

igual que sus antecesores se convirtió de la noche a la mañana en poseedor de una fortuna tal que, contaban sus contemporáneos, las rentas de sus fundaciones «crecían como por ensalmo».

La intensa actividad desarrollada, así como los diversos viajes a Italia y Francia, no pasaron inadvertidos para los habitantes de la entonces pequeña localidad provinciana, despertando la curiosidad y el recelo entre sus feligreses. ¿Y todo para qué? Es probable que la respuesta se encuentre en las innumerables horas que Garnica pasó en el archivo diocesano, entre amarillentos manuscritos y polvorientos volúmenes.

Ya en el siglo XX hubo quienes se arriesgaron a continuar con la apasionante aventura, pereciendo en el intento. En el mes de julio de 1968, un prestigioso investigador descubrió el último eslabón de una cadena interminable. Se trataba de un viejo pergamino con una larga lista de nombres en los que figuraban miembros del clero, la burguesía e incluso la realeza. Encabezando el mismo había manuscrita la siguiente frase: «Los que buscaron la cava». ¿Acaso se referían a la cueva situada bajo la Santa Capilla? Como era de esperar, también aparecían los nombres de Alonso Suárez de la Fuente del Sauce y el de Muñoz Garnica.

Sea como fuere, pasear por el interior de la catedral es toparse de bruces con «el verdadero rostro del Salvador» –así reza una frase en caracteres góticos que aparece a los pies de un gran cuadro que representa a un Cristo muy especial–, con una Virgen negra, con un Santo Cáliz rebosante de sangre, con una cruz que cumple el principio hermético «como es arriba es abajo»... Y para qué hablar del coro gótico de Guierero que ordenó construir el obispo don Alonso, donde las representaciones a su persona, los guiños a la masonería, o la supuesta firma del abad francés Berénger Saunière, amén de alguna cosa más, hacen las delicias del apasionado por estos asuntos.

## **El curandero de los pobres**

Andalucía es una tierra rica en curanderos, personas que desde tiempos ancestrales han cautivado la imaginación de historiadores y literatos. Últimos guardianes de una fe milenaria, los saberes de estos «otros médicos» han sido

desestabilizadores para una sociedad que en ocasiones los ha condenado al ostracismo más injusto. Sea por inspiración divina, o por el buen uso de los dones que les otorga la madre naturaleza, lo cierto es que hoy en día son miles las personas que acuden a ellos, obteniendo en ocasiones sorprendentes resultados.

Por encima de todos, quizá a modo de guía espiritual cuya figura es venerada con la pasión que únicamente se reserva a los santos, existió un hombre rechoncho y de figura frágil, apariencia enfermiza y sonrisa bondadosa. Han transcurrido treinta y nueve años desde que desapareció Custodio Pérez de Aranda, «el santo Custodio», el curandero más célebre de los habidos por estos pueblos entre riscos. Sin embargo, sus prodigios han perdurado hasta nuestros días, aumentando en número con el paso de las décadas. Partimos de Bélmez en dirección a Huelma. Desde aquí hemos de ascender a lo alto de la sierra por la A-324 para retomar la E-902 que finaliza en Granada. De camino se halla Noalejo, el pueblo que viera nacer al bueno de Custodio.

Desde hace años su sepultura se ha convertido en un centro de peregrinación que cada cierto tiempo recibe la visita de miles de creyentes, ansiosos por observar los milagros que son atribuidos a su figura, y ya de paso, para ser también partícipes de los mismos... Los informes médicos confirman que enfermos de graves dolencias sanan tras acudir a la última morada de Custodio. ¿Explicación? Ninguna. Lo mejor es ir a las romerías que se producen cada domingo en el pequeño pueblo de Noalejo, para comprobar que su poder continúa teniendo efecto. O al menos eso dicen.

## ***La Hoya***

Hay ciertos lugares que, por distintos motivos, marcan de tal manera a aquellos que los visitan que podría asegurar metiendo la mano en el fuego que, al final, todos regresan a ellos. La Hoya del Salobral es de éstos, tan inaccesible espiritualmente como por su difícil geografía: La Joya, tal como pronuncian por estas tierras. En esta pequeña cortijada perteneciente al

municipio de Noalejo, situada en las estribaciones de los montes orientales de Granada, vino al mundo un místico cuya vida está repleta de acontecimientos extraordinarios.

En 1885 la provincia de Jaén sufría una virulenta epidemia de cólera morbo. Ese mismo año nacía Ángel Custodio Pérez de Aranda, «patriarca de los desheredados», cuya fama, ya de adulto, trascendería extensamente los límites de su recóndita aldea, por los innumerables prodigios y milagros que supuestamente llevaba a cabo. Hijo de dos humildes labradores, Adora Aranda y Custodio Pérez, de niño se mostraba como un muchacho de carácter tímido e introvertido.

En una región en la que tradicionalmente abundan curanderos y santos de todo tipo, la presencia de los mismos suponía un alivio para los desahuciados por la medicina ortodoxa, esa que casi nunca llegaba a tiempo en estos abruptos pagos.

Así pues, la gente confiaba sus dolencias a los «médicos del cielo», personas dotadas «por la gracia de Dios» para sanar a los enfermos. El santo Luisico Aceituno fue uno de ellos, de quien se dice que Custodio recibió la gracia allá por el año 1911. A la edad de veintiséis años –había nacido el 8 de septiembre de 1885–, aseguran las voces populares que nuestro protagonista sufrió una revelación de la mismísima Virgen. La comunicación, tan escueta como en cierto modo siniestra, se prolongó por espacio de unos segundos. Posteriormente la divinidad le mandó ejercer el ministerio sagrado; ni más ni menos que servir de consuelo espiritual y material para la que a partir de entonces se habría de convertir en su feligresía. Así pues, el carácter de Custodio mutó, saliendo de su usual silencio y poniendo en marcha sin ser consciente de ello las masivas peregrinaciones hacia la casa de este nuevo santo popular.

Los soplos, masajes, untes de saliva y bendiciones hicieron que numerosas voces proclamaran a los cuatro vientos las excelencias curativas de este singular personaje, que únicamente requería una condición previa por parte del enfermo: su fe en Dios.

Las autoridades civiles y eclesiásticas, como ocurre habitualmente cuando sucesos que escapan a la razón desbordan las previsiones, empezaron a ver el asunto como un problema de dimensiones preocupantes, puesto que

cada jornada eran cientos los enfermos que desde cualquier punto de la geografía española —e incluso desde el extranjero— arribaban al lugar de los prodigios.

Los poderes fácticos, seguro que alentados por las palabras de algún médico envidioso, consiguieron que el curandero fuera encarcelado en los duros años de la guerra civil. A su hogar llegaron dos militares con la orden de llevarlo detenido. Cuentan los más ancianos, que los soldados, al informar a Custodio de cuál era su intención, no pudieron levantarse de las sillas en las que momentos antes habían tomado asiento. El miedo se apoderó de los jóvenes militares, que presurosos y apurados le dijeron al santo que no se preocupara; que realmente no querían llevarlo a prisión. Sólo entonces lograron ponerse nuevamente de pie, saliendo de la vieja casa como alma que lleva el diablo.

Aquello no hizo más que ralentizar una decisión que ya estaba tomada, y Custodio, finalmente, dio con sus huesos en la cárcel. Consciente de su papel de víctima de un sistema intolerante, no perdió jamás la esperanza de volver a pisar los campos de su tierra, y poco después fue liberado.

Más tarde, testimonios rescatados por los funcionarios que en aquellos días lo vigilaron, confirmaban un rumor convertido en leyenda: «Los cerrojos y candados de su celda se aseguraban por la mañana, y al llegar la noche se abrían ante el estupor y aburrimiento de los carceleros».

Custodio abandonó este mundo el 15 de agosto de 1961, agotado, porque la tradición asegura que el curandero, el buen curandero, somatiza aquellas enfermedades que sana. Y Custodio, a esas alturas de la vida ya era considerado santo, santo del pueblo, más grande entre los grandes, que antes de abrir las puertas del más allá dejó escrito un verso que sonó a profecía: «Aquí están mis oraciones, cúmplanse mis sentimientos, que mi vida será sonada después de haberme yo muerto».

*Prodigios más allá de la vida*

Esta tierra de místicos tiene algo que atrapa al instante. Cautiva por su belleza agreste –quien haya llegado hasta las tierras de Custodio sabrá perfectamente de lo que estoy hablando–, por el misterio que guardan sus cumbres, y por la sabiduría de unas gentes que viven al margen de la civilización, entre otras cosas porque la cobertura televisiva aquí llega con cuentagotas y eso los libra de esos maravillosos espacios destripavidas que tanto se prodigan en las televisiones privadas. Un milagro más de Custodio... Todos aquí conocen sobradamente la historia de un hombre que nunca llegó a aceptar dinero por sus favores, ya que existe la creencia generalizada entre estos clanes de santurrones de que, si así lo hicieran, perderían automáticamente la gracia que la divinidad les ha otorgado. Éste es un aspecto muy interesante que hay que tener en cuenta en nuestros días dada la proliferación mediática de ciertos sanadores de dudosa ética y reputación.

En los últimos años la sepultura del curandero se ha convertido en un templo que se asoma a la barranquera, al que cada día acuden decenas de personas que creen a pies juntillas en los poderes de este hombre. En el lugar, todavía hoy, en las fechas señaladas por este particular santoral popular, se desarrollan escenas propias de una película de Buñuel, escandalosamente dramáticas y sociológicamente insuperables. Pero también se suceden hechos fuera de lo normal, que mitifican aún más la figura del santo fallecido.

Son muchas las ocasiones en las que he tenido la oportunidad de charlar con Antonio Ramos, un hombre recio que durante años fue policía municipal de la localidad de Noalejo. Él recibió muchas informaciones, pero también tuvo muchas vivencias, y así me lo recordaba una fría tarde de marzo junto a la tumba de Custodio: «Un día, temprano, vi a un niño acostado sobre la tumba de Custodio. Estaba solo y sufría como tiritonas, en un tiempo que no hacía ni pizca de frío. He visto a personas mayores temblar junto a la tumba. Dicen que los mueve Custodio, hasta el punto de que en ocasiones, sobre todo los niños, da la sensación de que flotan un poco. Yo no lo creía hasta que lo vi... El primero de noviembre se ven aquí cosas exageradas».

Afirmaba además que «en el pueblo es bien sabido que nunca recibió dinero ni voluntades, puesto que fue pobre y murió siéndolo. Lo único que se sabe es que la poca tierra que poseía la encontraba con las tareas realizadas al amanecer, todo segado y escardado, ya se tratara de trigo o de garbanzos».

Cuando se produjo su muerte, las calles de la población jienense se llenaron de fieles que llegaron desde extremos lejanos de nuestro país para rendir el último homenaje al fallecido. Y sin embargo, la estela milagrera de Custodio no había hecho sino comenzar.

De las fotografías que los reporteros gráficos tomaron a lo largo de la comitiva fúnebre, nadie ha podido mostrar ni una sola, pues existe la convicción de que todas se velaron por mandato divino. Custodio llevó una vida sencilla y humilde, alejada de los focos, y así debía seguir siendo. Fuera cierto o no, la realidad es que la prensa del momento ocultó la increíble peregrinación, y la Iglesia, que nunca vio con buenos ojos «el ministerio custodiano», menos aún después del lío que el papa Clemente, conocido entre los suyos como «la Voltio», estaba liando en la localidad sevillana de Utrera, realizó breves comentarios acerca del espinoso asunto, siempre haciendo referencia a un hombre «de religión sencilla, que no santo ni milagroso».

Pero hubo más: al mismo tiempo que se producía la defunción, durante la celebración de la misa en el templo de La Consolación, en Alcalá la Real, cuentan las crónicas que en el cáliz se materializó el rostro de Custodio, provocando gran espanto en el sacerdote que oficiaba la misa, al punto de que no pudo evitar arrojarlo con violencia contra el suelo y salir despavorido al exterior... Es de imaginar la cara de la feligresía.

### ***El Cerro de la Mesa***

El orgullo de los vecinos de Noalejo hoy es comparable al rechazo que en tiempos pasados provocó. No en vano los poderes curativos y milagrosos de Custodio fueron puestos en duda por sus propios paisanos, al extremo de que a su muerte, hubo quien se negó a que el pobre hombre fuera enterrado en el camposanto del pueblo.

Ésa y no otra fue la última voluntad del curandero: descansar eternamente en el cementerio noalejeño, pues según afirmó poco antes de abandonar este mundo: «Después de muerto creeréis en mí».

Ya en los primeros años de la década de los setenta hubo serios altercados provocados por las masivas oleadas de creyentes que llegaban con la ilusión de ser sanados y contemplar los milagros de Custodio in situ. Día y noche la tumba era protegida por una pareja de la Guardia Civil, cuyas órdenes era impedir que a la misma se acercaran «fanáticos y enfermos». Y de repente, sin previo aviso, los números desaparecieron del lugar. Los rumores pronto tomaron las calles y se extendió entre las gentes que el hijo paralítico de un alto mando de la Benemérita había sido curado por Custodio, o más bien por el espíritu de éste, de tal modo que, confirmados los poderes del santo y los prodigios que un día sí y otro también al parecer allí se producían, en agradecimiento mandó retirar la vigilancia, permitiendo el acceso libre a los miles de fieles.

Pero si el sepulcro es lugar esencial en este periplo curanderil, bendito o maldito dependiendo de quien lo observe, el Cerro de la Mesa es el culmen de la ruta de los milagros. En lo más alto de la aldea de Salobral, junto a una pequeña ermita edificada en el año 1966, se hallan los lugares de oración preferidos por el santo: la cueva, el sillón, la piedra milagrosa... No fue tonto Custodio, porque supo elegir, como buen ermitaño, un entorno divino, con las montañas alzándose no muy lejos y en lo alto de un mirador para privilegiados.

Además, hay que decir que en esta tierra las energías se sienten fluir. Aquí habitaba al menos hasta hace una década Antonio *el Santón*, una especie de hippy que después de mucho trasnochar había decidido aislarse en estos parajes y actuar a modo de vigilante del sagrado lugar. Pero es que también era curandero de oficio desde que, según aseguraba, Custodio lo sanó. El hombre estaba convencido de la naturaleza curativa de este entorno, especialmente de la piedra de gran tamaño en la que, según la tradición, la Virgen se posó para aparecerse a Custodio y conversar con él. «En la piedra mucha gente se ha curado. Ha habido personas que venían sin poder andar y han salido caminando. Hay que tener fe en Dios. De Dios no se desconfía, y al que no confía no le llega el milagro», me decía con la solemnidad de quien se cree poseedor de la verdad.



Y después de hablar hasta la saciedad, finalizaba su discurso afirmando que tenía orden expresa de Enrique, el hijo de Custodio, de no hablar de los prodigios del curandero ya fallecido, ni de los secretos del Salobral, que al parecer eran muchos. Aquella tarde no quise tirarle de la lengua; al menos no demasiado. Por eso obviaré la parte de «confesión» que tuvo aquella charla, más por respeto a los herederos de Custodio y a los secretos que pidió que nunca se conocieran que al bueno de Antonio, que ebrio de soledad vomitaba un torrente de palabras a quien quisiese escucharlo.

La magia se percibía en el ambiente y, todo hay que decirlo, Antonio se dedicaba a ayudar a quien que se acercaba a su vera para ser sanado. «Algún día se reconocerá el cerro como la tierra más bendita que hay en el planeta, ya que hasta aquí llegó un día un ingeniero que hizo una autopista directa al cielo».

Una sensación de paz recorrió durante unos instantes mi interior, confirmando en cierto modo lo que muchos creyentes afirman desde hace décadas: que desde aquí ese cielo se atisba más cercano...

Poco antes de su muerte, Custodio designó como heredero de sus poderes al santo Manuel. De este modo se garantizaba la línea sucesoria iniciada décadas atrás por el santo Luisico Aceituno, quien a su vez delegó su gracia en el protagonista de estas páginas. Aunque son varios los que desde tiempo atrás se disputan el privilegio de ser el cuarto de esta particular saga de santos apócrifos, todo parece indicar que este honor ha recaído en la figura de José Celestino.

La casa donde el curandero pasó su vida sigue siendo un reguero de prodigios. Los hechos insólitos, según vecinos y visitantes, se repiten con «total normalidad». En la antigua puerta por la que Custodio accedía a su dormitorio dicen que queda pegado todo objeto que a ella se arrime, independientemente de su dimensión o peso: colgantes, estampas, monedas... Yo intenté acceder allí, pero he de decir que una corte de pretorianos me impidió el paso, pese a que ese día jarreaba con fuerza y de buen cristiano hubiera sido darme cobijo. Pero son desconfiados, y es de entender dadas las veces que esas televisiones que hasta aquí no llegan con su señal les han intentado meter una cámara oculta hasta los intestinos, mostrando lo peor que esconden las entrañas...

Por lo demás, numerosos testigos aseguran que en ocasiones estas «santas estancias» se ven invadidas por unas fragancias que los acompañan durante días, como si la mano de Custodio se posara nuevamente sobre los enfermos; como si éste, venido quién sabe de dónde, regresara a su hogar para continuar con esos milagros que ya lo han convertido en una leyenda.

## TEMPLARIOS EN ESPAÑA

*Y si me dices que son muchos, yo te contesto:  
el fuego no se deja impresionar por la cantidad  
de leña que tiene que quemar.*

REINALDO DE CHÂTILLON durante el asedio  
de Saladino al Kerak de los caballeros

Es importante, llegados a este punto, comenzar echando un vistazo general al pasado para saber de qué forma una orden que en sus inicios estaba conformada por nueve desarrapados llegó a convertirse en el ejército más poderoso de Europa, que únicamente debía obediencia al papa y cuyas rentas fueron tan caudalosas que hasta los reyes se arrodillaban ante ellos, dadas las deudas que, como una especie de primeros banqueros del nuevo continente, contrajeron los monarcas con los monjes guerreros. Es en estas líneas donde surgen las primeras dudas, cuestiones que desde mi punto de vista aún no han sido respondidas. Pero eso será más adelante; de momento quedémonos con lo que el cronista medieval Jacobo de Vitry —que además fue obispo de Acre— dijo en su *Historia Hierosolymitana* acerca de los Templarios: «Ciertos caballeros amados de Dios y ordenados para su servicio renunciaron al mundo y se consagraron a Cristo. Mediante votos solemnes, pronunciados ante el patriarca de Jerusalén, se comprometieron a defender a los peregrinos contra bandidos y ladrones, a proteger los caminos y a constituir la caballería del rey soberano. Observaban la pobreza, la castidad y la obediencia, según la regla de los canónigos regulares. Sus jefes eran dos hombres venerables: Hugo de Payns y Godofredo de Saint-Omer. Al principio no fueron más que nueve los que tomaron una decisión tan santa, y durante nueve años se vistieron con

ropas seculares que los fieles les daban como limosna. El rey, sus caballeros y el señor patriarca se llenaron de compasión por estos hombres nobles que lo habían abandonado todo por Cristo y les concedieron ciertas propiedades y beneficios para subvenir a sus necesidades y por el alma de los donadores. Y como no tenían iglesia ni lugar en que habitar que les perteneciesen, el rey los alojó en su palacio, cerca del Templo del Señor. El abad y los canónigos regulares del templo les dieron un terreno no lejos del palacio para su servicio; y por esta razón se los llamó más tarde templarios».

Retrocedamos algo más en el tiempo, porque es la única manera de saber cómo se gestó dicha orden y su leyenda posterior.

El siglo XI agonizaba entre ruido de sables, constantes enfrentamientos y demasiada sangre. Los fieles de Cristo se enfrentaban una y otra vez a los de Alá, sin olvidar que en tiempos de tregua tenían que saciar sus ansias de guerra luchando contra los reinos cercanos, sin importar que éstos compartiesen la misma religión.

Advirtiendo que dichas contiendas suponían un desgaste económico y moral en las tropas cristianas, el 27 de noviembre de 1095, el entonces papa Urbano II proclamó a los suyos que había llegado el momento de recuperar los Santos Lugares. Fue en el Concilio de Clermont, y algún efecto hubieron de tener las palabras apasionadas del pontífice para que no demasiado tiempo después se pusiera en marcha la primera de las cruzadas.

Los historiadores de aquel tiempo consideran que la intención real de Urbano II era, por un lado, abrir el Mediterráneo al comercio, fundamental para activar una economía maltrecha; en segundo lugar, con esta movilización se garantizaba un poderoso ejército, capaz de competir con el más grande del momento; y por último, para que a nadie le quedasen dudas de que estaban haciendo bien, el papa garantizaba el perdón eterno a todos y cada uno de aquellos que participasen en la empresa. Por tanto, saqueo, muerte, robo o violación dejaban de ser pecado para los cruzados, porque el fin justificaba cualquier barbarie. Decía mi querido amigo el escritor Mariano F. Urresti tiempo atrás que «Urbano II, con ese privilegio que tienen los papas de saber lo que piensa y quiere Dios, enardeció los espíritus y, afirmando que el Supremo así lo quería, instó al personal a coserse una cruz en sus sayos y

túnicas y a marchar en pos de la gloria. Por supuesto, no se tiene noticia de que él se enfrentara cara a cara a ningún sarraceno en medio del polvo. Pero el caso es que tuvo un éxito tremendo y sus discursos crearon escuela.

»En efecto, mientras se organizaba la expedición militar alentada por el pontífice, irrumpe en Francia un sujeto llamado Pedro *el Ermitaño*, provisto de un verbo arrebatador y que, se dice, fue preceptor de alguno de los personajes clave de toda esta operación. Pedro iba de acá para allá a lomos de una mula y consiguió reunir cientos de brazos y espíritus ofuscados por sus prédicas que partieron hacia Tierra Santa antes de que lo hicieran los soldados de verdad. Iban armados de valor, pero en las manos no llevaban sino guadañas y palos, de modo que pasó lo que pasó: no lejos de Civitot, en Asia Menor, los pasaron a cuchillo los infieles, y casi ninguno quedaba con vida cuando de pronto, a lo lejos, se oyeron los clarines y una nube de polvo subió al cielo. ¿Quiénes son? Son los soldados de verdad, los que llevan armadura y están armados hasta las mandíbulas. Son los soldados de Dios».

No es difícil imaginar la terrible escena: miles, quién sabe si decenas de miles de enloquecidos, tomaron las calles de Jerusalén, alentados por las palabras del papa, de Pedro *el Ermitaño* y quién sabe si del mismísimo demonio, a la vista de cómo arrasaron templos y gentes. Fue el 14 de julio de 1099, y el aspecto que mostraba Jerusalén hubo de ser tan dantesco que el cronista Guillermo de Tiro aseguraría en sucesivas ocasiones que «la ciudad presentaba como espectáculo una tal carnicería de enemigos, un tal derramamiento de sangre, que los propios vencedores quedaron impresionados de horror y asco».

Así, sobre una pila de cuerpos desmembrados se cimentó el nuevo Reino Latino de Jerusalén, que acabaría por extenderse desde el Líbano hasta el Sinaí a golpe de espada y hacha. Y para dirigir los designios del nuevo reino se propuso a uno de los jefes de la cruzada, Godofredo de Bouillon. Pero él, en un arranque de humilde sinceridad aseguró que no podía llevar corona de oro donde Jesús únicamente portó una de espinas. Apenas un año después, en 1100, Godofredo marchaba a paraísos mejores, y su hermano, Balduino, no tuvo tanto reparo a la hora de colocarse la corona. De este modo pasó a ser Balduino I el primer rey de Jerusalén. Continuaba Urresti, haciendo una lectura irónica y lineal de la historia, que «el personal, en tanto, se alinea y

organiza. En 1110 aparece la Orden del Hospital de San Juan de Jerusalén; un par de años después se crea la Orden de los Caballeros Teutónicos y, según esa visión de lo ocurrido, en 1118 llegan nueve enigmáticos caballeros encabezados por Hugo de Payns y se crea el embrión de la Orden del Temple. Por entonces el rey ya no era Balduino I, sino Balduino II».

Es ahora cuando empiezan a surgir las dudas. Tal y como ya mencioné líneas atrás, Jacobo de Vitry afirmó que aquellos nueve fundadores fueron a Tierra Santa para proteger los caminos. Imaginemos lo que es ahora esta región del planeta para hacernos una idea de lo que podía ser entonces: un nido de maleantes, asaltantes y asesinos. Por tanto, nueve caballeros, por muy fornidos o ebrios de fe que estuviesen, da la sensación de que no eran suficientes para proteger al peregrino, mucho menos vistiendo con harapos, viviendo de las limosnas y apenas armados. Por otro lado, parece que la estirpe de los Balduinos era lo suficientemente orgullosa como para no atender a desarrapados, y sin embargo, no sólo es que el rey escuchara a Hugo de Payns, sino que además le concedió parte de su palacio en el viejo templo de Salomón, al punto de que él se tuvo que trasladar a un lugar menos amable: la conocida Torre de David. ¿Qué mostraron al monarca que no dudó a la hora de acogerlos en sus residencias? Allí pasaron nueve años, en teoría actuando de custodios de los caminos, hasta que, como afirma el propio Guillermo de Tiro, «nueve años después de su fundación, los caballeros usaron la ropa secular. Utilizaron la ropa tal como la gente, para la salvación de sus almas. En su noveno año se sostuvo en Francia, en Troyes, un consejo en el que el señor arzobispo de Reims y Sens y sus sufragáneos estaban presentes, así como el obispo de Albano, quien era el legado apostólico, y los abades de Cister, Claraval, Pontigny, con muchos otros. Este consejo, para el caudillaje del señor papa Honorio y del señor Esteban, patriarca de Jerusalén, estableció una regla para los caballeros y les asignó un hábito blanco. Aunque ahora hacía nueve años que estaban establecidos los caballeros, todavía había sólo nueve de ellos. A partir de este tiempo en adelante su número comenzó a crecer y sus posesiones comenzaron a multiplicarse. Más adelante, en tiempo del papa Eugenio, se dice que tanto los caballeros como sus criados más humildes, llamados sargentos, comenzaron a poner las cruces hechas del paño rojo en sus capas, para distinguirse de otros». Es evidente que el crecimiento

de la orden empezaba a ser un hecho. Pero es que no hubieron de pasar muchas décadas para que se convirtiese en un poderoso ejército. ¿Acaso su crecimiento estuvo relacionado con la verdadera labor llevada a cabo durante nueve años bajo el segundo templo de Salomón? ¿Hallaron algo que sabían allí oculto? No lo sé, pero sólo hay que atender una vez más a Guillermo de Tiro para comprobar que ese crecimiento, normal, lo que se dice normal, no fue: «Han aumentado tanto ahora que hay en esta orden hoy cerca de trescientos caballeros que usan las capas blancas, además de los hermanos, quienes son casi incontables. Se dice que tienen posesiones inmensas aquí y en ultramar, de modo que ahora no existe una provincia en el mundo cristiano que no haya concedido sobre los hermanos antedichos una porción de sus mercancías. Se dice hoy que su abundancia es igual a los tesoros de los reyes. Porque tienen jefaturas en el palacio real al lado del Templo del Señor. Como hemos dicho antes, se llaman Hermanos de la Milicia del Templo. Aunque mantuvieron su establecimiento honorable durante mucho tiempo y satisficieron su vocación con suficiente prudencia; más adelante, debido a la negligencia de la humildad —que se conoce como el guardián de todas las virtudes y que, puesto que se sienta en el lugar más bajo, no puede detener la caída—, desdeñaron al patriarca de Jerusalén, por quien su orden fue fundada y de quién recibieron sus primeros beneficios y a quien él negó la obediencia que sus precursores rindieron. También han quitado títulos y las primeras frutas de las iglesias de Dios, han subvertido sus posesiones y se han hecho excesivamente molestos».

No es cuestión de ahondar más en su historia. Es sabido que el 13 de octubre de 1307, el último Gran Maestre, Jacques de Molay, y los suyos fueron prendidos. No presentaron resistencia; entre sus códigos morales y religiosos se encontraba el de no alzar la espada ante ningún hermano cristiano.

Siete años después, el 19 de marzo de 1314 fueron condenados a morir en la hoguera, en una pira situada en la isla de los Judíos, en mitad del Sena. Sus encomiendas y propiedades pasaron a formar parte de los reinos en los que estuvieron presentes. Pero jamás se halló el gran tesoro templario del que hablaban todas las crónicas más o menos documentadas. Una fuente de riqueza tan enorme que ha llevado a varios investigadores a pensar que se encontraba

más allá de la mar oceana. Pero de eso hablaré más tarde. Ahora, hecha esta breve introducción, finalizo con lo que para mí es una certeza: allá donde hubo posesiones o encomiendas templarias, no fueron situadas a consecuencia del azar. Hilaban fino. Allí donde se asentaban era porque el lugar guardaba «secretos».

Éstos son mis principales asentamientos templarios.

### **Castillo de Ponferrada (León)**

Es el icono de la arquitectura templaria en nuestro país. Por eso abre esta lista. El lugar fue ocupado desde tiempos pretéritos, primero por un castro celta y posteriormente por una fortificación romana que sería restaurada en parte para acoger el imponente castillo que vemos ahora. Fue en el año 1178 cuando los reyes leoneses entregaron la encomienda ponferradina a los caballeros de la Orden del Temple para que se encargaran de su administración. Y éstos así lo hicieron, dando pábulo a una de las etapas más legendarias de la historia de estas tierras. En cierto modo fue el premio a la ayuda prestada por los caballeros durante las contiendas extremeñas que se desarrollaron en plena Reconquista.

Lo que en primer lugar llama poderosamente la atención de los historiadores es el hecho de que en muy poco tiempo se acumularan en este enclave una enorme cantidad de caballeros. Al fin y al cabo el enemigo musulmán se encontraba muy lejos, y aquí los caminos a proteger eran pocos y controlados. Por tanto, no había razón para tanto guerrero. No, salvo que atendiendo a las palabras del maestro Juan García Atienza aceptemos que «los emplazamientos clave de los templarios coincidían con lugares en los que pueden encontrarse restos, recuerdos o manifestaciones tardías bajo formas de costumbres o tradiciones, de enclaves de especial importancia religiosa o mágica a través de los siglos». Y en ese sentido, con el Camino de Santiago tan próximo, qué duda cabe que la acumulación de saberes ancestrales y de otros elementos más materiales podía haber despertado el interés de una orden que creía en algo más que lo evidente. Porque no debemos olvidar que ésta fue tierra de paso de miles de personas a lo largo de los siglos, pero también que



un poco más arriba –geográficamente hablando– habitó un personaje que se mantuvo entre las aguas del druidismo céltico y de la recién aceptada religión cristiana, del que el aquitano Sulpicio Severo aseguró «que había ejercido las artes mágicas desde su juventud». Este hombre, que vivió en el siglo IV d.J.C., se llamó Prisciliano, fue obispo y mártir, y para muchos la persona que está enterrada en Santiago de Compostela.

No entraré en ello porque es asunto complejo y polémico, pero si durante siglos el camino de las estrellas fue una perfecta amalgama de claves ocultas, secretos inconfesables y rastros paganos, en cierto modo se debe al conocimiento ocultista que tuvo este importante personaje. Por tanto, conociendo el interés que los templarios mostraban por estos asuntos, no es de extrañar que en un momento determinado sintiesen simpatía por el personaje y decidiesen apostarse lo más cerca posible de su tumba...

Por otro lado, no hay que olvidar que junto a Ponferrada se encontraban las minas de oro romanas de Las Médulas, que con toda seguridad también influyeron a la hora de decantar una ubicación u otra para situar el castillo.

Ésta es zona de pueblos malditos, como los maragatos, y de lugares sagrados, como el pico Teleno, venerado desde la misma prehistoria. Y eso es algo que los miembros de la Orden del Temple sabían a la perfección; por eso levantaban sagrado sobre sagrado. Ejemplos de ello los hay... sobrados.

Miguel A. Varela, en su fantástico artículo «Los templarios y sus laberintos» al respecto de la función del castillo es muy claro: «La tesis de la defensa del peregrino también se tambalea si se analiza la escasa presencia de la orden a lo largo de la Ruta, con apenas otro par de posesiones en Castilla, Galicia y Navarra. En parte, ya hemos visto que la orden buscaba algo más. En la villa protagonizan, además, un episodio oscuro: en el año 1204 son expulsados de ella por un período de siete años. ¿Lucha de intereses con los monasterios cercanos con los que sostuvieron, como veremos más adelante, importantes pleitos? Las incógnitas son todavía muchas.

»En cualquier caso, entre finales del siglo XII y principios del XIII, los templarios estaban en Ponferrada construyendo la fortaleza que lleva su nombre. La historia ortodoxa cuestiona hoy el alcance de lo templario en la construcción conservada en ruinas. Como ocurre con la arquitectura militar, este sector de la investigación sostiene que tampoco se puede determinar con

claridad si los edificios religiosos atribuidos a la orden “fueron levantados por los templarios o si, por el contrario, les fueron encomendados ya construidos”. En cualquier caso, no es la ortodoxia lo que nos interesa ahora, sino los laberintos de la leyenda, y en este sentido el castillo de Ponferrada es un auténtico paradigma del templarismo español».

Y es que hay más, porque son muchas esas leyendas a las que hace alusión el investigador que asocian el castillo de Ponferrada con uno de esos objetos sagrados de los que ya hemos hablado en estas páginas, el *Lignum Crucis*, y por supuesto con su imagen de devoción más preciada: las vírgenes negras. Varela, tirando de leyenda, afirma que «inmediatamente relacionado con la propia construcción del castillo y los templarios, surge el mito de la aparición de la Virgen, que algunos autores, quizá exagerando su celo histórico, se atreven incluso a fechar en el año 1200. Estamos, además, ante una Virgen negra.

»Otro elemento vinculado a los templarios ponferradinos es el *Lignum Crucis*, objeto formado, según algunos autores, por la superposición de dos cruces ya conocidas: la griega de cuatro brazos iguales sobre la *tau* en forma de T mayúscula. Estamos de nuevo ante una dualidad que integra la cultura de Oriente mediante la esotérica cruz griega y la de Occidente a través de la esotérica *tau*. Pues bien, en el museo de la Catedral de Astorga se guarda el *Lignum Crucis* o relicario de la Vera Cruz que la tradición atribuye a los templarios de Ponferrada y sobre cuyos poderes existen un par de leyendas poco conocidas en las que merece la pena detenerse.

»La primera nos presenta a un caballero berciano prisionero de los musulmanes que lleva consigo como reliquia un precioso *Lignum Crucis* de oro. Cuando es registrado por los infieles para buscar armas u objetos de valor antes de ser vendido como esclavo, el templario se encomienda a la Virgen de la Encina. Sorprendentemente, los carceleros no le encuentran la cruz, que se hace diminuta durante el registro. Conducido como esclavo a Alejandría, el caballero mantiene su fe en la Virgen de la Encina, y a lo largo de siete años de cautiverio, la intercesión de la Madre impide que la preciosa reliquia sea descubierta. El año séptimo, coincidiendo con la fiesta de la

Virgen, el templario se durmió encadenado en su celda, despertándose al día siguiente, cargado de cadenas, ante los pies del altar de Nuestra Señora de la Encina en Ponferrada.

»La otra leyenda relaciona el tradicional milagro de la aparición de la Virgen en una encina con el simbólico objeto (...). Cuenta la aventura de un Templario de Ponferrada que participó en la batalla de Alarcos, en la que Alfonso VIII fue derrotado por los musulmanes. Tal caballero, portador de un estandarte con la Vera Cruz traído de Jerusalén, cayó en el fragor de la batalla perdiendo la preciada reliquia. De vuelta, cabizbajo, a Ponferrada, se le apareció en un encinar una llama luminosa exculpándolo y alabando su valor en la batalla, que le pidió que volviera al día siguiente con sus compañeros del castillo.

»De vuelta al día siguiente los caballeros al bosque, identificó el guerrero la encina del día anterior, y al no hallar nada destacable, golpeó el árbol con un hacha, apareciendo en su interior la imagen morena de Nuestra Señora con el niño en un brazo y la Vera Cruz perdida en la batalla en el otro.

»Esta versión no contradice el origen legendario de la imagen, traída de Jerusalén por san Toribio en el siglo V y oculta en el tronco de una encina ante el peligro de los avances infieles. Toribio, que llegó a ser obispo de Astorga, tiene tras de sí otras historias que lo relacionan con el Temple y con las Vírgenes negras, aunque algunos autores, paradójicamente, lo colocan como martillo y perseguidor de la herejía priscilianista en la diócesis».

Tesoros, claves ocultas, Vírgenes negras, caminos iniciáticos... ¿Alguna excusa para no ir?

## **El cañón del río Lobos (Soria)**

Sugerente nombre, ¿verdad? Pues no menos lo es la historia que encierra este profundo enclave rodeado de riscos. En sus alturas los buitres anidan desde hace siglos. Aquí, a unos cuantos kilómetros de El Burgo de Osma y muy cerca de la población soriana de Ucero, a los caballeros de la Orden del Temple les dio por construir una ermita que acabó siendo consagrada a san Bartolomé y donde dejaron escrita, con gran filigrana, una suerte de simbología que con los

años ha sido interpretada por los expertos, coincidiendo en el alto valor esotérico y ritual que posee el lugar. Cuenta el viajero Francisco Javier Brandoli en uno de los muchos pasajes que ilustra su sección «La memoria de las piedras» en la revista que dirijo, que «uno de los numerosos secretos que guarda este enigmático lugar, en el que cada detalle habla si se lo sabe escuchar, es la imagen de varios *tabot* –réplica de las tablas que se guardan en el Arca de la Alianza original–. Junto a la portada principal sur y en uno de los capiteles del interior de la ermita aparece la misma figura geométrica: el *tabot*, o si se prefiere, la representación de la citada Arca. No es tal figura un misterio, pues no deja de formar parte del lenguaje templario, sino de dónde proviene: Etiopía. Es allí, en las iglesias de aquel lugar entonces perdido de África, donde aparece exactamente la misma figura que miles de kilómetros al norte se representa en la ermita de San Bartolomé.

»Los caballeros del Temple viajaron a Abisinia (Etiopía) en busca de la reliquia sagrada. Su paso por aquellas tierras quedó plasmado en impresionantes iglesias, como las excavadas en roca en la ciudad de Rohalabilala, y la tradición oral de sus costumbres la trajo hasta la muy lejana Soria. El Temple supo absorber todo lo que contemplaron sus sentidos, y la relación entre los grandes enclaves templarios del mundo es tan estrecha como larga la distancia entre ellos. Analizando y escuchando a los expertos, ese *tabot* sería una simbología de los diez mandamientos, quizá de la propia Arca de Noé, y al final de ese camino, de la propia Arca de la Alianza. Una columna vertebral del conocimiento, una espina dorsal sobre la que sustentar el contacto entre lo terrenal y lo espiritual».

Cuando acudí por vez primera al lugar acompañando a otro gran experto, el «renacentista» Juan Ignacio Cuesta, me di cuenta de que pisaba una tierra especial. Ya no sólo por la simbología que encierra la piedra labrada, sino por algo que trasciende lo visible y que únicamente se percibe. Pero como éste no es un libro de percepciones, hablemos de más símbolos y analicemos su contenido de manos del citado Brandoli: «Hay muchos más símbolos de conocimiento en este lugar. Quizá los primeros sean los nombres. San Bartolomé era el santo que fue desollado vivo, y se lo representa con la piel en sus manos. Un símbolo ocultista que evoca a la serpiente, con toda la carga simbólica que eso tiene. Pero el nombre del cañón tampoco parece una

casualidad. El lobo, o el dios Lug, cuya imagen es la de ese animal que, además, era uno de los grados iniciáticos de las cofradías de los maestros canteros en el medievo, forma parte del ocultismo que usaban los templarios para definir el mundo.

»¿Más detalles? Hay decenas. Los canecillos que figuran por toda la ermita son símbolos que explican el valor de aquellas piedras. Por ejemplo, hablan de la relación de este lugar con el Camino de Santiago, y hablan de la relación templaria con el mundo musulmán, y hablan de alquimia, y hablan del maestro constructor del templo de Salomón, y todo eso lo hablan en silencio, porque todo es esoterismo y simbología. Nosotros, los no iniciados, para los que no se pusieron allí palabras porque no formábamos parte de ese universo propio de la orden, tenemos que descifrar aquellas piedras ayudándonos del estudio del paso del tiempo. Porque allí todo está oculto y todo se muestra a simple vista. Como por ejemplo los óculos, tanto el que da al norte como el que da al sur. Se trata de estrellas invertidas de cinco puntas que forman un pentágono central y están entrecruzadas por cinco corazones. Ahora el simbolismo es árabe. Los caballeros que recorrieron Tierra Santa y mezclaron sus manos y conocimiento con el Islam se trajeron parte de su simbología, que era la cultura de la tierra de su dios. Para los árabes el corazón es el órgano del verdadero conocimiento, la gnosis del dios. Pero hay algo más que no se ve en estos óculos: están rodeados de un círculo protector o matraz, que, explican los expertos, sugiere la parte oculta del conocimiento. Tienen también un triángulo invertido, el símbolo de la copa, el símbolo del Grial.

»En las piedras de la ermita, que data del siglo XIII, se encuentran extrañas marcas que podrían ser las señas que hacían los canteros para luego cobrar su trabajo. Sin embargo, buscando información sobre la ermita, aparecen las mismas señas en la iglesia de Salas de los Infantes, que se construyó dos años después. Yendo más allá, expertos como Juan Eslava Galán y Ángel Almazán han llegado a apuntar la posibilidad de que algunos de esos símbolos tengan relación con la posición en el cielo de determinadas constelaciones».

Así pues, no hay que dudar: si se pasa por estas carreteras de asfalto desgastado, la ermita de San Bartolomé de Uzero aguarda en el corazón del cañón, y con ella muchos secretos que merece la pena observar.

## **Iglesia de la Vera Cruz (Segovia)**

Cuenta la leyenda que, siglos atrás, los templarios precursores de esta iglesia se encontraban velando el cuerpo de un freire muerto en la contienda. Las sombras apenas si eran rotas por el temblor de las llamas de alguna antorcha, cuando de repente, varios monjes guerreros que se encontraban en actitud de rezo alzaron la mirada al observar una sombra que se perdía por una de las galerías cercanas. Temerosos, se aproximaron al cadáver del caído y pudieron comprobar que aquel que los había sacado de sus meditaciones se daba un buen festín con la fría carne del caballero templario. Era un cuervo negro de gran tamaño, que rápidamente identificaron con el demonio que quería arrancar el alma del recién caído. Fue entonces cuando el prior, ebrio de ira, maldijo a los pájaros. Por eso asegura la tradición que desde entonces no se han vuelto a ver sobrevolando la zona.

Sea como fuere, la construcción, que se encuentra muy cerca de la localidad segoviana de Zamarramala y que se asoma a la hoz que serpentea junto a la bella capital de la provincia, tiene una forma que no pasa desapercibida: es octogonal, el número de la arquitectura del Temple. Pero es que además su forma lleva de inmediato a recordar la del enclave más sagrado para los cristianos de todo el mundo, sean ortodoxos, armenios o católicos: el Santo Sepulcro de Jerusalén, donde supuestamente fue enterrado Jesús al poco de ser crucificado. Por eso en la actualidad son más los que defienden que en realidad fue construida por los Caballeros del Santo Sepulcro a comienzos del siglo XIII –fue inaugurada el 13 de septiembre de 1208–.

Hay una serie de coincidencias con enclaves templarios como el castillo de Ponferrada. Por ejemplo, según defiende Armando Carabias en su artículo «La iglesia de la Vera Cruz en Segovia» en la revista cultural *Alenarte*, «la iglesia fue construida para albergar en su interior un trozo del *Lignum Crucis*. Pero tal reliquia, como es bien sabido por cualquiera, no debía estar a la vista, pues hubiera sido –y sigue siendo– una tentación casi invencible para quien es amigo de cambiar de ubicación los objetos más codiciados por el género humano. Por tanto, la capilla donde se veneraba la reliquia del *Lignum Crucis* no era de acceso inmediato, sino que se situó en la parte baja de la torre. Hoy, sin embargo, quien quiera contemplar el fragmento de la Cruz deberá acudir a

la vecina iglesia de Zamarramala, donde se custodia, debido a varios intentos de robo en su lugar originario... O acercarse un Viernes Santo, bien entrada la noche, y asistir a la procesión que tiene lugar desde el pueblecito hasta esta iglesia». Y al igual que el castillo de Ponferrada, continúa Carabias, «la iglesia de la Vera Cruz forma parte del Camino de Santiago, del llamado camino madrileño. Algunos dicen que se trata de un lugar donde confluyen fuerzas energéticas».

Lo que es evidente es que tanto en su factura exterior como en la interior es una maravilla; una caja de secretos que como una máquina del tiempo nos transporta a la época más apasionante de la historia de los últimos mil años.

### **Castillo de Monzón (Aragón)**

Situado en Monzón de Campos, Huesca, es otro de esos ejemplos de cómo una construcción anterior situada en un punto clave de la geografía es entregada a la Orden del Temple. Su historia, como las otras que aparecen en estas páginas, está bien nutrida de contiendas y secretos. Asegura el escritor Francisco Castellón Cortada que ambos extremos son normales, ya que «la gran mole arquitectónica descansa sobre roca terciaria. Al parecer, aquí estuvo la ceca ibérica Mansha y, según muchos autores, la Tolous del Itinerario de Antonino. En la época musulmana fue una fortaleza muy conflictiva. Por sorpresa o traición, la reconquistaron Sancho Ramírez y su hijo, el infante-rey Pedro I (1089), e hicieron de ella la cabecera del reino de Monzón, capilla real de San Juan, palacio y ceca con moneda propia. El Cid pasó por esta fortaleza pactando con sus valíes. En 1143 pasó a manos de los templarios, quienes transformaron la fortaleza en convento, con edificios de estilo militar cisterciense, la capilla, el refectorio y su cisterna, los dormitorios, las cárceles de la encomienda... La torre árabe, a modo de *opus spicatum* (siglo X) fue habilitada como mansión del comendador. El castillo llegó a ser cabecera de una amplia encomienda con 28 poblaciones del valle del Cinca y Litera».

La importancia del mismo fue capital a lo largo de los siglos. No en vano aquí se reunían los reyes de los tres reinos de Aragón, y en su interior se custodió durante décadas una de las espadas más famosas de la historia de España: *Tizona*, el hierro más fiel del Cid Campeador.

No obstante, como el tema que nos ocupa son los asentamientos templarios, hay que decir que Monzón se convirtió por méritos propios en el principal bastión templario del reino aragonés. Cuentan las crónicas, que se diluyen como un azucarillo en el café de la leyenda, que hasta estas tierras llegó en 1203 el caballero templario Guillem de Montredon, soldado fiero que luchó junto a Pedro II en contiendas claves para la historia de España como la de Muret, o la gran batalla de las Navas de Tolosa. A la muerte del monarca, su hijo Jaime I, que pasaría a la historia con el sobrenombre de «el Conquistador», fue secuestrado por el noble francés Simon de Montfort, que no mucho después se haría tristemente célebre por capitanear los crueles asedios a los castillos cátaros durante la cruzada albigense. Sea como fuere, y por intermediación de los templarios de Montredon, el joven rey fue liberado, y hasta bien pasados los veinte años vivió en el castillo, recibiendo la educación monástico-militar que practicaban los monjes.

El final del sitio llegó en 1308, poco después de que el Gran Maestre de la orden Jacques de Molay fuera detenido en París. El asedio de Monzón duró semanas, pero finalmente claudicaron, y su último comendador, el padre Bartolomé de Belvís, se vio obligado a entregar la plaza para evitar un derramamiento de sangre mayor. Ése fue el final de su historia; de la historia templaria, al menos. Después, la leyenda ha construido sus personajes, y todavía hoy se habla de un extraño personaje de blanco que se pasea por la almenas y al que muchos identifican como el espíritu de Belvís, perdido en el limbo de la cobardía por haber rendido el castillo sin derramar su propia sangre.

## **Caravaca de la Cruz (Murcia)**



Y ahora de nuevo hacia el sur. Partiendo desde Murcia por la C-415 llegamos a Caravaca de la Cruz. En esta localidad, al margen del significado religioso del objeto que custodia, la cruz de Caravaca es un amuleto que desde tiempos ancestrales espanta a los demonios, a las brujas y a los malos espíritus; cura enfermedades y aojamientos; es, en definitiva, la cruz más pagana de la simbología católica.

Su aparición milagrosa está relacionada con la conversión de Zeit-Abu-Zeit, en el año 1231. Las crónicas aseguran que un sacerdote cristiano se aventuró entre los sarracenos del reino de Murcia con el propósito de predicar el Evangelio. Fue detenido y conducido ante el rey moro, quien le pidió que le hablara de su religión y del ritual de la misa.

El sacerdote mandó traer todos los objetos necesarios para ello, pero olvidaron la cruz. Sin cerciorarse al principio de una falta tan elemental, el sacerdote se percató de ello y quedó profundamente turbado. Cuenta la leyenda que en esos instantes el rey vio dos ángeles que aparecían de repente y colocaban una cruz sobre el altar. Profundamente conmovido, el monarca renunció a su religión y junto a su familia abrazó la fe cristiana.

Años más tarde, el rey Alfonso X el Sabio encomendó la custodia de la fortaleza de Caravaca a los caballeros de la Orden del Temple, y después pasó a manos de la Orden de Santiago por mandato de Alfonso XI. Una vez finalizada la reconquista, en pleno período de paz, el emplazamiento fue cedido a diferentes órdenes religiosas, cada una de las cuales se encargó de la custodia de la preciada cruz, hasta el día de hoy.

## **Castillo de San Servando (Toledo)**

La historia de los castillos se construye en base a leyendas, tragedias, pocas alegrías y mucha batalla. Empezaremos por lo primero, que suele resultar más apetecible, porque este castillo antiguo que se ubica a la vera del río Tajo está plagado de ellas; entre las que destaca la que nos habla de la presencia de un fantasma que recorre las estancias dejando parte de su pena en este periplo aparentemente real y eterno.

La edificación dio comienzo en el año 1024, aunque en sus inicios la idea era que cumpliera la función de monasterio. El lugar, algo alejado de la ciudad, invitaba a la reflexión y el recogimiento. Pero como el hombre propone y Dios dispone, los envites de los ejércitos musulmanes acabaron por variar su función para transformarlo en la fantástica atalaya que es ahora. Las crónicas oficiales nos dicen que los caballeros del Temple, una vez más, fueron destinados a este enclave por el rey Alfonso VIII con el propósito de proteger el puente de Alcántara que atravesaba el Tajo, que como un istmo natural se convertía en la mejor de las defensas para esta ínsula que era la ciudad imperial. Como es lógico, con una urbe atestada de objetos sagrados y de poder, con tanto conocimiento ocultista y cabalístico impregnado en sus estrechas calles, los templarios decidieron, llegado el caso, ubicar en este lugar una de sus encomiendas más destacadas, y ya de paso, darse al noble ejercicio de la búsqueda, algo de lo que sabían bastante.

Pero regresando a la leyenda, la más célebre de todas apenas si se ha susurrado al calor de la lumbre. Porque es antigua, y hay quien dice que real. El protagonista de la misma fue un caballero llamado Nuño de Alvear. Una noche de recia tormenta, de rayos y centellas, fue reclamado por el Maestre para que hiciera la guardia. La desapacible madrugada no invitaba al sueño, así que no opuso resistencia. Las horas pasaron, y fue a eso de las cinco cuando oyeron que al otro lado del portón un hombre se lamentaba pidiendo cobijo. Los soldados, a la orden del templario, abrieron la puerta y dejaron entrar al paseante nocturno. Nuño de Alvear comprobó entonces que se trataba de un personaje enjuto, de larga barba blanca y aspecto cadavérico. Y fue entonces cuando, tal y como dejó escrito Leopoldo Aguilar de Mera, se desarrolló una conversación repetida de año en año desde entonces:

–Por fin me presento ante vos.

–¿De dónde venís y adónde os dirigís? –preguntó tembloroso Nuño de Alvear.

–De dónde vengo es un enigma, pero allí he de regresar de nuevo

–contestó el anciano.

Algo en aquel instante hizo ver al caballero que el hombre que se presentaba a esas horas no era normal. Y empezó a sentir miedo. Pese a todo continuó interrogándolo:

–Decidme, ¿quién sois y a qué habéis venido?

–A por vos. O mejor aún, a por vuestra alma, que escapa de vuestro pecho como el humo escapa de la llama. Ahora estáis en mis manos. ¡Soy vuestra muerte!

El templario, presa de un miedo ancestral, intentó avisar a sus soldados, pero no fue posible.

–Es inútil. En vuestro pecho no queda fuerza para el más leve soplo. Debéis afrontar vuestro destino.

–¡Os lo ruego, dejadme! –suplicó el caballero.

–De nada sirven vuestros ruegos ante los testimonios de los que os acusan ante Dios. ¡Mirad, mirad!

El templario observó aterrado las llamas de la hoguera que se elevaban cada vez más alto. Y pudo ver entonces los rostros desencajados de aquellos que perecieron bajo el filo de su espada cruel, otros abrasados en aceite hirviendo; incluso damas y niños que fueron arrojados al vacío. Nuño de Alvear falleció minutos después, marchando de cabeza al infierno que él mismo creó en vida.

Llegados a este punto que cada cual extraiga la moraleja que considere oportuna.

### **San Andrés de Teixido (A Coruña)**

San Andrés de Teixido está enclavado al antojo de la rosa de los vientos en la sierra coruñesa de A Capelada, y es el centro neurálgico del Camino de Santiago inglés. Al lugar se accede atravesando la estrecha carretera que parte desde Cedeira, a diez kilómetros, y que discurre por el paredón, a la vera de

la costa gallega. El lugar está vestido por una espesa vegetación de bellísimos tonos verdes, que se asoman sin pudor a un amplio valle que culmina de manera violenta en los acantilados atlánticos.

Desde antiguo es considerado un enclave iniciático, en el que los druidas realizaron sus liturgias en honor a Beltaine, y donde el hombre supo que se hallaba en un centro de poder en el que la vida se balanceaba peligrosamente mientras la muerte observaba atenta.

El saber popular asegura que *A San Andrés de Teixido vai de morto o que non foi de vivo* (A San Andrés de Teixido va de muerto el que no fue de vivo), y parte de razón debe de tener, porque en este lugar pocos son los que profanan tan extraña letanía. El respeto por todos los seres vivos que habitan el lugar, sean arañas, gusanos, pájaros o escarabajos es no sólo una cuestión de cortesía, sino también un tributo a los que ya se fueron. No en vano, según dice la creencia, los finados pueden volver a reencarnarse en este lugar, adoptando para ello las formas más insospechadas. Por lo tanto, al matar a una mosca se puede estar propiciando la desaparición de un ánima.

Y no es cuestión de creencia moderna, pues la peregrinación a San Andrés de Teixido fue instaurada a finales del siglo XII por los caballeros de la Orden de Malta, y se tiene constancia documental desde el año 1392 aproximadamente, cuando los monjes de la Orden del Temple mostraron una extraña devoción por este templo y su entorno.

De lo que no hay duda es de que aquí se tiene la certeza absoluta de que la trasmigración de las almas es algo real, cotidiano diría; la muerte, por tanto, adquiere un concepto muy cercano a la filosofía budista. Pero es tan sólo una apariencia, porque las estampas que podemos apreciar son más propias de una película de terror que de un templo cristiano –pese a estar asentado en un centro de culto pagano–. Así, hasta hace pocos años se podía asistir a la tétrica procesión de los ataúdes. Y es que los peregrinos que acudían a Teixido lo hacían, en ocasiones, con los féretros de hijos, padres, maridos y esposas antes de que éstos fallecieran, pues tenían la convicción de que con ello salvarían a los suyos de la parca que con tanta insistencia parecía rondarlos. Porque aunque parezca mentira, muchos son los casos de enfermos que sanaron sus males, en tributo a lo cual los peregrinos dejaron los ataúdes adornando las paredes de la iglesia.

Pero eso no es todo. La variedad de vestimentas que portaban quienes se acercaban era tan diversa como tétrica. Hasta tal punto parecía una romería de muertos en vida que la *Gran Enciclopedia Gallega* afirma que «la túnica o hábito con la que de vez en cuando se presentaba algún devoto podría interpretarse como una anticipación de la mortaja, y en este caso, una confirmación más del carácter mortuario de la peregrinación». Así pues, si se quiere formar parte de una romería que guarda el lúgubre encanto de siglos pasados, hay que acudir a este rincón de *no cabo do mondo*, a ser posible el 8 de septiembre, que es cuando los muertos, o los vivos disfrazados, caminan con paso firme.

### **Encomienda de Adeje (Tenerife)**

Cuentan los historiadores heterodoxos –que también los hay que en los confines de la isla de Tenerife, al sur de la misma, allí donde el Barranco del Infierno infunde respeto al viajero mostrando las afiladas crestas de lava que se levantan a los cielos, se halla la pequeña iglesia de Santa Úrsula de Adeje, tan minúscula que de no ser por lo que se encuentra en su interior pasaría desapercibida. ¿De qué se trata?

Sin dudarlos dos veces, para allá que me fui con la intención de observar de primera mano lo que hasta ese momento tan sólo había visto en unos cuantos libros, porque tampoco eran muchos los que hablaban del asunto.

Llegué a la población de Adeje, a escasos kilómetros de la célebre playa de Los Cristianos, cuando el sol dejaba escapar los últimos rayos. Y allí, en la parte más alta de la localidad, se encontraba la iglesia de Santa Úrsula, la «casa» de la última Virgen templaria.

La puerta de la iglesia permanecía cerrada a cal y canto. La estructura del edificio, salvo por la falta de ornamentos, no se diferenciaba de otras. En la parte alta, la campana quedaba sujeta por un arco enmarcado en un friso similar a los que coronan los templos egipcios, con una salvedad: las enigmáticas cabezas redondas situadas a ambos lados del «balcón» de piedra.

Tuve que esperar hasta el día siguiente. La iglesia, gracias a la intervención del periodista canario José Gregorio González, abrió sus puertas a primera hora de la mañana para poder llevar a cabo la visita al recinto. El interior del templo estaba poco iluminado. A la derecha, protegida por un candado de gran tamaño y tras la rejería, se encontraba la talla más polémica de las islas: la reproducción de la supuesta imagen de la Candelaria; supuesta, porque la «verdadera», la patrona de estas tierras, es venerada en la localidad del mismo nombre, a una hora de camino en dirección norte.

¿Por qué entonces era importante, trascendental incluso para algunos, el mensaje que escondía esta otra Virgen? Sólo hay que echar un vistazo a su vestimenta, más concretamente al manto. Sobre el telar azul sembrado de estrellas de ocho puntas aparecen letras, muchas y diferentes, dispuestas de manera aparentemente anárquica. ¿De dónde procedía tan extraña representación? Con tranquilidad me senté en la encrucijada de dos caminos, y rebuscando en mi mochila me dispuse a escudriñar la obra del cronista fray Alonso de Espinosa *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, una joya escrita en lenguaje antiguo, donde decía que «en aquesta isla y entre esta gente que he contado, muchos años antes que tuviesen lumbre de fe ni noticia de evangelio, fue Dios servido que apareciese una de las mayores reliquias que hay en el mundo, y que más milagros ha obrado. Y aunque así a esta isla como a las comarcas, los antiguos llamaron Afortunadas, por la fertilidad de la tierra, temple y aires, por la docilidad de la gente y ubérrimos ingenios que produce, por ninguna razón le cuadra más este título de dichosas como es por tener y encerrar en sí un don sobrenatural, una merced tan extraña, un beneficio tan inmenso, una dicha tan grande como es la santísima Virgen de Candelaria que en esta isla apareció».

La imagen, narraba la leyenda, apareció hacia 1400 «en un lugar desierto y muy seco, a la orilla del mar, junto a una playa de arena que tendrá media legua de largo, a la boca de un barranco, sobre una piedra». En ese mismo lugar fue colocada una cruz, y los lugareños construyeron una ermita, a la que llamaron «del Socorro». Pero la historia sigue, pues dos guanches que llevaban el ganado por la playa de Chimisay, observaron que las cabras salían espantadas arremolinándose por miedo a algo hasta ese instante invisible: era una imagen que emitía un inquietante haz de luz de su cuerpo y de su rostro.

Continuaba apasionado fray Alonso: «El uno de los pastores, creyendo que su ganado se espantaba porque sentía gente y pensando que fuesen algunos naturales que le querían robar y saltar su ganado, como lo tenían por costumbre de hurtarse unos a otros, para certificarse pasó adelante, y mirando hacia aquella parte del barranco, vido la santa imagen que estaba en pie sobre una peña. Y como persona que de semejantes visiones estaba desusada, no sin pavor se la puso a considerar, y parecióle –porque tenía un niño en brazos ser mujer, aunque extrañó el traje color.

»Y porque entre ellos era costumbre que, si topaban alguna mujer a solas y en lugar solitario, no la hablaban, porque incurrían en pena de muerte, le hizo señas para que se apartase, porque su ganado que remolinaba tuviese lugar de pasar. Pero como la imagen no hiciese movimiento alguno, ni respondiese palabra, amohinóse el pastor y acudió a sus acostumbradas armas, que eran piedras y, asiendo de una, levantó el brazo, y fuese para amenazarle, o para tirarle con ella. Y así como levantó el brazo, yendo a desembrazar para hacer su tiro, se le quedó, yerto y extendido sin poderlo rodear».

Posteriormente, el otro pastor intentó tajar con unas lascas afiladas la mano de la aparecida. Ante su asombro, conforme infligía los cortes, la suya comenzaba a sangrar.

Los asustados guanches optaron por salir huyendo del lugar y acudir al consejo de su rey, el de Güimar, al que rendían vasallaje. Acaymo, que así se llamaba, acompañó a los pastores hasta Chimisay, y allí pudo comprobar no sólo que éstos no mentían, sino que además las cabras formaban un círculo alrededor de esa enigmática señora, con un niño desnudo en sus brazos.

El pánico cundió entre los curiosos, y el mencey, dueño y señor de esta tierra, ordenó a los descubridores que portaran a hombros la talla con el fin de conducirla hasta su palacio. Éstos, sabedores de la ira del monarca, no tuvieron otra opción. Y ocurrió lo imposible. Al tocar la fría superficie de madera, sus heridas curaron como por arte de magia.

Acaymo increpó a los suyos para que la llevaran a su residencia, y más concretamente a la cueva de Auchón, en cuyo interior permaneció durante décadas. Afirma la tradición que en este tiempo los milagros de la desconocida continuaron, destacando a su alrededor el sonido de música celestial y un penetrante olor a rosas.

Los años pasaron y la conquista de las islas se consumó de la mano del normando neotemplario Jean IV de Bethencourt, quien partió del antiguo y laureado puerto de La Rochelle para ocupar aquel territorio hostil. Y entraron en escena los españoles.

Tenerife, en 1425 estaba regentada por menceys, que con mano firme y espada afilada se opusieron al incesante y efectivo avance de los castellanos, dispuestos a arrebatarles sus tierras, sus casas y su milenaria cultura.

Mientras las cruentas batallas se sucedían entre cristianos y guanches, los prodigios de la bella «extranjera» no dejaron de producirse. ¿A quién representaba la misteriosa imagen y cómo había llegado hasta allí?

Al margen de la historia milagrosa y legendaria, si algo captaba mi atención sobremanera era el número de letras que están grabadas en su vestimenta. He de reconocer que la primera vez que tuve la oportunidad de estudiar la talla con detenimiento no pude evitar la sorpresa. Con una vela verde en su mano derecha y el niño en la izquierda, la Virgen porta una enorme cantidad de grafías sin sentido en el manto, como ocultando un mensaje, lo que hizo las delicias de los criptógrafos dispuestos a desentrañar su misterio.

Sin embargo, los siglos pasaron y hombres de toda condición intentaron descifrar el desconcertante código sin lograrlo. El propio Espinosa escribía en su cuaderno el 25 de octubre de 1590, asumiendo con humildad su incapacidad para hallar respuesta para el enigma, que «las letras de las orlas pueden atender el que alcanzare más que yo, y en ellas ejercitar su ingenio y mostrarlo; y no hará poco, porque hasta ahora ninguno las ha entendido, aunque se han enviado a muchas partes y reinos, y muchos hombres doctos y en las lenguas universales las han visto. Han querido decir algunos que no son significativas, sino puestas para ornato y hermosura: esto es por no rendirse y decir que no las entienden. Mas yo, como ya estoy rendido, soy de parecer que son significativas y que tratan de algunas excelencias desta Virgen que no es ahora servida las entendamos».

En torno a esta cuestión, en los últimos cuatrocientos años las dudas no han hecho sino acrecentarse. ¿Por qué? El trascendental enigma aumentaba al comparar las letras que el ilustre Espinosa transcribiera en su día con las que



actualmente cubren el manto: poco o nada tienen que ver unas con otras. ¿Quién, pues, estaría interesado en que no se conocieran las auténticas? El silencio era nuevamente la evidencia de que algo se quiso ocultar.

En cuanto a su presencia, poco se puede decir más allá de observarla con detenimiento: morena de color, con los ojos visiblemente rasgados, lleva en su mano derecha un cabo verde de vela y en su izquierda un niño desnudo que a su vez sujeta entre las manos un pájaro negro –según Espinosa, el ave era de color amarillo. Nueva contradicción–. Su vestido rojo queda cubierto con elegancia por un manto azul sembrado de estrellas de ocho puntas.

Pero hay más. A pocos metros de la iglesia de Adeje, un edificio de estructura singular capta nuestra atención. En mitad de un sembrado protegido por varios perros de presa canarios, el extraño enclave surge rompiendo la armonía del entorno.

Es curiosa la forma del inmueble. Sobre lo que aparenta ser la puerta de entrada aparece una gran cruz muy ornamentada, pintada de rojo y negro y con dos círculos primorosamente realizados a ambos lados. Al recorrer el desconcertante complejo es fácil asociarlo a la estructura de un templete egipcio. Es posible que se trate de un viejo lugar conocido como «La Cocina». Es decir, los restos, o al menos un edificio reconstruido sobre los mismos, de lo que fue la antigua encomienda que los templarios poseían en Tenerife.

Y en cuanto a las cabezas, muchos son los que han querido ampliar esa asociación con Egipto a la que puede llevarnos la citada estructura de la construcción. Conviene recordar que Osiris narra cómo el dios fue troceado por su hermano Set en catorce partes, las cuales fueron repartidas por todo Egipto. De entre estos fragmentos, el más venerado fue la cabeza, que se conservaba en un cesto en el templo de Abydos. Y este lugar fue el foco de peregrinación más importante de Egipto –los egipcios debían peregrinar allí al menos una vez en la vida– de tal suerte que podemos sospechar que dicha peregrinación fue el origen de todas las demás desde aquellos tiempos hasta hoy, al menos en lo que se refiere al mundo occidental.

En Abydos además se celebraban los famosos Misterios Osiríacos, en los que dicha cabeza jugaba un papel fundamental. Tales misterios naturalmente tenían que ver con la resurrección –Osiris era el dios resucitado–, y además

no olvidemos que se lo identificaba con la constelación de Orión, que era su morada. Recordemos también que al dios se lo representaba con el color verde –al igual que las velas de la Virgen de la Candelaria–, o a veces negro.

Ahora demos un salto en el tiempo y nos encontraremos a la poderosa Orden del Temple acusada –entre otras cosas– de adorar a un extraño ídolo al que llamaban *Baphomet*, y que es descrito como una cabeza barbada y negra.

A estas alturas es más que obvia la relación entre la cabeza de Osiris –no olvidemos la barba propia de los dioses egipcios– y el *Baphomet*, y eso se debe a que en determinados círculos de la orden se celebraban los ritos osiríacos de resurrección.

Incluso hay estudiosos como Sebastián Vázquez que defienden que «*Baphomet* es una corrupción fonética de una palabra egipcia cuya traducción aproximada sería “la sede del *ba*”. El *ba* es uno de los elementos constitutivos del ser humano y algo similar a lo que nosotros podemos llamar alma. Los egipcios temían enormemente la llamada “segunda muerte”, refiriéndose a la muerte del *ka*, el doble energético encargado de portar el *ba* hacia las moradas celestes.

»Efectivamente, el *Baphomet* era la cabeza de Osiris y el objeto imprescindible para la celebración de los rituales sagrados a los que sólo accedían ciertos templarios que dentro de la orden seguían una vía iniciática. El resto no estaba al corriente de esta otra religión, por así llamarla, que se vivía dentro del Temple por parte de un nutrido grupo de hermanos. Éste era el motivo de que en ciertas encomiendas hubiera un *Baphomet* y en otras no, y que ciertos hermanos estuvieran al corriente del “ídolo” y otros no. Queda añadir que dicha cabeza no tenía rasgos que recordasen a la cultura egipcia y su barba era normal. Su confección era modesta y debía de estar hueca.

»Dicho hueco, o más concretamente su contenido, formaba parte de las ceremonias antes mencionadas».

Último enclave templario o no, lo cierto es que autores como Fernando Arroyo defienden que el santuario canario de Nuestra Señora de la Candelaria contendría las claves de los tesoros, materiales y espirituales, que habrían sido puestos a salvo antes de la abolición de la orden.

¿A que apetece visitar la iglesia de Adeje y a su Virgen templaria después de lo expuesto? Si alguien se decide a hacerlo, es probable que nos encontremos, porque todavía son muchos los enigmas pendientes de estudiar en este fascinante lugar.

### *Las letras de la Virgen*

#### **Cinturón:**

Fray Alonso: NARMPRLMOTARE

Actual reproducción de la original: NARMPRTMOLALEI

#### **Cuello:**

F.A.: TIEPFSEPMERI

A.: MARMPTMOLA

#### **Mano izquierda:**

F.A.: LPVRINENIPEPNEIFANT

A.: IMPRTMOLALEIMARMPTMOLALE

#### **Orla manto derecha:**

F.A.: OIM\*INRANFR\*IAEBNPFM\*RFVENNVINAPIMLIFIN VIPI\*NIPi AN

A.: MPRTMOLTMPRTMOLALEI–TNKNVINAIMTIFIN–EMNI

#### **Orla manto izquierda:**

F.A.: FVPMIRNA\*ENVPMTI\*EPNMPIR\*VRVIVINRN\*APVI

MFRI\*PIUNIAN\*NTRHN

A.: EVNBIMEMNINKNVNAIM–VNKNVIMAIM–TIFIN

#### **Orla manto trasera:**

F.A.: NBIMEI\*ANNEIPERFMIVIFVF

A.: ?

#### **Vestido:**

F.A.: EAFM\*IRENINI\*FMEAREI

A.: KNVINAIMTIFINIKNVMAIMKI

### **Santa María de Eunate (Navarra)**

*Ehun ate*, las «cien puertas». Así era llamada siglos atrás esta iglesia de planta octogonal –propia del Temple– que encontramos en mitad de un páramo, rodeada de trigales, en Navarra, muy cerca de Puente de la Reina. Sobre su historia poco es lo que sabemos, porque poco es lo que ha quedado escrito. De hecho, es la estructura de su planta la que ha llevado a diferentes expertos a considerar que fue templaria. Pero también hay quien defiende que, hallándose en el Camino de Santiago, lo más probable es que se tratase de un hospital de peregrinos, donde incluso se llegaron a enterrar aquellos que eran encontrados muertos en el periplo santiagués. A esto hay que añadir que tampoco hay documento alguno que avale dicha tesis, más allá de la tradición oral.

Pero es que además los historiadores no se ponen de acuerdo a la hora de datar su construcción. Por un lado están quienes defienden que se empezó a levantar en tiempos del rey Sancho el Sabio, en torno al 1170; otros que retrasan su construcción al 1210, e incluso quienes aseguran que quien lo hizo erigir precisamente aquí, en mitad de la nada, fue una reina llamada Sancha, que eligió este lugar porque anteriormente había unas cuevas atestadas de maleantes que se dedicaban a realizar sortilegios en su interior, habiendo consagrado el lugar a las entidades del mal.

Es innegable que detrás de las cien puertas que parecen proteger Eunate se encuentra un edificio de belleza indiscutible en cuyo interior hay representado todo el conocimiento –incluso el esotérico– de los maestros canteros, del que en realidad, a día de hoy, apenas sabemos nada.

### **Campisábalos y Albendiego (Guadalajara)**

Quizá por su cercanía a la capital de España, la provincia de Guadalajara es tan desconocida. Por eso son muchos los que se pierden una sierra inhóspita plagada de leyendas y de bellísimos pueblos en los que la pizarra manda. Y es

posible que esa «lejanía cercana» hiciese que en un tiempo anterior, bajo la protección de piedras y bosques, se elevaran a los cielos ermitas y templos tan fascinantes como los que ahora visitamos. Porque en ellos el símbolo, la hermética o el esoterismo alcanzan cotas inimaginables en un tiempo en el que el románico era beatífico, y aquí parece una fiesta para los sentidos.

Escribe el investigador Javier Davarra en la publicación arriacense *La Plazuela* que «en los años finales del siglo XII, tiempo de fuertes resonancias espirituales, llega a Albendiego un reducido grupo de monjes, sin pertenencia a orden monástica alguna, con el propósito de establecer una comunidad conventual guiada por la regla de san Agustín, norma usada por cabildos de catedrales, colegiadas y conventos. Prendados de la serenidad del lugar, levantan un monasterio y sus dependencias, de los que hoy nada queda. Poco después inician la construcción de una ermita, levantada, según el decir popular, sobre una encomienda, castillo, casa y huerta, de la Orden de Temple. En los crudos meses de invierno, los freires templarios se asentaban en el valle de Albendiego, en la ribera del río, resguardados del frío y la nieve, y en verano ascendían a la cercana montaña del Alto Rey de la Majestad, a más de mil ochocientos metros de altitud, donde habían erigido casa y santuario, caídos en la ruina después. Un ascético y portentoso paraje de meditación, centinela de sendas y caminos».

Una vez más ocultamos las verdaderas intenciones de los monjes, aludiendo a que se encontraban protegiendo caminos. Pero también crearon joyas como éstas, donde vertieron todo el conocimiento prohibido que poseían. Sólo hay que echar un vistazo al exterior e interior para percatarse de ello. Porque de lo que no hay duda alguna es de que mostraron mucho interés por esta tierra. Continuaba Davarra asegurando que «la presencia de los templarios, vestidos con blancas capas y cruces rojas, y de los frailes hospitalarios, de negros ropajes y cruces de Malta, en las altas tierras serranas de Guadalajara, en Albendiego y Campisábalos, es más que evidente. Los templarios vierten sus afanes en la defensa y custodia de los peregrinos; los hospitalarios se ocupan del cuidado de pobres y enfermos. En muchas ocasiones, como posiblemente pudo suceder en Albendiego, comparten vivienda y esfuerzos con los monjes regulares de observancia agustiniana. Cuando la Orden del Temple es suprimida, en la primera década del siglo XIV,

tras un trágico y equívoco proceso, sus bienes y propiedades, por decisión papal, quedan en manos de los frailes hospitalarios». Es el principio del fin; pero sólo del fin de tanto conocimiento explícito escrito sobre las paredes de iglesias, castillos y encomiendas. No de la desaparición de su conocimiento. Porque mientras haya piedra sobre piedra, éste no se perderá.

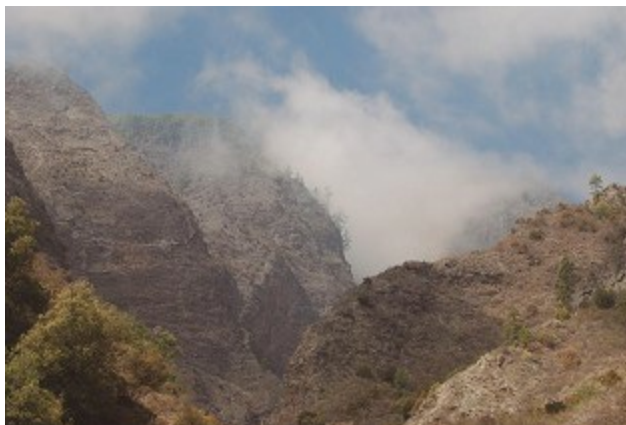
Podríamos seguir recorriendo nuestro país para visitar el extraordinario castillo de Miravet, en Tarragona, o el encajado entre montañas de La Iruela, en Jaén, uno de los más remotos y bravos en la defensa de la marca castellana. O podríamos acceder a la cueva cántabra de Ruento, donde hay quien defiende que los templarios ocultaron una gran parte de sus tesoros, conscientes de que la leyenda asegura que no tiene fin; o Monsacro en Asturias, cuyo nombre ya nos descubre que algo sagrado se ocultó en este monte que llamó la atención de los miembros de la orden; sin olvidar la enorme carga simbólica y esotérica de la Torre Sangrienta de Badajoz, o del castillo de la Zuda en Tortosa... Son muchos los lugares que mantienen viva la llama de la orden, y con ella sus secretos, algunos inconfesables. Pero es poco el espacio que nos queda. Sí es importante, llegados a este punto, darnos cuenta de que para los iniciados del pasado la piedra era una caja de resonancia a la que con el conocimiento adecuado convenía escuchar. Porque hablaba, y lo hacía de un tiempo casi olvidado que la religión, como cualquier otra de la historia, ha intentado borrar. Una época tachada de hereje, pagana o maldita, pero tan extraordinariamente apasionante que merece la pena que no sea olvidada jamás. Y estos vestigios de piedra son el vivo ejemplo de que, pese al paso del tiempo, ese legado no se ha perdido...

Nos encontramos en el próximo viaje.

## FANTASMAS, NIDOS Y ANOMALÍAS



Monumento a los fallecidos en el terrible accidente de Los Rodeos, en Tenerife, donde aseguran los testigos que se producen la misteriosa aparición de una niña.



La niebla cae en el tinerfeño Barranco de Badajoz, y con ella descenden, según la tradición, los seres que habitan en una ciudad etérea a la que van quienes desaparecen en estas montañas.



Las ruinas de Belchite hoy están teñidas de ocre, pero aseguran las crónicas que hubo un tiempo en el que el rojo era el color predominante. Quizá sea por eso por lo que se captan siniestras voces en este lugar...

© Shutterstock



El castillo de Santiuste se eleva en lo alto de un cerro. En su interior se han vivido episodios difíciles de explicar, muchos de ellos con una dama de blanco como protagonista.

© Shutterstock





Moai oculto entre la arboleda en el corazón del bosque de Orrius. Pero no es su único habitante...



En la década de los noventa el palacio madrileño de Linares fue sinónimo de aparecidos, de voces que procedían de un inframundo de dolor, y de curiosos que se acercaron hasta allí para vivir lo misterioso.

© Shutterstock



Hay una habitación en el parador de Cardona, en Barcelona, que dicen que está maldita. Para comprobarlo les invito a que pasen una noche en la 702. Ya me contarán...

© Parador de Cardona



Impactante fotografía de la Pirámide de los Italianos, en lo alto del puerto del Escudo, en la frontera de Burgos y Cantabria. Un lugar encantado como pocos...

© Revista Año/Cero-Manuel Abascal



A la vera del cruceiro el caminante nocturno está a salvo de la Santa Compañía. Y si es con un cirio encendido mejor, que haberla...



Trasmoz es un pueblo maldito porque así lo quiso la Iglesia, y así lleva setecientos años. Hay quien piensa que sus historias de brujas son motivo suficiente para ello.

© Jesús Antoñanzas/Revista ENIGMAS





En el interior de la cueva de Zugarramurdi se respira un aire mágico que nos lleva a ese tiempo de brujas y aquelarres.

© Shutterstock

### **LEYENDAS... O NO**



Interior de la cueva de Hércules, en Toledo, donde asegura la tradición que estuvo oculta la Mesa de Salomón, fundamental para activar el poder del Arca de la Alianza.

© Javier Brandoli



Interior del recinto arqueológico extremeño de Cancho Roano, en Zalamea de la Serena, donde podemos ver el sagrado símbolo de la metalurgia, tan ligado al mito atlante.



El granadino barrio de Albayzín es un barrio en el que la leyenda, los fenómenos paranormales y las muertes trágicas han creado un corpus de creencias que hoy se puede percibir en cada rincón. © Shutterstock



En la reseca sierra de los Filabres, en Almería, aún se conservan estructuras de aquel tiempo en el que el hombre del saco dio pie a una leyenda inmortal.

© Shutterstock





Los periódicos de la época se hicieron eco de las andanzas del *lobishome* Manuel Blanco Romasanta, el hombre que fue víctima de la *fada* que lo convertía en una bestia en noches de luna llena.



Ríomalo de Arriba, en las Hurdes más abruptas y aisladas. Un pueblo de pizarra en el que, décadas atrás, se vieron presencias como el macho lanú o el terrible descabezado, criaturas de pesadilla en las que aquí se creía... y se sigue creyendo.





Asistir en las Hurdes a un serano, la reunión de los patriarcas de las diferentes alquerías, es casi imposible. Por eso cuando se logra hay que disfrutar de la comida y de las historias que cuentan, trufadas de aparecidos, criaturas demoniacas y testimonios cargados de verdad.



El pantano de Gabriel y Galán desde la torre de la ciudadela medieval –y abandonada– de Granadilla, en Cáceres. Aquí fue donde Nicolás Sánchez Martín se topó con una «bola» de fuego que acabó con su vida, en el año de 1917.

## **PUEBLOS MALDITOS Y ENTRADAS AL INFIERNO**



Campana vaqueira que servía para ahuyentar tormentas y malos augurios. © Fran Contreras



El «Obispo», una de las caras más desconocidas –y que ya no existe– de cuantas aparecieron en el suelo de Bélmez de la Moraleda, en Jaén.



Grabados en la pared de una de las cárceles del terror, en la región turolense del Matarraña, hechos por los presos que, al entrar en este inframundo de dolor, sabían que ya no volverían a salir.



Las casas de Marmellar todavía hoy se levantan a los cielos, protegidas por la misma vegetación que oculta secretos inconfesables que han hecho de éste un enclave maldito como pocos. © Miguel G. Aracil



Curiosa imagen del monasterio de San Lorenzo del Escorial, como una auténtica entrada que conduce, según la tradición, al mismísimo infierno. © Shutterstock



La Mussara, en Tarragona, es un lugar célebre por el elevado número de desapariciones que allí se han producido, y por la supuesta maldición que ronda sus ruinas, especialmente con la llegada de la niebla...





Las nubes se ciernen sobre lo que queda del pueblo maldito de Ochate, en el burgalés condado de Treviño. Es, qué duda cabe, el pueblo maldito más célebre de España. Y motivos para ello no le faltan.



Pentalfa de protección en el interior de una iglesia vaqueira. © Fran Contreras



Fotografía del ovni de Ochate realizada por Prudencio Muguruza en 1986. A partir de ese instante la historia maldita del despoblado empezó a caminar imparabile.



Al fondo podemos observar lo que queda de la presa que en apenas una noche acabó con decenas de vidas en el pueblo zamorano de Ribadelago. La leyenda cuenta que en este caso, sí se cumplió la maldición. © Shutterstock

**DEMONIOS, EXORCISMOS Y OTROS MISTERIOS  
MÁS O MENOS ECLESIASTICOS**



Imagen antigua de la procesión de Monte Umbe, donde se puede apreciar un extraño efecto luminoso recorriendo toda la comitiva. © David E. Sentinella



Impactante imagen del santo con escapandra, una talla que ha dado pie a polémicas interpretaciones.



El monaguillo –con la Virgen detrás– da la bienvenida al interior del santuario de la Balma, en Castellón. Si conocemos la historia de cuanto nos rodea, conviene dejar algo de limosna...



Panorámica del santuario de la Balma, excavado en la roca, y al que se accede atravesando laberínticas galerías en las entrañas de la montaña.





Santuario de Covadonga, enfrente del cual se encuentra la cueva santa en la que en tiempos reposaron los restos de Pelayo. © Shutterstock



La Diabla de Orihuela es una rareza en sí misma, ya que se saca en procesión junto al resto de santos católicos.



Lugar de reposo de la monja María Luisa Zancajo, en el convento que se encuentra en el barrio de Las Cuevas, en Hellín. © Archivo Fran Contreras/Rastreadores de misterios



Momia de San Fausto, el monje incorrupto para muchos. Quizá sea decir demasiado...





Momento de las terribles sanguinaciones que sufría esta mujer, María Luisa Zancajo, que en breve será beatificada. © Archivo Fran Contreras/ Rastreadores de misterios).



Pinos en el pueblo cántabro de San Sebastián de Garabandal en los que se apareció – supuestamente– la Virgen del Carmen a las cuatro niñas, generando un fenómeno social nunca antes visto en España.



Copia del Santo Grial que se encuentra en San Juan de la Peña (Aragón), y que es exactamente igual que el venerado en la catedral de Valencia.



Santo Cristo del Paño de Moclín, protagonista de una romería que en el pasado tuvo más de pagana que de cristiana, y tras la cual nacieron muchos niños, todo sea dicho.



Santuario de Montserrat, lugar de apariciones de ovnis, de cuevas de brujas, y de objetos sagrados que, entre otros, persiguió el líder nazi Heinrich Himmler. © Shutterstock



Momento en el que se abre el Arca Santa de la catedral de Oviedo para extraer el Santo Sudario, el paño que validaría la Sábana Santa de Turín.

© Archivo revista ENIGMAS





*Lignum crucis* de Santo Toribio de Liébana, en Cantabria, la supuesta pieza de madera de la cruz de Cristo más grande que existe.

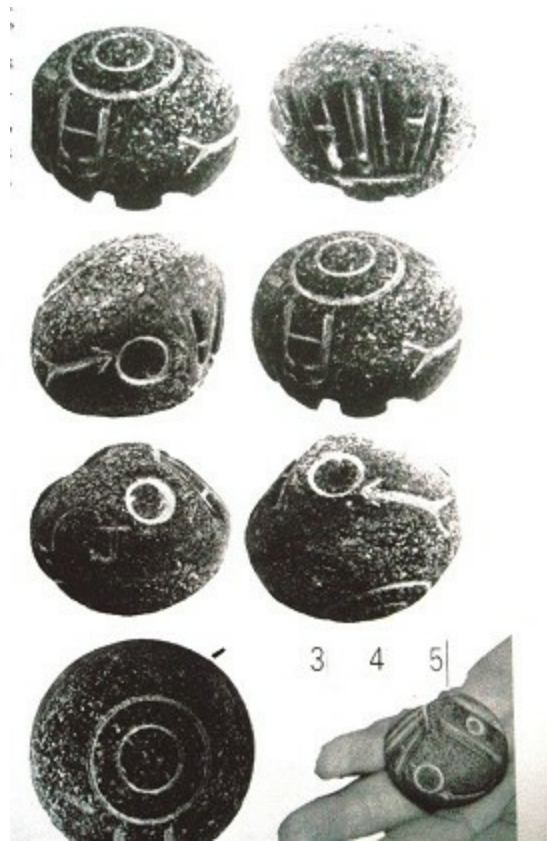


Talla de San Campio, el santo benefactor que hace que el combate contra los demonios que se desarrolla en este lugar se incline hacia las fuerzas del bien. © Óscar Herradón/Archivo Revista ENIGMAS

**OVNIS...Y LO QUE NO SON OVNIS**



Las coordenadas de la piedra de los Villares, en Jaén, que arrojaron los desconocidos que se encontraban junto a una especie de «nave», conducían a un sitio muy especial en el sur de Argelia: Tassili al n'Ajjer, el lugar donde alguien diez milenios atrás pintó a «dioses con escafandra» que secuestraban a las mujeres embarazadas de aquel tiempo. © Miguel Pedrero



Diferentes instantáneas del «lucerillo», la pieza clave del caso de los Villares.  
© J.J. Benítez





Es en los llanos de Betancuria, en Fuerteventura, donde más veces ha sido vista la misteriosa luz de Mafasca.

© Shutterstock



Imagen del valle de Ucanca desde el cono del Teide. Es fácil apreciar la lengua de lava en la que los nativos guanches aseguraban que quedaron atrapados los espíritus de hombres malvados. Espíritus que en noches determinadas logran escapar...

## **HISTÓRIAS APÓCRIFAS**



Los restos celtas de Castro Baroña nos dan una idea de que al ser situado en un entorno tan bello, seguramente tuvo una importancia capital para los druidas que habitaron en él.

© Javier Brandoli





Tras un enrejado en el corazón de la sierra asturiana de La Borbolla se encuentra el Ídolo de Peña Tú, un misterioso antropomorfo con miles de años de antigüedad. ¿A quién representa?



En el interior de la catedral de Jaén podemos encontrar un amplio catálogo de códigos secretos que dejó «ocultos» el obispo Alonso Suárez.



Arco de las Siete Luminarias de Roma, donde está representado el saqueo de Jerusalén en el 70 d.J.C. Los legionarios parecen llevar el candelabro y algo similar al Arca de la Alianza.



Las pirámides de Güimar, en Tenerife, son el ejemplo evidente de la importancia ritual que tuvo para el hombre del pasado este tipo de construcciones.



Cueva en la que Santo Custodio pasó gran parte de su vida meditando y rezando. Hoy es un lugar fundamental en esta peregrinación por la ruta de los milagros.





Tumba de Santo Custodio en Noalejo, Jaén. Las flores y exvotos se acumulan sobre ella, e incluso hay testimonios de personas que aseguran haber visto levitar a niños sobre la lápida del santo apócrifo.

## TEMPLARIOS EN ESPAÑA



Ermita de san Bartolomé de Uclero, en el cañón del Río Lobos, en Soria, en la que podemos observar su influencia aparentemente templaria en muchos de los símbolos que la adornan.



El castillo leonés de Ponferrada es el más importante y el mejor conservado de todos los que tenemos en España.

© Shutterstock



Santa María de Eunate, en Navarra, también conocida como Nuestra Señora de las Cien Puertas, es un enigma en sí misma. Porque al margen de su factura templaria, no se sabe si fue iglesia, hospital de peregrinos, o cementerio para los caídos durante el periplo santiagués.

© Shutterstock



Con planta octogonal –como el Santo Sepulcro de Jerusalén–, la iglesia segoviana de la Vera Cruz es clave para entender la presencia templaria en nuestro país. © Shutterstock





*A san Andrés de Teixido vai de morto o que non foi de vivo*, dice la tradición. Pero es que además los templarios tuvieron mucho interés por esta pequeña iglesia coruñesa, hoy protagonista de una de las romerías más extrañas de España: la de los ataúdes. © Shutterstock



El castillo de San Servando es uno de los importantes vestigios templarios que aún quedan en la ciudad de Toledo. Pero es que además, por su interior, se pasea el supuesto fantasma de un caballero de la Orden, que una noche toledana se encontró con su destino. © Shutterstock



Talla de la Virgen de Adeje, para muchos la última Virgen del Temple, y la que ocultaría, en su manto, el gran secreto de los Templarios: ni más ni menos que la ubicación del tesoro de la Orden.



Símbolos pintados en la fachada de «La Cocina», la encomienda templaria de Tenerife, que se encuentra oculta muy cerca de la iglesia de Santa Úrsula de Adeje.

*La España maldita*

Lorenzo Fernández Bueno

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lorenzo Fernández Bueno, 2016

© de las imágenes de cubierta: Raúl López/Getty Images

Primera edición en esta presentación: abril de 2016

© de esta edición, Grup Editorial 62, S.L.U., 2015

Ediciones Luciérnaga

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2016

ISBN: 978-84-16694-04-4 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

[www.newcomlab.com](http://www.newcomlab.com)